

La ciudad de los niños

Francesco Tonucci

EDICIÓN
REVISADA

310



La ciudad de los niños

Francesco Tonucci



310

Serie: Comunidad educativa

© Francesco Tonucci

© de la primera edición: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997

© de esta edición, revisada: Editorial GRAÓ, de IRIF, SL C/ Hurtado, 29. 08022 Barcelona www.grao.com

1.ª edición: marzo 2015

ISBN:978-84-9980-634-1

D.L.: B 5278-2015

Diseño de cubierta: Xavier Aguiló

Impresión: Imprimeix

Impreso en España

Quedan rigurosamente prohibidos y estarán sometidos a las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción o total o parcial de la presente publicación, incluyendo el diseño de la portada, así como la transmisión de ésta por cualquier medio, tanto si es eléctrico, como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com, 917 021 970 / 932 720 447).

A Federico y a Nina, mis nietos,
y a todos los nietos, porque son nuestro futuro.

A todos nosotros, abuelos,
porque sabemos dedicar la parte más libre
y desinteresada de nuestra vida a construir
el futuro de nuestros nietos.



Índice

Prólogo a esta edición, F. Tonucci

Prefacio, N. Bobbio

Advertencia y agradecimientos

Introducción

Primera parte. El proyecto

1. Análisis de un malestar

Antecedente: antes teníamos miedo del bosque

La ciudad

El equívoco de los servicios

Un acuerdo entre adultos

2. Entonces, ¿qué hacer?

La solución privada de la defensa

La solución social de la participación

3. ¿Por qué justamente el niño?

La infancia en la historia del hombre: la primacía del juego

Las ciudades se han olvidado de los niños

El niño está solo

El niño como menor

El niño es más fuerte

«Si no os hacéis como niños...»

Pero algo está cambiando

Segunda parte. Las propuestas

4. Un Laboratorio: «La ciudad de los niños»

La palabra a los niños

El niño en la mente de los adultos

5. Que los niños puedan salir solos de casa

¿Por qué es tan importante salir de casa?

El niño como indicador ambiental

Renegociar la relación de poder entre el coche y el ciudadano

Ayudar a los adultos a comprender que los niños necesitan salir

Encontrar nuevos aliados de los niños

6. Una ciudad adecuada a los niños

La ciudad bella

El Plan General de Urbanismo

La calle, un lugar de todos

Los niños que esperan

Estructuras hoteleras y restaurantes

El hospital pediátrico

Una escuela adecuada a los niños

La comunidad de vecinos: el derecho al juego

Derecho de voto para los niños

7. Repensar la ciudad

Tercera parte. Las experiencias

8. Las fichas

1. Fano, «La ciudad de los niños»

2. El Consejo de los niños

3. El Consejo municipal, abierto a los niños

4. Los niños proyectistas

5. Los pequeños guías

6. Las reuniones de la comisión de gobierno municipal

7. «El policía municipal, amigo de los niños»

8. La multa de los niños

9. «Vamos solos a la escuela»

10. Un carné de peatón, de ciclista y de motociclista

11. «Mi ciudad y yo»

12. «Mi ciudad y yo»: el cartel

13. Una jornada sin coches

14. Un sello de calidad para niños en hoteles y restaurantes

15. Una playa para los niños

16. El Club CDN

17. La Casa Archilei
18. Una tarde libre para los niños
19. Un jardín de piedra
20. Otras experiencias: la planificación compartida con los niños
21. Otras experiencias: los derechos de los peatones
22. Otras experiencias: una democracia incipiente
23. Otras experiencias: las ciudades educadoras
24. Una red nacional que va más allá
25. Para comenzar

Apéndice

1. Convención sobre los Derechos del Niño
2. Llamamiento a colaborar: carta abierta a los ciudadanos faneses
3. Lewis Mumford, «La planificación para las diversas fases de la vida»

Bibliografía

Prólogo a esta edición

Un primer balance pasados más de veinte años

Francesco Tonucci

Una breve historia

En mayo de 1991 el Ayuntamiento de Fano, la ciudad donde nací, organizó una semana dedicada a la infancia con el nombre de «La ciudad de los niños», y me pidió que le asesorara en esta manifestación. Durante la semana estaban previstas actividades, conferencias y exposiciones para los niños y con los niños, y concluía el domingo con la gran fiesta «La ciudad para jugar», para la que se cerraron al tráfico las calles principales con el fin de que los niños jugaran en ellas. A lo largo de esa semana se celebró un pleno municipal extraordinario en el mayor teatro de la ciudad con la presencia de centenares de niños y algunos invitados, entre los que se contaba Mario Lodi. Los niños presentaron sus ideas y propuestas y, como colofón, el pleno aprobó un acuerdo comprometiéndose a repetir esta iniciativa todos los años y en el que se me asignaba su dirección científica.

Unos días después escribí al alcalde de la ciudad una carta aceptando el cargo, pero en la que le solicitaba que, en lugar de considerar «La ciudad de los niños» un acontecimiento de periodicidad anual, se convirtiera en un proyecto permanente de transformación de la ciudad cuyo parámetro fueran los niños y las niñas. Propuse a la Administración que, para la realización de este proyecto, se creara un laboratorio, un grupo de trabajo específico, y que se le asignara una sede relevante donde el grupo pudiera trabajar, encontrarse con otros operadores dedicados a la infancia y con los niños implicados directamente en las diversas actividades. Así nació el proyecto que por aquel entonces recibió el nombre de «La ciudad de los niños» y que ahora, con más propiedad, se llama «La ciudad de las niñas y los niños». Nace en mi ciudad, pero desde los primeros años suscitó el interés de la opinión pública y de varias ciudades italianas.

Recuerdo que en los primeros documentos que envié al alcalde dejé bien claro que el objetivo principal de este proyecto debía ser devolver a los niños la posibilidad de salir de casa solos para vivir con sus amigos las experiencias fundamentales de la exploración, la aventura y el juego.

Por qué en 1991: de ser tutelados a ser ciudadanos

En 1991 Italia reconoció la Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada por las Naciones Unidas en Nueva York el 20 de noviembre de 1989; España ya la había reconocido y asumido en 1990. La convención puso punto final a un largo recorrido de nuestras democracias en lo tocante a los derechos de la infancia. El mundo que surgió de las dos guerras mundiales era un mundo destruido material y moralmente. En nombre de absurdas ideologías pueblos enteros fueron exterminados, se destruyeron ciudades sin reparar en sus tesoros arquitectónicos y artísticos, se condenó a pasar hambre a gran parte de la población. La política mundial observó incrédula y humillada esta larga experiencia de horror y sangre. Las ciudades estaban repletas de niños huérfanos, abandonados, sin protección ni esperanzas.

El 20 de noviembre de 1959 las Naciones Unidas aprueban la Declaración de los Derechos del Niño: diez principios proclaman los derechos de la infancia a ser defendida, protegida y cuidada contra las enfermedades, el analfabetismo, la explotación laboral y sexual, la explotación militar en las guerras tribales y la delincuencia. Era necesaria y urgente una primera intervención tutelar. Sin embargo, en aquellos años la ciencia estaba estudiando a fondo el desarrollo infantil y, primero con Freud y seguidamente con Piaget, Vigotsky y Bruner, la infancia se reconoce como una etapa, la más fundamental para el desarrollo humano. Ya en los años treinta, Janusz Korczak, el gran educador polaco, había escrito la Carta Magna de los Derechos del Niño con frases como: «El niño tiene derecho a vivir en el presente» y «El niño tiene derecho a protestar contra las injusticias».¹

El 20 de noviembre de 1989 las Naciones Unidas aprueban la Convención de los Derechos del Niño que confirma los derechos a la tutela, defensa y protección, pero afirma solemnemente y por primera vez la plena ciudadanía de los niños desde su nacimiento. A partir de ese momento las niñas y los niños no son ya futuros ciudadanos, adultos en formación, sino ciudadanos y, por consiguiente, titulares de derechos.

Nuestro proyecto nace y se desarrolla con el ánimo de recordar a las ciudades el deber de poner en práctica este solemne empeño asumido por todos los países del mundo y, muy en especial, de reconocer la ciudadanía de los niños.

Lamentablemente, pasados 25 años desde su aprobación, esta ley fundamental todavía no es de dominio público y, quizá por ello, no se aplica en gran parte. Y si bien algo se está haciendo para reducir las carencias ligadas a derechos fundamentales de la infancia como la vida, la salud, la dignidad y la educación, apenas se hace nada para reconocerla como protagonista de su y

nuestra historia.

Los artículos 12, 13 y siguientes, que reconocen el derecho a la expresión de la propia opinión, a la libertad de expresión y la libre asociación, son prácticamente desconocidos; está completamente infravalorado el derecho al tiempo libre y al juego, afirmado en el artículo 31. Y todo ello porque se prefiere pasar por alto que el artículo 3, de esta convención, declara que los intereses del niño deben considerarse siempre por encima y, por tanto, ser prioritarios frente a los de cualquier otra persona.

Federico, un miembro de diez años del Consejo de Niñas y Niños de Roma, tras un primer año de trabajo dijo a su alcalde: «Pidamos permiso a esta ciudad para salir de casa solos». Una propuesta extraña, porque son los padres los únicos que pueden conceder o negar ese permiso. Pero Federico sabe que, si se lo pide a sus padres, le responderán que no se puede porque la ciudad no lo permite, por eso se dirige al alcalde y le dice: dame tú el permiso.

Federico y sus padres tienen seguramente una opinión similar sobre la ciudad, pero extraen conclusiones completamente distintas. Los padres dicen: «La ciudad es peligrosa, así que no puedes salir. Si tienes que salir, te vamos a acompañar, posiblemente en coche». Federico piensa: «La ciudad es peligrosa, así que hay que cambiarla». Los padres se han resignado, consideran el estado de las cosas como algo objetivo, ajeno a su voluntad y su poder. Federico no se resigna, necesita su autonomía, de ahí que pida con fuerza el cambio. Nos recuerda la frase de san Agustín: «La esperanza tiene dos hijas muy hermosas: la ira y la valentía. La ira por cómo son las cosas y la valentía para cambiarlas».

El proyecto nace y crece con este objetivo precisamente: sacar partido de la ira y la valentía de los niños para cambiar las ciudades.

La red internacional

Como ya se ha mencionado anteriormente, el proyecto interesa desde sus inicios a la opinión pública, a los órganos de comunicación y a las ciudades, y se forma rápidamente una pequeña red de ciudades que reconoce la celebración anual de Fano como su punto de encuentro y de intercambio. Desde 1996 el Consejo Nacional de Investigaciones —mi sede de trabajo— asume el proyecto y me asigna su dirección y coordinación que pasan, por consiguiente, de Fano a Roma.² A partir de ese momento la red se amplía y, con el tiempo, va sumando más ciudades y países. La red actual está integrada por unas doscientas ciudades de Italia, España, Argentina, Uruguay, Colombia, México, Perú, Chile y Líbano. En el caso de Italia y España han abrazado el proyecto por lo general ciudades de tamaño pequeño-mediano, mientras en América Latina lo han hecho grandes ciudades como Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Mar del Plata en Argentina,

Bogotá y Medellín en Colombia, Lima en Perú, Montevideo en Uruguay, y Santiago en Chile.

En los últimos años se han creado redes nacionales o regionales para favorecer la coordinación y el intercambio de experiencias entre ciudades. En particular, desde el año 2000, la asociación Acción Educativa de Madrid organiza cada dos años un congreso nacional con todas las ciudades españolas que forman parte del proyecto «La ciudad de los niños» o que están interesadas en él. En 2014 se celebró el octavo encuentro. En 2012 Acción Educativa obtuvo el Premio Habitat de las Naciones Unidas gracias a esta experiencia con el proyecto «La ciudad de los niños».

Desde el año 2007, por deseo del gobernador Hermes Binner, la provincia de Santa Fe cuenta con un Laboratorio Latinoamericano, para extender el proyecto a las ciudades de la provincia de Santa Fe y ofrecer apoyo y coordinación a las ciudades argentinas y latinoamericanas que se han sumado a esta experiencia.

En 2014 con el apoyo de la Universidad de Deusto y de la administración autonómica del País Vasco se ha formado una red en esta comunidad.

Un libro a modo de caja de herramientas

El proyecto despierta mucho interés y cada vez más ciudades solicitan encuentros, conferencias, asesorías. Se me requiere en cientos de encuentros, lo que me mueve a publicar en 1996 este libro. Un libro cuyo propósito es ayudar a las ciudades interesadas en adherirse al proyecto, una especie de caja de herramientas que explica el significado de la propuesta, su filosofía, e ilustra sus propuestas operativas, teniendo como referencia sustancialmente la experiencia de Fano, que hasta entonces era la primera y la más organizada. Por supuesto, el efecto del libro fue justo el contrario del esperado por el autor y, en lugar de disminuir las peticiones de encuentros, viajes, cursos de formación, aumentaron de manera exponencial y preocupante hasta hoy.

De entre todos mis libros, este es el único que ha tenido la suerte de ser traducido a las cuatro lenguas del Estado español con los títulos La ciudad de los niños, La ciutat dels infants, Haurren Hiria, y A cidade dos nenos; asimismo, hay una edición argentina con varias reimpressiones y muchas ediciones en Italia.

En 2002 se consideró que era necesario reflejar las nuevas ideas, las nuevas experiencias, y se creyó que no sería suficiente una reedición ampliada del primer libro. Se publicó entonces *Se i bambini dicono: Adesso basta!* (Cuando los niños dicen ¡basta!) Este segundo libro pretendía ser la continuación y actualización de La ciudad de los niños, pero, en lugar de contar las experiencias de las diferentes ciudades, se prefirió conceder la palabra a los niños. Veintiséis frases con propuestas o quejas de los niños se convirtieron en los veintiséis capítulos del

libro. En cada uno de ellos el autor responde a dos preguntas: ¿Por qué un niño dice eso? ¿Qué se podría hacer si se escuchara a los niños? Surgió así un amplio análisis de la condición infantil actual y un vasto repertorio de las iniciativas, actividades y experiencias realizadas en las ciudades en estos años, y otras posibles, para dar respuestas concretas a las expectativas de los niños.³

Un primer balance pasados más de veinte años

Durante las presentaciones de este proyecto, con frecuencia se nos pide si podemos hacer un balance de estos más de veinte años, si podemos afirmar que en las ciudades sumadas al proyecto se han verificado cambios reales y de qué naturaleza. No es fácil dar una respuesta. Muchos proyectos similares al nuestro requieren, de las ciudades, el aumento y mejora de actividades y servicios en favor de la infancia. En estos casos la valoración es más sencilla si se consideran los cambios de un estado inicial a otro posterior, midiendo las horas de apertura de los servicios, los metros cuadrados de zonas verdes, los espacios disponibles para los niños. Pero en nuestro caso pedimos a las ciudades un cambio radical, casi una conversión. Por eso hablamos de una «nueva filosofía de gobierno de la ciudad». Por lo general, no se escucha a los niños, y sus ideas no se tienen en cuenta como componentes reales de la política administrativa de la ciudad. Lo habitual es que a los niños no se les permita salir solos de casa para ver a sus amigos, para conocer su ambiente y vivir con libertad la experiencia del juego.

Ofrecer a los niños estos espacios, estas oportunidades, plantea fuertes conflictos con los intereses de los adultos, de los políticos, de los profesores y de los propios padres. Los conflictos más frecuentes y significativos son contra el poder ilimitado de los automóviles, contra la desaparición del espacio público, contra la ocupación del tiempo libre con deberes y actividades extraescolares, contra el desinterés que muestran los adultos por las opiniones y las necesidades infantiles.

Con esta premisa como punto de partida, nos parece que estos son los cambios significativos que se observan en las actitudes de los adultos de las ciudades que participan en el proyecto.

Más tiempo dedicado a los niños

En todas las ciudades participantes los políticos han dedicado un tiempo significativamente mayor a las políticas de la infancia, a discutir intervenciones a su favor y a hablar directamente con los niños. Se han reforzado experiencias que ya se practicaban, como las visitas a las escuelas, y se han implantado otras más auténticas y cargadas de posibilidades.

Escuchar a los niños

El mejor canal de relación entre la política de la ciudad y los niños ha sido el Consejo de Niñas y Niños. Niños pequeños, escogidos por sorteo, que se reúnen periódicamente con un adulto para ofrecer al alcalde el punto de vista infantil, como postula el artículo 12 de la convención. Las autoridades de la ciudad escuchan a los niños y tratan de atender sus propuestas.

Cambio de las prioridades

En las ciudades más sensibles se suelen observar intervenciones a favor de los peatones y las bicicletas o del espacio público, pero a menudo estos puntos quedan en segundo plano ante los considerados urgentes y prioritarios, como el tráfico, los aparcamientos, las rotondas. En nuestras ciudades se ha aceptado cambiar el orden de las prioridades en muchas ocasiones, y privilegiar a los peatones frente a los automóviles, los barrios frente a las ciudades, los niños frente a los adultos, el juego frente al trabajo.

El caso de Pontevedra

Hace dos años volví a Pontevedra y el alcalde, al presentarme, dijo: «Francesco, esta es tu ciudad». Explicó que diez años antes había asistido a mi presentación del proyecto «La ciudad de los niños» y lo había convencido. Por aquel entonces ya era alcalde y desde ese momento ha tratado de modificar la ciudad para que respondiera a esas premisas. Y citó precisamente el problema de las prioridades. Yo había criticado el modo en que se afronta el tema de la movilidad urbana considerando prioritario el problema del tráfico privado y tratando de facilitarlo. Con este propósito se ensanchan los carriles de circulación, se crean rotondas, se aumentan los aparcamientos. El resultado es que se estrechan las aceras y es más complicado y peligroso moverse a pie. Proponía invertir las prioridades: partir de los problemas de los peatones, luego de los ciclistas, de los medios públicos y, por último, de los medios privados. En Pontevedra, una calle de nueve metros dedicaba seis a los coches y para los peatones y el mobiliario urbano (farolas, papeleras, bancos) quedaban dos aceras de un metro y medio. Los peatones debían andar en fila india y, si llevaban un cochecito de bebé o una silla de ruedas, era imposible. Han invertido las prioridades, examinando primero las necesidades de los peatones, y han decidido que en una acera debían poder pasar dos personas con un paraguas abierto (en Pontevedra llueve bastante). Como resultado, cada acera tiene dos metros y medio y, con el mobiliario, tres. Quedan tres metros para los coches: las calles son de un solo sentido y no hay plazas de aparcamiento. El otro problema que había planteado era el derecho de los peatones a tener una marcha continua, sin interrupciones o cambios de nivel (piénsese en quien se mueve en silla de ruedas). Hoy, en Pontevedra, todos los pasos de peatones están a la altura de las

aceras y son los coches los que deben subir y bajar. En Pontevedra la velocidad máxima en toda la ciudad es de 30 km/h y en el centro histórico de 20 km/h. Hace dos años que el Ayuntamiento invita a todos los niños de más de seis años a ir a la escuela a pie y sin adultos que los acompañen.

Una elección democrática

Elegir a los peatones en lugar de los automóviles significa quedarse con todos en lugar de con algunos, porque todos somos peatones, y peatones es lo único que somos todos. Algunos usan medios privados, otros públicos, otros la bicicleta, pero todos, en algún momento son peatones. Elegir la ciudad pequeña en lugar de la grande es también una elección democrática: todos vivimos en un barrio y muchos de sus habitantes no salen de él. Por tanto, es justo invertir en proyectos y recursos prioritariamente en la ciudad pequeña de los barrios para garantizar la máxima calidad de vida posible a todos los ciudadanos, partiendo de los más pequeños y los más débiles.

Aumento de la autonomía de movimiento

Muchas de nuestras ciudades se han embarcado en un proceso complicado, pero honesto, para invertir la tendencia, hoy aparentemente imparable, a limitar la autonomía de movimiento de las niñas y los niños en su propia ciudad. En algunas ciudades ya miles de niños, de los seis años en adelante, recorren todos los días sin adultos, con sus amigos, el trayecto entre su casa y la escuela, y por las tardes se encuentran para jugar. En todos estos años los niños de varios países y de ciudades de diferentes dimensiones y características sociales han demostrado que saben moverse con responsabilidad y seguridad.

Una nueva política de seguridad

El Consejo de las Niñas y los Niños de Rosario, una gran ciudad argentina donde los niños corren un peligro real de agresión y secuestro, ha reivindicado, sin embargo, su derecho a la autonomía. A la pregunta de cómo podía alcanzarse este objetivo, tras varias propuestas conformistas como «más policía», «más control de los adultos», «cámaras de vigilancia en las calles», que repetían lo que habían escuchado de los padres, de los profesores y en la televisión, un niño de los más pequeños propuso: «Los adultos deben ayudarnos, pero desde lejos». Una propuesta nueva, imprevisible, y que reclama un cambio: los adultos no deben comportarse como padres por separado, cada uno de su propio hijo, sino como ciudadanos, creando seguridad, preocupación, solidaridad. Frente a las tradicionales propuestas de la política de alcanzar mayores cotas de seguridad aumentando los instrumentos de defensa, muy costosos y poco eficaces, los niños proponen la política de la presencia, de la ocupación del espacio público, del interés de las personas por el espacio público y la seguridad, empezando por

la de los niños. Recuerdo con emoción cuando en Ciudad de México, quizá una de las ciudades más complejas a este respecto, el alcalde, tras escuchar mi propuesta, afirmó ante los niños, los políticos y los medios de comunicación que, a su parecer, esta era la auténtica revolución, devolver la autonomía a los niños para tener seguridad de nuevo en los barrios.

Un modo diverso de hacer política

Hermes Binner, alcalde de Rosario primero y gobernador de la provincia de Santa Fe después, suele repetir que ha aprendido a hacer política con el proyecto «La ciudad de las niñas y los niños». Lo que este proyecto le ha enseñado es que las decisiones políticas, si pretenden ser correctas y eficaces, deben ser siempre transversales e incluir todas las competencias de la Administración. Por ello sostenemos que este es un proyecto del alcalde, de la ciudad, y no de uno de sus sectores o competencias.

Interés por la investigación científica

El Laboratorio Internacional, en consonancia con los objetivos de nuestro órgano público de investigación, ha desarrollado en estos años programas de estudio para analizar los efectos de las actividades propuestas por el proyecto, tanto en los niños que han participado en él como en los adultos y el ambiente social. En esta actividad han participado otros organismos dedicados a la investigación y varias universidades de las ciudades de la red.

La necesidad de una nueva edición

Los libros tienen una vida, se escriben, se publican, a menudo son bien acogidos y tienen éxito, luego pierden su fuerza y su presencia, resulta difícil encontrarlos en las librerías y, por último, se agotan y desaparecen. Este libro ha tenido una vida larga y fructuosa, muchas traducciones y ediciones. Pero, por lo visto, el proyecto que propone tiene una vida más larga. Esta es la razón de que, una vez agotada la primera edición y ante las peticiones de personas interesadas y de nuevas ciudades que se asoman al proyecto, pidiera a Graó que le diera una nueva vida. Agradezco a la editorial la confianza que vuelve a concederme y espero que el libro siga acompañando a los administradores, profesores y padres interesados en esta nueva filosofía de gobierno de las ciudades.

20 de noviembre de 2014
(25 aniversario de la Convención de los Derechos del Niño)

1. Janusz Korczak (1878–1942) fue médico, pedagogo y escritor. Dedicó su vida a los niños judíos

huérfanos de Varsovia organizando el orfanato como una fascinante república infantil. Cuando los nazis deportaron a los pequeños huérfanos al campo de exterminio de Treblinka, Korczak, él, que podría haberse salvado, quiso acompañarlos y el 6 de agosto de 1942 entró con ellos en la cámara de gas.

2. Actualmente el Laboratorio Internacional del proyecto «La ciudad de las niñas y los niños» se ha integrado en el Instituto de Ciencias y Tecnologías de la Cognición del CNR (www.lacittadeibambini.org) y es gestionado por un grupo de trabajo dirigido por el autor y del que forman parte Antonella Prisco y Daniela Renzi.
3. Este libro publicado en catalán por Graó (2004) se publicará también en castellano en esta misma editorial (aprox.)

Prefacio

Norberto Bobbio

Querido Frato:

Me causó mucho placer recibir los borradores de tu libro. Los leí enseguida porque tú escribes con sencillez: claro, accesible, como una persona educada y amable que quiere a sus lectores y los ayuda a comprender el texto sin esfuerzo, con argumentaciones correctas, con palabras llanas del lenguaje común, con ejemplos que todos pueden comprender y que, como los que ofreces, forman parte de las experiencias de cada uno de nosotros. Me atrajo enseguida la hermosa imagen, que se lee al principio, según la cual la ciudad de hoy se convierte para los niños en el bosque de los cuentos. Antes, no hace demasiado tiempo, los niños tenían miedo del bosque, donde moraban los lobos y las brujas malvadas, mientras que se sentían a salvo en la ciudad. Ahora las cosas se han invertido, porque la ciudad se ha vuelto hostil: «gris, agresiva, peligrosa, monstruosa». El libro es un permanente elogio de la fantasía, de la creatividad, de la libertad, de la inteligencia, de la espontaneidad, de la extraordinaria riqueza de ideas y sentimientos, propias del mundo de los niños.

También para mí, no sólo para los niños, la ciudad es un infierno. Pero yo me protejo saliendo cada vez menos de casa. Mi vida puede transcurrir entre las cuatro paredes de mi estudio sin demasiados inconvenientes. Pero no he olvidado mi vida de niño. Por el contrario, reaparece cada vez con mayor nitidez en mi memoria. Los más hermosos recuerdos de mi infancia son los de las vacaciones en el campo, cuando jugábamos sin ningún peligro al aire libre y vagabundeábamos por los senderos, por donde pasaba de vez en cuando algún carro tirado por bueyes.

Pero también mi ciudad era totalmente distinta. Vivíamos en Turín en un barrio de reciente construcción, en una casa «señorial», como se decía entonces, en la esquina de una calle cortada, que acababa poco después de nuestro portal. Se llamaba calle del Gasómetro (hoy ha cambiado de nombre), porque el barrio se había construido donde estaba el viejo edificio, ya inexistente, que suministraba calor y luz a la ciudad (las farolas de las calles de mi niñez eran todavía a gas).

Bastaba bajar las escaleras para llegar a nuestra «sala de juegos». No había ningún peligro. Bajábamos solos. No jugábamos en la calzada, porque estaba empedrada. Jugábamos en la acera. Nuestros juegos eran juegos de «aceras». Y ahora, en la ciudad, esos juegos han desaparecido.

Entre ellos la peonza, que los más intrépidos cogían en sus manos mientras aún giraba y la lanzaban contra la peonza del adversario para derribarla; las

canicas (o bolindres) que se hacían deslizar con un golpe del índice y el pulgar; la «semana», juego más femenino, a decir verdad, que consistía en saltar a la pata coja sobre una figura dibujada con tiza en forma de rectángulo, donde cada casilla representaba un día y ganaba el primero en llegar al domingo sin caerse; los «sellos», como se llamaba a los cromos arrancados de las cajas de cerillas y a los que, una vez puestos uno sobre otro hasta formar una pequeña torre, se les asestaba un golpe desde lejos con una piedra plana haciéndola deslizarse por la acera y ganaba quien hacía caer más.

Unos años más tarde, cuando estábamos en el liceo, volviendo del colegio en grupos de cinco o seis que vivíamos por la misma zona, recorríamos una larga calle recta y desierta (hoy se ha vuelto casi intransitable de tantos coches aparcados a uno y otro lado, incluso en doble fila), tan desierta que avanzábamos dando patadas a una pelota, como si fuésemos los delanteros de un equipo de fútbol, hasta el momento en el que nos separábamos y cada uno tomaba el camino de su casa. A esa altura había una iglesia siempre cerrada cuyo portal nos servía de meta para nuestros últimos pelotazos.

Jugábamos también en los patios. Me pasaba horas en el balcón de la cocina mirando a los niños de las viviendas contiguas, que jugaban al escondite, a perseguirse, a las cuatro esquinas, a policías y ladrones. Era un poco como si jugase yo también con ellos: aprendía juegos nuevos, que practicaba con mis amigos en el pequeño patio de nuestra casa, donde el rey era el hijo de la portera, mucho más hábil que yo en todos los juegos.

Ahora también en los patios el espacio se ha reducido cada vez más. ¿Reducido por qué? Una vez más por los coches, que han empujado a los habitantes de las casas a construirse cada uno su propio garaje. Mis hijos no han jugado nunca en el patio. Y lo peor es que los «mayores» han comenzado a quejarse del jaleo que hacen los niños con su gritería y les han prohibido jugar por la tarde, a la hora en que regresan de la escuela. No se quejan, sin embargo, del ruido que hacen los coches al salir del garaje por la mañana y cuando vuelven por la tarde.

Es verdad, los niños han desaparecido de la ciudad. Se encuentran sólo en los parques donde sus juegos son los de rigor: el tobogán y el corro. Vivo en una larga calle con soportales, donde los niños podrían bajar a jugar sin ningún peligro. Pero se nota que se ha perdido la costumbre. Los soportales han sido contruidos no para que jueguen los niños, sino para favorecer a los comerciantes. Los soportales son, como las zonas peatonales, un espacio para las tiendas y, si acaso, para los mayores, que pueden pasear más libremente, mirando escaparates. A los niños sólo les interesan los de juguetes y algún raro local de venta de animales domésticos, como uno que hay bajo mi casa y que es parada forzosa de mis nietos cuando vienen a visitar a su abuelo.

No sé por qué te he contado estas cosas. Ha sido una forma de expresarte mi simpatía por tu ciudad ideal.

Advertencia y agradecimientos

La «Bibliografía», las entrevistas de las fichas 20, 21, 22 y 23 de la parte tercera y los datos de la ficha 9 fueron obra de Antonella Rissotto, colaboradora del Instituto de Psicología del CNR.

A los colegas Vito Consoli y Antonella Rissotto les agradezco la lectura y las correcciones de las distintas versiones de este libro.

Agradezco a los alcaldes de Fano y a los asesores que quisieran y defendieran el Laboratorio, a Beatrice Della Santa y Gabriella Peroni, que dieron forma y realidad a las ideas elaboradas en común; Paola Stolfa, Giovanna Mancini e Ippolito Lamedica, quienes hicieron crecer, como arquitectos y urbanistas, las ideas del Laboratorio, animando a los grupos de los niños proyectistas; Alfredo Pacassoni, que compartió el nacimiento del proyecto y sus primeros pasos.

Al alcalde y a la comisión de gobierno municipal de Palermo, les agradezco que crean en este proyecto y lo quieran plantear como desafío para el futuro de su ciudad.

Doy las gracias por su colaboración en las entrevistas a Fiorenzo Alfieri, Pilar Figueras, Raymond Lorenzo, Dario Manuetti y Carlo Pagliarini, amigo y compañero de lucha en favor de los niños, quien murió en junio de 1997, mientras se estaba traduciendo este libro, que también está dedicado a él.

Y, finalmente, gracias a todos aquellos que, voluntaria o involuntariamente, me sugirieron a mí, que soy un profano en muchos de los temas tratados, ideas y propuestas que, al no poder citarlos, he copiado y utilizado sin mayores escrúpulos.

Siglas

CNR	Consejo Nacional de Investigaciones
ISTAT	Instituto Italiano de Estadística
ANCI	Asociación Nacional de las Comunas Italianas
AICE	Asociación de Ciudades Educadoras
COOP	Cooperativa de Consumidores Italianos
CGD	Coordinadora de Padres Democráticos
INU	Instituto Nacional de Urbanística
WWF	Wild World Foundation
MCE	Movimiento de Cooperación Educativa

Introducción

Los ciudadanos sufren los males de la ciudad, pero no parecen pedir, al menos de manera explícita, que la ciudad cambie. Piensan que ya no es posible, están resignados. Piden entonces que se pueda vivir al menos un poco mejor, que se reduzcan las molestias. Piden así más servicios para soportar mejor el malestar de la ciudad.

Saben que quienes más sufren son los niños, no saben cómo ayudarlos y, entonces, cada vez más a menudo, deciden no tenerlos o, lisa y llanamente, dejar de tenerlos: «¿Cómo se hace para tener niños en estas condiciones?»

Quien tiene más conciencia, quien tiene más medios, deja en cambio la ciudad y se va a vivir a lugares pequeños o al campo: «¡Sólo se vive una vez!»

Dos modos de huir y de manifestar impotencia y desesperación. Actitudes que dejan a la ciudad más sola y desvalida.

Pero hoy en la ciudad hay una persona importante, el alcalde; importante porque sus conciudadanos, y no su partido, le han entregado el gobierno de la ciudad. Probablemente, un alcalde puede ganar los votos para ser reelegido dando mejores servicios todavía, haciendo más soportable la ciudad, de modo que al final de su mandato sus electores puedan decir: «Hoy se está mejor que hace cuatro años» y decidan reelegirlo. Pero si un alcalde, más que en su reelección piensa en el futuro de la ciudad, en los hijos y en los nietos de sus conciudadanos, entonces debe poner en movimiento la esperanza. Debe participar en un sueño: creer que su ciudad mañana volverá a ser hermosa, sana, segura; podrá tener a sus niños jugando en la calle otra vez. Debe comenzar pues a trabajar con su equipo de gobierno, con todos sus colegas adultos, para ver realizado el sueño de que ser niño vuelva a valer la pena.

En estos últimos años, muchos alcaldes italianos y extranjeros, interpretando una necesidad de sus conciudadanos y de sus ciudades, han manifestado interés en el proyecto que presento en estas páginas. En la acogida de las propuestas, algunas de sentido común, otras atrevidas, otras provocadoras, he percibido la urgencia de una solución que las fórmulas razonables de la política y de la economía no parece que puedan aportar.

En respuesta a esta urgencia el libro nace de prisa. Después de muchas conferencias, de muchas reuniones con la comisión de gobierno municipal, de muchos coloquios, creí necesario un instrumento para continuar un debate sobre las ideas y una confrontación de las iniciativas. Me excuso por la forma directa y coloquial, las posibles repeticiones y los excesivos subrayados. Es un material de trabajo que quiere crecer y mejorar gracias a la contribución de todos aquellos que quieren reconocerlo y utilizarlo.

Análisis de un malestar

Antecedente: antes teníamos miedo del bosque

Antes teníamos miedo del bosque. Era el bosque del lobo, del ogro, de la oscuridad. Era el lugar donde podíamos perdernos. Cuando nuestros abuelos nos contaban cuentos, el bosque era el lugar preferido para ocultar trampas, enemigos, angustias. En cuanto el personaje entraba en el bosque comenzábamos a tener miedo, sabíamos que podía ocurrir algo, que algo ocurriría. El relato se hacía más lento, la voz más grave, nos estrechábamos unos a otros y esperábamos lo peor. El bosque atemorizaba con sus sombras, sus rumores siniestros, el canto lúgubre del cuco, las ramas que podían atraparte de repente.

En cambio, nos sentíamos seguros entre las casas, en la ciudad, entre los vecinos. Era éste el lugar donde buscábamos a nuestros compañeros y nos encontrábamos para jugar juntos. Allí cada uno ocupaba su sitio, allí nos escondíamos, allí organizábamos la pandilla, para jugar a las visitas, para enterrar el tesoro. Era el sitio donde construíamos los juguetes, según modalidades y destrezas tomadas de los adultos y aprovechando los recursos que el medio ofrecía. Era nuestro mundo.

Todo ha cambiado en el curso de pocas décadas. Ha habido una transformación tremenda, rápida, total, como nunca antes se viera en nuestra sociedad, al menos en ningún documento de la historia escrita.

Por una parte la ciudad ha perdido sus características, se ha vuelto peligrosa y hostil; por otra han surgido los verdes, los ecologistas, los defensores de los animales, reivindicando el verde y el bosque. El bosque se ha vuelto bello, luminoso, objeto de sueños y deseo; la ciudad se ha vuelto fea, gris, agresiva, peligrosa, monstruosa.

La ciudad

En las últimas décadas, y de manera clamorosa en los últimos cincuenta años, la ciudad, nacida como lugar de encuentro y de intercambio, ha descubierto el valor comercial del espacio y ha trastornado todos los conceptos de equilibrio, de bienestar y de convivencia, para cultivar sólo programas a fin de obtener beneficios. Se ha vendido. Hasta hace muy poco los pobres y los ricos vivían cerca unos de otros. Claro que sus casas eran distintas, unas de pobres y otras de ricos, pero surgían en los mismos barrios. Después se dio un valor diferente al terreno según su cercanía del centro de la ciudad y esto lo trastornó todo. Los pobres no pudieron rehabilitar sus casuchas malsanas y sin servicios; «prefirieron» venderlas para poder trasladarse a la periferia, a casas todas iguales e idénticas a las que muestra la televisión.

Los centros históricos se han convertido en oficinas, bancos, restaurantes de comida rápida, sedes centrales de grandes compañías, viviendas ricas y sofisticadas. Al anochecer el centro de la ciudad se vacía y se vuelve peligroso, la gente tiene miedo de andar sola por la calle, hay drogados, ladrones, malhechores. Los centros históricos, tan diferentes y ricos por provenir de siglos de historia y de cultura, del placer de las cosas bellas y no sólo útiles, ya no son objeto de cuidado y preocupación de los habitantes. Los lugares más hermosos de nuestro país están negados al juego y a la experiencia de los niños, al paseo y al recuerdo de los ancianos.

Las periferias, en cambio, han nacido en pocos años, sin plazas, sin verde, sin monumentos. Las periferias son iguales en todo el mundo: los mismos bloques, las mismas calles anchas y rectas, el mismo abandono; porque no nacieron de la lenta y constante preocupación de los hombres por tener lugares de vida aptos y confortables para sí mismos y para sus descendientes, sino sólo merced al impulso arrollador de la especulación.

La ciudad ya no tiene habitantes, ya no tiene personas que viven sus calles, sus espacios: el centro es un lugar para trabajar, comprar, ir a la oficina, pero no para vivir allí; la periferia es el lugar donde no se vive, sólo se duerme... La ciudad ha perdido su vida.

La ciudad se ha convertido en el bosque de nuestros cuentos.

El castillo medieval era grande, poderoso, rico y casi deshabitado, circundado por cuchitriles, por los tugurios del burgo, donde habitaban los campesinos y los artesanos que vivían de su trabajo y de la protección que les ofrecía el señor del castillo.

Cuando nacen las ciudades se rompe este vínculo jerárquico y los ciudadanos se encuentran en un territorio común y, aun manteniendo clases y condiciones diversas, comparten el espacio. La plaza se convierte en el símbolo de la ciudad y en la plaza se enfrentan el Ayuntamiento, la catedral, el cuartel del ejército y el mercado. La ciudad es el lugar donde los ciudadanos se encuentran para vender

y comprar, para defenderse, para rezar, para administrar justicia.

Hoy da la impresión de que la ciudad ha vuelto al modelo medieval: el centro histórico rico y poco habitado, rodeado de una periferia pobre y a veces mísera, que depende para sobrevivir del centro rico.



La ciudad ha renunciado a ser lugar de encuentro y de intercambio y ha optado por la separación y la especialización como nuevos criterios de desarrollo. Separación y especialización de los espacios y de las competencias: sitios diferentes para personas diferentes, sitios diferentes para funciones diferentes. El centro histórico para los bancos, las tiendas lujosas, la diversión; la periferia para dormir. También están los lugares de los niños: la guardería, el parque, la biblioteca; los lugares de los ancianos: los centros de día, la residencia geriátrica; los lugares del conocimiento: de la escuela infantil a la universidad; los lugares especializados para las compras: el supermercado, el centro comercial. También está el hospital, el lugar de la enfermedad.

Un ejemplo: la familia, la casa

Ir al hospital era antes un hecho totalmente excepcional, por graves enfermedades y graves accidentes. La enfermedad era una experiencia doméstica. Hoy la gente va al hospital para una prueba cualquiera, para una revisión, para un control: se nace, se vive la enfermedad y se muere casi siempre fuera de casa, en lugares separados y especializados. La familia ha perdido la capacidad de soportar experiencias tan ricas y tan fuertes, que en la alegría y en el dolor la ponían a prueba, le exigían continuas adaptaciones, la consolidaban.

Se sabe que el nacimiento en un hospital ha significado la vida para muchas mujeres y para muchos niños, pero ahora las condiciones económicas, higiénicas y sociales permitirían a la enorme mayoría de las familias vivir en su propia casa la experiencia extraordinaria del parto. Este cambio, que ya se está produciendo en muchos países del norte de Europa, garantizaría un ahorro económico y daría la posibilidad de nacer dentro de la familia, entre los brazos del padre, cerca de los hermanos.¹ Lo mismo puede decirse de la mayoría de los estados de enfermedad y de la gran experiencia de la muerte. ¿Qué persiste entonces como experiencia familiar? Sólo la rutina, lo que se repite sin emociones ni variaciones cada día. Se habla mucho de crisis de la familia; habría que ayudarla a vivir experiencias importantes como éstas para ponerla de nuevo en pie, para darle fuerza. Para ello haría falta una clara voluntad y disponibilidad al cambio, a ir hacia adelante de un modo nuevo, teniendo presente las nuevas condiciones.

Y junto con la familia se ha transformado también la casa, respondiendo a estas nuevas necesidades. Es una casa sin niños, sin ancianos. Se ha desarrollado en altura respondiendo a la especulación en las áreas urbanas y sin pensar en cómo podrá bajar a jugar con sus amigos un niño de cuatro o cinco años, ni en cómo podrá seguir viviendo sin enloquecer un anciano que ya no puede ver sus lugares habituales, pasear, encontrar un amigo. Es una casa que ya no sabe prever ni soportar el alboroto de los niños que juegan, mientras se ha adaptado muy bien al ruido espantoso de las sirenas, de los cláxones. Sin embargo las escaleras han sido desde siempre un lugar privilegiado de juego, tanto como los zaguanes y los patios y los adultos siempre han sabido aceptar y tolerar ese alboroto sano, aunque fastidioso, de los niños que juegan. Para estos prisioneros pequeños y viejos han inventado los balcones, de nuevo espacios separados, lejanos, ficticios.

Otro ejemplo: el centro comercial

La ciudad como ámbito unitario, como ecosistema –diría hoy un ecologista– está desapareciendo y se está transformando cada vez más en la suma de lugares especializados, autónomos y autosuficientes, cada uno con su propio aparcamiento, su propio bar, el cajero automático, su guarda jurado... En definitiva, cada lugar tiende a ser una pequeña ciudad. Antes, comprar significaba hacer un recorrido, entrar en lugares diferentes, encontrar a varias personas, cada día las mismas, como para poder retomar al día siguiente una confidencia, una historia o comunicarse la última noticia. Hoy, para comprar, uno se traslada a otra zona de la ciudad, donde se puede adquirir todo, incluso una sola vez al mes. Un ejemplo típico es el del centro comercial, que está surgiendo en los márgenes de la ciudad proponiéndose como ciudad pequeña, autónoma,

eficiente y disfrutable. Ciudad sin coches, con calles y plazuelas, segura para los niños, para quienes se crean a menudo espacios específicos y asistidos; donde se puede comer, hacer operaciones bancarias, ir a la peluquería y naturalmente comprar, comprar de todo. Un bonito lugar para muchas familias, donde citarse para pasar juntos el sábado. El deterioro hace inhabitable la ciudad y nos defendemos construyendo lugares seguros, protegidos, donde pasar tranquilos nuestro tiempo libre.

Ésta es una tendencia constante en la ciudad de hoy, coherente con la lógica de la separación y de la especialización: crear servicios, estructuras cada vez más independientes y autosuficientes. Esto ocurre con el hospital, con el estadio, con los grandes museos, con el campus universitario.

El equívoco de los servicios

La separación produce sin duda disgusto, malestar, crea en las personas desgarramientos con la propia historia, con los propios afectos, obstaculiza la comunicación, el encuentro, la solidaridad. Los administradores de la ciudad, responsables de esta perversa transformación de las características de la vida urbana, deben recuperar de algún modo el consenso de sus ciudadanos y ante todo de sus electores; si no lo hicieran se arriesgarían a la pérdida de su poder. En algunos casos, bastante frecuentes, los administradores han preferido no hacerse cargo del disgusto de los ciudadanos y han conquistado su consenso con formas innobles de pactos electoralistas, pero estos no interesan a nuestro discurso. En cambio, en otros casos, los administradores se han hecho cargo del malestar de sus conciudadanos y han desarrollado, como compensación de los disgustos y como garantía del consenso, la política de los servicios. Los servicios públicos se han vuelto el símbolo y el alarde de la buena administración: «¿Estás obligado a vivir lejos del centro urbano, lejos de las oficinas, de los lugares de diversión y de cultura? No te preocupes, pongo a tu disposición medios de transporte público cada vez más rápidos, cada vez más eficientes». «¿No sabes qué hacer con tus hijos, no tienes posibilidad ni tiempo de poderlos educar? No te preocupes, abriré para ti guarderías, centros de encuentro, bibliotecas...» «¿No sabes cómo atender a tus ancianos en tu pequeño apartamento del duodécimo piso, con el horario de trabajo que tienes? No te preocupes, te ofrezco centros para la tercera edad, viajes, vacaciones y residencias de ancianos».²

La especialización califica el servicio y compensa la separación. A los niños y a los ancianos no se les permite o se les hace difícil vivir con su propia familia, en su propia casa, en su ciudad, pero se les ofrece lo mejor que pueden asegurar la moderna psicología, pedagogía, pediatría, dietética, geriatría. Mejor de lo que podría hacerlo la familia. Lo importante es que el ciudadano que vota quede

satisfecho y lo sea en el breve período del mandato electoral. Los tiempos de los políticos son breves, deben superar exámenes cada cuatro años; los proyectos a largo plazo no dan resultados inmediatos, no traen votos.

En toda esta operación, que puede parecer razonable y hasta meritoria, hay algo inquietante, diabólico: la pérdida de la esperanza, la resignación. La ciudad se da por perdida; los servicios, los servicios mejores, ayudan a soportarla, sin esperar cambiarla: «Es el precio del progreso», «No se puede volver atrás». Parece que el progreso es una oferta global «con todo incluido»: el auto móvil y la lavadora, junto con las ventajas, llevan necesariamente a la contaminación, la droga, la violencia, el miedo. Todo junto, lo tomas o lo dejas.

Un acuerdo entre adultos

En esta situación, difícil para todos, el que más sufre es el niño. Con él la compensación, la valoración económica del daño, no funciona. Los servicios pensados para el adulto no son buenos para el niño. Si le quitamos el pequeño espacio para jugar en casa y se lo devolvemos tal vez cien veces más rico y más grande a un kilómetro de distancia, según la lógica de la separación y de la especialización, de hecho se lo hemos quitado: al parque lejano sólo puede ir si un adulto lo acompaña, es decir aceptando sus horarios; puede ir sólo si se cambia de ropa, de otro modo daría vergüenza llevarlo, pero si se cambia de ropa no se puede ensuciar y si no se puede ensuciar no puede jugar; quien lo acompaña debe esperarlo y mientras lo espera lo vigila y no se puede jugar bajo control.

Los parques son un interesante ejemplo de cómo los servicios son pensados por los adultos para los adultos y no para los niños, aunque oficialmente estos sean los destinatarios. Estos espacios para niños son todos iguales, en todo el mundo, al menos en el occidental, rigurosamente nivelados, a menudo cercados y siempre dotados de toboganes, columpios y tirovivos.

El primer instrumento que entra en acción para la realización de un jardincillo, de un parque para niños, es la apisonadora. Da la impresión de que, según los adultos, a los niños les gusta jugar en espacios llanos cuando en realidad el espacio horizontal les impide esconderse que es, por cierto, una parte importante del juego. Pero el terreno plano no exige mucha vigilancia. ¡El niño debe jugar vigilado! Los adultos hemos olvidado rápidamente que el juego está ligado al placer y el placer se asocia mal con el control y la vigilancia (ipensemos en nuestras experiencias de placer de adultos!).

Un segundo aspecto inquietante es que son los adultos quienes indican qué juegos debe haber para los niños en estos espacios. Las instalaciones están pensadas para actividades repetitivas, triviales, como mecerse, deslizarse y girar,

como si el niño se asemejase más a un hámster³ que a un explorador, a un investigador, a un inventor. Son juguetes para juegos específicos, que deben usarse tal como los adultos los han pensado porque, dado que muy pronto los niños se aburren, para hacerlos diferentes y nuevos intentan utilizarlos de manera no ortodoxa y así se vuelven también peligrosos: saltar del tiiovivo en movimiento, deslizarse por el tobogán cabeza abajo, columpiarse sujetos a una sola cuerda del columpio como los corsarios al abordaje o sujetos a las dos cuerdas cabeza abajo.

Los parques de juego son todos iguales porque representan un estereotipo: la presencia de toboganes, columpios y tiovivos garantizan que el adulto progenitor se dé fácilmente cuenta de que el adulto administrador ha utilizado el dinero público para construir un servicio para su hijo. Que finalmente a los niños no les guste tiene muy poca importancia.

También los otros servicios para la infancia son pensados para los adultos y no para los niños. «Queremos guarderías para las madres trabajadoras», se decía en la década de los años setenta. En ciudades donde hay profusión de empleo de mano de obra femenina, las guarderías pueden permanecer abiertas hasta diez o doce horas al día, porque ésta es la demanda social de los trabajadores. Pero, ¿cuál es la demanda de los niños? Sin duda la de no quedarse solos en casa, la de tener ocasiones de encuentro con sus pequeños amigos; pero, ¿puede un niño de uno o dos años resistir ocho o diez horas en un lugar tan grande, expuesto a una socialización forzada, al alboroto, a estímulos continuos, sin posibilidad de esconderse, de escapar? Esto no se lo hemos preguntado. ¡Y en cambio los adultos, los empleados de la guardería, se sustituyen para garantizar el servicio en tres turnos diferentes, porque se afirma que no pueden soportar una carga de trabajo mayor de las cuatro o cinco horas al día!

Otro ejemplo, más cotidiano y por ello más inquietante. Cuando surgió un conflicto entre los horarios de trabajo de los adultos y los horarios de los niños – por ejemplo los adultos deben fichar a las ocho y los niños deben entrar en la escuela a las ocho y media–, ¿cómo reaccionamos? Sin ninguna vacilación, en todas las ciudades, solicitamos a los Ayuntamientos que se crease un nuevo servicio, la «pre-escuela», que acogiera a los niños desde las siete y media: acabamos cargando la espalda de nuestros hijos con una hora más de trabajo. Podríamos haber pensado en otras soluciones, deberíamos haber evitado que pagasen los más pequeños. Podríamos haber pedido a nuestros sindicatos que modificasen los convenios laborales de tal modo que, si en una familia hay un niño que va a la escuela, uno de los padres pudiera hacer flexible su horario de trabajo y entrar después del comienzo de las clases. No sé si sería posible conseguirlo, pero me preocupa que no lo hayamos intentado y ni siquiera nos hayamos detenido a pensarlo.

-
1. Mumford (1945), que define a los hospitales como «almacenes de las enfermedades», refiriéndose a la situación americana hablaba ya entonces de la necesidad de evitar el parto en el hospital (véase Apéndice 3).
 2. Encontré en el aeropuerto a un señor que volvía de un viaje a Japón, donde había participado en una muestra comercial. Lo habían alojado en un hotel que estaba a 150 kilómetros del lugar de la muestra y cada mañana un tren lo «disparaba» en apenas media hora desde el hotel hasta su destino, el mismo tiempo que a mí me lleva recorrer en Roma la distancia de casa al Instituto. ¡Un servicio sumamente eficiente que, sin embargo, vuelve natural hacer residir a una persona a 150 kilómetros de la ciudad donde trabaja!
 3. Girar en la rueda, que tradicionalmente equipa su jaula, no le gusta ni siquiera a los hámsters, que en su vida en la naturaleza, en Oriente Medio, pueden vivir aventuras sin duda más interesantes y más azarosas.

Entonces, ¿qué hacer?

La ciudad se ha vuelto hostil para sus propios habitantes, insolidaria y carente de hospitalidad. El automóvil ya es el amo de la ciudad; genera peligro, contaminación acústica y de la atmósfera, vibraciones, ocupación del suelo público. Las calles son peligrosas, pero en esta ciudad debemos vivir y especialmente quien tiene hijos siente la necesidad y la urgencia de encontrar una solución.

La solución privada de la defensa

La solución que nuestra sociedad difunde enérgicamente a través de sus medios de comunicación, la producción comercial, sus técnicos (psicólogos, educadores, consultores familiares) es la individualista, la privada. Es la que justifica la situación actual como necesaria consecuencia y costo del progreso y que lanza recomendaciones como: «Los padres deben estar más con sus hijos»; «No hay nadie mejor que papá y mamá para estar con los niños»; «Debemos jugar más con nuestros hijos». Estas sugerencias crean naturalmente un chirriante contraste con la vida acelerada, con las horas de desplazamiento, con las ganas de relajarse un poco al llegar a casa. Generan intensos sentimientos de culpa. Ponen a los adultos en las mejores condiciones para aprovechar complacidos los innumerables productos comerciales. De ahí el doble mensaje que nuestra sociedad dirige hoy a sus ciudadanos: defendeos y comprad.

Ante todo, pues, el camino de la defensa. La casa entendida como refugio antiatómico: fuera, el peligro, los malvados, el tráfico, la droga, la violencia, el bosque oscuro y amenazador; dentro, la seguridad, la autonomía, la tranquilidad, la casita segura de los tres cerditos o, si se prefiere, el castillo medieval amurallado y con el puente elevado. Se colocan puertas blindadas con mirilla para ver sin ser vistos; se instalan porteros automáticos con vídeo, sistemas de alarma; las normas de la comunidad de vecinos impiden la entrada a los extraños. Se enseña al niño a no abrir a nadie, a no detenerse a hablar con nadie, a no aceptar nada de desconocidos.⁴

Y finalmente comprar más, ya que por suerte la producción comercial es

sensible a las necesidades del hombre moderno. Dentro de casa está todo lo que sirve para sentirse bien y tranquilos, a solas, incluso durante mucho tiempo: televisor, vídeo, videojuegos y juguetes, juguetes hasta decir basta.

En nuestras casas se percibe una extraña sensación, una especie de orgullo por haberlas hecho capaces de resistir a un impreciso peligro que podría presentarse. El interior es ordenado, confortable, relajante, mientras que el exterior es caótico, abrumador y angustiante. El congelador está lleno de alimentos que pueden durar meses, la colección de vídeos nos permite tener las películas que más nos gustan en nuestra casa. ¡En nuestras casas estaremos bien suceda lo que suceda fuera! Es el exasperado encierro en lo privado.

Antes se invertía casi todo en la ciudad, en lo público. La casa era modesta, servía para lo mínimo indispensable. La verdadera «habitación» era la ciudad, que debía ser hermosa, acogedora, apta para el paseo, para el encuentro, para el gasto, para el juego. Hoy se ha invertido la tendencia, se invierte todo en lo privado, en la casa, que se vuelve cada vez más refugio y fortaleza.



Defenderse, resolver cada uno los problemas por su cuenta, encerrarse en casa, significa abandonar la ciudad. La ciudad abandonada se hace aún más peligrosa, agresiva, inhumana. Entonces hay que reforzar los medios y las

actitudes defensivas. Pero estos producirán mayor aislamiento y abandono y, a su vez, determinarán un aumento del peligro ambiental. Se desarrolla así una espiral perversa, sin futuro.

De este proceso tenemos ya varias señales, en nuestra sociedad y en las otras sociedades más «desarrolladas». En los últimos años, en nuestras ciudades ha habido una rápida y progresiva militarización: se han armado los policías municipales; han aparecido cada vez más vigilantes privados junto a los bancos, las entidades públicas y las privadas. Han aumentado también los controles personales, los detectores de metales, para entrar en el aeropuerto, en el banco; pero hay controles electrónicos también a la salida de algunas tiendas, librerías, supermercados. Hay cristales blindados que protegen las taquillas de las estaciones y para pedir un billete debemos hablar a través de amplificadores, precisamente como en los locutorios de las cárceles de máxima seguridad. Hemos llegado al absurdo: usan las sirenas para el transporte de los valores postales: miedos continuos y sobresaltos por culpa del dinero! Y de todo esto ya no nos sorprendemos, nos parecen defensas adecuadas y legítimas.

En Estados Unidos, después de haber blindado las puertas, los ciudadanos comunes se han armado y en uno de sus estados se permite que los estudiantes vayan al colegio con armas. Estas noticias afortunadamente nos parecen aberrantes,⁵ aún nos escandalizan, pero son sólo la consecuencia coherente de la espiral perversa de la defensa y de la violencia.

La solución social de la participación

Existe un segundo camino, una segunda solución, contraria a la defensa. Es la que rechaza la resignación y denuncia este «progreso» apresurado, deseado sólo por algunos, al servicio de intereses que nada tienen que ver con el bien público, con la felicidad de los ciudadanos, con la calidad de vida. Es la que considera que el problema no es individual y personal, sino social y político. Es la solución que pretende que la tendencia cambie, que la ciudad cambie; que no quiere volver atrás, pero que quiere ir adelante de un modo diferente, nuevo, adecuado a la complejidad y a la riqueza del mundo de hoy, pero sin renunciar a lo social, a la solidaridad, a la felicidad.

El ciudadano medio

Hasta ahora, y con mayor acento en las últimas décadas, se ha pensado, proyectado y evaluado la ciudad tomando como parámetro un ciudadano medio con las características de adulto, hombre y trabajador, y que corresponde al

elector fuerte. De este modo la ciudad ha perdido a los ciudadanos no adultos, no hombres y no trabajadores, ciudadanos de segunda categoría, con menos derechos o sin ellos.

Para subir al autobús o al tren hay que estar en buena forma física, bien entrenados, porque para subir hace falta superar un desnivel de casi medio metro. Un niño, una persona anciana o incluso simplemente una mujer con falda estrecha no saldrían airosos de la empresa.

Los nuevos barrios, populosos y feos, de la periferia se llaman «ciudades dormitorio». Pero, ¿«dormitorio» para quiénes? Sólo para los adultos trabajadores que se van por la mañana y vuelven por la noche. Sus hijos, sus padres, incluso a menudo sus mujeres, viven allí; para ellos esos barrios no son «dormitorio», sino «residencia». Y entonces no tiene sentido caracterizarlos con ese nombre como si justificásemos la ausencia de lugares sociales, de encuentro y de ocio, porque «al fin y al cabo allí sólo se duerme».

El niño como parámetro

La propuesta es, pues, sustituir al ciudadano medio, adulto, hombre y trabajador por el niño.

No se trata de ofrecer iniciativas, oportunidades, estructuras nuevas para los niños, de defender los derechos de un componente social débil. No se trata de modificar, actualizar, mejorar los servicios para la infancia, que sigue siendo naturalmente un deber importante de la administración pública.

Se trata, en cambio, de conseguir que la Administración baje sus ojos hasta la altura del niño, para no perder de vista a ninguno.

Se trata de aceptar la diversidad intrínseca del niño como garantía de todas las diversidades.

La objeción de quienes alegan que los únicos habitantes no son los niños no es pertinente, porque se trata de adoptar una óptica nueva, una filosofía nueva para evaluar, programar, proyectar y modificar la ciudad. Quien sea capaz de contemplar las necesidades y los deseos de los niños no tendrá dificultades en tener en cuenta la necesidad del anciano, del minusválido, de personas de otras comunidades. Porque el problema fundamental es aprender a aceptar la diversidad, y el niño es diverso, incluso probablemente el niño difiere más de su padre de lo que difiere un adulto blanco de un adulto negro.

Se supone que cuando la ciudad sea más apta para los niños será más apta para todos.

Es una propuesta concreta, que nace de una experiencia iniciada en 1991 por el Ayuntamiento italiano de Fano⁶ y que hoy despierta el interés y la adhesión de muchas ciudades italianas y extranjeras.

Es una propuesta que tiene en el alcalde su referente natural y que éste garantiza y pone en la base de las propuestas de su política de administración de la ciudad.⁷ Es una opción que el gobierno municipal comparte, considerándola una prueba continúa y un empeño indirecto que «contamina» la actividad de todas las concejalías y de todas las acciones administrativas, de las urbanísticas a las sanitarias, de las del tiempo libre a las comerciales.

4. ¡Y después en la escuela, pero también en las familias democráticas, se pretende educar a los hijos en la tolerancia, en la solidaridad, en la paz, en la multiculturalidad, lo que equivaldría a abrirse a los demás, creer en los demás y estar convencidos de que los demás tienen algo importante que darnos!
5. ¡Hoy, en los Estados Unidos, hay ocho millones de personas que trabajan en empresas de seguridad, muchas más que las que trabajan en la metalurgia!
6. Fano es una ciudad de unos 60.000 habitantes, sobre la costa adriática, en la región de las Marcas, entre Pesaro, Urbino y Ancona. Es de origen romano (Fanum Fortunae), rica en monumentos románicos y barrocos. Su economía tradicional se dividía entre la actividad portuaria y la agricultura. Actualmente sus habitantes viven de la pesca, el turismo balneario y pequeñas industrias.
7. La nueva ley electoral italiana, que permite que los ciudadanos elijan directamente al alcalde de manera bastante autónoma respecto de los partidos y otorga al mandatario municipal el poder de nombrar su propio equipo de gobierno, con un programa propio y la posibilidad de agotar la legislatura, hace de él el verdadero representante democrático de la ciudad. En estos primeros años de experiencia y en un momento tan difícil para la política italiana, parece que son precisamente los alcaldes las personas que están proponiendo un modo nuevo de hacer política en Italia.

¿Por qué justamente el niño?

¿Por qué adoptar al niño como parámetro? La elección no pretende ser provocativa ni paradójica, tiene precisas motivaciones psicológicas y sociológicas, importantes antecedentes históricos, un alto significado moral y también, según creo, un fuerte peso político.

La infancia en la historia del hombre: la primacía del juego

No es verdad que el niño no sabe nada, que es una hoja en blanco en la que todo debe escribirse y que corresponderán a la escuela la responsabilidad y el mérito de las primeras y fundamentales enseñanzas. La verdad es todo lo contrario. El desarrollo del niño es más rápido justamente en los primeros días, en los primeros meses y en los primeros años de vida, según los resultados de la investigación científica; la explosión se produce después del nacimiento y no entorno a los seis años con el inicio de la llamada edad de la razón. Antes de que un niño entre por primera vez en un aula escolar ya han sucedido las cosas más decisivas: los aprendizajes más importantes, aquellos sobre los que deberá construirse todo el conocimiento sucesivo, ya se han adquirido o, en caso contrario, difícilmente podrán recuperarse.

Pero, ¿cómo se puede explicar un fenómeno tan desconcertante? En los primeros años de vida no hay maestros, no se usan materiales didácticos ni se redactan programas. Entonces, ¿a qué podemos atribuir el mérito de un progreso tan importante? Me parece que no tenemos otra alternativa que atribuirlo a la más significativa actividad de estos primeros años: el juego. ¿Por qué esta actividad infantil tiene un poder tan grande? El niño vive en el juego una experiencia inusual en la vida del adulto: la de enfrentarse por sí solo con la complejidad del mundo; él con su permanente curiosidad, con todo lo que sabe y lo que sabe hacer, con todo lo que no sabe y que desea saber, frente al mundo con todos sus estímulos, sus novedades, su fascinación. Y jugar significa recortar cada vez un detalle de este mundo: un detalle que comprenderá a un amigo, los

objetos, las reglas, un espacio que ocupar, un tiempo que administrar, riesgos que correr. Con una libertad total, porque lo que no se puede hacer se inventa. Es precisamente gracias a esta complejidad por la que en los primeros años se realizan los aprendizajes más importantes de toda la vida del hombre. Ningún adulto podrá prever ni medir cuánto aprende un niño que juega y esa cantidad será siempre superior a la que podríamos imaginar. Nadie podrá programar o acelerar este proceso, a riesgo de impedirlo o empobrecerlo. Tal vez sería más útil para los niños que estos conocimientos se mantuviesen ocultos porque, si llegasen a oídos de los adultos, a estos se les podría ocurrir ayudarlos, sostenerlos con oportunas enseñanzas y materiales didácticos. Acabaría faltando así la condición principal de este prodigio, es decir que los adultos «dejen hacer», «dejen jugar» a los niños. El juego del niño, antes y fuera de la escuela, es «perder tiempo», es perderse en el tiempo, es encontrarse con el mundo en una relación excitante, llena de misterio, de riesgo, de aventura. Y el motor es de los más poderosos que el hombre conozca: el placer. Es por eso que un niño, por jugar, puede olvidarse hasta de comer. El juego libre y espontáneo del niño se asemeja a las experiencias más elevadas y extraordinarias del adulto, como la investigación científica, la exploración, el arte, la mística; las experiencias, precisamente, en las que el hombre se encuentra frente a la complejidad, en las que encuentra de nuevo la posibilidad de dejarse conducir por el gran motor del placer.

Las propuestas educativas, aunque necesarias, se mueven en cambio en un nivel más bajo, menos estimulante y por ello menos productivo.⁸ En la propuesta educativa el alumno acaba privado del excitante encuentro con la complejidad y del escalofrío de recortar autónomamente una parte de ella. Es el adulto quien propone al alumno una porción de ese mundo complejo, de tal modo que la actividad requerida produzca con seguridad y en los tiempos previstos los aprendizajes deseados. Así desprendido del conjunto, ese fragmento de mundo pierde toda su fascinación y su misterio, se torna incomprensible, y sirve sólo para aprender en la escuela. Para estar más seguros del resultado, los docentes suelen sustituir la complejidad del mundo real por la más controlable de la propuesta didáctica, del ejercicio, del libro de texto. El control es así absoluto, pero en general el resultado es pobre, casi siempre inferior a las expectativas y contradictorio: mientras aprende, el alumno rechaza aquello que le enseñan, no lo hace suyo, no se modifica gracias a ello. Nace un aprendizaje paralelo, que sirve sólo en la escuela, hasta el último tema de clase, hasta el último examen y se acabó. En la escuela, por ejemplo, todos sabemos que es el sol el que está quieto con respecto a la tierra y que ésta gira, pero en la vida cotidiana todos seguimos diciendo, y probablemente seguiremos pensando, que el sol sale y que se pone, es decir se mueve. ¡Esto lo dice todos los días hasta la televisión!

La escuela, con esta simplificación, con la certeza de sus programas, ha perdido por completo el vínculo con el placer y debe recurrir a un motor mucho menos poderoso y eficaz, el del deber.

Las ciudades se han olvidado de los niños

El editorial del primer número de la revista italiana Urbanística de 1945, escrito por Lewis Mumford,⁹ observa cómo la ciudad se ha olvidado de sus ciudadanos empezando por los niños. Y Mumford inicia este ensayo citando los escritos de Joseph K. Hart quien, en 1925, sostenía las mismas ideas. La tesis de los dos autores, mucho antes del desastre urbanístico producido en el mundo occidental con la gran especulación edilicia de los años sesenta y setenta, se funda en la consideración de que las ciudades, en su reciente desarrollo, se han olvidado de la mayor parte de los ciudadanos, de los niños precisamente, pero también de las mujeres, de los jóvenes y de los ancianos. Han sido pensadas sólo para la categoría más fuerte de los ciudadanos: la adulta y productiva. De ahí la propuesta de repensar la ciudad reflexionando sobre las exigencias de las distintas edades de la vida. Algunas de las soluciones señaladas por Mumford son ingenuas o, a veces, poco convincentes, pero es interesante que hace más de cinco décadas ya estuviese presente en el mundo de la arquitectura y de la planificación urbanística una conciencia tan clara de los errores cometidos y una sensibilidad planificadora tan avanzada y multidisciplinaria. En su artículo, Mumford hace una crítica puntual de la separación entre las generaciones y entre las funciones que la ciudad moderna ha provocado. Critica el uso generalizado del hospital y aconseja el retorno al parto en el propio domicilio o en pequeñas casas clínica de barrio. Señala la necesidad de crear lugares de juego para los niños, no convencionales y estereotipados sino ricos en variedad de elementos y de escondrijos. Propone el compromiso de los adolescentes, bajo la forma de un servicio social para el mantenimiento de los espacios comunes, en respuesta a las previsibles dificultades económicas de las administraciones locales para el cuidado de jardines y parques. Denuncia el peligro de la tendencia al aislamiento de la gran ciudad y reivindica, en cambio, el derecho a la soledad y al recogimiento. Sugiere el uso social de las escuelas en horario extraescolar. Recomienda la inserción de los ancianos en la vida social, evitando la separación y el triunfo de lo institucional.

La planificación urbana, en definitiva, debe garantizar el retorno a la escala humana: «una combinación constantemente variable de una multitud de actividades asociativas, variables en intensidad y duración y en continuo desarrollo, a través del ciclo de la vida, del nacimiento a la muerte». ¡Todo esto en 1945!

Es también significativo que la revista Urbanística, en su primer número de 1945, recién terminada la guerra, haya elegido publicar este escrito. Para salir de la miseria, de las ruinas, de la destrucción moral y material de nuestro país, se hablaba de los niños y no de las opciones económicas o de la especulación en las áreas urbanas. Esto hace aún más grave la responsabilidad de quienes, en las décadas sucesivas, no sólo no los han tenido en cuenta sino que se han empeñado en negar los derechos de los ciudadanos más débiles sólo por su afán de obtener, de manera desprejuiciada y culpable, exclusivamente su provecho personal.

El niño está solo

Este siglo, junto con otros muchos méritos y dentro de los límites del Occidente rico, puede considerarse con justicia el siglo del niño. Nunca como hoy se reconocen y defienden los derechos fundamentales del menor. El progreso de la medicina ya casi ha anulado el riesgo de muerte y de graves traumas en los recién nacidos: los pocos niños que nacen tienen una alta probabilidad de hacerse mayores.

En el pasado reciente, muchos niños no sobrevivían al nacimiento, muchos sufrían traumas irreversibles por las inadecuadas prácticas obstétricas y de atención de los recién nacidos. Los de las clases sociales menos pudientes, es decir la inmensa mayoría de la población, crecían en familias numerosas y en la promiscuidad total. No todos iniciaban la escuela primaria y casi todos la abandonaban a los pocos años, con varios suspensos y sustancialmente analfabetos. Para la mayor parte de ellos, antes de los diez años comenzaba la experiencia del trabajo, como aprendices, como ayudantes. Un trabajo pesado, un horario largo que dejaba poco tiempo a los juegos infantiles, a menudo sin retribución, a cambio del aprendizaje. La relación de los padres con el niño, especialmente del padre y del patrono, era dura, a menudo violenta. Una condición, por tanto, difícil y, claro está, no privilegiada.

Hoy se defiende con firmeza el derecho del niño a su infancia, a jugar, a ir a la escuela, a no ser utilizado para el trabajo. Tampoco su padre puede violar estos derechos, so pena de perder la patria potestad. El niño no puede ser ofendido, no puede ser golpeado, no puede ser discriminado. Incluso el niño diferente, de otra cultura, de otra religión o minusválido, goza de los derechos de todos, entra en la escuela de todos, debe ser adecuadamente integrado. Todo esto era impensable no hace más de medio siglo.

Desde hace varias décadas la investigación psicológica se ocupa de manera casi obsesiva del mundo del niño, de sus pulsiones, de su pensamiento, de su lógica, de su lengua. Se recogen sus primeras frases, se estudian sus

conocimientos espontáneos, se analizan sus garabatos. Los investigadores buscan en el niño las raíces, las explicaciones del hombre.

Se publican libros que recogen pensamientos, escritos, dibujos de los niños. Se ruedan películas que ilustran la vida del niño, se emiten programas televisivos que tienen como únicos protagonistas a los niños, con sus respuestas a menudo imprevisibles a las difíciles preguntas de los adultos.

Se dedican al niño congresos nacionales e internacionales: en 1989 las Naciones Unidas aprobaron la Convención sobre los Derechos del Niño y la Unesco dedicó al niño ese mismo año.

Pero precisamente en este período histórico el niño está afectado por una dolencia nueva, desconocida para sus pequeños antecesores: la soledad.

Podemos considerar la soledad como una consecuencia del vertiginoso progreso y del creciente bienestar o, si se prefiere, un costo social que grava las comodidades de nuestra vida de occidentales ricos.

El niño está solo porque cada vez con más frecuencia es hijo único

Ser hijo único no sólo priva al niño de la compañía de sus iguales en el seno de la familia, sino que también lo priva de modelos intermedios entre sí mismo y los adultos, modelos que vuelven menos angustiantes las comparaciones y más fáciles los aprendizajes. Ser hijo único quiere decir hacer frente por sí solo a todas las expectativas de dos adultos, sin atenuantes, sin ayudas; significa ser objeto de una dedicación excesiva por parte de los padres, a quienes les resultará cada vez más difícil reconocer en el propio hijo su autonomía, su necesidad y derecho a irse, a separarse de ellos gradualmente.

Prisionero en su casa-fortaleza

La falta de compañía en casa se ha vuelto más grave por la imposibilidad de ir a buscarla en el exterior: fuera están los peligros, que impulsan a los adultos, no sin razón, a proteger al niño impidiéndole salir. Entonces se adopta la actitud de defensa de la que se hablaba antes, se «arma» la casa y se encierra en ella al hijo, inculcándole la sospecha y la desconfianza frente a todo y frente a todos. ¿Qué significa nacer y hacer se mayores en una casa-fortaleza en medio de la desconfianza de los otros y en medio del terror ante aquello que nos rodea?

Confiado a una moderna y eficiente canguro: la televisión

Este electrodoméstico moderno y cada vez más perfecto es un corolario de la soledad del niño. Es uno de los mejores colaboradores de los padres que comenzará a crear algunos problemas más tarde, cuando el niño vaya a la escuela, porque amenaza con robar tiempo a los deberes, al «trabajo», pero en los primeros años es una gran ayuda, una auténtica, económica y eficiente canguro. Pero, ¿qué ocurre en esta relación tan íntima que el niño vive con la

televisión, ajeno al control de los padres?

Es difícil saber exactamente qué mecanismos cognoscitivos, afectivos, sociales y físicos produce en los niños la constante y prolongada visión de programas de televisión. Por un lado produce, sin duda, conocimiento. La televisión es capaz de ofrecer servicios, programas, documentales cada vez mejores, ricos en información y atractivos. Sin duda hoy nuestros niños aprenden más por la televisión que por la escuela. Son siempre, sin embargo, nociones y conocimientos oídos y vistos. Las manos sirven cada vez menos; el niño no aprende a hacer; está solo, pues, en su inmovilidad.

Junto con las emisiones de mayor calidad el niño absorbe, no obstante, muchos programas de bajo contenido, dibujos animados violentos, mal hechos, realizados sin escrúpulos como meros productos comerciales, producidos en serie, infrutilizando sistemas informatizados. Y finalmente ve todos los programas pensados por los adultos con la violencia del espectáculo y la crudeza de la información. Son casi siempre programas que el niño ve solo, sin posibilidad de diálogo, de distracción compartida: el niño solo con el televisor. Los miedos se meten dentro, no pueden ser exorcizados y acaban mostrándose fuera en medio de la noche, con un mal sueño, una pesadilla...

En este diálogo íntimo e intenso (hágase la prueba de observar la mirada absorta de un niño frente al televisor) sobreviene una manipulación muy inquietante de nuestros niños, de la que hasta el ente televisivo del Estado se hace cómplice: en los espacios dedicados a los niños se transmiten anuncios publicitarios dirigidos directamente a ellos para que se hagan persuasores de consumo ante sus padres. La manipulación es grave porque suscita en el niño necesidades inútiles, que modificarán negativamente su personalidad, en la continua búsqueda de cosas nuevas, perdiendo progresivamente la capacidad de apreciarlas y usarlas y entrando en la lógica perversa del usar y tirar. Es grave, además, porque el niño se transforma en un poderoso demandante ante sus padres, en quienes puede movilizarse su sentimiento de culpa por estar tan poco presentes en la vida del hijo. Los padres compran sin darse cuenta del origen de este requerimiento, que a menudo se interpreta como una idea espontánea del niño, a la cual, por tanto, no se puede decir que no.

También se están estudiando los daños físicos que produce en el niño una prolongada exposición a los programas televisivos: daños emotivos por las fuertes sensaciones, riesgo de obesidad por el continuo picar, etcétera.

El niño como menor

El niño vive hoy una situación muy delicada e inquietante. Como el niño es, cada vez más, un bien escaso en el seno de la familia, se tiende a sobrevalorarlo,

mimarlo y protegerlo y, en consecuencia, a separarlo y marginarlo cada vez más del mundo de los adultos. Al niño se lo llama comúnmente «menor», y así es definido en las leyes, en los discursos de los técnicos y de los políticos, en los programas de los partidos políticos. Todos somos menores o mayores que alguien, depende del punto de vista o del parámetro tomado en consideración, pero el niño es «menor» siempre, por definición. Esto significa que no se le reconoce un derecho fundamental, el derecho al presente, al hoy. El niño vale por lo que será, por lo que llegará a ser, no por lo que es, sólo tiene derecho al futuro. Es el futuro ciudadano, no un ciudadano. La carrera escolar es una confirmación precisa de esta actitud: cada nivel escolar es preparatorio del siguiente, cada maestro está preocupado por que los alumnos estén preparados para las exigencias del nivel que sigue, que sean apreciados por los compañeros que vendrán. La escuela prepara para el mañana, prepara para la escuela, no obstante las leyes, no obstante las teorías. No prepara, en cambio, para el hoy, para la vida; no valora el pasado.

Si el niño es un menor, entonces siempre está en peligro y por ello se lo protege y defiende. Se está desarrollando una peligrosa política de auxilio a los niños, de los teléfonos de ayuda al menor. Una política que se funda en el énfasis en la crónica negra, en el peligro, en la probabilidad de la violencia. Datos cada vez más alarmantes, a menudo no elaborados ni utilizados correctamente, acaban confirmados y enfatizados por los pocos pero clamorosos casos de los que hablan los periódicos y la televisión. Esta probabilidad justifica el miedo, la vigilancia continua, la segregación de los hijos por parte de sus padres. Disminuye las autonomías, impide el desarrollo de autodefensas.

Los niños no van protegidos, sino «armados», es decir dotados de recursos, de habilidad, de autonomía.

Con esto no queremos proponer que se renuncie a los medios de defensa frente a la macroviolencia que, lamentable mente, existe, sino hacerlos eficaces: descentralizados en los Ayuntamientos y por tanto capaces de intervención inmediata. Queremos proponer que no se sostengan estos medios con propaganda alarmista, porque la seguridad de nuestros niños estará en función de la confianza que los adultos sepan otorgar a sus hijos y no del miedo y de la defensa. La violencia con los menores es casi siempre fruto de la misma lógica de la clausura, de la segregación, de la defensa. Sobreviene en lo privado, dentro de las casas, en los lugares de la seguridad. Y si sucede fuera de casa se aprovecha del abandono, del desinterés. Intentemos hablar menos de violencia, favorezcamos más el bienestar, la participación, la posibilidad de compartir, y la violencia disminuirá.

Comprometámonos todos a no volver a usar el horrible adjetivo «menores» y en llamar a los niños «niños».

El niño es más fuerte

Vale la pena apostar por el niño porque el niño es paradójicamente más fuerte. La propuesta que se está ilustrando en este libro está muy cerca de la propuesta ecologista: queremos promover una inversión de tendencia en las opciones políticas y en las actitudes individuales para hacer que nuestras ciudades sean más habitables; para garantizar un mundo mejor a quien venga después de nosotros y un desarrollo sostenible. El problema de la propuesta ecologista es su dificultad de ser comprendida. No son muchos los que pueden comprender qué significa ecología reconociendo todo su peso multidisciplinario, interdisciplinario, y su complejidad. Si se trivializa el concepto de ecología reduciéndolo a las plantas y a los animales, o se lo asocia sólo a la contaminación y a los desechos, entonces se vuelve poco creíble o de escaso efecto: la gente, lamentablemente, no renuncia a sus hábitos cómodos y no modifica comportamientos ya consolidados para salvar las plantas o para mantener limpia la ciudad.

Creo que tiene mayor fuerza proponer, en cambio, modificar nuestras actitudes y nuestros hábitos por algo concreto, comprensible, cercano e importante como nuestros hijos y nuestros nietos. No sé si será suficiente, pero pienso que es la carta más alta que nos toca jugar. El niño es nuestro pasado; un pasado que a menudo se olvida demasiado pronto, pero que nos ayudará a vivir mejor con nuestros hijos y a cometer menos errores si conseguimos mantenerlo vivo en nosotros. El niño es nuestro presente, porque a él está destinada la mayor parte de nuestros esfuerzos y de nuestros sacrificios. El niño es nuestro futuro, la sociedad de mañana, el que podrá continuar o traicionar nuestras opciones y nuestras expectativas. Por estas razones el niño es fuerte, a pesar de que hoy nacen menos niños, aunque parezca que los adultos les temen, o tal vez incluso por ello.

La posición del anciano es diferente y si también los ancianos son cada vez más tenemos mayores dificultades para identificarnos con ellos. Nadie ha sido ya anciano y probablemente nadie desea llegar a serlo. Por ello, tal vez, también las iniciativas que nacen a favor de los ancianos, con las mejores intenciones, acaban resultando meramente asistenciales y marginadoras.

El niño es más fuerte por una última e importante razón: no es fácilmente corruptible. Y esto no porque no se pueda manipular fácilmente a los niños: lo sabemos muy bien los padres que desde hace mucho tiempo usamos los juguetes, los premios y los castigos para «convencer» a los niños de que hagan aquello que creemos justo; lo sabe bien la publicidad que apunta a los niños para obligarnos a nosotros, los adultos, a comprar. El niño no es corruptible con respecto a las opciones sobre la ciudad porque él no ha participado en su

deterioro, porque las soluciones adoptadas hasta ahora para adaptarse al malestar descrito al principio jamás han tenido en cuenta sus exigencias. Han sido siempre, como ya hemos visto, soluciones de compromiso entre adultos y para adultos, y por tanto él, el niño, no se ha beneficiado de ellas. Si elegimos, pues, al niño como nuevo parámetro del cambio, deberemos escoger un camino completamente nuevo para el cual ya no tendrán valor los viejos equilibrios, los viejos compromisos.

«Si no os hacéis como niños...»

Finalmente no podemos olvidar la frase pronunciada hace dos mil años por Jesús de Nazaret, que sigue siendo una de las expresiones más misteriosas, más desconcertantes y más fascinantes del Evangelio: «Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18, 3).

Dice Jesús que hay que volverse –no volver a ser– como niños. Tampoco en este caso, por tanto, se trata de una invitación a volver atrás, sino de un proyecto revolucionario para ir hacia adelante. Hay que volverse niños para ser dignos del reino de los cielos. Hay que volverse pequeños, por tanto, para obtener lo supremo, la promesa, el objetivo de la venida de Cristo. Esta invitación a adoptar a los pequeños como parámetro se refuerza además cuando se señala a los pobres como modelo: «Bienaventurados los pobres...» Dos categorías sin poder, sin valor, en la sociedad hebraica se convierten en parámetro de salvación. No sólo en el sentido escatológico, es decir, referido a una vida futura, sino también parámetro de santidad y por tanto de la opción justa hoy, la vía histórica hacia la felicidad. Ser niños y ser pobres significa saberse contentar, saber desear, ser libres: condiciones necesarias para la felicidad humana.

Pero algo está cambiando

Hasta hace pocos años, cuando había plena confianza en las soluciones económicas y consumistas, en las pautas de los especialistas y particularmente en las tecnológicas, una afirmación como ésta, que se puede, que se debe volver a empezar desde los niños, habría suscitado sonrisas de conmiseración y el calificativo de visionario o loco para quien la sostenía. Hoy propuestas radicales como ésta atraen la atención de muchos ciudadanos, de no pocos alcaldes y de todos los niños. Estamos comenzando a cansarnos de la prepotencia de la ciudad, estamos comenzando a no creer ya en las soluciones «razonables». Estamos comenzando a no poder más.

Debe también notarse que, aun de manera incoherente e inconstante, ya aparecen por un lado señales de rechazo de los principios de desarrollo de la sociedad, como la separación y la especialización y, por otro, señales de reconocimiento de la necesidad de desafíos a niveles más altos, que encuentran casi siempre a los niños como testigos y puntos de referencia.

Desde hace años las fuerzas productivas denuncian una formación escolar demasiado sectorial, especializada y por tanto rígida frente a los frecuentes cambios de las tecnologías y de los procesos productivos, que requieren una formación más creativa, más abierta, más dúctil.

También en las modalidades de la producción industrial, esa producción que, de algún modo, inventó la especialización más exacerbada hasta la cadena de montaje, están apareciendo señales de revisión crítica. Una gran fábrica italiana de motocicletas está experimentando el confiar el proceso completo de montaje de un ciclomotor a un solo obrero. Un obrero que, por tanto, se sentirá autor del producto, de algún modo artesano, con una gran ventaja en las motivaciones y en la satisfacción.

Pasando a las cosas nuevas que conciernen directamente a los niños debemos recordar que ha sido presentada en el Parlamento italiano una ley marco para un plan de Acción Nacional para la Infancia que prevé la constitución de una comisión parlamentaria y de un observatorio nacional; y que el Ministerio de Medio Ambiente ha asumido un programa con el título La ciudad sostenible a la medida de los niños y de las niñas.

Para terminar, la Asociación Italiana de los Jueces de Menores envió, en 1996, una carta a los alcaldes para pedirles «un gobierno de la ciudad que, no sólo en palabras, esté pensado a la medida de las niñas y de los niños».

8. «¡Qué pedagogos éramos cuando no nos ocupábamos de la pedagogía!», escribe Pennac (1992) refiriéndose a la experiencia fascinante de la lectura hecha con el niño en los primeros años frente a la imposición de la lectura que propone la escuela.

9. Véase el artículo La planificación para las diferentes fases de la vida, de Lewis Munford, reproducido en el Apéndice 3.

Segunda parte

Las propuestas



Un Laboratorio: «La ciudad de los niños»

Para la realización de este proyecto, de esta nueva filosofía de gobierno de la ciudad, se pueden seguir caminos diferentes. Puede ser el alcalde quien dé a conocer directamente el espíritu de su programa; pueden ser en cambio los ciudadanos, a través de movimientos o asociaciones quienes lo propongan y lo sostengan desde la base. Aquí se describe y de algún modo se favorece la primera vía, seguida en Fano desde 1991¹⁰ y que hoy se plantea en las distintas ciudades que se están adhiriendo a este proyecto: la que ve al alcalde como referente destacado y que prevé la apertura de un laboratorio dedicado a la elaboración y al desarrollo del proyecto «La ciudad de los niños». El Ayuntamiento que abre un servicio semejante, que le dedica personal y recursos, abre de hecho en su interior una contradicción aguda pero apasionante.

El Laboratorio deberá asumir la función prioritaria del «grillo parlante» del Pinocho, de conciencia del alcalde y de la comisión de gobierno, protestando cada vez que no se cumpla el compromiso contraído; y si esto sucediera con frecuencia, la presencia del Laboratorio se volvería incómoda. Abrir el Laboratorio quiere decir, por tanto, aceptar un conflicto permanente porque el contraste entre el niño y al adulto no terminará nunca, se desplazará siempre un poco más adelante.

Este conflicto es, sin embargo, apasionante, estímulo de gran riqueza y de un debate político de alto nivel, por ser real, concreto, alejado de la jerga política televisiva. Se trata de considerar la ciudad como un laboratorio, un lugar de investigación, donde se está dispuesto a modificar profundamente la óptica, las perspectivas, los objetivos.

El Laboratorio tendrá una función «educativa» con respecto a los administradores y a los ciudadanos: deberá poner, o reponer, al niño en su cabeza, es decir deberá ayudar a los adultos a reconocer a los niños, sus necesidades, sus derechos; a escucharlos y a comprenderlos. Empresa nada sencilla, que exige preparación y gran libertad intelectual.

El Laboratorio tendrá un costo para la administración municipal, pero un

costo relativo. Deberá tener un presupuesto moderado que le permita actuar, en la medida de lo posible sin recurrir a las subvenciones, con cierta autonomía e independencia, con personal y en locales municipales; garantizar sus actividades con los niños; hacer conocer las distintas iniciativas; poder tener alguna consultoría si fuera necesario. Por otra parte, para los planes de cambio de la ciudad, no necesitará recursos propios, sino que deberá «contagiar» a las distintas concejalías para que se gasten los fondos del presupuesto ordinario de una manera diferente; no para cosas nuevas, sino para realizar las ya previstas, con un nuevo punto de vista. Por tanto no se trata ya de gastar más, sino de gastar mejor. Función del Laboratorio no es convertirse en una estructura que actúa de forma autónoma, sino desarrollar una nueva filosofía de gobierno de la ciudad dentro de la Administración y con la Administración.

El peligro que corre esta propuesta es que se la acoja con gran entusiasmo, pero que con el mismo entusiasmo se la relegue y trivialice. Una señal inquietante en este sentido es el frecuente voto unánime con el que los plenos municipales aprueban proyectos que conciernen a estas iniciativas vinculadas a los niños. Si todos están de acuerdo se puede suponer que creen que no es una opción arriesgada que pretende producir cambios radicales; que no se dan cuenta de que todo lo que deberemos restituir a los niños (a los ancianos, a los minusválidos) deberemos quitárselo a quienes hasta ahora lo han tenido como privilegio; que no piensan que votar la adhesión al proyecto «La ciudad de los niños» quiere decir hacer más lento el tráfico, devolver espacio a los peatones, a las bicicletas, devolver las plazas a la gente. Y entonces el gran temor es que frente a una propuesta a favor de los niños no se pueda decir que no, pero finalmente, concedida esta satisfacción a los pequeños, se retome el discurso serio, el económico, el del mercado, el de la competencia, el de los mayores, allí donde se lo había dejado.

La palabra a los niños

La primera y más importante acción que ha de emprenderse es la de dar a los niños el papel de protagonistas, darles la palabra, permitirles expresar opiniones; y los adultos ponernos en actitud de escucharlos, de desear comprenderlos y con voluntad de tomar en cuenta aquello que dicen. Naturalmente, lo que se propone para los niños vale para todos los ciudadanos, para los ancianos, para los minusválidos, para los de otras comunidades. De nuevo el niño abre el camino y es garantía para todos.

Nadie puede representar a los niños sin preocuparse de consultarlos, de implicarlos, de escucharlos. Hacer hablar a los niños no significa pedirles que resuelvan los problemas de la ciudad, creados por nosotros; significa en cambio

aprender a tomar en cuenta sus ideas y sus propuestas. No es fácil dar la palabra a los niños ni comprender lo que dicen. Gianni Rodari hablaba de la oreja «verde» (en el sentido de inmaduro) que los adultos deberían tener para saber escuchar a los niños.¹¹ Hace falta mucha curiosidad, atención, sensibilidad, sencillez. Hace falta estar convencidos de que los niños tienen cosas para decirnos y darnos, y son diferentes de las que sabemos y somos capaces de hacer los adultos y que, por tanto, vale la pena dejarlos expresar lo que piensan de verdad. Para hacer esto hay que ayudar a los niños a liberarse de los estereotipos, de las respuestas obvias y triviales que tanto la televisión como el mal ejemplo de los adultos hemos puesto ante sus ojos en casa, en la escuela, en la ciudad, ocultando sus deseos, su creatividad. Hay que estimular a los niños a atreverse, a desear, a inventar, y entonces surgirán sus ideas, sus propuestas, sus aportes. Finalmente hay que saber comprender a los niños, yendo más allá de la aparente simpleza de sus propuestas. Entonces estas ideas nos permitirán no sólo tener en cuenta las exigencias de los niños, sino hacer que sea mejor la ciudad de todos.¹²



Para que ello sea posible el Laboratorio deberá formar nuevos profesionales capaces de animar a grupos de niños y de jóvenes en las distintas formas de participación democrática en la vida de la ciudad. A título de ejemplo citamos a continuación dos experiencias que aparecerán documentadas en las fichas de la parte tercera de este libro.

El Consejo de los niños

El Laboratorio pide a un grupo de niños que colabore para asegurar el punto de vista infantil. No se trata de ofrecer a los niños el juego de imitar los comportamientos de los adultos en un Consejo municipal en miniatura,¹³ o una seria propuesta de educación cívica, que son, de cualquier modo, nobles objetivos, sino el de dar a la ciudad la oportunidad inédita de confrontarse con un punto de vista y con un pensamiento «otro», distinto, como el infantil. Un Consejo de los niños, por tanto, para cambiar la ciudad y no para poner contentos a los niños. Los animadores del Laboratorio deberán, por un lado, garantizar que los niños se expresen de forma libre y auténtica y, por el otro, encontrar las formas adecuadas para dar fuerza a los pensamientos de los niños, de modo que el alcalde y sus concejales tengan que escucharlos y tenerlos en cuenta cada vez más.¹⁴

Los niños proyectistas

Un segundo modo de participación en la vida de la ciudad es la contribución que los niños pueden hacer en proyectos ofreciendo sus ideas, sus propuestas a la solución de los diferentes problemas urbanísticos que se van presentando. Hace tiempo, el presidente del Colegio de Arquitectos de una provincia italiana cuestionó el papel de arquitectos que el Laboratorio de Fano confía a los niños, considerándolo impropio. La polémica no era trivial y burda, sino destinada a profundizar una novedad que sorprende y hasta deja perplejo al técnico que institucionalmente es responsable de los proyectos. Este conflicto fue también para nosotros motivo de reflexión y de esclarecimiento.

Invitar a los niños a diseñar espacios y estructuras reales de la ciudad, con la colaboración de técnicos como urbanistas, arquitectos, psicólogos, etcétera, no significa delegar en los niños la tarea de realizar un proyecto que estará siempre y en todo caso ligado a un título habilitante, que hará a un adulto autor y responsable del trabajo realizado (no podremos denunciar a un niño por no haber previsto el drenaje en el plano de un pequeño jardín). Significa, en cambio, abrir también a los niños la posibilidad de contribuir y participar.

Hoy es frecuente la experiencia de la «arquitectura participativa», es decir de la participación de los usuarios en la definición de las características de la obra solicitada al técnico. El arquitecto encargado de realizar un nuevo núcleo urbano puede recibir del Ayuntamiento, su contratante, la indicación de consultar a los destinatarios de su obra, a las juntas vecinales, a las asociaciones de la zona, para conocer sus exigencias y sus eventuales ideas y propuestas. Estas consultas se efectúan con encuentros, debates, encuestas. Pero si quisiéramos extender a

los niños esta forma de participación, ¿cómo podríamos hacerlo? ¿Cómo se hace para conocer las necesidades y las ideas de los niños? No con encuestas y debates, sin duda, sino, por ejemplo, a través del dibujo y la actividad práctica. Diseñar es una buena técnica para conocer lo que piensan los niños.

A través del diseño, liberándose de los estereotipos, dejando libre la creatividad, los niños comparan la realidad, sus necesidades, sus deseos y las posibles soluciones. Idear un proyecto, hasta la fabricación de una maqueta, exige a los niños, además de las importantes fases de la discusión y del diseño gráfico, operaciones concretas como manipular, colorear, pegar, para las que todos los niños son capaces. Esto significa que la experiencia no se plantea seleccionar a los niños «listos» en la expresión verbal, escrita y gráfica, como suele suceder en las actividades escolares, y eso la convierte en una propuesta especialmente significativa. Incluso el proyecto más fantástico puede ayudar a un adulto atento e interesado a conocer el pensamiento infantil y, a través de ello, a encontrar soluciones nuevas, más bellas y más justas.

Para lograrlo debemos formar nuevos profesionales capaces de trabajar con los niños. Podrán ser arquitectos, urbanistas, psicólogos, pedagogos, naturalistas, sociólogos o cualesquiera otros que, renunciando a su propia competencia específica, estén dispuestos a hacer cosas nuevas: ayudar a los niños a observar dentro de sí mismos las insatisfacciones y los deseos, permitirles que se liberen de los estereotipos, despertarles un deseo nuevo de atreverse a más, de pedir más, liberar la creatividad y la fantasía en un diálogo siempre posible, pero nunca despectivo con la realidad, con los costos, con las leyes.

Al fin conoceremos las necesidades y los deseos de los niños, que probablemente no podrán traducirse en la práctica tal como los han expresado pero podrán ser preciosas indicaciones para el encargado de realizar el proyecto. Podemos estar seguros de que si los niños llegan a participar en los proyectos de la ciudad, la sentirán, hoy siendo niños y mañana siendo adultos, como «suya», la ciudad que hay que cuidar y defender, como hacemos todos con nuestra casa.¹⁵

Permitir a los niños la experiencia de participar en un proyecto no significa sólo beneficiarse de sus ideas y de su aporte; significa también comprometerse con opciones nuevas, con modificaciones profundas en los hábitos de una administración. Me refiero, por ejemplo, a los tiempos de la burocracia, que la costumbre hace a menudo considerar necesarios y objetivos, pero que en general son fruto de la inercia y de la mala organización de los servicios. Si el proyecto de los niños se aprueba debería significar que estos pueden verlo realizado mientras aún son niños; no después de tres o cuatro años, sino pasados unos meses. Si hay dificultades es necesario informar a los niños, ayudarlos a comprender y a continuar con el trámite. En los años de la infancia el tiempo

cuenta mucho, se cambia rápidamente, se modifican las expectativas, las necesidades, los gustos. Si pasa demasiado tiempo los niños pierden interés y se afirman en la convicción de que los mayores son siempre iguales, dispuestos y rápidos para prometer pero lentos para cumplir.

Esto se debe evitar porque, de otro modo, obtendríamos el resultado opuesto. Entonces mejor no asumir compromisos: si se piensa que nada podrá cambiar en la práctica, en los hábitos, en los tiempos, reconózcase con sinceridad que la ciudad no puede llegar a ser de los niños.

Creo que está claro que todo lo que se ha dicho para los niños vale igualmente para todos los ciudadanos. Los ciudadanos pierden el sentido de la ciudad, de los proyectos, de las promesas, en el complicado itinerario burocrático, en la continua delegación de las responsabilidades, en la prórroga incomprensible de los plazos.

El niño en la mente de los adultos

Para que el niño llegue a ser verdaderamente protagonista es importante ayudar a los adultos a desarrollar una nueva sensibilidad: el alcalde, la comisión de gobierno municipal, los dirigentes y los técnicos del Ayuntamiento deben recibir ayuda para considerar la realidad de los niños, sus requerimientos y las lagunas de la ciudad con respecto a sus exigencias. Merece la pena trabajar con la policía municipal, con los ancianos, con los médicos del hospital pediátrico, con los comerciantes, con todos aquellos profesionales y sectores sociales que pueden tener un papel relevante para ayudar a los niños a recuperar su autonomía. Es importante trabajar con los maestros para que la escuela se convierta cada vez más en una escuela adecuada a los niños, a la que estos puedan reconocer y querer, de la que puedan sentirse orgullosos. Todos los esfuerzos deberán apuntar naturalmente a modificar la actitud de todos los adultos, y especialmente de los padres, para respetar las exigencias de los niños. Ésta será una función importante del Laboratorio, que deberá realizarse no tanto a través de conferencias y publicaciones sino a través de iniciativas concretas, propuestas, actividades.¹⁶

10. Véase la ficha núm. 1: «Fano: "La ciudad de los niños"».

11. Un día, en el expreso Soria Monterde,/ vi subir a un hombre con una oreja verde./ Ya joven no era, sino maduro parecía,/ salvo la oreja, que verde seguía./ Me cambié de sitio para estar a su lado/ y observar el fenómeno bien mirado./ Le dije: Señor, usted tiene ya cierta edad;/ dígame, esa oreja verde, ¿le es de alguna utilidad?/ Me contestó amablemente: Yo ya soy persona vieja,/ pues de joven sólo tengo esta oreja./ Es una oreja de niño que me sirve para oír/ cosas que los adultos nunca se paran a sentir:/ oigo lo que los árboles dicen, los pájaros que cantan,/ las piedras, los ríos y las nubes que pasan;/ oigo también a los niños cuando cuentan cosas/ que a una oreja madura parecerían

misteriosas.../ Así habló el señor de la oreja verde/ aquel día, en el expreso Soria Monterde. (Traducción de Fabricio Caivano)

12. En Ginebra, en los años ochenta, se realizó un programa de reestructuración de espacios de juego para los niños intentando evitar las soluciones tópicas y responder a las auténticas exigencias lúdicas infantiles. Se observó que esos espacios respondían también a las exigencias de los ciudadanos adultos y en especial de los ancianos, que disfrutaban de ellos sobremanera (Guichard, Ader, 1991).
13. La imitación de los comportamientos de los adultos ha sido siempre una de las bases fundamentales del juego infantil (de la guerra al médico, de mamá y papá al comerciante) y estoy seguro, por tanto, de que aquellos niños que viven la experiencia del Consejo municipal infantil viven una hermosa experiencia. Dudo, en cambio, que incidan de manera directa e intensa en la vida de la ciudad, en la actividad de los administradores adultos. Éste era y es, en cambio, el único objetivo del proyecto del que estamos hablando y para ello, hasta ahora, se ha preferido esta forma de participación de los niños en las opciones de la ciudad.
14. Véase la ficha núm. 2: «El Consejo de los niños».
15. Véase la ficha núm. 4: «Los niños proyectistas».
16. Véanse las fichas núm. 6: «Las reuniones de la Comisión de Gobierno Municipal» y núm. 7: «El policía municipal, amigo de los niños».

Que los niños puedan salir solos de casa

Volvamos a nuestra propuesta: asumir al niño como parámetro para la transformación de nuestras ciudades. Si queremos avanzar desde esta afirmación general en sentido operativo hay que hacer una precisión importante. La condición de la infancia en el mundo está fuertemente diferenciada y oscila entre dos extremos. Por un lado la situación de los niños occidentales, ricos, metropolitanos o, en todo caso, ciudadanos, que es la antes descrita y que culmina en la situación patológica de la soledad. Por otro la situación de abandono de los niños de las sociedades pobres, del sur del mundo, de las grandes metrópolis de Sudamérica. Una situación que lleva a los niños a vivir solos, a sufrir violencia por parte de los adultos, que ven en ellos un peligro o incluso sólo un estorbo. Una situación de debilidad y de impotencia que permite que los niños sean explotados en trabajos inadecuados, o utilizados como instrumento no punible de la delincuencia organizada para el tráfico sexual y hasta para el trasplante de órganos. Las dos situaciones tienen en común el desvalimiento del niño en las respectivas sociedades y confirman lo acertado de la propuesta de volver a partir precisamente del niño para reconstruir sociedades más justas, más humanas, más aptas para todos. Pero sin duda ambas situaciones requieren una valoración y soluciones radicalmente diferentes.¹⁷

No se aventuran en estas páginas posibles soluciones aplicables en los países del sur del mundo, que requieren conocimientos y capacidades de los que carece quien escribe. Es de esperar que otros retomen este estímulo estudiando su aplicación adecuada a aquellas condiciones. Proseguimos, pues, describiendo las posibles adaptaciones concretas de la propuesta en nuestras ciudades del mundo occidental, ricas y consumistas. Debe decirse, empero, que también esta condición privilegiada contiene una gama de condiciones que va del pueblo o de la pequeña ciudad, donde los efectos del miedo están aún poco presentes, a la gran ciudad donde la soledad de los niños es casi total, a las grandes periferias más degradadas donde también, en nuestro Occidente, pueden encontrarse situaciones similares a las del Tercer mundo, con niños que viven en la calle en

situación de abandono.¹⁸

Como prueba de una correcta aplicación de esta nueva filosofía del gobierno de la ciudad se indica un objetivo concreto, aparentemente pequeño y simple: que los niños puedan salir solos de casa.

¿Por qué es tan importante salir de casa?

Para personas como quien esto escribe, que han tenido la posibilidad, probablemente la fortuna, de vivir su propia infancia sobre todo fuera de casa, entre las ruinas de las casas bombardeadas por la guerra, en los callejones de la ciudad, en la cabaña donde los abuelos guardaban las herramientas, es fuerte la tentación de decir: «que los niños puedan de nuevo salir solos de casa». Pero somos conscientes de lo incorrecta que es esta actitud nostálgica. Las condiciones en las que crecen hoy nuestros niños son absolutamente inéditas, sin posible parangón con las de nuestra infancia. Y no son nuevas sólo porque se ha perdido el sentimiento de vecindad, la solidaridad, la seguridad, sino sobre todo porque las relaciones sociales se han vuelto enormemente más complejas, las distancias más amplias. Es difícil conocerse, es difícil bajar de los apartamentos de los pisos más altos, es peligroso cruzar las calles, etcétera. La ciudad, sin embargo, se ha hecho también más rica, más articulada y, si se quiere, más fascinante.

Por otra parte salir de casa, recorrer las calles solo, conocer su ambiente, es una exigencia importante para el crecimiento, no sólo social sino también cognitivo, del niño. Para nosotros, los adultos, ir andando, pasear, es un placer, un regalo que con frecuencia nos hacemos; para los niños, en cambio, es una necesidad. Nuestros desplazamientos, cada vez más a menudo, son traslados, pasos de un punto a otro, dirigidos a un objetivo, por tanto proyectados al futuro, ligados a una función. Distráidos por estas preocupaciones intentamos llegar en el menor tiempo posible al lugar de destino.¹⁹ Los niños se comportan de manera completamente diferente. Viven sus desplazamientos como una sucesión de momentos presentes, cada uno importante por sí mismo, cada uno digno de una parada, de una sorpresa, de un contacto. Y entonces los tiempos se alargan, los bolsillos de los niños se llenan de piedras, de hojas, de papeles, y la mente se llena de imágenes, de preguntas, de nuevos descubrimientos. Y todo está junto: lo hermoso, lo nuevo, lo general y lo particular. Y esto suele ser causa de incomprensión por parte de los mayores que recomiendan neciamente: «¡No te detengas a cada momento!», «¡No pierdas el tiempo!», sin darse cuenta de que es precisamente perdiendo el tiempo como nos hacemos mayores.²⁰

Es lamentable que la posibilidad de que los niños salgan, su autonomía, sea

inversamente proporcional a la nuestra: cuanto más nos movemos los adultos en coche, tanto más ensanchamos nuestro radio de movimiento y creamos peligros, obstruimos el paso, contaminamos el aire, y así aumentan las dificultades de autonomía de nuestros hijos. Y cuando los niños se mueven, cada vez con mayor frecuencia es en nuestra compañía, dentro de nuestro coche, en el asiento trasero. Esto significa que el niño no alcanza a ver la ciudad, no alcanza a percibir sus características, pasa velozmente, no puede responder a la continua necesidad de presente, de curiosidad, de hacer paradas. Es arrastrado por nosotros en un desplazamiento antinatural dirigido a una meta. En este extraño modo de moverse no llega a comprender nada, a organizar su espacio, a construirse su ciudad. A menudo los niños de hoy crecen con problemas de organización espacial y con un bajísimo conocimiento de su ciudad, de su barrio, de su zona.

Vivir experiencias propias

Ya se ha hablado de la importancia del juego libre en el desarrollo del hombre. Y juego libre implica autonomía, reencontrarse solos, libres de control, con la posibilidad de afrontar el propio riesgo y así experimentar la satisfacción del problema resuelto, de la dificultad vencida.

Antaño el tiempo de los niños estaba dividido claramente entre el formal, de la obligación, que era el de la escuela, los deberes, el catecismo; y el informal, del placer, que era el del juego: el «tiempo libre». El niño administraba de modo autónomo este tiempo y, si no transgredía ninguna de las reglas sociales, podía alejarse de casa, encontrarse con quien quisiera, para dedicarse a sus juegos preferidos. Era el tiempo de las experiencias personales, las que llevaban a las niñas y sobre todo a los niños a explorar el entorno, a conocer sus secretos, observando la vida de los animales y de las plantas, experimentando los cambios climáticos, las características de los diversos elementos de la naturaleza.

Hoy el tiempo libre de los niños ha desaparecido. Los peligros al acecho fuera de casa desaconsejan dejar que los niños salgan solos y las mejores condiciones económicas permiten regalar a los hijos la matrícula en muchos de los cursos y actividades vespertinos: la piscina, la guitarra, el inglés, la danza, el gimnasio... «¡Deberías estar agradecido, hoy puedes conocer muchas cosas con las que nosotros, cuando éramos pequeños, ni siquiera soñábamos!», decimos a nuestros hijos. Naturalmente los padres más abiertos hacen elegir a sus hijos los cursos de tarde a los que quieren asistir, de modo que al eventual cansancio posterior o al deseo de dejarlos se puede responder argumentando motivos económicos y hasta las nobles causas del empeño y la coherencia: «Tú lo elegiste». Prácticamente un chantaje. Si sumamos las dos idas por la tarde a la

escuela que prevén los módulos, la probable lección de catecismo, dos o tres actividades «voluntarias» y los deberes, las tardes del niño están totalmente cubiertas. Queda un lapso de una hora antes de cenar y ésta habitualmente se la lleva la televisión.

Paralelamente las madres se han transformado en taxistas y pasan la tarde acompañando a sus hijos y esperándolos en la puerta del gimnasio, de la piscina, de la iglesia. Y en la ciudad de la incomunicabilidad se forman los nuevos microgrupos sociales de las madres que esperan, así como para los maridos se forma el grupo de los que sacan al perro por la mañana temprano o a última hora de la tarde.

Una reflexión curiosa e inquietante: si la organización del trabajo prosigue con las tendencias actuales, los horarios de trabajo tenderán a disminuir cada vez más. Nuestros niños de hoy, mañana serán trabajadores con mucho más tiempo libre con respecto al que hoy tenemos, pero habrán sido niños sin tiempo libre y, por tanto, incapaces de utilizarlo, de aprovecharlo. Me temo que ésta podrá convertirse en una enésima oportunidad al alcance de la producción comercial, que ofrecerá ideas, instrumentos, manuales, animadores para el tiempo libre, así como hoy los ofrece para el juego de los niños en sus cumpleaños, para las vacaciones de la familia...

La escuela, al menos así indicaban los buenos pedagogos y los buenos maestros, debía ser el lugar donde las experiencias personales de los alumnos se confrontaban, se elaboraban hasta obtener juntos, alumnos y docentes, nuevos conocimientos. Éste es el significado de experiencias didácticas importantes como el «texto libre» y el «texto colectivo».²¹

Nuestra escuela, al menos en el nivel oficial, ha absorbido casi completamente estas opiniones y propuestas, absolutamente minoritarias en la época en la que las lanzaron sus autores, insertándolas en los nuevos programas. Pero si los niños viven sólo experiencias colectivas, organizadas y controladas por los adultos en los muchos cursos que realizan, y el tiempo restante lo absorbe la televisión, ¿sobre qué experiencias puede trabajar la escuela? ¿A partir de qué conocimientos personales podrá arrancar la actividad escolar? A menudo la escuela, consciente de esta deficiencia, propone ella misma experiencias, como visitas externas, actividades prácticas, para poder después trabajar. Pero es fuerte la sospecha de que se acabe creando sólo un círculo vicioso.

Se oye decir a menudo que los niños de hoy no cuentan nada. ¡Tal vez porque no tienen nada que contar, porque los adultos que los acompañan y los vigilan permanentemente lo saben ya todo! Es importante entonces que el niño, desde los primeros años, pueda salir solo, asumiendo el riesgo y el placer de abandonar la seguridad doméstica; bajar a la calle, buscar a un compañero, jugar con él, ponerse de acuerdo sobre el juego y sobre sus reglas, o experimentando

con él la naturaleza, los objetos, haciendo comentarios sobre los comportamientos de los mayores; correr juntos riesgos proporcionados a sus propias fuerzas, superando obstáculos, afrontando y resolviendo conflictos; volver a casa cansados, tal vez sucios, excitados, con muchas ganas de contar lo que los padres no pueden saber. Esta experiencia, cuya complejidad es innegable desde todo punto de vista, que debería ser vivida por todos nuestros niños a partir de los tres o cuatro años, es hoy posible tal vez para un niño después de los diez y para una niña aún más tarde, cuando el período del gran crecimiento cognitivo y social ya está sobradamente concluido. ¿Qué consecuencias traerá este retraso en el niño?

Los accidentes domésticos

Otra dramática contradicción es la de los accidentes. Encerramos a nuestros hijos en casa para defenderlos, aunque la casa es con diferencia el lugar más peligroso para ellos. Por accidentes domésticos mueren más personas que por accidentes callejeros. Y quienes más los sufren son los ancianos y los niños, a pesar de que las casas ahora son más seguras que las de ayer y cada año aumentan las garantías, las normas de seguridad, las obligaciones para los constructores.

Antaño los cables eléctricos eran exteriores, se hervía el agua a menudo y en grandes cantidades para lavar y lavarse, los suelos eran irregulares, las escaleras empinadas, etcétera. Hoy estos peligros ya no existen, pero los accidentes aumentan.

El hecho es que antes estábamos en casa el tiempo mínimo indispensable para comer, dormir, hacer los deberes, a veces para ayudar a nuestra madre, y los riesgos, si acaso, salíamos a buscarlos fuera. Hoy estamos demasiado tiempo en casa. El niño debe quedarse también cuando ya no tiene nada que hacer, entonces se aburre... ¡y un niño aburrido es un niño en peligro! No hay seguridad que pueda oponerse a la necesidad de descubrir, de hacer, de jugar. Para otorgar un poco de interés a las habitaciones donde habitualmente pasa demasiado tiempo, no podrá resistir la tentación de meter dos trozos de alambre dentro de los dos fascinantes agujeritos del enchufe o hasta de desmontarlo, o de poner en marcha la batidora o de abrir la llave del gas. Si dejamos alcoholes, detergentes y medicinas fuera del alcance de los niños, como siempre nos recomiendan, y los ponemos, por ejemplo, más arriba, obtendremos dos resultados negativos: primero, que viviremos menos cómodamente; segundo, que el niño deberá sumar al peligro de los productos el de subirse a una silla colocada sobre la mesa; porque a las botellas llegará, de todos modos. Y son siempre peligros traicioneros, incontrolables. Por otra parte, ¡el día que un niño

deje de buscar y de arriesgarse será para él un día nefasto!

Hoy se están promoviendo, incluso internacionalmente, programas de estudio sobre la seguridad doméstica. Me declaro en absoluto desacuerdo con esos proyectos si sirven para darnos a los adultos la tranquilidad de poder dejar a nuestros niños solos en casa incluso durante lapsos de tiempo mayores. Y, por otra parte, cuanto más segura sea la casa tanto más peligrosa será, porque el peligro no estará previsto, no será previsible ni tampoco, por tanto, controlable. ¡Si queremos de verdad a nuestros hijos deberemos comenzar a defenderlos de las casas! Hay que actuar de tal modo que los niños no se vean obligados a quedarse en casa más de lo necesario, que puedan salir, que puedan arriesgarse para aprender a defenderse de los peligros. El riesgo es un componente necesario del desarrollo: un rasguño en la rodilla, escapar de una emboscada de los amigos, correr, saltar, trepar, pero también prestar atención a un coche que se aproxima, aprendiendo a medir la relación entre velocidad y distancia, son riesgos normales que un niño puede controlar, que lo ayudan a crecer.

Frente a la obsesiva protección dirigida al niño surge una duda dramática: que todos los riesgos que el niño necesitaba correr gradualmente, y a los que no tuvo oportunidad de enfrentarse, se sumen de algún modo hasta convertirse en una urgencia insoportable que estalla en la adolescencia cuando los jóvenes pueden decidir por sí solos y entonces les dé por jugar con la muerte. Podría ser ésta una interpretación de los juegos suicidas de los jóvenes, como la ruleta rusa, atravesar los cruces a toda velocidad, tumbarse de noche sobre la línea divisoria de los carriles de las carreteras...

El conflicto insoluble con la televisión

Todos están convencidos de que ver demasiada televisión es nocivo y nadie sabe cómo hacer para que los niños no abusen de ella. El recurso más socorrido es el de la reglamentación rígida tipo: «Sólo una hora al día», «Sólo un dibujo animado y un programa», «Si la enciendes ahora no podrás ver tu programa favorito», y otras fórmulas por el estilo. Son reglas sensatas, pero que los niños no pueden comprender porque a menudo deben apagar el televisor para no hacer nada. Significa vivir un continuo conflicto con los propios hijos que los padres prefieren evitar para no comprometer el poco tiempo que pasan con ellos. Tenemos otra solución, mucho más sencilla, mucho menos conflictiva, que nos sugieren los propios niños. Diversas investigaciones, incluso muy recientes, realizadas en Italia y otros países, demuestran que la inmensa mayoría de los niños pone en el primer puesto de sus deseos jugar con los amigos. La televisión aparece en general en el segundo puesto, y a mucha distancia.²² Basta contentarlos, también en este caso, como hacemos tan a menudo con sus

caprichos más necios y poco educativos. Es suficiente buscar la manera de que los niños puedan salir, encontrarse y jugar juntos, y habremos resuelto también este grave problema educativo.

También con respecto a la televisión, como a propósito de la casa, se habla mucho de nuevas soluciones que apunten a una mejor programación para los niños. De nuevo y con fuerza reitero mi desacuerdo. No quiero una televisión mejor si ello sirve para permitir que los padres dejen aún más tiempo a sus propios hijos en brazos de esta cómoda «canguro», seguros entonces de que verán sólo buenos programas. Busquemos la manera, en cambio, de que los niños puedan pasar el tiempo libre jugando con sus amigos fuera de casa y en ese caso habrá alternativa y valdrá la pena luchar por una buena televisión para chicos. Que pueda suceder que entre amigos que están jugando libremente alguien diga: «¡Hoy es jueves, son las cinco, volvamos a casa a ver ese programa, merece la pena!»

Niñas y niños

En absoluto no por razones de principio, sino simplemente prácticas y de afianzada costumbre, cuando escribo no consigo utilizar las formas femenina y masculina, es decir niña y niño, o bien el espantoso niña/o. Siempre he tenido la sensación de que es sumamente incómodo leer un texto escrito así, mientras que me resulta aceptable en documentos, manifiestos, textos de ley. Confío en que no sea una última resistencia machista. Pensé también en recurrir a formas neutras como infancia o «criatura», pero vuelvo siempre, sin gran sentimiento de culpa, al término «niño» tan concreto y familiar.²³

Dicho esto no para disculparme, sino al menos a modo de aclaración, debo reconocer y poner en evidencia, sin embargo, que el problema existe y no es de fácil solución. Cuando decimos que los niños deben poder salir solos de casa tenemos que ser conscientes de que hablamos de niñas y de niños, y que cuando hemos transmitido el principio de que es importante y justo que los niños salgan no es del todo cierto que aquél se acepte también para las niñas. Hace falta mucha vigilancia, propuestas adecuadas y a menudo creativas. El Consejo de los niños del Laboratorio de Fano, por ejemplo, está formado de manera rigurosamente paritaria, debiendo cada escuela elegir a dos representantes, una niña y un niño.

Pero evidentemente estas son las cosas más fáciles de conseguir; más difícil es garantizar una efectiva y pareja autonomía a los niños de ambos sexos, lograr que un padre pueda del mismo modo, y con la misma confianza, permitir que su hija o su hijo salgan de casa para encontrarse con los amigos.

El niño como indicador ambiental

Los ecologistas utilizan los indicadores ambientales, es decir aquellos fenómenos, aquellos organismos, que nos ayudan a comprobar la salud o la degradación de nuestro ambiente. Los líquenes, por ejemplo, modifican sus características si el medio ambiente se contamina, las luciérnagas no vuelven, tampoco las golondrinas, etcétera. Para la ciudad, puede considerarse al niño como un sensible indicador ambiental: si en la ciudad se encuentran niños que juegan, que pasean por sí solos, significa que la ciudad está sana; si en la ciudad no se encuentran niños significa que la ciudad está enferma.

Una ciudad donde los niños callejean es una ciudad segura, no sólo para ellos sino también para los ancianos, los minusválidos y para todos los ciudadanos. Su presencia representa un estímulo para que los otros niños bajen y un factor disuasorio para los coches y para los demás peligros exteriores. La calle desierta es, en cambio, peligrosa para el niño que la cruza, porque el conductor no se lo espera, no lo prevé; es peligrosa para todos porque invita al crimen y lo vuelve impune.

Pero para hacer posible que los niños salgan solos de casa hay que cambiar la ciudad, completa aunque gradualmente. La ciudad, que ha crecido adoptando salvajemente la opción de la defensa, debe ser capaz de ofrecer alternativas, de apertura a la vida, de apertura al futuro. Hay que actuar, pues, en varios niveles y en varias direcciones.

Renegociar la relación de poder entre el coche y el ciudadano

En muchos países del norte de Europa y de Norteamérica se están gastando enormes cantidades de dinero en favor de los sapos. Sí, de los sapos. Las autopistas son barreras insuperables que dividen fatalmente sus territorios. Así, los pobres sapos no pueden pasar ya de los ambientes acuáticos de la reproducción a los húmedos de su vida habitual o, si las vallas les permiten pasar, están obligados a cruzar las autopistas con un porcentaje muy bajo de éxito. Entonces se ha elevado un grito de protesta y las sociedades que construían o administraban las autopistas no han tenido más remedio que abrir túneles de conexión entre los dos lados de la autopista cada cierta cantidad de metros. Naturalmente, esto tiene un costo muy elevado, pero salva la vida a muchos sapos y les permite recorrer el territorio. Soy solidario con los sapos y estoy totalmente de acuerdo con estas acciones para su preservación. Sólo desearía que se dedicase la misma atención y la misma sensibilidad a los niños.

También su territorio está cortado por carreteras en las que dominan los derechos de los automóviles. Cruzarlas es peligroso, los padres se preocupan e impiden a sus hijos recorrerlas solos. Así los niños no pueden llegar hasta sus amigos ni, junto con ellos, hasta los lugares donde jugar: el patio, el descampado, la avenida.

La barrera física se convierte en una barrera psicológica y cognitiva, limita el campo del niño, limita su desarrollo espacial y afectivo. Es como si al niño se le quitase la mitad de sus juguetes, se le oscureciese la mitad del televisor, se le arrancase la mitad del libro de texto.²⁴

En la ciudad de hoy un recorrido a pie es una aventura: aceras ocupadas por coches estacionados o por puestos comerciales, tráfico caótico, falta de respeto de la prioridad de los peatones en los pasos de cebra. Si para todos es difícil, lo es aún más para los ciudadanos más débiles como los ancianos, los minusválidos, los niños. En estas condiciones el uso del coche, considerado una estructura protectora, es casi un acto de autodefensa, con las consecuencias conocidas: congestión del tráfico, transformación del suelo público en espacio privado, contaminación del aire, contaminación acústica, vibraciones que ponen en peligro los monumentos.

Imaginémonos que hay algunos coches estacionados a los dos lados de una calle y supongamos que el coche A está aparcado a la izquierda en doble fila, mientras que el coche B está aparcado a la derecha, atravesado, subido a la acera, lo que hace difícil o imposible el paso de los peatones. Si llega la grúa de la policía municipal lo más probable es que se lleve el coche A y no se excluye que al coche B ni siquiera le pongan una multa. ¿Qué significa esto? Que se interviene con decisión y mano dura si el estacionamiento dificulta el movimiento de los coches; que se actúa con mayor tolerancia si los perjudicados son los peatones, por tanto los más débiles. Sin embargo una persona minusválida que se mueve en silla de ruedas o una madre que empuja un cochecito, quizá no puedan proseguir su recorrido; un niño o un anciano podrían verse obligados a bajar de la acera y exponerse a peligros inútiles.

Los coches son, de hecho, los nuevos amos de la ciudad; es para ellos para los que se estudian remedios y facilidades, en su favor se efectúan las operaciones más radicales y más costosas. Piénsese en los planos de nuevos aparcamientos en las grandes ciudades. Es a ellos a quienes los policías municipales dedican la mayor parte de su tiempo y de sus energías. Las multas que se aplican son en su gran mayoría por estacionar en lugares prohibidos, es decir por un delito que perjudica sobre todo el movimiento de los propios coches y relativamente poco a las personas. Los coches, en movimiento o parados, ocupan de forma permanente un considerable porcentaje del suelo público, transformándolo en espacio privado: casi todas las calles y las plazas se han

convertido en aparcamientos. Cuando se propone restituir a los ciudadanos un espacio público la respuesta más frecuente es: «Primero que se resuelva el problema del estacionamiento y ya pensaremos en un uso social de la plaza». Me parece un razonamiento incorrecto. Tener espacio para «apoyar» el propio coche es, sin duda, una necesidad, pero no creo que se pueda considerar un derecho: cuando un ciudadano adquiere un coche, el alcalde no se compromete con él a reservarle un área de espacio público en la que ponerlo en movimiento o estacionarlo. Poderse mover serenamente a pie y utilizar el espacio público, en cambio, es sin duda un derecho de todos los ciudadanos. Restituir a todos la posibilidad de moverse libremente andando es, por tanto, un deber prioritario del administrador y un modo correcto y serio de preparar el futuro de la ciudad. Un futuro en el que el poder de los coches acabe donde comiencen los derechos del peatón; un futuro en el que la ciudad esté más limpia, menos «ocupada», donde podamos movernos; donde podamos encontrarnos; donde, en definitiva, se pueda vivir mejor; donde sea posible que un niño salga solo de casa y juegue con sus amigos. Así que ante todo se restituirá la plaza a los ciudadanos; después se buscará, en lo posible, resolver el problema del estacionamiento de los coches.

Puestas a salvo las zonas peatonales, que deberán potenciarse, respetarse²⁵ y también introducirse en los barrios residenciales periféricos, habrá que distinguir y tratar de manera diferente, tanto al hacer el proyecto como en el uso, las calles de los coches (aquellas de gran circulación, en las que los peatones deben aceptar las condiciones de los coches) de las calles de los peatones (aquellas a las que los coches pueden acceder, pero bajo las condiciones que los peatones impongan). Este replanteamiento urbanístico, ya en marcha en muchas ciudades del centro y del norte de Europa, deberá tender no tanto a crear nuevas y más rigurosas prohibiciones, sino a hacer imposible la velocidad y el peligro. Los padres, en efecto, no vencerán su miedo porque se haya reducido el límite de velocidad de 50 a 30 kilómetros por hora, porque siempre y justamente podrán pensar en la posible violación de las normas y por tanto negarse a reconocer autonomía a su hijo. Pero si el carril de la calle se restringe y se vuelve tortuoso o atravesado por obstáculos, la velocidad será imposible y los adultos podrán estar más tranquilos y ser más permisivos.

Un buen ejemplo de intervención estructural a favor de los peatones es la «acera que atraviesa la calle»: un paso peatonal que mantiene tanto el nivel como la pavimentación de la acera. Mientras lo habitual es el peatón que «baja» de la acera, abandonando su territorio seguro, y entra en el peligroso de los coches, en este caso el peatón se mantiene en su territorio y es el coche el que, por medio de una rampa, «sube» al paso peatonal, invadiendo un área que no es suya y en consecuencia teniendo que preocuparse por eventuales viandantes.

Si se impide la velocidad la calle es más segura, no sólo por que disminuye el peligro del tráfico sino porque se vuelve más difícil incluso delinquir: es difícil escapar, hay más gente andando, hay más control social.

Ayudar a los adultos a comprender que los niños necesitan salir

Los adultos tienen miedo, y no les falta razón para tenerlo, pero, como se decía antes, la vía de la defensa carece de esperanza y de futuro. Encerrar a los niños en casa significa exponerlos al peligro de los accidentes domésticos, confiarlos a la televisión y privarlos de experiencias fundamentales. Pero superar el miedo es difícil y no bastan las palabras para lograrlo. Los gobernantes deben hacerse cargo de estos problemas y ayudar a sus conciudadanos. Hay que trabajar en diferentes planos: ante todo ayudar a los padres a comprender que los niños necesitan tiempo libre, administrarse por sí solos y correr su propio riesgo, más que hacer muchas cosas y comprometerse en muchos cursos por la tarde; ayudarlos a recuperar confianza en la capacidad de sus propios hijos, que es seguramente mayor que la que ellos imaginan. Hay que ayudar a los padres a salir de la óptica individualista y defensiva, pensando que todos los niños deben encontrarse juntos fuera de casa y que todos los adultos deben ser un punto de referencia y de seguridad para los niños. Es necesario, de todos modos, reducir el peligro ambiental disminuyendo la velocidad del tráfico, favoreciendo los desplazamientos peatonales y en bicicleta, aplicando con firmeza aquellas normas que castigan a quienes no respetan los derechos de los peatones.



Hay que ayudar a los adultos a comprender que un buen padre no es el que renuncia a una vida propia para que los hijos puedan tenerlo todo y puedan ser acompañados a las diferentes escuelas de la mañana y a las clases de la tarde. La primera característica de un «buen padre» debería ser la de volverse cada día menos necesario para su propio hijo. Cuando un niño nace, el momento tal vez más importante es significativo de la profunda transformación que se produce en pocos minutos: el corte del cordón umbilical. Desde ese momento el niño se separa de la madre y puede iniciar su relación con ella y, a través de ella, su relación con el mundo: la gran aventura de la autonomía. Cada día la separación puede confirmarse y consolidarse, o bien negarse; podemos volvernos menos necesarios para nuestros hijos y ayudarlos, por tanto, a alejarse de nosotros, o hacer lo contrario y atar nuevos cordones umbilicales.

Creo que una segunda característica del «buen padre» es la de ser un buen modelo de adulto, un adulto que haga pensar al niño que vale la pena hacerse mayor para ser como él o para encontrar personas como él. Un adulto sereno, capaz de entregarse, feliz. Que intenta realizar sus aspiraciones, cultivar sus pasiones, vivir bien su sexualidad, vivir con entrega, con fuerza y coherencia su profesión, sus ideales, sus creencias. Esto no vale sólo en la relación entre padres e hijos, sino también entre maestros y alumnos y en general entre adultos y niños. Me parece ésta una perspectiva gratificante, que nos invita a la serenidad y a la entrega, incluso para tener niños más felices.

Un adulto sereno y realizado sabrá comprender la necesidad de autonomía de

su hijo y estará dispuesto a superar cualquier dificultad, cualquier preocupación para poder asegurársela.

Encontrar nuevos aliados de los niños

Antes, hace unas pocas décadas, los niños eran de todos. El vecindario funcionaba como un gran control social. Un niño que jugaba fuera de casa, cuando tenía necesidad de algo encontraba en los vecinos un ojo curioso, atento y preocupado. Recuerdo que si, jugando con los amigos, hacía algo que no debía (me peleaba, le pegaba a alguien, me caía...), cuando volvía a casa encontraba el reproche o el castigo, aun antes de poder contar lo ocurrido. ¡No teníamos teléfono, pero evidentemente ya habían llevado «con premura» la noticia! Esto era común en el pequeño pueblo donde todos se conocían, pero también en la gran ciudad donde el barrio permitía una relación cotidiana de sus habitantes, por trabajo, por la compra, por la escuela, siempre cercanos a la vivienda. Pero el criterio de responsabilidad social con respecto al niño era más amplio aún que el conocerse o que el ser vecinos: un niño fuera de casa, especialmente si estaba solo, era controlado y protegido por los adultos que encontraba. Más que vecinos de casa podría decirse vecinos del niño. Y esta «vecindad» crecía con los años, se extendía a medida que se desarrollaba la autonomía del niño y le permitía expediciones más osadas en territorios nuevos, inexplorados. También allí encontraba adultos interesados y preocupados. Esto naturalmente favorecía el crecimiento, el descubrimiento de espacios nuevos, la posibilidad de aventuras nuevas que construían y consolidaban nuevos conocimientos.

Ahora esta solidaridad social parece perdida. La opción de la defensa ha inhibido el interés por los otros, o por lo menos lo ha ocultado, lo ha enmascarado. La tentación inmediata es la de encerrarse en lugares seguros: la casa, la escuela, los distintos cursos vespertinos. Y crecen los requerimientos de otros espacios, tal vez más libres, pero siempre protegidos y custodiados: bibliotecas, laboratorios, jardines con verjas y entradas vigiladas.²⁶

La pérdida de la autonomía produce resignación, pero también descontento y malestar. Sobreviven un deseo y un estar disponibles a la solidaridad, lo que se refleja en las reacciones interesadas en propuestas como ésta: hay que sacarlas fuera, permitir que se conviertan en experiencias. No podemos esperar, sin embargo, que se reconstruya esta difusa solidaridad para encaminar las experiencias de las que estamos hablando: los niños tienen prisa, son niños por pocos años. Hay que identificar y formar cuanto antes, por tanto, a nuevos aliados de los niños.

La policía municipal

Las ciudades tienen un pequeño ejército que agota sus energías en estar casi exclusivamente al servicio de los coches. Esto confirma el poder del coche en nuestra sociedad y, en la actual carencia de sensibilidad social y de solidaridad, parece un derroche y hasta un envilecimiento de una presencia que podría ser mucho más significativa y calificada. Proponemos que los agentes de la policía municipal se vuelvan también, tal vez prioritariamente, amigos de los niños. Cuando un niño se encuentra en una situación de dificultad, si ve a un policía debería tranquilizarse, seguro de que ese señor de uniforme resolverá su problema. ¿A qué necesidades, a qué dificultades puede enfrentarse un niño? Puede tener ganas de hacer pis y avergonzarse de entrar en un bar para solicitarlo; puede tener sed; puede habersele hecho tarde y necesitar llamar a su casa y no tener dinero; puede ser molestado por algún adulto; puede haberse peleado con un amigo; puede haberse perdido; puede haberse caído y herido en la rodilla; puede haber perdido el billete del autobús para volver a casa. Cada una de estas situaciones representa un sufrimiento, un padecimiento grande como lo son casi siempre los sufrimientos de los niños. El policía municipal debería tener el deber institucional de socorrer a los niños y niñas que se encontrasen en situaciones comprometidas o angustiosas. Deberá resolver su problema, acompañándolo a un bar para que pueda beber, hacer pis, telefonear, o bien ofreciéndole el billete del autobús. Sería importante que este papel social de los agentes de la policía municipal se hiciese público y se difundiera convenientemente de modo que lo conocieran tanto los niños como sus padres. Si queremos de verdad que aumente la autonomía de los niños debemos hacer que disminuyan los miedos de sus padres y de todos los adultos.

Como ya se ha dicho varias veces, que haya policías amigos de los niños significa también puntos de referencia para los ancianos, para los minusválidos, para la señora que vuelve cargada con bolsas de la compra. Ser amigos de los niños significa, en definitiva, ser amigos de los ciudadanos. Para esta nueva e importante función social debe prepararse a los agentes, abriendo etapas de formación y de debate que definan nuevos objetivos y comportamientos.²⁷

Se podría pensar en extender esta función social de «amigos de los niños» a todos aquellos que llevan un uniforme y que, por ello, resultan fácilmente reconocibles. El alcalde podría invitar a los policías municipales, los empleados de las empresas de seguridad y bomberos, además de a los chóferes del transporte público o a los barrenderos, a asumir este nuevo papel para contribuir a que la ciudad se vuelva más apta para los ciudadanos, comenzando por los niños. Para ello deberán organizarse trabajos de sensibilización y de formación.

Los ancianos

Hoy nuestra sociedad rica está envejeciendo, hay pocos niños y la vida se alarga; nace así la «alarma» de los ancianos. Según las últimas estadísticas hay tres abuelos por cada nieto, demasiados jubilados con respecto al número de los trabajadores. Hay, en definitiva, demasiados viejos y no se sabe dónde meterlos, qué hacer con ellos, cómo cuidarlos. En una sociedad consumista como la nuestra cada necesidad produce artículos apropiados a ella. Nacen así los artículos de la tercera edad que promocionan los anuncios televisivos, desde prendas de lana a productos para fijar la dentadura. En una ciudad fundada en la división y en la especialización, cada necesidad, cada malestar, sugiere servicios adecuados. Nacen entonces las residencias de ancianos, las escuelas para la tercera edad, los viajes organizados, los centros de día.

De nuevo respuestas pensadas no para sus destinatarios naturales, sino para los ciudadanos adultos, para aquellos que deben cuidar a los ancianos, para los ciudadanos fuertes. A un anciano no le gusta estar con los ancianos. El anciano tiene el patrimonio más importante en su historia, en su pasado, en su memoria; tiene, por tanto, un gran deseo de contar.²⁸ No está interesado, en cambio, en escuchar y en aprender porque sabe que no tiene un futuro en el que invertir. Poner a diez ancianos juntos es crear una situación paradójica, contra natura: todos querrán contar, pero nadie estará interesado en escuchar. Un anciano tiene sentido en medio de las otras generaciones, entre los niños y los jóvenes que tienen ganas de escuchar y de aprender. Diez ancianos juntos pueden hablar sólo de la muerte que se avecina. Son patéticos esos viajes turísticos sólo para ancianos, esos autocares que los descargan en invierno en playas desiertas (idicen que a los ancianos les hace bien el aire de mar, especialmente el del invierno!), entre hoteles cerrados, con las canas al viento, escenas fellinianas sin sentido que conllevan mucha tristeza.

Existen sindicatos, asociaciones deportivas, culturales, recreativas, hasta universidades para ancianos. No estoy de acuerdo, no creo que sea justo. De nuevo la separación y la especialización: el anciano como realidad especial, con sus problemas que requieren respuestas especializadas como la reivindicación de las pensiones, la gimnasia, el baile, las conferencias, siempre para ancianos. Un club de ciclistas dominical debería estar abierto a hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos. Y cuando el anciano no se sienta en condiciones de pedalear con los otros podrá enseñar a cuidar la bicicleta, dar consejos a los más jóvenes, hacer soñar a los niños contando sus experiencias. Y no organizar el club de los ex ciclistas que se cuentan sus penas o dan paseítos en triciclo. Lo importante es ser ancianos junto a aquellos que no lo son para seguir teniendo sentido. ¡También a los hombres les gusta estar con las mujeres y también a los niños

con los mayores!

Debemos aprender a pensar que lo que consideramos como la «alarma» de los ancianos pueda convertirse en el «remedio» de estos.

El anciano vive un período muy particular de la vida: se han acabado las expectativas, las ganas de sobresalir, la necesidad de competir. Un período que podría ser sereno, desinteresado, libre, si no se obligase al anciano a reflejarse tristemente en los otros ancianos o a perderse en su futuro de muerte en soledad. El sosiego, la felicidad del anciano, están ligados a la ilusión de que su experiencia pueda servirle a alguien, de que él pueda ser aún útil para algo, que todo el tiempo que tiene pueda ser tan importante como el ya transcurrido. Así surge el anciano, el abuelo, como aliado privilegiado de los niños.

Podrá objetarse que a menudo los ancianos son irascibles, no tienen ganas de estar detrás de los niños; es verdad y tienen derecho a ello, pero tenemos tantos que sin duda habrá unos cuantos que sean buenos colaboradores. Por otra parte, no creo que se pueda ni se deba pedir a los ancianos que adopten papeles o responsabilidades particulares. Creo que debe pedírseles que rechacen el aislamiento en casa, que salgan, que «estén». Que estén presentes en los jardines, en los lugares de encuentro abiertos, en las calles; que vivan el barrio, que lo compartan con los demás ciudadanos y en especial con los niños, con los minusválidos, para que sea más habitable y más seguro para todos. Su presencia dará seguridad a los niños.

Se trata de opciones sociales de fondo: la casa, la calle, los jardines, el barrio, en vez del centro de la tercera edad o la residencia geriátrica. Opciones que debería facilitar el Estado, las instituciones locales, las asociaciones. Significa invertir energías para que el anciano pueda permanecer en su ambiente, con sus familiares, con sus vecinos, con los niños, más que invertir las en costosas estructuras de custodia y de marginación. Si los ancianos se sienten aceptados, útiles, necesarios, estarán mejor, serán más autónomos, harán segura la ciudad. Será un gran ahorro de dinero y una manifestación debida de afecto y de reconocimiento hacia quien ha venido antes que nosotros.

Los comerciantes

Los comerciantes, los artesanos, los tenderos, no son necesariamente buenos y pacientes ni están disponibles respecto de los niños. Para obtener la licencia no tienen que haber demostrado especiales cualidades didácticas o educativas, pero comparten una condición muy peculiar e importante para nuestro discurso: «están en la calle». Y mientras que el policía municipal y el anciano podrían no estar al alcance del niño en ciertos momentos, las tiendas siguen siempre allí y pueden representar un lugar seguro. Con relación a lo que decíamos antes sobre

las nuevas inseguridades y miedos, los comerciantes pueden reconstruir una red de referencia y de seguridad. Pueden ofrecer una respuesta sencilla a la pregunta preocupada: «Pero si a mi hijo le sucede algo, ¿a quién puede dirigirse?» Si todos los comerciantes, los artesanos, pero también las sucursales bancarias y de correos que se declaran disponibles para velar por la autonomía de los niños, pusiesen un cartel alusivo en su escaparate, los niños y sus padres podrían estar más tranquilos porque sabrían que, en caso de necesidad, éstos son puntos de referencia.²⁹ El comerciante echará un vistazo al niño que pasa. El niño podrá pedirle al tendero hablar por teléfono a su casa sin pagar, hacer pis, beber un vaso de agua, ser consolado si le ha sucedido algo.

Hemos señalado algunos posibles aliados de los niños, pero debemos enseñar a estos que cada adulto es un potencial amigo suyo. Deberemos abandonar las recomendaciones terroristas: «No hables con nadie», «No le pidas nada a nadie», y enseñar en cambio que, cuando necesiten algo, se dirijan a un adulto y le pidan ayuda. Será una pequeña contribución para educar a los niños para vivir en este mundo y vivir en él lo mejor posible, pero será también una enérgica llamada de atención a los adultos, insensibilizados ya por el desinterés y el egoísmo general.

-
17. En varias ocasiones, y en especial durante la sesión del Tribunal Internacional de los Pueblos, celebrada en Nápoles en 1995, y en conferencias pronunciadas en los últimos años en Sudamérica, he tenido la oportunidad de comprobar el interés que suscitaba el proyecto general que aquí se propone, es decir de asumir al niño como parámetro de cambio, por parte de representantes de países del sur del mundo, aunque haya que trabajarlo mucho para poder aplicarlo adecuadamente a las necesidades específicas de cada realidad social.
 18. En este libro se trata el tema, limitado a la realidad italiana y en concreto a la de los niños de la calle del centro histórico de Palermo. Véase el epígrafe de la parte segunda: «La calle, un lugar de todos» y la ficha n.º 19: «Un jardín de piedra».
 19. Un ejemplo eficaz de estos desplazamientos adultos es el metro: un tubo negro entre dos estaciones. El trayecto, el recorrido, ya no existe; permanecen sólo un punto de partida y un punto de llegada. El tiempo de traslado es tiempo perdido y, por tanto, debe ser lo más breve posible.
 20. En una hermosa experiencia sobre la organización espacial de los niños más pequeños, los educadores de una guardería de Reggio Emilia salían a la calle, cada vez con un niño, y lo llevaban de regreso a casa, pidiéndole que les fuera indicando el camino. Una educadora me contaba que un niño, al llegar a una esquina, había girado a la izquierda y ella le había pedido que le explicase cómo sabía que era el momento de girar. El niño, con cierto estupor y después de haber pensado un poco, respondió señalando la calle: «¿No ves ese papel ahí?» Esto significa que el niño sabía dónde girar, pero no tenía puntos de referencia. Probablemente utilizaba un conjunto de informaciones que, sumadas, decían: «Es el momento de girar». Pero frente a la pregunta del adulto, sólo pudo indicar como referencia el papel.
 21. Nos referimos a la propuesta del «texto libre» de Celestin Freinet llevada a cabo en Italia por el Movimiento de Cooperación Educativa (MCE) y del «texto colectivo». Por texto libre se entiende la redacción voluntaria de un breve texto que documente un hecho, una experiencia que el alumno ha vivido fuera de la escuela y que considera que puede interesar a sus compañeros. Cada día, en clase, se reserva un tiempo para la lectura, la discusión y la elaboración colectiva de los textos libres, los mejores

de los cuales se publican después en el periódico escolar. Vale la pena observar la profunda diferencia entre esta propuesta y aquella, aún no desaparecida, de los «pequeños pensamientos». En este caso se le pide a los alumnos que escriban cualquier cosa (por ejemplo diez pensamientos sobre la primavera, sobre su madre o lo que se les ocurra) sin destinatarios (sería absurdo leer en clase 200 o 250 frases triviales), y que será corregida: exactamente contra todo principio de la comunicación. Por texto colectivo se entiende la suma de las aportaciones personales para alcanzar colectivamente un resultado más alto y más complejo que ya no es de uno, sino de todos. Así nace Carta a una maestra (Escuela de Barbiana, 1967) y varios trabajos en el seno del MCE, por ejemplo El globo aerostático, novela escrita en dos años de la clase de primaria de Mario Lodi (1972). Sobre el texto de creación colectiva, véase también la obra de J. L. Corzo Toral (1983).

22. Oliverio Ferraris (1995).
23. Cuando dibujo (firmando como FRATO), si debo inventar una imagen en la que aparecen mis personajes y, por razones de síntesis y de representación emblemática, no puedo representar a un niño y a una niña, opto a menudo por una niña. Una niña figura por ejemplo en la imagen del Equipo de Psicopedagogía del CNR, una niña en la imagen del Laboratorio «Fano la ciudad de los niños», en la de Palermo y en otras más. Esta libertad la permite el lenguaje gráfico (nunca nadie me ha preguntado «¿Por qué hay sólo una niña y no un niño?»), pero no el lenguaje oral y aún menos el escrito. Si hubiese titulado al libro «La ciudad de las niñas», todos habrían pensado en una propuesta específica para los niños de sexo femenino y no para todos.
24. Interesante es el estudio de los retrocesos en el desarrollo sociocognitivo de los niños provocados por las barreras urbanísticas que imponen los cruces peligrosos (Bonanomi, 1994).
25. Sería deseable que también los administradores, agentes de la policía municipal, la guardia civil, respetasen la zona peatonal (al menos en las ciudades pequeñas y medianas), desplazándose a pie o en bicicleta y enviando así un mensaje coherente a los demás ciudadanos.
26. A este propósito es interesante el análisis de las diferencias entre los espacios urbanos play ground y sandbox (Bozzo, 1995).
27. Sobre este punto véase la ficha núm. 7: «El policía municipal amigo de los niños».
28. Un africano decía: «Para nosotros los ancianos son muy importantes, porque son como bibliotecas ambulantes».
29. Sobre este punto véase la ficha núm. 9: «Vamos solos a la escuela».

Una ciudad adecuada a los niños

Que los niños puedan salir solos de casa es un objetivo importante, incluso porque lo exige clamorosamente el desarrollo desordenado e irrespetuoso de la ciudad, pero no agota la necesidad de cambio que la ciudad de hoy requiere. La ciudad, crecida casi contra las necesidades de sus habitantes, especialmente de los más débiles, debe revisar todas sus estructuras y sus articulaciones para hacerse adecuada a todos. Por eso vale la pena proseguir en el desafío, en la provocación de asumir al niño como parámetro, e insistir en la idea de que cuando la ciudad sea más adecuada a los niños será más adecuada a todos.

Al no poder analizar aquí detalladamente todas las facetas de una ciudad daremos sólo ejemplos. En la tercera parte del libro, a través de las fichas, intentaremos entrar más operativamente en las propuestas, en las actividades, en las iniciativas.

La ciudad bella³⁰

Italia es famosa en el mundo por sus ciudades. Nuestros antepasados dedicaron energía, recursos, ingenio y creatividad para hacer bellos los lugares donde transcurría su vida, su trabajo, donde educaban a sus hijos, donde se amaban, pasaban su vejez, donde morían. Que son tan bellas lo demuestra el hecho de que nuestro país posee más de 60% de las obras de arte de todo el mundo y que llega gente de los países más lejanos para visitarlas y recorrer sus calles.³¹ ¿Es de verdad sostenible la aparente sospecha contemporánea de que todo esto ha ocurrido porque nuestros antepasados no tenían nada más importante que hacer? ¿O es más creíble que nosotros estamos perdiendo el sentido de la vida? Corremos, sin duda hacemos más cosas y con mayor rapidez que nuestros predecesores, pero después tenemos «derecho» a (no sólo necesidad de) vacaciones, mantenemos un ejército de psicólogos, consumimos cantidades espantosas de psicofármacos.

Nuestras ciudades están llenas de iglesias, de monumentos, de palacios, de fuentes, de edificios sagrados, de pavimentaciones diferenciadas, de juegos de

luz, de perspectivas. Recorriéndolas estamos siempre expuestos a la sorpresa, a la admiración. Nos invitan a detenernos para admirar, para rezar, para encontrar a alguien. En definitiva, las ciudades son recorridos. Es fácilmente previsible que el niño que recorra estas calles se enriquecerá también en el plano cognitivo. Eran ciudades pensadas para ser recorridas a pie, porque sólo caminando se pueden apreciar esos detalles, esos rincones preciosos. Y hoy los ciudadanos privilegiados con estos esplendores, ¿qué hacemos?

Si es posible intentamos pasar por debajo de estas maravillas: el sueño del ciudadano contemporáneo es el metro. Si no es posible, intentamos pasar por encima de estas maravillas o, en cualquier caso, pasar velozmente. Nacen así los viaductos, las circunvalaciones, las carreteras de recorrido veloz. Si ni siquiera son posibles estas soluciones porque la ciudad resiste con sus ridículas callejuelas estrechas y tortuosas y con sus anacrónicos monumentos, entonces intentamos movernos dentro de una caja a motor que nos impida detenernos, admirar, sorprendernos.

El hecho de que el automóvil sea el nuevo amo de la ciudad acarrea una serie de consecuencias, incluso culturales, importantes. Yendo en coche las bellezas de la ciudad pierden importancia porque no se notan, no se ven. Corriendo a cincuenta kilómetros por hora y teniendo que estar atentos al tráfico no se pueden percibir los escorzos, las perspectivas, los detalles que grandes artistas han realizado también para nosotros en los siglos pasados. Pero no es sólo esto.

Los coches tienen su «idea» de la ciudad, su propia estética, y la están imponiendo. Es una estética profundamente distinta de la nuestra: es la de los garajes (individuales o colectivos, subterráneos o aéreos, a manera de grandes depósitos en varias plantas bajo tierra...), de las gasolineras (siempre muy iluminadas, grandísimas y todas iguales), de las señales de carretera, de los carteles publicitarios (sencillos y muy grandes para ser vistos en marcha); es la del asfalto (menos ruidoso que el empedrado), del guardarraíl (más seguro); es la de los cláxones y de las alarmas antirrobo (aun cuando despiertan a los niños y provocan miedo); es la de los cementerios de automóviles, que están construyendo un último anillo macabro en torno a nuestras bellas ciudades y a nuestras feas periferias. Cuando fue evidente el conflicto entre la seguridad del conductor y el derecho de seguir viviendo que tenían árboles y alamedas, también de gran importancia estética, paisajística y para la salud de las ciudades, no se planteó ninguna duda, no se exploraron alternativas como la desviación de las carreteras o la disminución de la velocidad: simplemente se derribaron los árboles.

Y que la estética de los automóviles está en abierto conflicto con la del hombre, al menos así como la expresaron nuestros antepasados, lo demuestra el hecho de que en estos últimos cincuenta años los automóviles han dañado, con

la contaminación y con las vibraciones, a los monumentos de las ciudades más de cuanto fueron capaces de hacer los incendios, las guerras y los terremotos en los siglos y en los milenios anteriores. Por último, debe señalarse el arrollador deseo de protagonismo del automóvil. Es prácticamente imposible ver o fotografiar un rincón de nuestras ciudades sin un coche «en campo». No hay zona peatonal o período de vacaciones libre de ellos: un automóvil, hasta el de los policías municipales o del diputado o del diplomático, impedirá ver una calle o un monumento tal como lo pensó y realizó el artista.

Nadie quiere renunciar al automóvil. Creo que es un deber sensato renegociar su relación y la nuestra con la ciudad. La ciudad volverá a ser bella sólo cuando de nuevo sea posible recorrerla a pie. Hoy los desplazamientos son traslados de punto a punto, lo más de prisa posible. Debemos volver a sentir el placer de los recorridos. Si los adultos no tenemos tiempo para estas frivolidades peor para nosotros, pero no privemos de este placer, de esta necesidad, a nuestros niños, a nuestros ancianos y a todos aquellos adultos extranjeros que vienen a visitar nuestras ciudades. Si vuelve a ser posible recorrer a pie la ciudad, nuestros urbanistas, nuestros arquitectos, nuestros artistas, deberán preocuparse nuevamente por sorprender, gratificar, acompañar a sus conciudadanos por las calles.³² Será entonces importante devolver espacio al paseo, cuidar la pavimentación de las aceras, restringir las calles, crear áreas de descanso, de encuentro, devolver las plazas a la gente y al juego de los niños. En definitiva, habrá mucho que hacer para que las ciudades recuperen su belleza.

Hay quien piensa que estos proyectos son lujos que no podemos permitirnos. Esto sería verdad si fuésemos tan cínicos como para renunciar a nuestro patrimonio artístico. Si así fuese, efectivamente podremos dejar que se arruinen nuestros monumentos y adoptar sin lamentarlo la nueva ciudad de los coches, de la velocidad, del ruido, de la polución. «A pesar de todo» no lo somos, no somos capaces de prescindir de nuestras obras de arte e invertimos sumas enormes en obras de restauración, cada vez más frecuentes, costosas y desesperadas. Si intentásemos eliminar las causas de esta degradación haríamos una elección no sólo culturalmente justa, sino también económicamente ventajosa.

Está después el gran problema de las periferias, que no se caracterizan por su belleza pero que tampoco podemos demoler. Pero si aumenta esta conciencia respecto de los derechos de los ciudadanos, a partir de los más pequeños y de los más débiles, si llegara a reconocerse el derecho a vivir la ciudad, a recorrerla, a encontrarse y divertirse, entonces habrá que ponerse a pensar que también nuestras periferias tienen derecho a ser bellas. Es un magnífico desafío que los administradores deben lanzar a los arquitectos, a los urbanistas, partiendo de la conciencia de que a menudo las periferias son potencialmente buenas para

hacerlas adecuadas a los niños, con sus espacios aún no resueltos, con sus rincones naturales olvidados por la ciega urbanización. Se deberán utilizar todos los espacios aún no construidos para restituirlos al uso social. Se deberán crear áreas peatonales periféricas; liberar las plazas, si las hay, y devolverlas a los ciudadanos; inventar plazas allí donde no estén previstas. Se podrán rehabilitar las viejas estructuras industriales (fábricas, hornos, almacenes) y convertirlas en espacios de uso público. Habrá que pensar en las aceras, en los monumentos, en las fuentes. Será cuestión, en definitiva, de encarar un gran proyecto de rehabilitación social y estética de las periferias. En este gran proyecto los niños tienen mucho que decir y que dar, porque las opciones «razonables» ya no bastan; es necesario atreverse, inventar, buscar ideas nuevas que, por cierto, no les faltan a los niños.

El Plan General de Urbanismo

El compromiso de revisión y de transformación de la ciudad a partir del niño podrá abarcar tanto intervenciones a gran escala, como el Plan General de Urbanismo o el Plan de Circulación, como pequeños proyectos ligados a las ocasiones de juego para los niños, de paseo, de encuentro y de descanso para los adultos en torno a sus casas. Adoptando la óptica del niño muchos de los grandes problemas de la ciudad se ven más claramente y salen de las ambigüedades del debate adulto actualmente en marcha.

Naturalmente, no pretendemos tratar estos asuntos técnicos con la competencia del urbanista, del planificador. Sólo queremos continuar aplicando coherentemente esta nueva óptica al análisis de la ciudad y a la propuesta del cambio. Concebir un nuevo plan urbanístico significa rediseñar la ciudad. Si la ciudad reconoce el derecho de ciudadanía a todos sus ciudadanos, el plan de urbanismo deberá ser espejo de esta opción.³³ Diseñar una ciudad más adecuada a los niños significa diseñarla más bella, más habitable y, por tanto, más adecuada para todos.

Una ciudad a la medida de los niños

En las últimas décadas, las dimensiones de las ciudades han aumentado enormemente, demasiado rápido; por tanto sin un desarrollo reflexivo y programado, sino más bien guiado por razones sobre todo especulativas y por eso sin preocupaciones estéticas ni sociales. La ciudad se ha vuelto enorme y peligrosa sin llegar a crear nuevas identidades, nuevas pertenencias.

Ante todo hay que devolver al ciudadano, a partir de los niños, la posibilidad

de reconocer la propia ciudad y de reconocerse en ésta. Hay que devolver a las ciudades una dimensión compatible con las capacidades de conocimiento y de control de los ciudadanos y sobre todo de los niños. Desde este punto de vista es correcta e inaplazable la adopción del proyecto de área metropolitana que subdivide la metrópolis en varios municipios que no superen los cien o ciento cincuenta mil habitantes, que podrían corresponder a las actuales circunscripciones. Cada Ayuntamiento deberá tener las características propias de una institución local.

- **Autonomía.** Un Ayuntamiento, con su nombre, su sede, su alcalde, su Consejo Municipal. Titular de todos los derechos que tienen actualmente los Ayuntamientos y, esperemos que sea pronto, de todas aquellas transferencias fiscales y de poderes de gobierno que el Estado pasará a las ciudades. La sede más adecuada, al menos en nuestra cultura y con respecto a nuestra historia, de una auténtica descentralización. Después habrá que inventar cómo administrar la metrópolis, asociando los distintos municipios para todos los intereses comunes o para todos los proyectos que vayan más allá de los municipios. Hay experiencias extranjeras que merecen estudiarse y están nuestras experiencias de gestión, por ejemplo de carreteras, que pasa de las competencias municipales a las provinciales y a las estatales, según los territorios y los organismos interesados.
- **Identidad.** En cada uno de los Ayuntamientos metropolitanos se deberán plantear soluciones urbanísticas y arquitectónicas que favorezcan un sentimiento de identidad de la población: recrear un centro ciudadano, las plazas, las sedes de las oficinas públicas, los monumentos; lugares de encuentro, de exposición, de espectáculo. Naturalmente será importante que los encargados de estas acciones tomen seriamente en consideración las tradiciones, las naturales transformaciones de los lugares y valoren sus monumentos, desde los más ilustres y conocidos de los centros históricos a las áreas de arqueología industrial de las periferias, ligadas a la historia social de los barrios y de la ciudad. Vale la pena subrayar también la dificultad de desarrollo de una adecuada organización espacial en los niños que han crecido en las periferias anónimas y privadas de fuertes indicadores ambientales, con respecto a sus compañeros crecidos en los centros históricos.³⁴ Esto significa que la ciudad fea provoca también patologías cognitivas (además de sociales) y que, si esto se produce en los niños, las poblaciones de la periferia construirán en consecuencia su futuro sobre estas limitaciones, sumando dificultad tras dificultad.

- **Transitabilidad.** Hay que afirmar un importante principio de democracia: que todos los ciudadanos puedan llegar a los lugares de su competencia y de su interés por sí solos. Esto vuelve al ciudadano autónomo y libre. En particular es importante garantizar a los niños su autonomía para salir de casa, ir a jugar con los amigos y concurrir a la escuela andando solos; garantizar recorridos sin barreras y sin solución de continuidad a los que tienen alguna discapacidad; garantizar a los ancianos pasos peatonales y cruces seguros para encontrarse, para ir a cobrar la pensión, a hacer la compra, al cine, a la iglesia, etcétera. Es importante asegurar a todos los ciudadanos una posibilidad real de movimiento, de ir a la escuela, al trabajo, a divertirse, con medios diferentes del coche privado, y en primer lugar a pie y en bicicleta.

Un plan urbano de la movilidad

Si la ciudad debe ser más transitable no podemos entonces comprometernos en un plan de movilidad, porque en este caso estamos ya dentro de un automóvil y acabaremos leyendo y enfrentando todos los problemas desde el punto de vista del automovilista. Objetivo declarado de los planes de movilidad es en general hacer más fluido y más veloz el tráfico. Sus soluciones habituales pasan por ensanchar las calles, hacerlas rectas, instalar semáforos inteligentes, adoptar sentidos únicos, etcétera. Todas éstas son medidas que habitualmente no logran el resultado previsto pero que hacen más difícil e incómoda la vida de los que no usan coche.

No obtienen el resultado previsto porque en nuestras ciudades circulan, como media, menos de la mitad de los coches que poseen los ciudadanos. La otra mitad permanece en los garajes, en los aparcamientos, porque no vale la pena moverlos: tráfico demasiado lento, es difícil encontrar aparcamiento y el riesgo de multas es elevado. En la ciudad existe, pues, un «ejército de reserva» a la espera de que las condiciones vuelvan a ser más favorables para poder ponerse en movimiento. Si se consigue, por tanto, hacer más fluido el tráfico de los coches, más fácil el aparcamiento, aunque sea de pago, ese ejército de reserva se moverá. Tras los cambios, durante algunos días, parecerá que se han logrado resultados satisfactorios en la circulación de vehículos, pero a medida que aumente el número de coches, los beneficios serán vanos. Tendremos de nuevo un colapso de la circulación, pero con un porcentaje de coches mucho más alto y así las soluciones se volverán más difíciles y hasta imposibles. Y después de toda esta operación, la condición de los peatones y de los ciclistas, que nunca se ha tenido en cuenta, habrá empeorado notablemente. Ésta no es la previsión

catastrófica de un pesimista; es la comprobación efectuada en muchos países que han acabado abandonando estas políticas suicidas.

Deberemos pensar, en cambio, en un plan urbano de la movilidad, partiendo del derecho que todos los ciudadanos tienen a moverse libremente y sin peligros en su espacio urbano, que es el suelo público. La ciudad debe restituirse a los ciudadanos, categoría que incluye a aquellos que, como los niños, los ancianos, los minusválidos y muchas amas de casa, son sólo peatones. A ellos no les hacen falta leyes más severas, sino una ciudad hecha de modo diferente, con aceras en todas las calles, totalmente libres de coches, de las mercancías de los comercios y de las señales de tráfico, de las que se pueda bajar fácilmente sin escalones. Calles que se puedan cruzar sin dificultad y sin peligro y con zonas peatonales también en los barrios periféricos.

Si deseamos de verdad que nuestras ciudades se vuelvan más ligeras, habrá que favorecer sistemas de movilidad alternativa a la del motor. Deberá dedicarse una atención particular a los desplazamientos en bicicleta, siempre que lo permitan las características de la ciudad.

Los carriles para bicicletas no pueden limitarse a ser zonas de la calle separadas de los carriles de los coches sólo por rayas amarillas o bordillos, porque no son seguros, porque son insalubres al estar expuestas a los gases de los tubos de escape (jamás se renunciará al coche si éste es más sano y seguro que la bicicleta). El «carrilbici» no ha de pensarse sólo para ocasionales actividades deportivas, sino como verdadera alternativa a los coches en la movilidad urbana para ir a la escuela, al trabajo, a hacer la compra. Por tanto ha de diseñarse una red de carriles para bicicletas, restando algunas calles a los coches, que pasen por los parques, a orillas de los ríos, a espaldas de las vías férreas. Calles reservadas, protegidas, seguras, cortas (los recorridos más largos para los coches, que «cansan» menos) y lo más limpias posible.

Si de verdad somos una sociedad democrática, el plan urbanístico de la movilidad deberá tener en cuenta una jerarquía de necesidades a partir de las de los más débiles, es decir primero los peatones y a continuación los ciclistas; después los medios de transporte público y por último los medios privados. Sin sectarismos, pero con una clara idea de las prioridades.

Si la movilidad se convierte en el principal objetivo, los instrumentos para realizarla deberán ser los que se indican a continuación:

- Disminuir la velocidad del tráfico automovilístico cuando éste afecte a zonas residenciales. No son suficientes los límites legales; hay que crear condiciones estructurales que impidan una mayor velocidad: restricción máxima de los carriles, circular en doble sentido, evitar líneas muy rectas que induzcan a aumentar la velocidad.
- Privilegiar los recorridos peatonales. Cuando surjan conflictos e

incompatibilidad entre los derechos de los peatones y los de los coches se garantizarán siempre, prioritariamente, los de los peatones. Estrechamente vinculado a este punto es el proyecto «Vamos solos a la escuela», que quiere ser una aproximación educativa a una modalidad diferente de pensar la movilidad en las futuras generaciones.

- Favorecer los recorridos en bicicleta destinando con decisión algunas calles únicamente al tráfico ciclista. El aparente perjuicio a la circulación de los coches será compensado por el menor número de vehículos circulantes si un número cada vez mayor de ciudadanos adopta este tipo de transporte. El proyecto «Vamos solos a la escuela» para la escuela media debería apuntar precisa y principalmente al uso de la bicicleta.
- Reducir y descentralizar los aparcamientos. Si se quiere aumentar la calidad del centro histórico o de las zonas residenciales hay que impedir el paso de coches. Para que este objetivo sea realizable hay que repensar críticamente la instalación de los aparcamientos en el centro, porque su presencia atrae a los coches, y descentralizarlos educando a la gente a llegar al centro sólo con medios públicos, en bicicleta o a pie.
- Volver competitivos los medios de transporte públicos. En este nuevo escenario de ciudad más ligera, más limpia y más silenciosa, debe replantearse el problema de los medios públicos. Medios públicos también adecuados a todos los ciudadanos y por tanto de fácil acceso, con entradas a la altura de la acera, silenciosos, ecológicos, puntuales y con carriles reservados. En definitiva, será más veloz, cómodo y económico moverse con medios alternativos que en coche privado. El ciudadano no es tonto y elige siempre siguiendo criterios de economía. Si puede moverse fácilmente con medios alternativos dejará de buena gana su coche en el garaje.
- Educar con el ejemplo. Será importante, finalmente, que también los agentes municipales y la policía encargados del área urbana se muevan a pie o en bicicleta.

Nuestros administradores están hoy llamados a una elección importante y alentadora. Deben poner en práctica sus opciones con la convicción de que, agilizando la movilidad de los peatones y de las bicicletas, y la pública, el uso de los medios privados tenderá lenta pero regularmente a disminuir. Esto significa no invertir en obras para hacer más fluido el tráfico, para el ensanchamiento de los carriles, para la instalación de semáforos inteligentes... Significa, en cambio,

invertir en aceras, en cruces seguros, en carriles para bicicletas, en la disminución de la velocidad del tráfico. Y muchos países del centro y del norte de Europa lo están haciendo con resultados significativos.³⁵

Repoblar el centro histórico

El centro histórico de las ciudades es un lugar donde los niños podrían vivir bien gracias a las zonas peatonales, a las plazas y plazuelas, a los jardines, a los monumentos, a las fuentes y a la misma estructura urbana que se presta bien al desplazamiento peatonal y al juego. Por otra parte, hoy es difícil para las parejas jóvenes casarse y tener hijos debido a la falta de viviendas. Podría asumirse un firme compromiso para recuperar el mayor número de áreas y edificios de propiedad pública del centro histórico, deteriorados, inutilizados o mal utilizados, y destinarlos a la construcción popular para asignar los pisos preferiblemente a jóvenes parejas. Llevar a los niños al centro de las ciudades será una acción de gran valor cívico, llevará con ellos la vida, el alboroto de los juegos. Otra categoría que podría ser favorecida por tal compromiso es la de los ancianos, que en el centro podría recuperar su propia autonomía, la que pierden fatalmente en los barrios periféricos por la distancia, la altura de los edificios y la falta de estímulos. Viejos y niños están hechos precisamente para estar juntos y el centro de una ciudad es el mejor sitio para su encuentro, para su complicidad.

Renunciar a los parques de juegos para niños

Los espacios para que jueguen los niños, separados y especializados, son rigurosamente iguales en todas nuestras ciudades y en todo el mundo, y su objetivo, como decíamos antes, no es satisfacer las exigencias de juego de los niños sino responder a las preocupaciones de los adultos. Para hacer esto el arquitecto no sólo define el área sino que también indica presuntamente los tipos y las modalidades de juegos con los que un niño podrá entretenerse allí. Si intentamos recordar cuáles eran los mejores lugares para nuestros juegos de niños,³⁶ notaremos con sorpresa que eran los que «no servían» a los adultos. Pienso en las escaleras, en el hueco de la escalera, en la acera, en las casas bombardeadas en la ciudad; en el cobertizo de las herramientas, en la pendiente entre la carretera y el campo. Eran también, casi siempre, lugares prohibidos, donde buscábamos el riesgo para divertirnos y hacernos mayores.



Todo esto es válido también hoy, tal como demuestran numerosos estudios e investigaciones: a los niños no les gustan los espacios rígidamente definidos, separados, dedicados a ellos. Prefieren los espacios dúctiles, utilizables de formas diferentes según las exigencias del juego.³⁷ A menudo prefieren compartir los espacios de los adultos, inventándose modalidades y usos nuevos y creativos. Piénsese, por ejemplo, en cómo los niños que tienen la suerte de contar con su propia habitación desde los primeros años (una vez más un espacio separado y especializado) se niegan sistemáticamente a utilizarla como espacio de juego y prefieren, en cambio, jugar en la cocina donde se atarea su madre, incluso inventando ambientes fantásticos bajo la mesa o alrededor del fregadero.

El verdadero problema es que los adultos no somos capaces de prever espacios para el juego de los niños; y si de verdad queremos responder a sus necesidades, en vez de dedicarles o diseñarles espacios deberemos aprender a dejarles espacios. Dejar espacios no significa renunciar a proyectarlos; significa en cambio hacerlo de otra manera, con más humildad, con más generosidad, con más creatividad, pensando que cómo jugar, a qué y con qué lo saben bien los niños. Dejar espacios significa regalar. Esto quiere decir que en el diseño de la ciudad deberán desaparecer los espacios dedicados a los niños y preverse en cambio espacios ricos, frecuentes, cercanos, originales, abiertos a todos, adecuados a los niños y a los ancianos, a quien quiera leer el periódico y a los enamorados. Espacios ricos significa articulados, animados, con obstáculos, malezas, muretes, árboles, materiales diversos. Espacios donde cada uno pueda hacer lo que quiera, porque no son para un único uso, no son espacios que se dedican sino precisamente espacios que se «dejan».

Me parece éste un hermoso desafío para los urbanistas, una invitación a

renunciar a los dictados del diseño, del punto de vista del autor, para dar espacio a otras ópticas, a otras perspectivas. Descubrir que un espacio puede ser bello y funcional aun cuando no parece siquiera previsto. Y para hacerlo la contribución de los niños será importante, acaso indispensable. Quien haga el proyecto de la nueva ciudad será un profesional que habrá aprendido a hablar con los niños, a escucharlos, a comprenderlos, a trabajar y a proyectar con ellos. Quien sepa tener en cuenta el punto de vista de los niños encontrará natural preocuparse por el de los ancianos, de los minusválidos, de los pobres.

La calle, un lugar de todos

«Chico de la calle», «mujer de la calle» o el más reciente «niños de la calle» son expresiones que indican reprobación, condena, rechazo. La calle, símbolo de degradación económica y moral, es el lugar de la máxima contaminación atmosférica, del alboroto, del peligro surgido del tráfico; es el lugar de los hurtos, de las raterías, de la venta ambulante; es el lugar de los drogados, de los vagabundos, de los gitanos, de los mendigos. Frente a esta degradación la ciudad responde, como ya se ha dicho, defendiéndose. La calle es enemiga y conviene apartarla, aislarla, abandonarla. El ciudadano de bien se encierra en casa, se asegura frente al exterior y recorre la calle sólo al abrigo de su coche; si tiene un perro, usa la calle como lugar donde llevarlo para satisfacer sus necesidades. Paralelamente, las personas que están obligadas a vivir en la calle ven empeorar sus condiciones y se alejan progresivamente de los que viven encerrados en casa.

Por un lado, los niños reclusos, solos y confiados a la televisión; por el otro, los niños de la calle, que juegan en medio de las inmundicias, se vuelven desaforados, agresivos y peligrosos procurando asegurarse lo necesario para vivir. Los reclusos en su casa comienzan a temer a los habitantes de la calle, los evitan, los denuncian, llegan incluso a solicitar su eliminación, a pagar matones, escuadrones de la muerte. No estoy esbozando una posible trama de una novela de ciencia ficción, sino lo que en parte está sucediendo en muchas de nuestras ciudades europeas y hasta en su aterradora pero coherente culminación, las grandes metrópolis sudamericanas.



Asumir al niño como parámetro de cambio significa también, o acaso prioritariamente, devolver a nuestras calles el papel social, de lugar público, del encuentro, del paseo y del juego que han tenido y que deben recuperar. Las calles no se volverán seguras cuando estén vigiladas por la policía, por el ejército o por las rondas voluntarias, sino cuando las conquisten los niños, los ancianos, los ciudadanos. La calle concurrida volverá a estar limpia, a tener las aceras a disposición de los peatones, volverá a ser bella, incitante para el paseo, para el descanso.

El deseo más o menos manifiesto de los administradores, de las instituciones, es poder llevar de nuevo «dentro» a los niños perdidos, abandonados, de la calle. Para los casos más graves se piensa incluso en la reclusión en la cárcel o en una institución especial, pero más comúnmente se piensa en la escuela. La idea más difundida es que si se lograra llevarlos a la escuela, al lugar seguro de nuestros hijos, podrían recuperarse. Esto en absoluto es verdad, a menos que la escuela esté dispuesta a una conversión profunda y radical. En la escuela actual, donde tienen éxito los alumnos que soportan pacientemente cinco horas de inmovilidad, que saben leer y escribir bien, que están dispuestos a estudiar hasta las cosas más inútiles o, en todo caso, difícilmente comprensibles, estos niños entrarán siempre como perdedores, entrarán para ser muy pronto derrotados. Cuando ya no toleren la humillación de no comprender, de no aprobar, reaccionarán, nacerán conflictos insuperables y volverán a la calle.

Que la escuela los rechace o ellos rechacen la escuela no cambia nada. La escuela habrá fracasado y será responsable de un daño mayor: devolverlos a la calle humillados y, por tanto, en las mejores condiciones para aceptar el «rescate» de quien quiera creer en ellos poniendo en sus manos una dosis de

droga o una pistola.

Así que me parece más convincente y rica en posibilidades una solución alternativa: rehabilitemos la calle, liberémosla de inmundicias, hagamos que el territorio habitual y seguro de estos niños, más libres y más desfavorecidos, sea bello y sano. Que lo sea tanto como para invitar a nuestros hijos, los que están encerrados en casa, a que bajen a jugar con ellos aprovechando su ingenio y sus habilidades. Tal vez así, todos juntos, les vengan ganas de ir también a alguna parte, tal vez incluso a la escuela.³⁸

Los niños que esperan

A menudo los niños tienen que esperar, a veces largo tiempo, mientras sus padres hacen cola, esperan el tren, visitan un museo. Los adultos saben esperar, saben por qué esperan, saben cómo pasar el tiempo, o por lo menos saben resignarse a esta necesidad, pero para los niños es más difícil. Para ellos no tiene sentido estarse quietos, en fila, sin hacer nada. Entonces manifiestan su malestar y se ponen insoportables, se encaprichan, tornan así aún más difícil la situación de sus padres y de los demás adultos. A menudo se considera malos a los niños, otras veces poco previsores a sus padres. La verdad es que con mucha frecuencia los padres no tienen más remedio que llevar consigo a sus hijos y, cuando los niños son «malos», quiere decir que están viviendo mal, que son maltratados. La ciudad debería hacerse cargo de este malestar de los más pequeños ofreciendo iniciativas y estructuras adecuadas. En los lugares públicos, como oficinas municipales y de otras administraciones, en los ambulatorios, en los museos, en las estaciones ferroviarias, en los aeropuertos, en todos los lugares, en definitiva, donde las personas esperan y los niños tienen que esperar con ellos, deberían abrirse locales donde estos puedan jugar juntos, encontrar juguetes, leer un libro, dibujar, etcétera. En algunos casos una persona los acogerá, les ayudará a pasar bien el tiempo, mientras los padres hacen la cola. Con un poco de ingenio, las diferentes sedes podrían organizar juegos para los niños, pertinentes a sus actividades, con lo que esta idea se convertiría en una propuesta significativa y original. La oficina de correos, por ejemplo, podría tener una pequeña sala donde los niños puedan jugar al franqueo y la correspondencia, con matasellos, balanzas, viejos sellos, escribiendo cartas, etcétera.

Son iniciativas que sin duda tienen su coste, pero también tiene su coste el malestar de los ciudadanos. Hoy tenemos menos niños y por tanto tenemos docentes de sobra. En vez de inventar mil trucos para aumentar el número de maestros y reducir el de alumnos en cada clase, una parte de los primeros podría, si lo desea, asumir estos nuevos papeles de animadores de actividades

para los niños en la ciudad. La propuesta no es coherente con la denuncia varias veces subrayada de los lugares separados y especializados, pero, en espera de una ciudad más adecuada a los niños, parece un mal menor necesario. Ello supondría pequeñas demostraciones de afecto de la ciudad hacia los ciudadanos más pequeños, particularmente apreciado por los adultos.

El alcalde debería afrontar este problema primero en los lugares de su competencia como el registro civil, las juntas municipales de distrito, las oficinas tributarias, para afirmar en la práctica su posición a favor de los niños, para educar con el ejemplo. Podría después invitar a todos los entes públicos y privados para que también ellos piensen en los niños y poner a su disposición la consulta y la ayuda del Laboratorio «La ciudad de los niños».

Estructuras hoteleras y restaurantes

Cada vez con mayor frecuencia los niños acompañan a sus padres a restaurantes y hoteles. Deberían ser para ellos experiencias nuevas, excitantes, deseables, así como lo son en general para los adultos; en cambio son a menudo experiencias agobiadoras y decepcionantes.

En particular los niños soportan mal los ritmos y los tiempos de los adultos. Los adultos toman el aperitivo y hablan, después de comer toman el café y hablan; los niños esperan. A los adultos les gusta pasar mucho tiempo sentados a la mesa, porque es una buena ocasión para estar juntos, para intercambiar opiniones e informaciones. El niño suele estar solo, excluido en cualquier caso de estos discursos, que tratan temas que no conoce o no le interesan, como las confidencias sobre distintos conocidos o la discusión sobre asuntos políticos. Con el niño los adultos resuelven el problema de su presencia y de su inclusión en la charla pidiéndoles algunas informaciones sobre su escuela: parece que el mundo de los niños comienza y termina dentro del aula escolar.

Está después el problema del plato lleno y la convicción de los adultos de que un niño no es capaz de valorar ni la calidad ni la cantidad del alimento. Para los adultos comer es un placer, para los niños un deber. Naturalmente esto tiende a crear un rechazo por parte de los niños y por tanto el cotidiano conflicto entre lo que apetece y lo que sienta bien.

Con el hotel se plantea, finalmente, el problema de la libertad. Este lugar especial, donde hay alguien que limpia, que hace las camas y donde los mayores se sienten especialmente libres, para los niños suele ser un lugar de muchas dificultades y limitaciones.

Los niños son conscientes de todo esto y tienen ideas claras al formular propuestas, como se podrá ver en la experiencia de Fano.³⁹ Son propuestas sencillas, realizables, que tal vez hubiéramos podido pensar también los adultos.

Los niños piden comer juntos, servirse solos, tener más autonomía, poder administrar su tiempo. Piden para ellos, en definitiva, lo que los adultos pretendemos para nosotros.

El hospital pediátrico

También el hospital debería hacerse adecuado al niño, reconociendo sus derechos, sus características, sus necesidades; sin olvidar nunca que antes de ser un paciente es un niño.

El niño no debería ir nunca al hospital si no es absolutamente indispensable; debería ser el hospital el que fuese a él, con sus médicos, con sus enfermeros, si es necesario con unidades móviles. Un funcionamiento semejante del hospital debería ser más económico y menos traumático para los pequeños pacientes; podría evitar separarlos de sus hogares, de sus afectos, de sus seguridades.

Cuando sea necesario que el niño vaya al hospital es importante que no duerma allí. El momento del sueño es el que crea más sinsabores afectivos al niño. También en casa, por otra parte, es vivido como un desapego y por ello se crean los complejos rituales del acompañamiento, del cuento, del beso de las buenas noches.

Si debe dormir en el hospital tiene que haber dos camas, una para el niño y otra para cualquiera de sus padres, en un ambiente acogedor y que pueda rodearse de sus juguetes, de las cosas a las que está ligado afectivamente. Esto, que hoy podría parecer un lujo, en un hospital en el que se ingrese sólo en casos de excepción ha de ser posible.

El niño ingresado debe estar en la cama lo menos posible, si esto lo permite su estado físico. Hace falta romper ese extraño hábito hospitalario que identifica al paciente con su cama, que lo priva de todos los símbolos de su identidad, hasta de su ropa, impidiéndole toda vía de salida, haciéndolo sentir en una trampa.

Naturalmente, si el pequeño paciente puede estar fuera de la cama, debe tener sitios diversos donde pasar el tiempo, de modo agradable y productivo, junto con los otros niños ingresados y con los amigos que vayan a visitarlo. Lugares de juego, materiales para jugar, para pintar, para manipular, para construir. Estos lugares pueden ser cerrados o al aire libre. Es oportuno que haya un lugar más recogido donde leer, estudiar, escribir, dibujar, provisto de una buena biblioteca, de ordenador, de varios materiales. Un lugar donde ver la televisión, preferible de circuito cerrado y con una buena videoteca, para excluir conexiones con programas en cadena que harían al niño esclavo de los dibujos animados de baja calidad y de la publicidad.

Naturalmente estos recursos estarán también a disposición de los niños que

no pueden dejar la cama, con adecuados soportes (mesitas, planos móviles, televisor en las habitaciones, biblioteca móvil). Deberán estudiarse también soluciones adecuadas para cuando los niños se encuentran en particulares condiciones materiales (por ejemplo, cuando no pueden utilizar una mano porque se les está administrando suero) o psicológicas (por ejemplo, cuando pierden el pelo por la quimioterapia). Habrá que tener un cuidado especial en la preparación de los niños para las situaciones más traumáticas, desde la inyección a la intervención quirúrgica. Por eso puede ser importante que haya rincones donde los niños puedan jugar a médicos, usando mascarillas para la anestesia, jeringuillas, vendas, etcétera. Es estupendo que algunos hospitales llamen a payasos para hacer compañía a los pequeños pacientes. Incluso en este caso un buen payaso «médico» (y en general son buenos) puede hacer mucho para eliminar el temor de los niños.

Atendiendo a su estado de salud debe garantizarse al niño su máxima conexión con el mundo exterior y en especial con sus amigos, tanto para el juego como para la escuela. Hay que procurar no considerar la escuela como el único interés del niño y como el único enlace con el mundo exterior. Sería bueno que los amigos pudiesen ir a la hora que deseen, sin excesivas limitaciones. Si coincide con la de visita o la de las medicaciones sencillas resultará ser para ellos una útil experiencia y podrán, con su presencia, alentar a los pequeños pacientes.

El niño hospitalizado no debería modificar sus horarios habituales. No es fácil comprender por qué una persona que está enferma, que debe dejar su lugar acostumbrado, que debe prepararse para experiencias inquietantes y a menudo dolorosas, tiene que modificar también radicalmente sus hábitos: ser despertado al amanecer para medirle la temperatura, comer a mediodía y cenar a las seis, para afrontar después larguísimas jornadas sin saber cómo pasar el tiempo. La explicación que siempre se me da es que estos horarios están en función de los turnos del personal auxiliar. Pero, ¿estamos locos? ¿Es posible que un servicio tan delicado esté sujeto a las condiciones de quien lo proporciona y no de quien lo recibe? Los hábitos, por tanto, deben ser respetados y así, por ejemplo, el despertar con el desayuno será a las ocho, la comida a la una de la tarde y la cena a las ocho. Teniendo en cuenta estos horarios el personal decidirá con toda libertad y autonomía cómo organizar los turnos.

Deberán evitarse con sumo cuidado las imágenes y las sugerencias alarmistas, las paredes rigurosamente blancas, las camillas «de hospital», los uniformes blancos, los instrumentos quirúrgicos a la vista y tintineantes en el carrito, aunque sólo sea para cambiar un vendaje o tomar la temperatura.

Estaría bien que se escuchase y consultase a los niños que deben pasar largos períodos en el hospital. Podría haber un Consejo de los niños que exprese sus pareceres, que discuta con los médicos, que elabore sus mensajes, sus

manifiestos, en espacios reservados. Un adulto debería seguir esta experiencia de participación para asegurar su continuidad. Podría ser un médico o un enfermero que desee y sea capaz de ampliar su zona de influencia. Pequeñas cosas que, no obstante, harían sentir menos extraños y más partícipes a los pequeños enfermos.

El equipo pediátrico deberá seleccionar y después formar a sus colaboradores, médicos y auxiliares, incluso por su capacidad de estar con los niños. El Ayuntamiento de Reggio Emilia, por ejemplo, ha contratado a un titiritero para su escuela infantil. Un hospital pediátrico podría tener, con toda razón, un animador, un payaso, etcétera. Algunas de estas figuras sin duda podrán encontrarse entre el personal en servicio; otras podrían ser conseguidas mediante acuerdos específicos con la Consejería de Educación y con el Ayuntamiento.

También en este caso creo que es fácil comprender el uso «instrumental» de los niños. Si el hospital pediátrico cambiase se podría pedir después que lo hiciese asimismo el hospital de adultos, porque todo lo que se ha dicho antes para los niños creo que puede valer exactamente también para los mayores.

No escribo estas notas sobre el hospital sólo por una aplicación coherente de los principios generales del proyecto, sino porque he vivido junto a un niño de siete años durante sus últimos cinco meses de vida. Este niño fue para mí un gran maestro. Padecía un tumor cerebral, estaba sereno, deseoso de jugar. Estuvo cinco meses en la cama, muchas veces sin que hiciera falta realmente, hasta tal punto que algunos de sus compañeros de desventura hacían su terapia en el hospital de día. La mayor parte del tiempo tenía un brazo inmovilizado porque le estaban inyectando suero. Su madre pasó cinco meses en una silla, pudiendo extender una tumbona por la noche gracias a la tolerancia del personal. Aunque lo cuidaron con toda la atención necesaria y hasta con mucho afecto por parte de todo el personal, este niño pasó los últimos cinco meses de vida sin que nadie, excepto la madre y sus amigos, se preocupase de su necesidad de jugar. Viví esta experiencia, tan dura y tan rica, como una gran injusticia. No se puede privar a un niño de la posibilidad de jugar. No puede pasar así sus últimos meses de vida.

Una escuela adecuada a los niños

He trabajado con la escuela y en la escuela, como investigador, durante treinta años. He participado activamente en varias propuestas de renovación metodológica y pedagógica y continúo ocupándome de educación escolar y extraescolar. Pero hasta que no me ocupé de la ciudad; hasta que no me pareció absurdo que los niños no tuviesen en ella ni voz ni poder como ciudadanos; hasta que no comenzamos a practicar formas concretas de participación de los

niños en la reforma y en la planificación de la ciudad (del Consejo de los niños a los niños proyectistas), hasta entonces no me había dado cuenta de que en la escuela los niños no cuentan para nada. Nadie se preocupa de conocer su opinión. Los órganos colegiales reconocen la representación estudiantil sólo en las escuelas secundarias. Es como si los niños de tres, de ocho, de doce años, no tuviesen ideas, pareceres, preferencias.

Por otra parte a nadie le impresiona, ni a los maestros, ni a los padres y mucho menos a los propios niños, que a los alumnos no les guste su escuela, que vayan a ella de mala gana, que deseen la llegada del recreo, del domingo, de las vacaciones.

En el caso de la ciudad comenzamos a pensar que no es posible prescindir de la contribución de los niños, aunque la ciudad no esté hecha sólo para ellos. En el caso de la escuela seguimos ignorándolos a pesar de estar hecha sólo y a propósito para ellos. En el caso de la ciudad hemos creado un Consejo de los niños,⁴⁰ pidiendo a cada escuela de la ciudad que envíe dos representantes; pero las escuelas de la ciudad no han pensado hasta ahora en darse también ellas, en su seno y para su funcionamiento, una organización democrática.

Una experiencia de democracia

La escuela en todos los niveles dedica algún tiempo a la educación cívica. Con ello pretende enseñar las bases de la democracia; pero la democracia no puede enseñarse, hay que vivirla. Éste podría ser un primer compromiso importante que asuma la escuela haciendo suya la filosofía de este proyecto: crear ocasiones de real participación democrática en su gestión por parte de los alumnos de cada nivel.

Esta propuesta podría realizarse dando el valor máximo a la asamblea del aula, que podría elegir a dos representantes, un chico y una chica, para formar el Consejo escolar de alumnos.⁴¹ Los representantes podrían reunirse periódicamente para debatir los problemas de la escuela y las propuestas que se harán. Podrían reunirse solos o con un profesor delegado que siga las tareas del Consejo. El director de la escuela podría pedir la convocatoria del Consejo para discutir con los representantes de los alumnos algunos puntos de la organización escolar.

Cada cierto tiempo este Consejo formado por alumnos podría reunirse con el claustro de profesores para transmitir sus propuestas y protestas, exactamente como hace el Consejo de los niños de Fano, que es invitado por el Ayuntamiento de la ciudad a participar en los plenos municipales y como sucederá pronto en los otros municipios que se hayan interesado en el proyecto.

Sería deseable que el Consejo escolar de alumnos dispusiera de recursos

económicos, tal vez recaudados por iniciativa de los propios estudiantes, y que dispusiera, asimismo, de un espacio donde celebrar encuentros, equipado libremente: un espacio mural, abierto, reservado para la comunicación con los compañeros de la escuela.

Podría tener muchas horas aprovechables según sus propias indicaciones. Los estudiantes de las escuelas superiores envían desde hace unos años datos precisos con sus experiencias de autogestión. Sería diferente si todos los estudiantes, a partir de los primeros años de escolaridad, tuviesen espacios y tiempos propios para expresarse, para protestar, pero también para proponer y para organizar.

Naturalmente esto no significa afirmar que la escuela deba organizarse como quieren los alumnos: significa que no tiene sentido pensar, administrar, organizar la escuela, prescindiendo de lo que piensan los alumnos. Quiere decir tenerlos en cuenta. Pero quiere decir también llevar a cabo una experiencia de democracia, a veces directa, a veces delegada, que podrá valer sin duda mucho más que muchas lecciones de educación cívica.

Cuando la ciudad organiza su propio Laboratorio «La ciudad de los niños» y crea un Consejo de los niños, entonces cada Consejo escolar de alumnos podrá elegir dos delegados, siempre un chico y una chica, para representar a su centro. Los delegados no se sentirán solos; tendrán la posibilidad de transmitir, a través del Consejo escolar y las asambleas de curso, los resultados de las reuniones del Consejo de los niños a todos los compañeros y de recoger sus propuestas para el encuentro siguiente.

Una experiencia de educación medioambiental: proyectar la propia ciudad

Hoy se habla mucho de educación medioambiental y a menudo la escuela se compromete en proyectos de ese tipo, pero casi siempre se trata de temas ligados con la Naturaleza o con el problema de los desechos sólidos urbanos.

Se estudian el bosque, el río, la contaminación, el reciclaje o la recogida selectiva de los desechos. La primera preocupación de la educación medioambiental debería ser, en cambio, ayudar a los alumnos a conocer y a controlar el ambiente donde viven.

Conocer el medio ambiente experimentándolo, recorriéndolo, viviéndolo y después estudiarlo operativamente para comprender su historia, sus características, sus límites, sus recursos, en previsión de una intervención activa, real, en colaboración o en conflicto con los administradores, para garantizar a la propia ciudad un futuro mejor, un desarrollo sostenido.

La escuela se convertiría así en un laboratorio de estudios medioambientales y de intervención territorial a través del análisis de los problemas, de hacer proyectos compartidos de espacios urbanos y de buscar soluciones a los problemas identificados. Para hacerlo buscará la colaboración de las oficinas públicas (del Registro de la propiedad a las obras públicas, de los policías municipales a la Concejalía de Urbanismo) y de profesionales expertos en los sectores investigados (arquitectos, urbanistas, sociólogos, economistas, etcétera).⁴²

La escuela podría volverse así una institución capaz de comprometerse, de llevar su acción fuera de sus paredes, enfrentándose con la realidad, con la gente, con las autoridades, tomando posición, protestando. En definitiva, la escuela podría escribir en su puerta aquella palabra tan comprometedora que don Milani escribió en la puerta de su escuela, en la parroquia de Barbiana: *I care*.⁴³

Una experiencia de educación vial: recorrer la ciudad

La escuela desarrolla programas de educación vial y los Ayuntamientos ponen a disposición de las escuelas diversos materiales: vídeos, folletos, carteles, y a menudo también a los policías municipales que acuden a las clases a tratar este tema. Estos materiales tienen un alto coste y los resultados obtenidos son pobres la mayoría de las veces. En muchos casos se limitan a lecciones de educación vial, de presentación de las señales de tráfico y de las normas del Código de circulación. Se trata todavía de la escuela que nuestros niños rechazan y que, por tanto, no llega a incidir en ellos. Si se sustituye al maestro por el policía el resultado no mejora, porque este señor intenta también dar una clase y no es capaz de ello. Es decir quitamos a profesionales importantes de nuestras plazas, de las calles, y los ponemos a hacer cosas que no saben hacer. Las nociones que se transmiten no modifican en nada el comportamiento real y no sirven en absoluto para formar un ciudadano más independiente y consciente de sus derechos y de sus deberes.

La escuela, en cambio, podría sostener, junto con las familias, la necesidad de que los niños, desde la primera etapa de la educación primaria, vayan a la escuela solos, a pie, poniéndose de acuerdo con los compañeros mayores, reencontrando un mínimo de autonomía y experimentando prácticamente sus derechos y sus deberes como peatones. Se puede debatir sobre esta nueva experiencia, se pueden canalizar iniciativas. Asimismo efectuar inspecciones para comprobar los distintos recorridos, para identificar los pasos más peligrosos y estudiar juntos la mejor forma de evitarlos. En este caso el policía puede ser muy

útil para alentar con su experiencia y conocimiento del Código de circulación a niños y maestros.⁴⁴ El proyecto «La ciudad de los niños» está destinado a la ciudad y no a la escuela. Ésta no es el lugar idóneo para su realización, pero es sin duda un lugar muy importante para los niños, que pasan allí gran parte de su infancia, adolescencia y juventud. La escuela, por tanto, puede hacer mucho por la afirmación de esta idea. Puede ayudar a las familias a comprender, a apreciar el valor de la propuesta y, por otra parte, puede recibir mucho haciendo propia la filosofía del proyecto, sosteniendo sus iniciativas, participando en sus actividades, y principalmente reconociendo un papel de protagonistas a los alumnos; convirtiéndose, en definitiva, en una escuela de los niños.

La comunidad de vecinos: el derecho al juego

Los reglamentos de la mayor parte de las comunidades de vecinos son ilegales, ilegítimos, porque violan una ley del Estado: la Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada por las Naciones Unidas en 1989 y adoptada por el Estado español en 1990.⁴⁵ En especial el artículo 31 sanciona el derecho de los niños al juego. En los reglamentos de las comunidades de vecinos suelen ponerse obstáculos a este derecho y en ocasiones no es raro que se impida totalmente su ejercicio.

Casi siempre está prohibido jugar en las escaleras, en los zaguanes y hasta en los patios a ciertas horas del día, en general después de comer, cuando se supone que los adultos tienen ganas de descansar. No he encontrado en el texto de los derechos del hombre un artículo que defienda el derecho a la siesta de los adultos, mientras que está muy claro el que defiende el derecho de los niños al juego. Por otra parte, las escaleras han sido siempre un buen lugar para jugar, por su estructura articulada que permite ocultarse, perseguirse, pero también sentarse y charlar o disponer juguetes en ellas; y hoy, con los ascensores, prácticamente ya no le sirven a los niños para desarrollar sus juegos. Se objeta justamente que los niños meten ruido, molestan. Pero, ¿no molestan acaso el tráfico urbano, el uso inmoderado de los cláxones, el uso ya generalizado de las alarmas? Nadie ha pedido jamás prohibir el uso del claxon, de las alarmas y la supresión del tráfico de las dos a las cuatro de la tarde. Así pues, ¿qué nos está sucediendo a los adultos? ¿Nos estamos adaptando al ruido terrible de las alarmas, al desagradable de los cláxones y al exasperante del tráfico urbano y no sabemos ya soportar el bullicio, sin duda fastidioso, pero sano y necesario, de los niños que juegan? ¿Qué sociedad estamos preparando para nuestros hijos, para nuestros nietos?⁴⁶

En la actual situación de peligro medioambiental, que vuelve difícil incluso la

más pequeña libertad de los niños, el patio comunitario podría y debería ser el lugar óptimo para el juego autónomo de los niños, aun de los muy pequeños.⁴⁷ Los adultos hemos considerado más cómodo, en cambio, prohibir este espacio para el juego de los niños (además de las otras prohibiciones horarias está casi siempre prohibido jugar a la pelota), destinándolo al estacionamiento de nuestros coches. De este modo un espacio común, y por tanto público, se ha privatizado, se ha impedido su uso, se ha vuelto feo y sucio (también la limpieza de los coches deja mucho que desear).

Los alcaldes son los representantes de los ciudadanos y deberían serlo de modo especial de los ciudadanos más pequeños. Sería justo, pues, que invitasen a las juntas de vecinos a revisar sus estatutos para hacerlos respetuosos de las leyes del Estado y por tanto de los derechos de los niños; a repensar el uso de los patios comunitarios y a comunicar al alcalde o al Laboratorio las eventuales reformas o reestructuraciones. Sería necesario que las juntas de vecinos discutiesen la modificación de sus estatutos y un uso prioritariamente social de sus patios. Estos podrán convertirse en un lugar de encuentro, de socialización y de recreo para los niños, para los ancianos, para todos los vecinos. Para ello habrá que reestructurarlos y equiparlos adecuadamente, resolviendo de otra manera los problemas privados del estacionamiento. Si es más fácil para los niños salir de casa y bajar solos al patio, también los adultos estarán más serenos y más libres.

Esta invitación del alcalde, con un adecuado apoyo de la prensa local, podría ser una importante ocasión para abrir en la ciudad un debate sobre los niños, sobre su difícil condición de ciudadanos, sobre sus necesidades, sobre sus derechos.

Derecho de voto para los niños

Hace tiempo un periodista me pidió mi opinión sobre la reducción de la edad de votar propuesta en Alemania. Le respondí que yo, habría preferido que todos los ciudadanos tuviesen derecho al voto desde el nacimiento, de tal modo que todos puedan contar e influir en las decisiones. Esto significa que en una familia compuesta por los padres y tres hijos podrían votar cinco personas. Naturalmente, mientras que el niño no alcance la mayoría de edad serán sus tutores legales quienes ejerzan el derecho al voto. La primera objeción que podría hacerse a esta propuesta es que con el voto no se bromea, que no se delega en nadie, que los padres usarían el voto de los hijos para favorecer a sus propios partidos. Nuevamente la imagen truculenta del adulto «comeniños»: el conductor de un automóvil que no ve la hora de atropellar al niño que cruza la calle, el transeúnte que usará casi con seguridad la violencia sobre el niño no

acompañado, el padre que roba el voto a su hijo. Pero los adultos somos nosotros, nosotros somos quienes conducimos los coches, los que nos cruzamos en la calle con los niños que van solos, quienes habríamos de utilizar su voto. Tampoco tenemos en cuenta que los padres ya eligen por sus hijos en cuestiones mucho más delicadas e importantes que lo que pueda ser un voto electoral y no podrían evitar hacerlo. Eligen si bautizar o no bautizar al niño: cualquiera que sea la decisión, compromete y condiciona fuertemente al niño. Deciden cuándo y a qué escuela enviarlo, orientan sus elecciones futuras. Deciden en qué medida le conceden autonomía, con las consecuencias que se deriven, de las que hemos hablado en la primera parte de este libro. Dan a los niños una referencia cultural, ideológica, política, moral, a menudo muy clara, confiando en que ellos no traicionarán estos ideales.

Una segunda objeción que podría hacerse es que se corre el riesgo de desencadenar campañas de propaganda más o menos explícita para condicionar a los niños de manera que a su vez condicionen las opciones políticas de sus padres. Pero, ¿no es exactamente esto lo que sucede cada día, a toda hora, especialmente en los programas de televisión para los niños, con la publicidad de infinidad de productos? Pero está claro que en una sociedad todavía ideologizada pero profundamente consumista como la nuestra todo lo que está ligado al consumo nos parece normal y casi imprescindible: ¡en cambio no se puede bromear con la política!

Una propuesta como ésta, que puede parecer solamente provocadora y cuyas dificultades de aplicación son evidentes, no plantea una incompatibilidad constitucional con la ley italiana⁴⁸ y me parece que contiene algunos interesantes aspectos positivos.

El niño, actualmente irrelevante, casi translúcido en nuestra sociedad, adquiriría peso y relevancia.

Los padres, teniendo que votar también en nombre de sus hijos, podrían comenzar a plantearse el problema de hasta qué punto sus partidos se están interesando por los problemas y las necesidades de los niños. Por otra parte, los partidos se preocuparían rápidamente de incluir estos problemas, hoy casi ignorados, en sus programas, para ganar la adhesión de los padres.

Finalmente, a medida que los niños creciesen, comenzarían a preguntar a sus padres cómo pretenden utilizar su voto, querrían comprender o discutir las decisiones. Me parece que sería un buen modo de hablar de política dentro de nuestras casas, en vez de apostar por uno u otro de los políticos de la tribuna política en medio del total desinterés de los jóvenes. Tal vez estos odiarían menos la política, nos ayudarían a comprenderla mejor y ayudarían a los políticos a practicarla de modo más creíble.

30. El arquitecto Cervellati sabrá disculpar que tome en préstamo el título de su libro (La ciudad bella).
31. Es útil reflexionar sobre el sentimiento de lo bello que tenían nuestros antepasados, por cierto menos instruidos que nosotros y destinados a una vida más dura que la nuestra. Torneaban, labraban y decoraban las empuñaduras de sus instrumentos de trabajo, pintaban con flores y escenas exóticas los carros que usarían en su vida de duro trabajo.
32. En 1995 se celebró en Florencia un congreso nacional sobre la lentitud titulado: El mundo tiene tiempo que perder, organizado por la COOP (Cooperativa de Consumo). En mi intervención, «¿Quién tiene ganas todavía de perder el tiempo con los niños?», comenzaba con estas reflexiones: para ir de Roma a Florencia se puede recorrer la vía Cassia. Esto no representa sólo un traslado, sino que significa atravesar pueblos y pequeñas ciudades, paisajes diferentes, ver, descubrir. Significa detenerse, demorarse y acelerar, sorprenderse y enfadarse. Esto requiere tiempo, pero no es tiempo perdido. En ese viaje hay algo más que el mero desplazarse, hay placer. Hace falta demorarse en los pueblos, recoger sus imágenes, sus rumores, sus hábitos; detenerse a comer sus productos y sus platos típicos. Es posible comer la finocchiona (embutido sazonado con hinojo), los spaghetti a la liebre, las alubias blancas, regarlos con el tinto de Montalcino o con el vino Nobile de Montepulciano. Significa acercarse y alejarse con respecto a un paisaje que cambia, siguiendo los extraños zigzags de la carretera, pensada más para el encuentro que para la prisa, subiendo y bajando según las suaves ondulaciones de las colinas toscanas. También, siempre yendo de Roma a Florencia, se puede pasar en cambio por la autopista del Sol y entonces la experiencia será diferente. La función principal de la autopista es el desplazamiento de punto a punto, de peaje en peaje, con el menor número posible de distracciones y de impedimentos; matar los tiempos, permitir la velocidad. Las autopistas son todas iguales, las gasolineras son todas iguales y todas igualmente eficientes y rápidas; así como son iguales las casas de comida; se puede comer un panino fattoria en cualquier punto de la geografía italiana. Frente a un obstáculo natural, la autopista prefiere pasar bajo tierra o por aire, más que seguir las «diversidades» del terreno: no hay que distraerse, no hay que reducir la velocidad, no hay que perder tiempo. Efectivamente, el tiempo es menor, pero se ha perdido. Por ser breve, sólo sirve para desplazarse. Tengo una sensación similar cuando elijo el avión en lugar del tren, por ejemplo, en el recorrido Roma Milán. El tiempo de vuelo es obviamente mucho más breve, pero el viaje en su conjunto varía poco: de las tres horas o tres horas y media en avión a las cuatro horas en tren. Pero las horas en avión son horas perdidas, fragmentadas en muchos recorridos diferentes y breves, en muchos trámites; mientras que las horas de tren son todas buenas: para leer, para escribir, para dibujar.
33. Cuando encontré por primera vez al alcalde de Palermo, que me instaba a aceptar el encargo de asesorar en el proyecto «La ciudad de los niños» en su ciudad, me pidió que trabajase junto con el arquitecto Cervellati, que estaba preparando el nuevo Plan Urbanístico de Palermo porque, a partir de este plan y de las decisiones que se deriven, podía comprenderse que la ciudad había elegido a los niños. Me parece un hermoso desafío cultural y una gran apuesta por las posibilidades de esta nueva filosofía de gobierno.
34. Lynch, 1960; Bonnes, Rullo, 1995.
35. En Copenhague se está experimentando el préstamo gratuito de miles de bicicletas en varias estaciones o paradas. El ciudadano puede coger una bicicleta en una estación y, después de haberla usado, dejarla en otra, la que le resulte más cómoda.
36. Varias veces he recordado que no es correcto volver al pasado porque la experiencia que se ofrece a nuestros niños es absolutamente nueva y requiere propuestas y soluciones nuevas, pero si es verdad que los niños han perdido hoy muchas de las posibilidades de juego de entonces, al menos para «reencontrar el camino» puede ser útil examinar las condiciones y las características del juego de nuestra infancia.
37. Véanse las referencias bibliográficas sobre «El juego y el ambiente urbano».
38. Véase la ficha núm. 19: «Un jardín de piedra».
39. Véase la experiencia que se está desarrollando en Fano mencionada en la ficha núm. 14: «Un sello de calidad para niños en hoteles y restaurantes».
40. Véase la ficha núm. 2: «El Consejo de los niños».

41. En España funciona un Consejo Escolar del Estado, de ámbito nacional. En cada Comunidad Autónoma existe un Consejo Escolar para su ámbito territorial, cuya composición y funciones serán reguladas por una ley de la Asamblea de cada Comunidad Autónoma. Los Consejos Escolares de ámbitos territoriales están constituidos por el director del Centro y representantes de los profesores, los padres, los alumnos y personal de administración y servicios.
42. Sobre estos temas véanse las fichas núm. 11: «Mi ciudad y yo» y núm. 4: «Los niños proyectistas».
43. I care, forma verbal inglesa, significa me interesa, me preocupa, me hago cargo. Es el contrario de I don't care que traduce el Me ne fregó («me importa un pimiento») fascista. La inscripción es aún visible en Barbiana, en la puerta de la escuela.
44. Véanse las fichas núm. 9: «Vamos solos a la escuela» y núm. 10: «Un carné de peatón, de ciclista y de motociclista».
45. Véase el texto de la Convención reproducido en el Apéndice 1.
46. El jefe de la policía municipal de Turín señalaba que hace veinte años recibía diariamente muchas reclamaciones y solicitudes de intervención por las molestias que provocaban los niños. Hoy ya no los recibe.
47. Véase la experiencia de Manfred Drum, que en Munich realizó una red de espacios para la movilidad peatonal y el juego conectando entre sí varios patios comunitarios, en el contexto de un trabajo de proyección participativa (Drum,1995).
48. Sería interesante, de todos modos, si un alcalde encontrase el modo de que los niños de su ciudad se expresaran también con alguna forma de voto.

Repensar la ciudad

Repensar la ciudad, quererla de manera diferente, adecuada a todos, incluidos los niños, es una necesidad urgente; no para volver atrás, no para esperar un retorno al clima romántico del pueblo o del vecindario de hace cuarenta o cincuenta años, sino para prepararse en favor de un futuro diferente, que no esté bajo control exclusivo de la producción comercial, que no lo dominen los automóviles ni tampoco un imparable desarrollo de los servicios.

Se trata de pensar en una ciudad más ágil, más sencilla, en la que todos los ciudadanos cuenten más.

La ciudad del presente es una ciudad que se deja trastornar por los coches, por su ruido, por su humo, por sus vibraciones, que cae impotente en manos de la delincuencia y de la criminalidad organizada, que han transformado el suelo público en tierra quemada haciéndolo impracticable para los ciudadanos honrados. Estos se encierran en su casa, se mueven en coche, sueñan con la ciudad transmitida por cable, con las oficinas virtuales. Ya no será necesario salir, desplazarse, podremos trabajar desde nuestra casa, usando nuestros ordenadores en redes telemáticas. Dicen algunos, que se presentan como expertos, que entonces se resolverá el problema del tráfico, atestaremos sólo las autopistas de la información. En tal caso, sin embargo, deberemos enfrentar nuevos problemas que los especialistas en informática no consideran, como la irritante convivencia de los miembros de la familia, la definitiva separación física con respecto a los otros y a la ciudad.

Estoy utilizando el ordenador, el correo electrónico, Internet, como instrumentos importantes y apasionantes de trabajo y de comunicación, pero querría seguir encontrándome con los amigos y querría poder moverme más y mejor en una ciudad que sepa ser una bella ciudad.

Si la ciudad fuese un ecosistema natural moriría en muy poco tiempo: ha transformado su complejidad en la realidad simplificada de la separación y de la especialización; ha aceptado que sus ciudadanos se hayan vuelto cada vez más pasivos ofreciéndoles continuos remedios, subsidios, asistencia bajo forma de servicios; su equilibrio, su subsistencia dependen cada vez menos de sus recursos y cada vez más de factores externos que no controla y que no puede

garantizar.

Repensar la ciudad significa tener un proyecto de futuro, preparar, como dicen los ecologistas, un desarrollo sostenible. Un desarrollo controlado, no egoísta, que encuentre en sí mismo la fuerza y la energía suficientes para garantizar su futuro y el de las próximas generaciones. El niño es la garantía natural del desarrollo sostenible: él debe hacerse mayor, capaz de resolver problemas, y jamás podrá hacerlo si no le aseguramos autonomía, posibilidad de riesgo y de crecimiento, posibilidad de relaciones lúdicas y espontáneas. Del mismo modo los ciudadanos deben recuperar su capacidad para resolver los problemas a través del acuerdo, la solidaridad, la colaboración, sin esperar la intervención de la autoridad pertinente.

Repensar la ciudad quiere decir preparar un futuro en el cual haya ganas y posibilidad de pensar en el bienestar y en la calidad de la vida. Un futuro en el cual los jóvenes sientan aún el estremecimiento, la emoción, el deseo de traer niños al mundo.

Al repensar la ciudad, sin embargo, debemos estar atentos para que el niño no sea confinado a una especie de «reserva india», donde todo sea permitido o deseable, pero claramente separado del mundo verdadero, el de los adultos. En esta «reserva» podría concederse que los niños se expresen, que manifiesten sus necesidades, que practiquen también ellos formas de democracia, que presenten sus proyectos y que estos puedan realizarse. Pero un Consejo de los niños, un jardín o un monumento que proyecten los niños no significa que la ciudad sea sometida a debate y quiera cambiar. El riesgo es que fuera de la «reserva» la ciudad actúe como siempre y que los adultos, una vez contentados los niños, absueltos de sus complejos de culpa puedan decir: «¿dónde habíamos quedado?», y prosigan con sus serios discursos de política y de economía.



Por ello siento la necesidad de confirmar una vez más, a riesgo de ser repetitivo, que «La ciudad de los niños» no es un proyecto para los niños, sino para la ciudad.

Y lo que el niño puede representar para la ciudad, las ciudades pueden representarlo para nuestro país: la política, la buena administración, la participación y el control democrático comienzan por las ciudades, así como por las ciudades comienza la acogida, la solidaridad. En un momento de tan grande y grave degradación social y moral, los niños podrán salvar nuestras ciudades y éstas a nuestro país. Se me replica a menudo que ésta es una utopía, una locura, y estoy de acuerdo. Pero es mucho más utópico y loco avanzar por el camino sin futuro en el que nuestras ciudades han desembocado.

La de la ciudad de los niños es una utopía concreta, una utopía sostenible.

Un proyecto difícil de realizar, como todas las utopías. A este propósito, recuerdo la frase de una señora de Viareggio que me conmovió mucho. Al término de mi presentación del proyecto, un señor había pedido la palabra diciendo que le gustaba mucho, lo consideraba justo y deseable pero que, según él, jamás se realizaría teniendo en cuenta la lentitud administrativa, las trabas burocráticas, los intereses que ponía en entredicho. La señora respondió: «Yo no sé si se podrá realizar alguna vez, pero estoy segura de que nosotros, en cualquier caso, ya estamos ganando».

La señora decía, en definitiva, que si en nuestro debate político conseguimos insertar al niño, si conseguimos hablar de los niños con los alcaldes, con los policías municipales, con los economistas, con los ingenieros de los

Ayuntamientos, con los médicos del hospital, con los restauradores, con los maestros y con los padres, ¡ya estamos, pues, ganando! Es sin duda un mínimo resultado, pero es un modo de comenzar a construir el futuro.

Permítaseme una reflexión al final de estas páginas. Escribiendo este libro, haciendo un pequeño balance, me he dado cuenta de que comencé a trabajar en el proyecto «La ciudad de los niños» después de convertirme en abuelo. No creo que esta coincidencia sea casual. Los padres son jóvenes, deseosos de realizarse en la vida, tienen necesidad de afirmación y por ello acaban aceptando muchos compromisos. No pienso en los compromisos morales, sino en aquellos acuerdos con la Administración de los que hablaba al comienzo del libro: servicios, ayudas, asistencia para soportar una ciudad hostil, porque éste es el camino más breve, más seguro, y cuando somos jóvenes no hay tiempo que perder, no se puede arriesgar demasiado. Entonces la búsqueda de una plaza en la guardería, tal vez cambiando la residencia,⁴⁹ la búsqueda de la escuela infantil con el horario más amplio, la jornada completa, son necesidades que no pueden tomar en cuenta las carencias del niño. Los padres tienen prisa, buscan las soluciones más «funcionales». Los abuelos, en cambio, cuentan con el tiempo de quien ya no tiene una carrera que hacer ni ambiciones que concretar. Y entonces pueden permitirse volverse radicales en sus decisiones, no aceptar ya los compromisos y buscar nuevas perspectivas, un futuro posible para sus nietos y para los niños que vendrán.

⁴⁹. Incluso hay muchachas que no se casan para tener más puntos, como madres solteras, que les aseguren una plaza para su niño en la guardería.

Tercera parte

Las experiencias



Las fichas

Esta tercera parte presenta actividades, iniciativas, proyectos, surgidos en gran medida de la experiencia del Laboratorio de Fano y que no deben considerarse una propuesta orgánica ni un camino forzoso siquiera sugerido: pretenden ser un testimonio modesto, pero optimista, de las posibilidades de realización del proyecto que hemos presentado en la primera parte de este libro.

Se suele decir que en Fano es demasiado fácil, pero que será difícil proponerlo en las grandes ciudades. Creo que hay algo verdadero y algo falso en ambas afirmaciones. Es verdad que experiencias radicales como éstas nacen más fácilmente en ciudades pequeñas o medianas. Pienso en la experiencia de los servicios municipales para la infancia de Reggio Emilia o de Pistoia, en la experiencia educativa de Mario Lodi en Piadena; pienso, obviamente, en la experiencia de don Milani en Barbiana. Sin duda la ciudad pequeña es más sana, ha sabido defender mejor su identidad y le resultan más fáciles las relaciones sociales, la participación, la solidaridad. Pero es completamente erróneo pensar que ello facilita la realización de un proyecto como éste. La pequeña ciudad participa ya, incluso gracias al efecto globalizador de la televisión, en todos los fenómenos sociales y culturales del país, compartiendo también con las grandes ciudades las experiencias peores, de la droga al racismo, del temor a la separación, del poder de los partidos al requerimiento de asistencia por parte del ente local. Esto hace que toda propuesta de cambio, especialmente si es tan radical, encuentre una firme resistencia. La experiencia de Fano fue siempre y sigue siendo conflictiva. Siempre protesté, ante los tres alcaldes que se sucedieron desde la apertura del Laboratorio, por su tibia adhesión a nuestras propuestas, por el poco valor para atreverse a más. Pero esto no me ha hecho nunca olvidar que los administradores de Fano quisieron y defendieron el Laboratorio «La ciudad de los niños», aun sabiendo que sería para ellos un camino de espinas.

Asimismo estoy convencido de que ninguna ciudad es tan grande y está tan devastada como para haber perdido todo deseo y disponibilidad de pensar en su futuro con esperanza y voluntad de cambio. Esto me dicen las respuestas de ciudades como Roma y Palermo, o como Rosario, en Argentina, que sin duda no

pueden considerarse realidades pequeñas y fáciles, donde este proyecto está encontrando las primeras formas de receptividad y de realización.

1. Fano, «La ciudad de los niños»

Un Laboratorio municipal para el estudio, proyección y experimentación de cambios en la ciudad adoptando al niño como parámetro

El Ayuntamiento de Fano, ya consagrado al desarrollo de una política de servicios para la infancia, abrió en 1991 un Laboratorio llamado «La ciudad de los niños»⁵⁰ que, por un lado, quiere ser un punto de referencia para los ciudadanos, las asociaciones, los niños; y por el otro, un aguijón para el alcalde, los concejales, los técnicos, para que no olviden el compromiso contraído de adoptar al niño como parámetro en el desarrollo de la ciudad.

El Laboratorio es una apuesta, un desafío. Una ciudad que ha crecido según las exigencias, los requerimientos de los adultos, elige cambiar de óptica y por tanto se expone a una continua contradicción.

Fano no es la ciudad de los niños. Es, sin embargo, una ciudad que ha aceptado este desafío y ha impuesto una estructura interna que denuncia la contradicción y propone el cambio.

En honor a la verdad, Fano ha hecho también una cosa que resulta cada vez más evidente y que no se puede dejar de mencionar: ha incluido al laboratorio en su plan orgánico como unidad organizativa, con una sede propia dotada de modernas instalaciones informáticas, con personal dedicado a tiempo completo a sus actividades; ha propuesto al que esto escribe que asuma su dirección científica. Acaba de constituirse un comité técnico, formado por los representantes de las distintas concejalías, para seguir de cerca las actividades del Laboratorio y garantizar su visión de conjunto. La representación ante el Laboratorio está actualmente asignada al concejal de política educativa. Además, el Ayuntamiento de Fano ha reconocido y sostenido las diversas iniciativas que el Laboratorio ha lanzado en estos años y que se presentarán en las fichas. Para otros aspectos, en cambio, el Ayuntamiento no consigue ajustarse al ritmo del Laboratorio y de los niños, está retrasado con respecto a las realizaciones prometidas, no siempre es coherente en las iniciativas, suele resistirse a los estímulos. En definitiva, es una relación de gran interés, en la que el conflicto revela a la vez adhesión y dificultades.

Logotipo del Laboratorio «La ciudad de los niños» de Fano



El Laboratorio ha sido reconocido por el Ministerio italiano de Medio Ambiente como laboratorio territorial de educación medioambiental⁵¹ y como tal ha sido financiado en el ámbito del programa trienal del medio ambiente.

Desde el comienzo, Fano se ha fijado objetivos de actividades en la propia ciudad y objetivos más amplios con respecto a la promoción del proyecto en otros Ayuntamientos italianos.

Está en relación con movimientos y asociaciones nacionales e internacionales como «Las ciudades educadoras», Unicef, Unión Europea, ANCI,⁵² Arciragazzi, CGD, La ciudad posible, Ligambiente, INU, WWF.

2. El Consejo de los niños

La garantía del punto de vista infantil

En la experiencia de Fano, desde el primer año se pensó que los niños debían ser protagonistas del proyecto y que, por tanto, se les debían dar adecuadas oportunidades para expresarse y hacer propuestas. Se creó un Consejo de los niños, considerado como una necesidad de presencia infantil en esta pequeña gran revolución que se proponía a los administradores. Al menos hasta ahora, no se ha pensado en dar a este Consejo las funciones de un Consejo municipal de los niños, con sus partidos, su campaña electoral, su pequeño alcalde, sus concejales, etcétera, idea que, por otra parte, tiene una larga tradición en Francia y está presente también en Italia desde hace unos años. Sin duda es una experiencia útil y hermosa para los niños que participan en tales iniciativas, pero a menudo su participación se limita a elaborar proyectos propios y a seguirlos

hasta su realización, pidiendo a los adultos nuevas posibilidades y aperturas, pero no necesariamente modificando su proyecto de gobierno de la ciudad. En el caso de Fano el objetivo es, en cambio, como se ha repetido varias veces, exactamente éste: cambiar la ciudad, cambiar la cultura de los adultos a partir del pensamiento infantil. El fin del Consejo de los niños es, por tanto, el de órgano consultivo del Laboratorio, el que garantiza a los funcionarios el punto de vista de los niños, no sólo acerca de los problemas de estricto interés infantil, sino también sobre todos los temas de la ciudad que el Laboratorio afronta paso a paso.

Estructura y funcionamiento

El Consejo está formado por un niño y una niña, por cada una de las escuelas primarias, para un total de una treintena de consejeros. Hasta ahora no se han dado normas precisas para la elección de los consejeros y cada escuela se comporta de manera diferente: candidatura voluntaria por parte de los niños, elección directa y tal vez otros sistemas.

Los niños son elegidos por un período de dos años y se sugiere que inicien su mandato en cuarto curso de la escuela primaria y terminen en quinto (de ocho a diez años). Constituido por un consejero de cuarto y uno de quinto por cada escuela, el Consejo renueva cada año la mitad de sus miembros, con lo que asegura una continuidad en el funcionamiento y el traspaso de competencias de los niños salientes a los entrantes. El bienio nos parece necesario para que los niños puedan asumir el papel de representantes e interpretarlo de manera consciente. La representatividad se aprende y en general los niños más pequeños o al inicio del mandato intervienen sobre todo para comunicar sus ideas personales; difícilmente se sienten «representantes» de sus compañeros; raramente toman apuntes para informar correctamente o piden a los maestros más tiempo y posibilidades de comunicarse con los demás alumnos de la clase o con los de otras clases. Nosotros respetamos este proceso gradual, sin excesivas demandas. En pocos meses, los pequeños consejeros asumen su papel y acaban defendiéndolo con firmeza, suficientemente aguerridos y convencidos como para enfadarse con los maestros que no les conceden el tiempo necesario, cuestionar a veces mi dirección del Consejo, escribir cartas al alcalde o a los periódicos, incluso adoptando posiciones no coincidentes con las nuestras. Recuerdo, a título de ejemplo, lo que decía un niño consejero: «La maestra no nos deja hacer la asamblea para debatir con los compañeros de las otras clases y preparar el Consejo porque dice que no hay tiempo. ¡Pero después acabamos hablando de educación cívica!»

Se sugirió comenzar con cuarto curso porque los niños tienen ya un buen

control de los mecanismos de comunicación y porque así pueden concluir el mandato con el término de la escuela primaria. En general los niños viven esta experiencia con gran interés y participación, es raro que alguien abandone antes de terminar su mandato y a menudo los ex consejeros nos piden poder continuar con alguna iniciativa análoga.⁵³

El Consejo se reúne una vez al mes en la sede del Laboratorio, lo preside el director científico y los debates se consignan en acta. Los niños suelen ir acompañados por sus padres, pero los adultos no pueden participar salvo en casos especiales. Además de los miembros del Laboratorio pueden asistir al Consejo los administradores u ocasionales visitantes que lo soliciten, pero esto ocurre raras veces y por lo común asisten como oyentes.

El Consejo es convocado mediante una carta personal que contiene el orden del día. Afronta los distintos problemas de los que se está ocupando el Laboratorio, como el tráfico, el hospital pediátrico, los espacios de juego, la relación con los ancianos, el que los niños vayan solos a la escuela, la reestructuración de restaurantes y hoteles, o bien los temas que proponen los mismos niños.

Cuando hay varios temas que deben someterse al análisis del Consejo, se forman grupos de trabajo que son convocados también con una periodicidad quincenal.

Una vez al año, los miembros del Consejo de los niños participan de una sesión extraordinaria del Consejo municipal, con derecho a voz, en representación de todos los niños de Fano.

3. El Consejo municipal, abierto a los niños

Desde 1991 el alcalde de Fano se ha adherido a la iniciativa de la Unicef italiana, «El alcalde defensor de la infancia», que prevé dedicar anualmente una sesión extraordinaria del Consejo municipal a los niños. Después de una primera experiencia en 1991, cuando se dedicó una sesión a los problemas de la infancia, con expertos invitados, se decidió abrir el Consejo a los niños y darles la palabra. Los niños del Consejo debaten durante algunas semanas, en las respectivas escuelas, problemas que encuentran en la ciudad, cosas que no funcionan y preparan propuestas. Estas se debaten en una sesión plenaria del Consejo de los niños y algunos pequeños consejeros las presentan en el Consejo municipal. Se prefiere que no sean más de siete u ocho los que informen, para que puedan explicar adecuadamente los puntos sometidos a discusión y responder a las eventuales preguntas de los adultos. A la sesión asisten también niños de algunos cursos, hasta completar la tribuna del público de la sala del Consejo municipal.

Las propuestas

Las siguientes son algunas de las propuestas que han presentado los niños durante estos años y que el Consejo, de alguna manera, ha recogido:

Cuando decidáis algo sobre la ciudad debería haber también alguien que conozca a los niños (1992).

La Junta acordó que todos los proyectos de modificación de la ciudad fuesen enviados al Laboratorio, que sería capaz de expresar un parecer que reflejase el punto de vista de los niños.

Los coches ocupan demasiado lugar en las calles y se lo quitan al juego (1993).

El concejal de Tráfico prometió cerrar un día entero por año toda la ciudad a los coches, para que los niños pudiesen jugar en las calles. Lleva ya tres años repitiéndose esta tradición.⁵⁴

Un día un policía me quitó la pelota porque estaba jugando en la plaza. Si uno quiere ir a jugar a un campo de deportes debe estar asociado y, si no lo está, debe pagar entrada.

Queremos ir a la escuela solos, pero los coches no respetan los pasos de cebra y se estacionan en las aceras, por lo que debemos ir por la calzada (1996).

El Consejo municipal aprobó un orden del día para debatir y votar tres cuestiones: una sobre el derecho de los niños a jugar como quieran en todas las plazas de la ciudad; la segunda sobre la revisión de los contratos de cesión de las áreas a las asociaciones deportivas para que se garantice una franja horaria de uso libre y gratuito de las instalaciones; y la tercera sobre la aplicación rigurosa de las normas que defienden y protegen a los peatones y en especial a los niños: la prioridad en los pasos de cebra y la inviolabilidad del espacio de las aceras. Se pidió que cada una de las cuestiones planteadas tuviese una adecuada publicidad, con el fin de ayudar a sensibilizar a la población.

Los adultos

Para el primer Consejo abierto a los niños, cuando aún no existía el Consejo de los niños, no se habían dado indicaciones particulares y los alumnos habían preparado sus requerimientos en las respectivas escuelas. Para nuestra gran sorpresa, los niños hablaron sólo de sus clases y de sus escuelas: de la peligrosidad, de los ruidos, de la ausencia de cortinas, de la falta de

mantenimiento y limpieza. Nos asombró el interés de los niños por su escuela, pero después quedó claro que eran los maestros quienes habían sugerido las protestas y las propuestas.

Desde entonces, una carta enviada a las escuelas advierte que las propuestas de los niños deberán atenerse a la relación del niño con la ciudad, a su autonomía, a sus posibilidades de jugar, y no a la escuela que, si lo considera necesario, sabrá encontrar otras ocasiones para expresar sus necesidades. La preparación del Consejo municipal se produce en el Consejo de los niños, donde se cotejan y se coordinan las propuestas que surgen de los debates sostenidos en sus clases.

Si no es fácil para los maestros respetar la libertad de los alumnos, tampoco es fácil para los administradores encontrar un comportamiento adecuado frente a los requerimientos de los niños. Una tentación, evidente en las primeras ediciones del Consejo abierto, era la de utilizar el encuentro para regañar a los niños. Estos protestaban, por ejemplo, por la suciedad en los jardines, y los administradores replicaban advirtiendo que los niños fuesen los primeros en no tirar papeles y botes en cualquier parte. Otra tentación, presente todavía en parte, es la defensiva, de decir siempre que las cosas ya se están haciendo, sin intentar comprender exactamente qué están pidiendo esos ciudadanos tan extraños y tan diferentes que son los niños. Un signo más de malestar de los adultos es su dificultad para dialogar con los niños, para pedirles que se expliquen mejor, que profundicen. Esta dificultad oculta la desconfianza en la capacidad real de los niños, siempre considerados más pequeños de lo que en realidad son.

Debe decirse, en defensa de los adultos, que no es fácil comprender a los niños; hace falta buena voluntad, curiosidad, pero también preparación, que deriva del estudio y de la experiencia.

Un ejemplo:

En uno de los primeros Consejos municipales abiertos a los niños, uno de ellos, que vivía en una urbanización, dijo: «Querría ir a la ciudad en bicicleta, pero a mi madre le da miedo». La interpretación más fácil era que nos estaba pidiendo un carril para bicicletas, así que enviamos a una cuadrilla para que pinte una línea amarilla que separe el carril de las bicicletas del de los coches. El concejal de Tráfico demostró buena voluntad, pero no dio una respuesta al niño. La madre, en efecto, siguió teniendo miedo de eventuales conductores imprudentes o borrachos que habrían podido no respetar la línea amarilla y volvió a prohibirle el uso de la bicicleta. El administrador atento, en cambio, debería haber llamado a un técnico y haberle dicho: «Prepara un proyecto de una vía para las bicicletas de tal modo que las madres dejen de tener miedo».

Entonces se podía proponer una barrera insuperable para los coches o, mejor aún, el uso de carreteras secundarias como vía para las bicicletas. Si se hubiese consultado a los niños, seguramente estos habrían sabido cómo ayudar al técnico.

Ayudar a los adultos a escuchar y comprender a los niños y saber dialogar con ellos es quizá la tarea más importante del Laboratorio, más aún que la construcción de las aceras y de la organización y realización de las distintas iniciativas.

4. Los niños proyectistas

Una forma nueva de arquitectura participativa

Desde 1992 se realiza en Fano una experiencia de planificación de espacios y de equipamiento urbano en la que participan niños de la escuela infantil y de primaria. La experiencia incluye, como expertos y animadores, a jóvenes arquitectos que trabajan con los grupos de niños. El primer año nuestros técnicos trabajaron como colaboradores de un animador arquitecto⁵⁵ con mucha experiencia; desde el segundo año fueron los responsables de este sector para la ciudad de Fano y ahora ofrecen su especialidad también a otras ciudades interesadas en el proyecto.

El método

Los grupos suelen trabajar con horario y en locales escolares y coinciden con las clases, pero estas condiciones pueden modificarse. Por ejemplo pueden constituirse grupos heterogéneos por niveles de edad, trabajar también en horarios de tarde e incluso reunirse en locales diferentes de los escolares. En nuestra experiencia hemos observado que cuando estos cambios son posibles, la participación es mayor y más motivada.

En los cuatro años de actividad se han propuesto varios temas a los niños siguiendo la programación del proyecto «Mi ciudad y yo».⁵⁶ De todos modos son espacios verdaderos, libres, en los cuales es legítima y posible una reestructuración, aunque no hay garantías de que los proyectos se acepten y se realicen.

Esto crea una condición nueva en la relación entre alumnos, escuela y ciudad, porque los estudiantes son invitados a intervenir en espacios reales con propuestas concretas que después se presentarán no a los padres o al director, sino al alcalde y a los concejales competentes. Pero, ¿cuál es el objetivo?: hacer

conocer a los administradores los puntos de vista, las exigencias y las propuestas de los niños para que un profesional las tenga en cuenta cuando se le confíen los espacios que ellos han proyectado. Si después este técnico es capaz de implicar, aun en fase de plan ejecutivo y de realización, a los niños que han trabajado en el proyecto habrá hecho un importante aporte a la formación de nuevos ciudadanos interesados y participativos.

El problema más delicado en este trabajo es lograr que los niños se expresen con su auténtica creatividad y fantasía, sin hacerles decir lo que nosotros deseamos que digan. Por un lado, por tanto, se ayuda a los niños a liberarse de los estereotipos; por otro, se respetan sus ideas.

Si pedimos a un grupo de niños que nos diga cómo querría equipar un espacio de juegos propio es probable que respondan volviendo a proponer los mismos estereotipos varias veces señalados en estas páginas: con toboganes, columpios y tiiovivos.

Para permitir que los niños se expresen más libremente hay varios caminos. Uno es el análisis de los juegos que prefieren, los lugares más atractivos para ellos y, a partir de éste, descubrir sus características e intentar recrearlas en el espacio que ha de proyectarse. Otro es la consideración de las propuestas presentadas por otros niños en otras ciudades y en otros países. Se trata, en todo caso, de que los niños tomen conciencia de que «se puede ir a más», que no hay límites para la fantasía, aun cuando después haya que enfrentarse con la realidad, con los materiales, con las leyes de la física, con los costes.

Tras la fase de estudio y de concepción de ideas es importante llegar a la realización de un proyecto y, si resulta posible, de una maqueta. A los niños, a los muchachos, les gusta «ver», «tocar» sus ideas. Su maqueta se convierte en su cuaderno, su libro, con el cual comunican y defienden sus ideas.

Las propuestas de los niños

Después de cuatro años y unos cuantos proyectos, ¿qué podemos observar en las propuestas de los niños? Hemos comprometido a los niños en temas diversos como plazas y monumentos, recuperación de los espacios abandonados, relación con los automóviles.

En relación con el juego los niños manifiestan un claro antagonismo frente a las propuestas tradicionales: a ellos les gusta ocultarse, buscar rincones a ras de suelo o trepar; tener a su disposición el agua, la tierra, la hierba, las plantas; poder utilizar materiales diversos para hacer lo que en cada momento tengan ganas de hacer. En sus jardines hay, por tanto, frecuentes desniveles, grutas, torres, cabañas, fortines, pequeños lagos, estanques, fuentes, canales; leños, piedras, arena. Es como si nos dijese, en definitiva: «dadnos un espacio rico,

articulado, no trivial, no estructurado, y ya sabremos nosotros cómo utilizarlo».

Respecto de las plazas y los monumentos hay un clarísimo rechazo de la presencia de los automóviles en estos espacios «públicos»: las plazas deben ser devueltas a los ciudadanos para encontrarse, para sentarse, para jugar. Los niños las defienden con barreras, con muretes, con canales de agua, y las dotan de bancos, de quioscos, de árboles. De los niños ha surgido para los monumentos una propuesta interesante y muy próxima a las ideas más modernas: un monumento que pueda ser visitado, disponible para el uso y para el juego. En esos mismos años aparecían en Barcelona monumentos que son también grandes juguetes: por ejemplo, el que representa una caja de cerillas o las letras del abecedario.

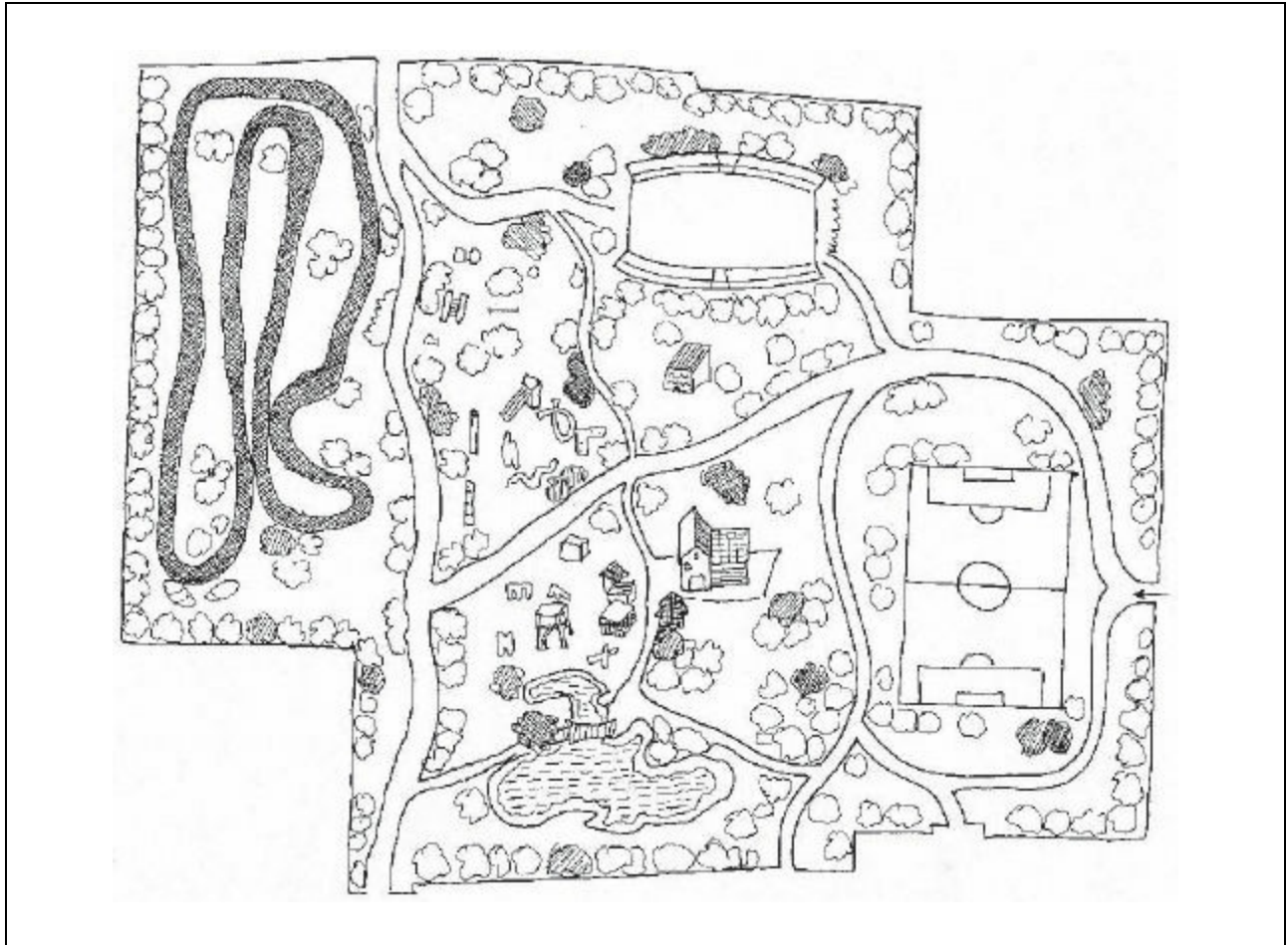
En cuanto a la relación calle-automóviles y al deseo de moverse por sí solos, la propuesta de los niños es doble: por un lado, los recorridos deben protegerse; por el otro deben ser interesantes y bellos. Los niños imaginan recorridos reservados para los peatones, separados de la calle de los coches por muros o estacas, a veces incluso cerrados como túneles transparentes de plástico. Las calles pueden cruzarse por puentes o pasajes subterráneos para evitar cualquier encuentro peligroso con el enemigo-automóvil.

Sobre esta primera propuesta, aunque se trata de una denuncia importante contra el excesivo poder de los automóviles, y según lo que se deduce de los proyectos, no estoy para nada de acuerdo con los niños. Como he dicho varias veces, el propósito del Laboratorio es que el niño baje a la calle para salvarla. El niño, con su presencia, con la expresa exhibición de sus derechos y los de todos los peatones, obligará a los coches a ser más respetuosos y menos numerosos, a retirarse a espacios más adecuados y menos invasores. Por otra parte, lo que proponen los niños es de nuevo el camino de la separación y de la defensa, y está visto que no es eficaz.⁵⁷ Valga para todos el ejemplo de las pasarelas peatonales o de los pasajes subterráneos, en apariencia las soluciones más seguras para cruzar calles peligrosas. De hecho, estos pasajes no son utilizados especialmente por parte de los niños porque el subterráneo en general es inquietante y maloliente; el puente representa, en cambio, un paso largo y fatigoso. Entonces se prefiere cruzar la calle y se crean las situaciones de mayor peligro: el conductor que ve la pasarela conducirá tranquilo, pensando que quien quiera cruzar tendrá que usarla y por tanto no estará alerta por si algún transeúnte atraviesa inesperadamente la calzada. En estos casos es mejor un semáforo accionado por los peatones que quieran cruzar. Mejor no separar, sino encontrarse y convivir, para que unos y otros ejerzan el respeto recíproco.

Sobre la segunda propuesta, es decir sobre el hecho de que los recorridos deben ser interesantes, cuidados, bonitos, siento en cambio una fuerte sintonía con los niños. Estos, que son necesariamente peatones, interpretan bien el deseo

del ciudadano peatón: querrían las calles con grandes aceras, con zonas de descanso, lugares de juego, árboles, equipamientos nuevos y originales.

Proyecto de los niños de quinto curso de la escuela primaria Montessori de Fano.*



5. Los pequeños guías

Otro modo de conocer y amar la ciudad

Prosiguiendo con el objetivo de hacer que los niños tengan un papel activo y de protagonismo en la vida de la ciudad, para que sean (y no «se vuelvan») ciudadanos conscientes, invitamos a los ciudadanos adultos y ancianos, que conocen bien y aman la ciudad de Fano, a que brindasen parte de su tiempo a los niños. Les pedimos que «tomasen de la mano» a un grupo de niños y que los acompañasen a observar y a tocar la ciudad, para que pudiesen conocerla de manera no escolar sino directa y viva, para poder después contar su experiencia y explicársela a sus compañeros. Cada uno de estos «maestros de calle» propuso un recorrido y vivió con sus alumnos de escuela primaria y secundaria una experiencia que abarcó unos diez encuentros itinerantes. De cada grupo formaba

parte también un maestro o un integrante del Laboratorio. Algunos propusieron la ciudad romana; otros la medieval y renacentista; otros la popular de los callejones; otros una lectura urbanística.

Un objetivo de la actividad era formar pequeños guías capaces de acompañar a conocer la ciudad a los niños que cada año llegan a Fano en primavera al cierre de la campaña «Mi ciudad y yo» y a los adultos que el Laboratorio invita para las distintas actividades. La Agencia de Promoción Turística valoró esta iniciativa invitando en varias ocasiones a los pequeños guías a que acompañasen a grupos de adultos de visita en la ciudad. Una experiencia verdadera, que los niños vivieron con gran entusiasmo y desenvoltura.

También ésta es una experiencia sencilla, que no cuesta casi nada y que ofrece a los niños la oportunidad de conocer y amar su propia ciudad.

La dificultad con que tropezamos fue la escasa disponibilidad de los adultos, de los jubilados instruidos, para brindar parte de su tiempo a los niños. Por ello sólo logramos realizar esta experiencia dos veces: la tarea del Laboratorio para que el niño ocupe un sitio en la mente de los adultos es aún larga. Debemos llegar a hacer comprender a nuestros conciudadanos que lo que les pedimos no es un placer, no es un regalo, sino un deber. Quien ha tenido la suerte de conocer, de estudiar, de amar a su ciudad, tiene el deber de transmitir esta riqueza a los niños para que sepan ser a su vez ciudadanos curiosos, interesados y afectuosos con respecto a su ciudad.

6. Las reuniones de la comisión de gobierno municipal

El niño en la mente de los adultos

Si la ciudad quiere adoptar al niño como parámetro, si quiere aceptar este desafío revolucionario, sus administradores deben ponerse en la actitud de quien no sabe y desea entrar en el mundo desconocido de la infancia. Si falta esta actitud, la adhesión al proyecto es sólo aparente e instrumental.

En la experiencia de Fano cada año se realiza una reunión de la Comisión de gobierno municipal en la que participan el alcalde, los concejales y todo el equipo de gobierno. La reunión, organizada y coordinada por el Laboratorio, prevé momentos de estudio y de profundización de temas infantiles, y momentos de programación de las actividades para el año que se está iniciando. Se celebra en un convento fuera de la ciudad y dura toda la jornada. Se quiere evitar así la molestia del teléfono y asegurar un período suficiente de trabajo útil. Especialmente en los primeros años existía el temor de la reacción de los políticos y sobre todo del equipo municipal de gobierno, que habrían podido

considerar esta iniciativa como una pérdida de tiempo, pero esto no sucedió nunca y siempre ha surgido el deseo de repetir la reunión con más frecuencia.

Durante el año se convocarías veces al Laboratorio ya que éste participa en sesiones ordinarias del pleno municipal y en muchas ocasiones propone y obtiene la celebración de reuniones extraordinarias para afrontar y resolver problemas organizativos relacionadas con las diversas iniciativas que promueve, reuniones en las que participan todos los concejales y responsables de los servicios municipales interesados.

La necesidad de tantos contactos con la Administración, además de la colaboración constante con el concejal delegado por el Laboratorio, confirma la complejidad y dificultad del proyecto. La normativa y, más aún, la tradición administrativa, no son favorables a los niños. La actual tendencia de los adultos es la de proteger a los niños más que la de favorecer su autonomía; por ello hace falta mucha buena voluntad y un poco de creatividad para moverse entre leyes, circulares y reglamentos que, sin duda, no están pensados para ellos.

7. «El policía municipal, amigo de los niños»

En los dos últimos años la Dirección de Tráfico organizó un curso de actualización y formación para todos los policías municipales del Ayuntamiento de Fano. Impartido por el Laboratorio «La ciudad de los niños», se titula «El policía municipal, amigo de los niños». Durante los encuentros se analizó ante todo el papel que ejerce actualmente la policía municipal, en esencia orientado al control del tráfico y del estacionamiento de los coches. Al agente, que ve degradada su función, no le gusta que sus conciudadanos lo consideren con hostilidad. Se analizó, por tanto, la posibilidad de que el policía pudiese asumir un papel de garante, en una nueva óptica de mayor movilidad urbana, por parte de los peatones y de los ciclistas, empezando por los niños. La propuesta despertó interés y se están evaluando nuevas funciones y nuevas modalidades de presencia y de intervención. Por ejemplo, la iniciativa «Vamos solos a la escuela» sugiere que el policía ya no debe vigilar y controlar la entrada en las escuelas, liberado del asedio y del peligro de los coches de los padres que acompañan a sus hijos. Debería estar, en cambio, presente en el barrio, recorriendo las calles para estimular a los conductores a tomar en cuenta los derechos de movilidad de los niños, incluso castigándolos si no respetan la prioridad en los pasos de cebra o aparcan en las aceras reduciendo la autonomía de los peatones. Después del primer año de la iniciativa «Vamos solos a la escuela», en uno de los dos barrios comprometidos los ciudadanos han pedido que el policía del barrio intervenga para proteger la autonomía de los niños. La Administración ha recogido este requerimiento y actualmente se encuentra en

fase de experimentación.

En los próximos encuentros habrá que proseguir con la elaboración de esta nueva función y de las nuevas actitudes que podrán adoptar los policías municipales para favorecer la autonomía de los ciudadanos y participar así como protagonistas en la realización de la nueva ciudad que se está proyectando.

8. La multa de los niños

Los niños del Consejo y, a través de ellos, todos sus compañeros de escuela pueden utilizar la multa «moral», que requiere dimensiones reducidas. Los niños saben que deben «multar»; no para sancionar una infracción cualquiera del código de la calle, porque ésta es tarea de los policías municipales, sino sólo cuando el comportamiento del automovilista genera obstáculos que limitan la libertad y autonomía del peatón. En especial se utiliza en los casos en los que los coches son estacionados en las aceras, con lo que enfrentan a los niños con el inútil riesgo de bajar a la calzada. La «multa» fue realizada en colaboración con la Dirección de Tráfico y parece tener cierta eficacia. Los niños dicen que los adultos se avergüenzan cuando encuentran este reproche infantil en el parabrisas de su coche y no suelen reincidir en la infracción.

Más allá de la eficacia, me parece importante entregar a los niños «armas» civiles con las que manifiesten su desacuerdo y reivindiquen sus propios derechos. Creo que el uso de la multa vale más que muchas lecciones de educación sobre la calle y sus peligros.

Modelo de multa «moral» realizada en colaboración entre los niños del Consejo y la Dirección de Tráfico de Fano*



9. «Vamos solos a la escuela»

Una primera y pequeña experiencia de autonomía

El Laboratorio «Fano la ciudad de los niños» ha puesto en marcha en el año escolar 1994-1995 una experiencia llamada «Vamos solos a la escuela». Se trata de permitir que los niños de la escuela primaria vayan a la escuela y vuelvan a casa solos, andando. Es una pequeña experiencia con respecto al objetivo general de dar a los niños la posibilidad de salir solos de casa, pero es un modo de abrir una brecha en el proteccionismo exagerado de las familias y en la desconfianza social lamentablemente ya generalizada. Es una experiencia posible porque prevé un recorrido definido, siempre igual, por un tiempo limitado y con la participación simultánea de muchos niños de distintas edades.

Aun siendo Fano una ciudad pequeña se ha trabajado durante varios meses antes de poder encarar esta propuesta. El problema principal es la desconfianza que los padres tienen con respecto a sus iguales adultos y a sus niños. Para ayudar a superar su temor hacía falta limitar la invasión y la prepotencia de los

coches y remendar una red de acogida y de solidaridad social que hiciese posible esta experiencia, incluyendo a los distintos protagonistas de la vida del barrio.

Los niños

Pensamos que esta iniciativa puede acarrear varios efectos positivos: ofrecer a los niños una pequeña ocasión de autonomía afrontando por sí solos los problemas del recorrido y algunos riesgos que ellos pueden controlar fácilmente; sugerirles comportamientos de cooperación y solidaridad comenzando por tener presente a los compañeros más pequeños, minusválidos o aislados, para romper la rígida experiencia entre niños de la misma edad que la escuela propone. Sabíamos que podíamos contar con el interés y el entusiasmo de los niños, ya comprobado en el Consejo de los niños.

Los maestros

Se discutió largamente con directores y maestros, seguros de que la escuela podía hacer mucho para apoyar y valorar la iniciativa, aun cuando no interfiere en el terreno de su competencia ni compromete sus responsabilidades. La experiencia ofrece a los alumnos una posibilidad interesante de desarrollo y representa un giro significativo en el plano de la educación.

Es una propuesta sencilla y correcta de educación medioambiental, porque invita a los niños a conocer de manera directa el propio barrio, recorriéndolo cada día, en las distintas estaciones, hasta captar sus detalles, sus actividades, sus cambios, la gente que lo habita. Pequeñas experiencias personales que, llevadas a la escuela y sumadas, pueden constituir una base interesante para tareas de aprendizaje y de planificación.

Constituye además una experiencia concreta y seria de educación vial, partiendo también en este caso de las experiencias cotidianas individuales, para estudiar juntos los mejores trayectos y los comportamientos más adecuados, tanto de los niños como de los conductores.⁵⁸

Les pedimos a los maestros que valorasen la posibilidad de disminuir el peso de la mochila, estudiando modalidades diferentes para el estudio en clase y para los deberes en casa: dejando, por ejemplo, algunos libros en la escuela y otros en casa.

Los padres

Nos parece importante dar a los padres la posibilidad de descubrir la capacidad de autocontrol y de responsabilidad de sus propios hijos, por cierto mayor que la que ellos imaginan, y de recuperar para sí mismos una mayor autonomía, más tiempo, menos vínculos, liberándose de la obligación de acompañarlos cada día. Con ellos se produjo el enfrentamiento más difícil, con respecto a lo que consideraban un grave peligro para sus hijos. Se acordó, sin

embargo, que el peligro mayor está representado precisamente por sus coches, que, a esas horas, son responsables de la gran parte del tráfico alrededor de las escuelas. Razonamos juntos sobre la necesidad de que los niños encuentren formas de solidaridad (ir a recoger a otros compañeros, acompañarse) y una mayor autonomía. Que puedan experimentar las diferentes estaciones del año sin temer a la lluvia o a la nieve (siempre considerados hechos agradables en nuestra infancia). Por fin se dispuso, naturalmente sin poder hacerlo obligatorio, que se dejase a los niños ir a la escuela y volver a casa solos dentro de un área definida,⁵⁹ de modo que quien vivía lejos los acompañase hasta este límite y no hasta la escuela.

Muchos padres pedían que antes de iniciar la experiencia se realizasen algunas mejoras urbanísticas que volviesen más seguros los puntos críticos de los dos barrios, pero convinimos en que eso exigiría un tiempo demasiado largo para poner en marcha la experiencia y en que tendríamos más fuerza ante la Administración si le pidiésemos las mejoras con la experiencia iniciada, con los niños en las calles y después de haber registrado las exigencias y prioridades reales. Naturalmente, no todos se convencieron.

Los ancianos

Nos dirigimos a las asociaciones de ancianos no para pedirles que asumiesen un papel particular de vigilancia o de asistencia sino, como decíamos antes, para pedirles que «estuviesen», que saliesen en esas franjas horarias, que paseasen, que fuesen a leer el periódico en un banco, que fuesen a hacer la compra; en definitiva, que estuviesen alerta y que fuesen los abuelos de todos los niños.

Los comerciantes

Esta categoría tiene una característica que la vuelve apreciable para esta experiencia: el comerciante está en la calle y por tanto tiene a los niños a la vista; y, como está siempre allí, puede convertirse en un punto de referencia. Les pedimos a los tenderos de los dos barrios que participasen en el proyecto y los que se adhirieron (casi todos) expusieron en los escaparates una pegatina del Laboratorio. Los niños conocen el símbolo y saben que, donde aparece, pueden entrar y telefonar a casa sin pagar la llamada, beber, hacer pis, resolver un conflicto.

Este recurso fue utilizado muy poco, tal vez porque en realidad el trayecto no presentaba dificultades, quizá porque los niños querían demostrarnos su autonomía. Cuando tuvieron necesidad de él lo utilizaron con plena satisfacción suya y de los comerciantes.

Los adolescentes

Después tuvimos un encuentro con los estudiantes de los colegios

secundarios cercanos a las escuelas primarias. Los padres habían manifestado su temor por las motos de los estudiantes y por las eventuales molestias que estos podrían originar. Encontramos en cambio mucha atención y buena disposición para colaborar y favorecer esta pequeña pero importante experiencia de sus compañeros menores.

Cartel realizado por la Dirección de Tráfico de Fano para delimitar la zona donde se efectuaba la experiencia



Cartel realizado por la Dirección de Tráfico de Fano para delimitar zona donde se efectuaba la experiencia

La Dirección de Tráfico

La iniciativa se puso en marcha en colaboración con la Dirección de Tráfico, que utilizó carteles callejeros experimentales para advertir a los automovilistas que en esa zona los niños van a la escuela solos. La Dirección de Tráfico promovió también un curso de actualización para los policías municipales llamado «El policía municipal, amigo de los niños».

Los automovilistas

A través de la adecuada señalización vial se informó a los automovilistas de la

experiencia, ofreciéndoles una hermosa oportunidad de educación en el respeto de los derechos de los peatones.

El barrio

La iniciativa, además de ofrecer a los niños una ocasión de autonomía, quiere devolver al barrio la experiencia de los niños

en la calle. Una experiencia que no pretende provocar recuerdos románticos, sino preparar un futuro sostenible, con menos contaminación, menos ruido, con más seguridad y más gente por la calle.

Algunos datos

La iniciativa «Vamos solos a la escuela» fue precedida o se asoció a actividades de investigación que tenían por objeto recoger informaciones o valorar los primeros resultados de la experiencia. En Fano la investigación se comenzó a finales del primer año de la puesta en marcha de la iniciativa (1995), mientras que en Palermo y en Roma se hizo al principio.

Fano

Antes de finalizar el curso escolar, después de cuatro meses de puesta en marcha la iniciativa, se propuso un cuestionario a los alumnos y a los padres de las dos escuelas participantes para saber si había cambiado el modo de dirigirse a la escuela, si estaban satisfechos de la experiencia y qué dificultades y propuestas podían señalar. Respondieron 385 alumnos (entrevistados en la escuela) y 316 padres. Sus respuestas resultan sustancialmente homogéneas después de hacer una media entre ambas. Sólo daremos aquí elementos de evaluación de la actividad.

Antes de la iniciativa iban a la escuela acompañados en coche 68% de los alumnos, acompañados a pie por adultos 12% y solos a pie 20%. Naturalmente estos porcentajes varían según los diferentes niveles escolares: en quinto de primaria el 50% de los alumnos iban a la escuela solos.

Después de puesta en marcha la iniciativa sigue yendo a la escuela en coche sólo 20% de los alumnos, mientras que 76% va solo.

Naturalmente las condiciones climáticas inciden de manera notable en la autonomía de los niños y sólo 33% de ellos va a la escuela solo, incluso cuando llueve.

La gran mayoría de los entrevistados, 95% de los niños y 87% de los padres, hace una evaluación positiva de la experiencia. Las motivaciones predominantes de esta satisfacción son, en el siguiente orden: el aumento de autonomía, la

posibilidad de conocer la ciudad, el placer de encontrarse con los amigos (afirmación hecha sobre todo por los niños). Las motivaciones más citadas para justificar las respuestas negativas son: la peligrosidad, la incomodidad (afirmada por los niños), el peso de las mochilas. Las propuestas para mejorar la seguridad del trayecto casa-escuela más aducidas fueron: mayor vigilancia por parte de los policías, mayores garantías (separación de los coches) en los pasos peatonales y en los carriles de bicicletas. Estas propuestas de mayor defensa y separación son más frecuentes entre los padres, mientras que los niños están más interesados en un mayor respeto de sus derechos por parte de los adultos y en particular de los automovilistas.

Palermo

En Palermo se habían elegido dos barrios, uno de la periferia y otro del centro, para la puesta en marcha de la iniciativa que abarcó a 3.550 padres y 3.550 estudiantes de las escuelas primaria y secundaria. Los cuestionarios pretendían conocer las modalidades en que los niños hacen el trayecto casaescuela, la evaluación de la propuesta de ir solos y a pie y las eventuales dificultades y propuestas.

Los cuestionarios se distribuyeron en la escuela y se respondieron en casa, tanto por parte de los padres como por la de los alumnos, con un porcentaje de devolución de casi 50% (el bajo porcentaje depende tanto de la forma en que se distribuyó el cuestionario como de la ausencia de una sensibilización previa a la iniciativa).

En la escuela secundaria 40% de los estudiantes va acompañado, en coche; el porcentaje asciende 58% en los días de lluvia. Son acompañados a pie 16%.

37% va a la escuela solos y a pie; en autobús va 7% de los alumnos.

En la escuela primaria los porcentajes se modifican: al 44% los llevan en coche y 40% de los niños va a pie, acompañados por un adulto. Van a la escuela solos y a pie 16% de los estudiantes.

66% de los niños y 54% de los padres se declara favorables a la iniciativa y exponen como motivación predominante la necesidad de una mayor autonomía.

34% de los niños y 46% de los padres se declaran, en cambio, contrarios, exponiendo como motivaciones predominantes la peligrosidad del tráfico y los riesgos sociales, la distancia de la escuela y el peso de las mochilas.

Roma

En Roma el proyecto fue recogido por el Distrito V y se aplicó en algunos de

sus barrios con el nombre «El barrio de los niños». La investigación se realizó en dos barrios, en los cuales quería iniciarse la actividad «Vamos solos a la escuela».

Con respecto a las otras ciudades, la investigación en Roma fue realizada con un fuerte apoyo científico y utilizando un cuestionario complejo y articulado, por el sistema de entrevistas realizadas por un equipo de investigación.⁶⁰ Las entrevistas comprendieron una muestra experimental de 400 niños de los últimos cursos de la escuela primaria y de la escuela secundaria. Las preguntas del cuestionario se referían a diferentes temas, entre ellos la movilidad infantil para el trayecto casa-escuela. De los datos recogidos se desprende que 68% de los alumnos va a la escuela acompañado por adultos, en coche o a pie; 13% de los niños va siempre a la escuela solo y 18% sólo tuvo ocasionalmente la oportunidad de hacer el trayecto sin ir acompañado.

Los niños prefieren ir acompañados porque sus padres tienen miedo (67,2%) y en menor medida porque son pequeños (18,8%).

La mayoría de los niños que van acompañados se declara capaz de ir a la escuela solo (76,2%).

La mayor dificultad que los niños señalan con respecto a su experiencia de autonomía es su miedo a las «personas peligrosas», que identifican con los grupos marginales: vagabundos y mendigos, gitanos, drogadictos, ladrones, secuestradores. Menos inquietantes para ellos son los peligros derivados del tráfico y los consideran, en cambio, como un temor predominante en los adultos.

Conclusiones

Como demuestran los datos de Palermo y Roma, la mayoría de los niños desea una mayor autonomía, se considera capaz de afrontar la prueba de ir a la escuela sin la compañía de los adultos. Es interesante e inquietante la fuerte presencia de miedos ligados a los peligros sociales del ambiente, por cierto condicionados por las recomendaciones de los adultos y por las informaciones de los medios de comunicación, pero que en parte reflejan también la situación de deterioro de las zonas periféricas. Los niños están menos preocupados por los peligros del tráfico. Frente a esta situación parece aún más urgente la puesta en marcha de esta iniciativa, que ayudará a niños y a padres a construirse un panorama más sereno del barrio y a contribuir para que la peligrosidad que, de todos modos, existe se reduzca a niveles controlados y aceptables.

La experiencia de Fano, que desde marzo de 1995 sigue teniendo una sustancial respuesta positiva por parte de las familias y de los niños, demuestra que se pueden desterrar los miedos sólo con la experiencia. También en Fano los padres tenían miedo, tanto de los peligros del tráfico como de los sociales, pero una vez puesta en marcha la experiencia casi la totalidad de los adultos y los

niños se declaran satisfechos.

Los niños, en particular, reconocen que van a la escuela más a gusto y, según el testimonio de uno de los dos directores didácticos, cuando van solos a la escuela son más puntuales. Dos efectos que no parecen marginales.

Ha de subrayarse, de todos modos, la fragilidad de experiencias como ésta, que requieren cambios no desdeñables en los hábitos de las familias. El Ayuntamiento, que pide a los niños que vayan solos a la escuela, pide a los padres no sólo que tengan confianza en sus hijos sino también en el comportamiento de los demás adultos, automovilistas, transeúntes, comerciantes. Naturalmente, si un Ayuntamiento pide esto debe comprometerse a hacer todo lo que esté en sus manos para garantizar la mayor seguridad de los niños. Las familias cuentan con esta actitud favorable y piden medidas que aumenten la seguridad. Si estas medidas no se toman, sobre todo si se han prometido, la confianza en la Administración se viene abajo y los hijos vuelven a la escuela en coche.

Esto ha sucedido de algún modo en Fano, durante el segundo año, porque ha disminuido la participación en la experiencia justamente por los retrasos en la realización de las obras que solicitaban los ciudadanos y había prometido la Administración. De nuevo el problema de los tiempos, de nuevo la necesidad de considerar el proyecto como una transformación profunda, no sólo en las cosas aún por hacer sino también en la sensibilidad que se refleja en los trámites que las preceden.

10. Un carné de peatón, de ciclista y de motociclista

Una propuesta de educación vial

Los Ayuntamientos tienen competencias sobre la educación vial y destinan fondos a la adquisición de materiales como folletos, circulares, vídeos. Materiales que permiten a los maestros dar sus clases habituales con algunas imágenes más, pero sigue sin cambiar el objetivo de este esfuerzo económico y organizativo: que los alumnos conozcan lo más tempranamente posible las señales y los principales artículos del Código de circulación. Para hacer más creíble y más eficaz esta operación se invita, cada vez con mayor frecuencia, a los policías municipales a las clases, de modo que sean ellos quienes enseñen el Código y las señales, aun cuando no tengan ninguna experiencia didáctica con niños. Estas actividades están destinadas a un profundo fracaso por varias razones: ante todo no me parece nada razonable enseñar a niños de ocho o diez años, que tardarán aún varios años en conducir un coche, las señales de tráfico y

el Código de circulación, porque no es cierto que el aumento de información y de conocimientos asegure el cambio de los comportamientos (los jóvenes, por ejemplo, siguen fumando aunque conocen todas las estadísticas del riesgo que están corriendo). En la escuela, por tanto, se estudia cómo deberíamos comportarnos en la calle, mientras que en la calle los adultos se comportan como si nunca hubiesen ido a la escuela, y los niños siguen moviéndose dentro de coches que conducen estos adultos analfabetos.

De ahí la propuesta del Laboratorio de una verdadera experiencia de educación vial, vivida por los niños en las calles de la ciudad y ligada a satisfacer, aunque sea parcialmente, su exigencia de autonomía: «Vamos solos a la escuela».

Como apoyo a la experiencia se propone la organización de cursos para el carné de «peatones» en la escuela primaria, «ciclistas» en el primer ciclo de la escuela secundaria y «motociclistas» en el ciclo superior de la escuela secundaria. La idea es simplemente reforzar la atención y el compromiso de los niños y de los jóvenes y comprometer cada vez más a la ciudad en esta operación destinada a sanear los comportamientos y los hábitos.

El carné de peatón

En la escuela primaria se podrían impulsar cursos para el carné de peatones que prevean el estudio sobre el terreno de los trayectos de casa a la escuela; el análisis de las mejores soluciones en relación con el tiempo y la seguridad; la observación del comportamiento de los automovilistas en asuntos como la velocidad, el respeto de los pasos peatonales, el estacionamiento en las aceras; la identificación de los puntos de mayor riesgo. Después de estas inspecciones, que podrán realizar los niños también por la tarde, deberán elaborarse estrategias de propuesta y, si es necesario, de protesta, a través del uso de las «multas» morales⁶¹ y la solicitud al Ayuntamiento de medidas punitivas o estructurales como cambios de cruces, instalación de semáforos con alarma, etcétera.

Se puede profundizar el conocimiento de los elementos que intervienen en la acción de caminar, la mejor posición, las características del calzado. Se observará la climatología de las distintas estaciones y las mejores modalidades para protegerse de la lluvia, del calor, de la nieve, para poder moverse con libertad.

Los niños pueden turnarse en el papel de «policía municipal» para comprobar el comportamiento de sus compañeros y de los adultos fuera de la escuela, tomando nota de los comportamientos que consideren incorrectos. De estos se hablará en clase y, en caso de situaciones graves en relación con los automovilistas, podrá también decidirse presentar informes al jefe de la policía municipal. Naturalmente el objetivo no es promover una especie de líder de

clase, sino ofrecer un punto de vista diferente que permita a los niños exponer su exigencia de autonomía junto al respeto a las normas. El turnarse sistemáticamente, y no por cuestiones de mérito, en este juego de rol será pues imprescindible.

A final del curso se podría hacer una gran fiesta, una carrera de obstáculos en la plaza del barrio y que el concejal de tráfico entregue los carnés de peatones con foto, sellos y matasellos. Después será importante que la Administración organice actividades para los pequeños «graduados», por ejemplo paseos el sábado o el domingo para visitar localidades interesantes desde un punto de vista natural o artístico y compartir una merienda. Durante las vacaciones se podrán organizar también viajes largos a pie por trayectos interesantes, según las modalidades del excursionismo.

El carné de ciclista

En la ciudad donde el uso de la bicicleta es posible se podría abrir en todas las escuelas secundarias un «laboratorio de la bicicleta» (esta propuesta en algunas situaciones ambientales favorables podría interesar también a los últimos cursos de la escuela primaria). Un lugar donde se pueda desmontar, limpiar, ajustar, conocerla bien. Es importante que la escuela estimule en los alumnos la pasión por la bicicleta, porque nuestras ciudades necesitan formar ciudadanos que elijan dejar en casa el coche y se muevan sin ruido y sin ocupar mucho sitio, sin con sumir inútilmente recursos no renovables como el carburante, sin contaminar el aire y dañar las obras de arte. Por otra parte, el curso para los carnés de ciclistas debería desarrollarse como el de peatones, con el estudio del territorio, de los trayectos, exigiendo mayor atención por parte de la Administración, como varias veces se ha indicado en las otras partes del libro. Después de la fiesta de la entrega de los carnés, la Concejalía de tráfico y la Concejalía de deportes podrán organizar para los «graduados» paseos, carreras de regularidad, visitas a localidades interesantes de los alrededores y, en las vacaciones, viajes largos en bicicleta por etapas.

El carné de motociclista

La motocicleta es, por cierto, uno de los mitos de nuestros adolescentes, con frecuencia es el motivo de grandes discusiones con los padres, es la causa de dificultades no irrelevantes en la circulación urbana, es responsable de un fuerte aumento de la contaminación acústica y es, lamentablemente, la causa de muchos, de demasiados, traumatismos craneales que cada día matan o dejan

paralizados a jóvenes y adolescentes. De esto no tiene la culpa únicamente la prepotencia de los automovilistas, sino muchas veces los accidentes son una consecuencia de los malos hábitos de los jóvenes motociclistas. Además de conducir de manera arriesgada, acostumbran a utilizar este vehículo tan frágil para montarse dos, o circulan sin casco. Las autoridades encargadas de tutelar el tráfico toleran, de modo incomprensible y culpable, estos hábitos indeseables y peligrosos. Sin embargo, si la motocicleta se usase de manera correcta habría notables beneficios para la ciudad, dado que el espacio que ocupa es cinco o seis veces inferior al que requiere un automóvil.

Proponemos la apertura de un laboratorio de la moto en todas las escuelas secundarias y en todos los centros donde se impartiera enseñanza superior. Sería un lugar donde finalmente se encontrarían a sus anchas los estudiantes que tienen más problemas en griego y en álgebra, pero también podría haber un taller tecnológico o el laboratorio de física, química, etcétera. Debería estudiarse la viabilidad de la ciudad, proponer soluciones satisfactorias para trayectos seguros y la construcción de aparcamientos adecuados. Deberían estudiarse los riesgos y los peligros para llegar juntos al reconocimiento de la necesidad de una conducción correcta, del uso del casco, y a la imposibilidad de viajar dos en una moto pequeña. Y después se otorgaría el carné y se pasaría a las sucesivas iniciativas sociales que podrán convertirse en lugares de encuentro que permitan reforzar los comportamientos correctos en la calle.

Sería importante que los jóvenes comprendiesen que cuando van en moto deben respetar los derechos de los más débiles, por tanto de los ciclistas y de los peatones, así como se pide que los automovilistas lo hagan con ellos.

Esta ficha fue redactada en gran parte en modo potencial, porque la propuesta está aún en estudio en las escuelas y se espera su decisión para empezar a concretarla con la participación, junto al Laboratorio, de las Concejalías de tráfico, deportes, educación y de las asociaciones deportivas y ecologistas.

11. «Mi ciudad y yo»

Una propuesta de educación medioambiental

En 1993, el Laboratorio de Fano «La ciudad de los niños» lanzó a todas las escuelas italianas la propuesta de dedicar su atención al vínculo cada vez más difícil entre el niño y la ciudad, con el proyecto «Mi ciudad y yo».

El plan, que abarca varios años, invita cada año a los estudiantes italianos de cualquier nivel a analizar un aspecto de su ciudad y, con este análisis, a encontrarse en Fano para conocerse y cotejar la tarea desarrollada. Se prevé para el año 2000 un gran congreso internacional en el cual, coordinados los aspectos

que se estudiaron a través de varios años, se someta a debate la ciudad según las ópticas, las expectativas y las propuestas de los niños y de los jóvenes.

Pensamos que esta iniciativa representa un buen programa de educación medioambiental, sobre todo por su propuesta de conocimiento del territorio, de proyección y de perspectiva de futuro. Por otra parte, por ser la ciudad el lugar de mayor deterioro, exige tomar medidas urgentes para detenerlo. Es en ella donde se realizan los mayores atentados al medio ambiente; es desde ella donde se puede iniciar un «renacimiento» medio ambiental. Por ello el Ministerio de Medio Ambiente ha reconocido al Laboratorio de Fano como Laboratorio territorial de educación medioambiental, y el Ministerio de Instrucción Pública, desde el primer año, ha hecho suyo y ha divulgado en las escuelas con una circular el proyecto «Mi ciudad y yo».

En éste y en casos similares hay un valor más que debe tenerse en cuenta: los niños proyectan espacios reales de la ciudad, los proponen a los adultos y estos deberán considerarlos cada vez más, modificando los tradicionales parámetros de proyección de la ciudad basados sólo en criterios económicos y, en todo caso, con interés y relevancia sólo para los adultos. Estas propuestas se convierten también, por tanto, a través de los niños en eficaces iniciativas de sensibilización medioambiental para los adultos.

Los temas

El tema propuesto en el curso escolar 1993-1994 era «Las plazas y los monumentos». Se invitaba a los alumnos a responder a las preguntas: «¿Para qué sirve una plaza?»; «¿Cómo debería hacerse, equiparse, una plaza?»; «¿Dónde se podría construir una plaza como la deseada?»; «¿Qué significa un monumento?»; «¿A quién se lo harías y cómo?»

El tema del curso 1994-1995 era «Recuperemos el verde». La propuesta era localizar los terrenos y parcelas donde crece vegetación espontánea, sobre todo en los barrios periféricos, que no se sabe a quién pertenecen y que suelen convertirse en pequeños vertederos incontrolados, para recuperar su uso público a través de una planificación adecuada.

El tema del curso 1995-1996 era «Las calles y los coches: vamos solos a la escuela», para estudiar las dificultades de la movilidad urbana de los ciudadanos más débiles y las posibles soluciones para aumentar su autonomía y contrarrestar el excesivo poder de los automóviles. «La basura» es el tema de trabajo para el año 1996-1997 y temas de los años venideros podrán ser: «La escuela que queremos» y «¿Dónde jugar?»

El método

Las escuelas interesadas en el proyecto envían una ficha de adhesión al Laboratorio de Fano. Éste responde a las clases con un documento metodológico, preparado especialmente cada año, que sugiere algunas actividades sobre el tema propuesto.

Se sostiene que las escuelas deben desarrollar el tema, con plena libertad en las formas y lenguajes expresivos. Se propone iniciar el trabajo con experiencias concretas, reales: la individualización de un espacio del barrio,

o bien la identificación de un problema que ha de superarse. Este es el punto de partida para recoger informaciones, conocer la propiedad del área, formular hipótesis de transformación. En la elaboración de un proyecto se sugiere utilizar el asesoramiento y la colaboración de técnicos de fuera de la escuela que ayuden a los alumnos a tener en cuenta las normas, las características de los materiales, las soluciones posibles. Podrán ser los técnicos del Ayuntamiento o arquitectos, urbanistas, naturalistas, etcétera.

Será importante, tanto por los aspectos educativos como por la mayor factibilidad de la obra, que la clase estudie también los materiales y los costes que exige, que valore qué contribución operativa pueden dar los alumnos mismos, los padres, los abuelos, tanto para la realización como para el mantenimiento. El trabajo terminará con la preparación de un proyecto y, si es posible, con una maqueta que se presentará a los concejales competentes.⁶²

La semana de Fano

Cada año, durante el mes de abril, se celebra en Fano la semana de clausura de proyecto «Mi ciudad y yo», dedicada a los niños, durante la cual las clases y los grupos (si se trata de asociaciones) que han participado envían o llevan personalmente sus proyectos.

El momento culminante de esta semana es una gran exposición de los proyectos y maquetas realizados por niños de las distintas ciudades sobre el tema propuesto para ese año. Una segunda muestra es la de los mejores carteles que los niños de Fano han redactado para el concurso del cartel del año.⁶³ A éstas se añaden otras muestras organizadas por el Laboratorio, por asociaciones nacionales o locales o por los ancianos de la ciudad. En los seis años de actividad se han presentado en Fano, entre otras, la muestra de las escuelas infantiles de Reggio Emilia «Los cien lenguajes de los niños» y la muestra organizada por Mario Lodi sobre el dibujo infantil.

Cada día de la semana se ofrecen espectáculos de diversos grupos teatrales de niños o para niños, locales o de otras ciudades, por la mañana en las escuelas

y por la tarde en las plazas, plazuelas y teatros de la ciudad.

Durante la semana se celebran también algunos encuentros o congresos. Uno, tal vez el más representativo, es el de Los niños proyectistas, durante el cual los autores comentan a los compañeros de las diferentes ciudades y a los adultos el trabajo que han expuesto en la muestra. Coordinan y dirigen este encuentro los niños del Consejo de Fano con un respeto de los tiempos previstos que siempre sorprende a los adultos. De todos modos se está pensando en modificar en el futuro esta presentación, que corre el riesgo de imitar demasiado los congresos de los adultos y de despertar poco interés entre los niños que asisten, especialmente de los que aún deben intervenir. También se piensa exponer los proyectos en un espacio mucho mayor y en invitar a los grupos para que expliquen su trabajo en diversos momentos del día.

Otro congreso que se organiza es el de los administradores sobre el tema del año y sus implicaciones educativas y urbanísticas. La cita con los administradores es una cita importante que permite un intercambio de experiencias entre las ciudades interesadas y ya comprometidas en este proyecto. En los últimos años, al encuentro de abril se ha sumado otro de profundización, que se celebra en diciembre.

También se han realizado encuentros con los maestros sobre temas más próximos a la metodología de la propuesta (desde la educación medioambiental a la colaboración con técnicos que no pertenecen a la escuela) y con los arquitectos sobre los distintos aspectos de la arquitectura compartida con los niños.

Durante una semana, muchos espacios importantes y prestigiosos de la ciudad se «dejan» para los niños, para sus encuentros, sus espectáculos, sus muestras. Las tiendas exponen sus carteles, la radio y la prensa local se ocupan de ellos. Durante una semana la ciudad se vuelve un poco más ciudad de niños.

Los domingos la ciudad es cerrada a la circulación de vehículos⁶⁴ y se deja a disposición de los niños como «una ciudad para jugar». Cada año se deja a los niños usar los diversos espacios urbanos como lugares de juego: las plazuelas y los callejones del centro histórico como sorprendentes escenarios para los espectáculos teatrales; la arena como material para las diferentes actividades lúdicas: para hacer volcanes, castillos, rampas, para jugar a los bolos. Los guijarros de la playa pedregosa se emplean como materiales para composiciones originales o pinturas, o para iniciar la búsqueda del guijarro más redondo; las murallas y los bastiones de la ciudad se convierten también en enormes juguetes. En los últimos años, desde que los niños consiguieron el cierre de la ciudad a la circulación de coches, la calle se ha convertido en un lugar ideal para los juegos, y simboliza el deseo de todos los ciudadanos, comenzando por los niños, de reapropiar se de la ciudad.

Algunos datos

La participación en la semana ha sido variable, muy condicionada por el momento en el que la circular ministerial llegó a las escuelas y por la coincidencia de la semana de abril con las elecciones generales o municipales que en Italia lamentablemente han sido una constante en los últimos tres años. No obstante estas dificultades, unas cincuenta escuelas (como media) han enviado proyectos a Fano y varias administraciones municipales a sus representantes. Estaban siempre representadas más de diez regiones italianas y algunas delegaciones extranjeras.

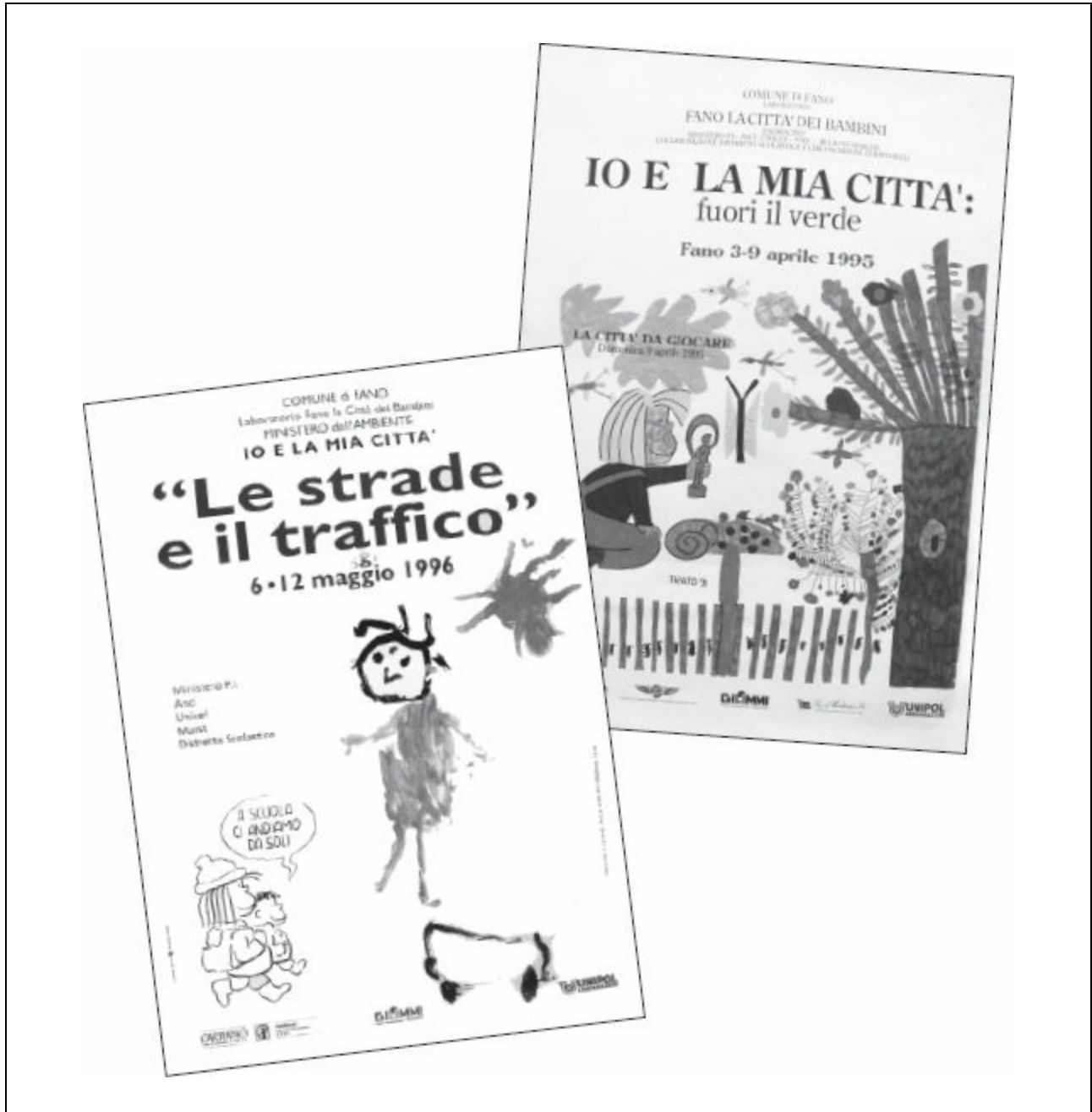
Ha aumentado constantemente el número de las maquetas enviadas a Fano frente a los carteles tradicionales, que constituían el material predominante de los primeros años. Esto significa que las escuelas están aceptando las indicaciones de trabajo que propone la circular ministerial y el documento metodológico que enviara el Laboratorio de Fano: intervención operativa en el territorio, colaboración con técnicos de fuera de la escuela, uso de nuevas tecnologías como, precisamente, la realización de maquetas.

La alta participación de proyectos, niños, maestros y administradores, a pesar de que los gastos corrieron por cuenta de los participantes y de las dificultades «políticas» mencionadas de los últimos años, demuestra el reconocimiento de la importancia no sólo de la propuesta metodológica, sino también de la ocasión de encuentro real de niños y de adultos tanto en torno a los trabajos expuestos como para «jugar» juntos en la ciudad.

12. «Mi ciudad y yo»: el cartel

Desde hace tres años, el cartel de la iniciativa nacional «Mi ciudad y yo» nace de un concurso realizado entre los niños y los jóvenes de las escuelas de Fano. El Laboratorio distribuye en las escuelas una base en blanco de 100x70 cm, sólo con el símbolo gráfico de la campaña y los títulos. Los niños pintan con toda libertad el cartel, para representar el tema del año, escogiendo la técnica que prefieren, trabajando en la escuela o en casa, individualmente o en grupo. Todos los carteles presentados, siempre más de cien, se someten a una comisión, formada por los profesores del Instituto de arte y del Liceo pedagógico, un artista gráfico y el director científico del Laboratorio, que selecciona aquellos que se expondrán en una muestra durante la semana de abril y elige el que le parece más apto para representar el tema del año. Éste se imprime y se convierte en el símbolo del proyecto: es el premio para el pequeño autor. Todos los carteles no utilizados para la muestra se exponen en los escaparates de las tiendas.

Carteles elegidos como símbolo de las campañas de 1995 y 1996. Michela, de 3 años, de la guardería Arco Iris, de Fano, realizó el de 1996



13. Una jornada sin coches

Como se recordó en la ficha «El consejo municipal, abierto a los niños», durante la reunión extraordinaria de 1993 estos habían pedido que los coches fuesen menos invasores, que quitasen menos espacio al juego de los niños, y el concejal de tráfico, en un arranque de generosidad, prometió que cerraría

durante un día entero toda la ciudad a los coches. Las dificultades surgieron después, porque no se trataba de cerrar una calle o una plaza sino una ciudad cruzada por calles importantes y de mucho tráfico como la Adriática y la Flaminia. Pero la promesa estaba hecha y el Laboratorio fue firme al pedir que se cumpliera. La promesa se mantuvo, se pidió autorización al Gobierno civil, se previeron y establecieron las desviaciones necesarias y se entregaron las calles a los niños para jugar.

En la reunión extraordinaria del pleno municipal de Fano de 1994, los niños pidieron aumentar los días de cierre de las calles a los coches. El concejal de Tráfico no hizo esta vez promesas arriesgadas, pero no pudo tampoco volverse atrás con respecto al compromiso del año anterior y así la jornada de cierre se confirmó en los últimos tres años y constituye ya una hermosa costumbre.

Desde entonces, el domingo en el que se cierra la campaña «Mi ciudad y yo»,⁶⁵ los niños, y también los adultos, vuelven a apropiarse de las calles que, de lugares prohibidos y peligrosos, se convierten en espacios privilegiados para el juego. Es inusual, pero pleno de significado, observar a niños y adultos caminar en fila por la línea divisoria de carriles, hacia el descubrimiento de una libertad nueva. La calle se convierte en el lugar de los distintos juegos tradicionales, del teatro, del desfile en zancos. Grupos de animadores y de chicas estudiantes del Liceo pedagógico ayudan a los niños a «descubrir» viejos juegos de calle o proponen nuevas actividades. La calle se convierte en una gran pizarra, larga como una ciudad, donde se dibujan trayectos y espacios de juego o imágenes como las que dibujan con tizas en el pavimento algunos artistas ambulantes.

Los automovilistas que tienen la «suerte» de conducir este día en Fano, cuando encuentran la calle cerrada y se ven obligados a buscar un desvío, por cierto poco grato, se enfrentan con un cartel que dice:

«Hoy las calles de Fano están cerradas a los coches porque se han entregado a los niños para que jueguen».

Nuestra esperanza es que estos automovilistas, junto con el legítimo fastidio por la prolongación del viaje, puedan llevar consigo, como estímulos a la reflexión, pensamientos de este tipo: «Pero qué rara esta gente de Fano, jugar en la calle... aunque yo cuando era pequeño... y ¿por qué no también mi hijo?...».

Cerrar las calles por un día es sin duda sólo un símbolo, una señal, pero también las señales son importantes porque ayudan a creer en cosas nuevas. Son pequeñas caricias que ayudan a esperar. Ayudan a los niños a crecer con estos deseos, ayudan a los adultos a romper los hábitos que a menudo se confunden con necesidades.

14. Un sello de calidad para niños en hoteles y restaurantes

Restaurantes y hoteles también a la medida de los niños

El proyecto, como se ha recordado varias veces, abarca a la ciudad entera, a todos sus aspectos, a todas sus estructuras, que se someten a una revisión crítica a partir de las exigencias de los niños.

Fano es una ciudad turística de playa que frecuentan especialmente las familias. Por ello la Agencia de promoción turística se interesó desde el principio por el surgimiento del Laboratorio, lo apoyó y manifestó buena disposición frente a la idea de proponer a los propietarios de restaurantes, hoteles y campings una serie de sugerencias para hacer más adecuadas sus instalaciones a los niños. Después de varios encuentros con el alcalde, concejales de las áreas correspondientes, Agencia de promoción turística y propietarios, la propuesta tomó forma en las reuniones del Consejo de los niños.

Las propuestas de los niños

Las propuestas que siguen surgieron directamente y sin intervención de los adultos en una sesión del Consejo de los niños del Laboratorio de Fano, después de que los consejeros recogieran las ideas en las escuelas respectivas.

Para que un restaurante sea adecuado a los niños

LUCIA: cristales móviles que en verano se quitan y en invierno vuelven a ponerse, con autoservicio para que los niños puedan servirse solos.

BEATRICE: De 90 niños, 30 niños querían buenos alimentos que fueran de su agrado; 14, parque y sala de juegos; 13, jardín; 12, mesas bajas y anchas; 10, prohibición de fumar; 6, un servicio rápido, personal amable y baños limpios.

M. VITTORIA:: Cerca del restaurante una salita para los niños, así no tienen que quedarse a la mesa esperando a los mayores y aburriéndose; vestirse de manera informal; pinturas murales.

MASSIMO: Preparar el menú y cocinar; decidir la cantidad de alimentos que se quiere. NICOLA: Comedor sólo para los niños con bancos fijos a la pared y al suelo para evitar caídas.

FRANCESCA: Platos de plástico duro y lavable con personajes de los dibujos animados.

CHIARA: Sala para los fumadores porque a los niños el tabaco nos molesta y nos hace daño; después de comer, dulces gratis y toda una sala para poder jugar.

DENNIS: Camareros amables e ingeniosos, gimnasio con canchas pequeñas de fútbol.

Para que un hotel sea adecuado a los niños

LUCIA: Estructura en forma de juguete con muchos juguetes dentro.

ELENA : Querría más control en el jardín, salas de televisión, juegos gratis, autoservicio, minibiblioteca. Canguro para los padres que quieran salir y no saben dónde dejar a los niños.

GIORGIA: Querriamos parques con juegos, un columpio y otros, piscinas y salas de juegos, y también papel para poder dibujar.

BEATRICE: Televisor en la habitación con dibujos animados para los niños, con muebles no inflamables y adornos irrompibles.

M. VITTORIA: Habitaciones grandes y coloridas y con juguetes no peligrosos y con las cosas un poco desordenadas. Camas resistentes donde también se pueda saltar. Precios más bajos que los actuales porque si no, no volveremos a ir. Club para los niños con pasatiempos como bailar e ir a la playa.

MASSIMO: Horarios no rígidos. Elegir actividades silenciosas en vez de ir a dormir, como leer, dibujar, disfrazarse, pintarse, preparar el menú y cocinar. Llaves de uso personal. Picaportes y pomos, duchas, interruptores, espejos, a la altura del niño. Sala de cine, ordenadores creativos con imágenes tridimensionales, poder hacer música con instrumentos, momentos de lectura en voz alta.

NICOLA: Espacio de juego con mesas y sillas sin aristas, gran pantalla de televisión, ordenador, paredes lavables, con pinceles para pintar. Camas con protección para eventuales caídas, consolas con juegos y paredes con aislamiento acústico (para gritar). Baños «aseados». Jardín con juegos, casetas y un espacio para los más pequeños. Alfombras, ascensores para minusválidos.

MARGHERITA: Podría haber un minicine donde pasasen cada dos horas dibujos animados y una sala con cómics.

FRANCESCA: Guardarropa de vestidos para fiestas, paseos guiados para los niños a pie y con autobuses o trenes especiales. Maqueta con los monumentos más bonitos de la ciudad.

MANILA: Instalaciones adecuadas para los animales de los clientes.

DENNIS: Jardín con personas que piensen en nosotros.

GIACOMO: Hotel de lujo con un bosque detrás y un pequeño zoo, un bar pequeño, parque de juegos.

Propuestas del Laboratorio

A partir de las propuestas de los niños, que evidencian las principales modificaciones que pueden transformar estos servicios en lugares agradables también para ellos, el Laboratorio ha formulado a los empresarios turísticos y a la oficina de promoción turística de Fano una serie de propuestas para que se puedan debatir y enriquecer entre todos.⁶⁶ Si se consigue establecer una lista de las condiciones que debe reunir un restaurante y un hotel para adaptarse a lo que quieren los niños, se podrá proponer un Sello de Calidad para Niños del que se beneficiarían los establecimientos que fuesen merecedores. Podrá asignar el sello una comisión compuesta por representantes de la oficina de promoción turística, del Laboratorio y de los niños del Consejo. Si la iniciativa prospera experimentalmente en Fano se podrá después evaluar si se traslada a nivel regional o a un nivel más amplio.

La demanda que surge con más claridad de las propuestas de los niños es la de mayor autonomía: en el uso de los servicios, en el ocio y con respecto a los adultos.

Restaurante

Los niños conocen mejor el restaurante que el hotel y por ello las propuestas resultan más completas y satisfactorias.

Un comedor separado o un rincón autónomo en el comedor común con mesas bajas, de medida

adecuada a los niños y anchas (tal vez para comer varios juntos). Naturalmente en esta sala de niños o en su sector estará prohibido fumar.⁶⁷

Autoservicio para que puedan servirse solos, decidiendo la calidad y cantidad de los alimentos. Podría pensarse en una mesa de presentación de los alimentos, como en un buffet libre, de modo que los niños puedan ver, escoger y servirse.

Alimentos aptos para los niños, pero buenos, preparados de la manera más grata para ellos. Los niños, por ejemplo, suelen rechazar el filete de carne o el bistec, pero agradecen las albóndigas o las hamburguesas. Semejante modo de presentar los alimentos podría mejorar la calidad, excluyendo bebidas y platos poco adecuados: de las bebidas gaseosas a las comidas demasiado picantes.

Podría establecerse un precio fijo, para que ni los niños ni los padres tuviesen que preocuparse de este aspecto.

Personal amable y divertido. Esto significa que querrían que alguno de los empleados sepa estar con ellos: personal alegre, capaz de bromear, tolerante.

Un lugar de entretenimiento donde esperar a los mayores que siguen charlando, sin aburrirse. El local podrá ser al aire libre en verano y cubierto en invierno.

Poder vestirse de manera informal. Decoración alegre y agradable, para que los niños se sientan a gusto. Podrían usarse dibujos y esculturas de los niños, proporcionadas por los directores de las escuelas infantiles, a cambio de materiales didácticos.

Servicios higiénicos, perchas, picaportes, etcétera, a la medida de los niños.

Hotel

Sala de televisión reservada, con cintas de vídeo que gusten a los niños. Nos parece importante que el televisor no esté conectado con las cadenas televisivas, sino que funcione sólo con cintas de vídeo. Se evitarían así espectáculos no aptos o simplemente poco estéticos y la embestida de los anuncios publicitarios. Los pequeños usuarios podrán así elegir autónomamente. El televisor podrá estar disponible sólo unas horas para evitar un exceso de pasividad televisiva.

Sala de juegos y biblioteca. Un rincón de la sala puede albergar una pequeña biblioteca. Los libros deberán ser preferiblemente de literatura infantil (de los libros de imágenes para los más pequeños a las primeras novelas); conviene que los niños puedan leer solos o que les lean los adultos. Los libros podrán consultarse o tomarse en préstamo, con el mínimo de formalidad posible (por ejemplo, rellenando una simple ficha). La sala de juegos y la biblioteca pueden compartir el espacio de la televisión, aprovechando horarios diferentes o distintos sitios de la misma sala.

Horarios no rígidos. El hotel, que para los adultos es el lugar de la libertad, suele no modificar, en cambio, los hábitos de los niños o los vuelve aún más rígidos: por ejemplo, la obligación de la siesta. La posibilidad de usar espacios propios podría hacer que los horarios y los hábitos de los niños sean más libres.

Con respecto a las habitaciones se propone tomar en cuenta las características y las necesidades de los niños: picaportes, interruptores, duchas, espejos a la altura del niño; lámpara cerca de la cama; camas resistentes para poder incluso saltar.

El hotel debería cuidar su decoración interior de tal modo que los niños se sientan aceptados, previstos, casi como en su casa. Junto con los cuadros, los elementos decorativos elegidos pensando en el público adulto, ha de pensarse también en adornos próximos al mundo de los niños (como ya se ha dicho a propósito del restaurante).

Prever un servicio de canguros para que los padres tengan la libertad de salir por la noche. Un servicio de asistencia a los niños podría organizarse también colectivamente, usando los espacios comunes.

Podrán pensarse y organizarse, en colaboración con el Laboratorio, animaciones y espectáculos itinerantes entre los distintos hoteles (títeres, teatro, visitas guiadas a la ciudad, etcétera).

Trabajando en colaboración las concejalías de turismo y de educación, la oficina de promoción turística, los gerentes de los hoteles y el Laboratorio, se debería organizar junto al mar algunas áreas de juego y actividades para los niños, como alternativa y apoyo a las actividades de la playa.⁶⁸

15. Una playa para los niños

Muchas veces el niño se aburre en la playa. Querría meterse a cada momento en el agua, pero los adultos no se lo permiten. Se cansa de la arena, se cansa del sol, no sabe qué hacer. Pide sugerencias y ayuda a los padres, que sólo parecen interesados, en cambio, en tomar todo el sol posible o en seguir la charla o los juegos con los adultos bajo la sombrilla.

Sería importante que los establecimientos de la playa dedicasen atención a las necesidades de los niños; respetarían así el derecho al juego y a la diversión de los pequeños y aumentarían el bienestar de los mayores.

Desde hace algunos años el Laboratorio de Fano está presentando a los propietarios, a la oficina de promoción turística y a la Concejalía de turismo una serie de propuestas que pretenden hacer de la playa un lugar adecuado para los niños. Los servicios siguientes deberían preverse como obligatorios en los contratos de concesión de las playas. Su número se establecería en relación con las casetas o con los bañistas.

- Caseta de bebés. Debería ponerse a disposición de las familias casetas para bebés, dotadas de bañera, pañales, lo necesario para calentar el biberón y frigorífico.
- Caseta de juegos. Casetas donde haya cómics, libros, materiales de dibujo y juguetes, para dar en préstamo a los niños en la playa. La dotación de estas casetas podría estudiarse en colaboración con la Concejalía de política educativa.
- Casetas y baños para minusválidos. Casetas y baños con puertas de grandes dimensiones y asideros para facilitar el movimiento de las personas en silla de ruedas, para hacer agradable cambiarse y usar los servicios.
- Bajada al mar en silla. Al menos en cada playa debería construirse una rampa que permita la bajada al mar de los minusválidos con una silla adecuada y con la necesaria asistencia.
- Zonas equipadas para niños. Además de estos servicios mencionados, que deberán estar gestionados directamente por los titulares de las concesiones en la playa, hemos propuesto dotar a cada tramo de playa de sectores equipados para niños. Se trataría de zonas controladas por animadores, donde los niños que no quisieran tomar el sol o estar todo el tiempo en la arena o con los adultos pudiesen andar libremente y hacer las actividades que deseen. La zona podrá incluir un sector de biblioteca, un espacio de juegos, actividades creativas de pintura y moldeado, espacios libres para pequeños espectáculos teatrales y de títeres que se podrán ofrecer

periódicamente. También podrían incluirse talleres de artesanía típica de la ciudad. En el caso de Fano pueden, por ejemplo, proponerse: trabajos con cartón piedra y máscaras dirigidos por los «maestros de carrozas» de la Sociedad carnavalesca local; tejido de redes bajo la guía de los viejos marineros; construcción de cestos de mimbre, de cerámicas típicas, etcétera.

Los niños han elaborado, para dos de estas áreas, proyectos que esperan la aprobación y la realización de la Oficina técnica del Ayuntamiento. Son proyectos creativos, que utilizan bien el espacio disponible adaptando su uso a las características ambientales.

16. El club CDN

Durante estos años la ciudad de Fano se ha enriquecido con un número creciente de niños y de jóvenes que, después de haber participado activamente en los proyectos de «La ciudad de los niños», han desarrollado una especial relación con la ciudad y han tomado conciencia de los derechos de los ciudadanos, sobre todo de los más pequeños. Es el caso de los que habían sido consejeros, arquitectos, y guías. Se trata de un centenar de jóvenes que están en la escuela secundaria y que corren el riesgo de perder el interés y el entusiasmo que habían adquirido. Consideramos que éste es un lujo que la ciudad no se puede permitir, porque estos jóvenes serán pronto padres y podrían ser sus futuros administradores. Si perdemos el contacto con ellos será fácil reencontrarlos como padres ansiosos y olvidados de las necesidades de los niños o como administradores desatentos.

A menudo estos jóvenes vuelven al Laboratorio para saber si estamos organizando algo para ellos o si pueden ayudar a hacer algo. Hemos pensado entonces en abrir un club CDN (Ciudad de los Niños) que tenga su organización y una sede autónoma propia, una de cuyas finalidades sea ofrecer al Laboratorio una colaboración y una ayuda voluntaria. Los partidarios del club podrían ser un «destacamento de apoyo» para nuestras batallas, que actúe dentro de los centros de enseñanza media y superior; nuestros refuerzos en la organización de la semana de abril y de los encuentros con los alcaldes; los aliados privilegiados de los niños más pequeños en las distintas experiencias de autonomía, desde ir a la escuela solos hasta el juego libre de la tarde.

El CDN podría también ocuparse de la venta de productos ligados a «La ciudad de los niños» (camisetas, cuadernos, carteles, pegatinas), para sostener las iniciativas y obtener un pequeño fondo que se pueda gestionar autónomamente. Tanto el hecho de disponer de una sede donde encontrarse

como tener suficiente autonomía para organizarse, coordinados por un adulto pero que no los controlara ni influyera en sus decisiones, me parece que son las condiciones necesarias para que jóvenes puedan continuar sintiéndose ciudadanos y protagonistas de nuestras ciudades.

Este proyecto está actualmente en estudio en el Laboratorio y en la Concejalía de políticas sociales.

17. La Casa Archilei

Una huerta restituida a la ciudad

La historia económica y cultural de Fano está ligada al puerto y a las huertas. Mientras que el puerto ha seguido teniendo cierta importancia y ahora está en fase de rehabilitación, las huertas, por su desafortunada situación a espaldas de la ciudad, se han convertido en apetecibles parcelas de terrenos edificables y están desapareciendo gradualmente. La Casa Archilei era precisamente una de estas huertas, de una hectárea, que había quedado inutilizada y rodeada por la urbanización. De propiedad municipal, el Plan Regulador la había destinado al área de edificios civiles. Podía llegar a ser, por tanto, una interesante fuente de ingresos para el ente local.

Cuando nació el Laboratorio «La ciudad de los niños», la Casa Archilei estaba asignada a algunas asociaciones de defensa de la naturaleza para que la utilizaran como sede de actividades didácticas mientras se negociaba su venta a alguna inmobiliaria como área edificable.

Las asociaciones y el Laboratorio presionaron a la Administración para que esta huerta se salvase de la urbanización y se la destinase a los niños y a la educación. Después de largas discusiones y varias batallas en el Consejo municipal, se obtuvo la recalificación del terreno como zona verde para uso público. Un resultado importante, en total contraste con la tendencia habitual: el ente local supo renunciar a un interés económico seguro para dar a la ciudad un recurso educativo. La opción indica también una línea de desarrollo que deberían adoptar todas las ciudades: todos los espacios olvidados por la salvaje urbanización de las últimas décadas deberían vincularse y destinarse a usos sociales como plazas y jardines, con oportunas revisiones de los planes reguladores generales.

Hoy la Casa Archilei es un centro de educación medioambiental y de defensa de la naturaleza a disposición de los niños. Se han reconstruido varios ecosistemas naturales, como el estanque, el prado, el bosque (con árboles plantados y cuidados por los niños), la vegetación de las diferentes zonas de la región y una parte del huerto destinada al cultivo. En la antigua casa del colono se han habilitado locales para el trabajo con los distintos cursos de la escuela,

para las actividades de los educadores y un pequeño museo campesino.

En la Casa Archilei trabajan como voluntarios integrantes de las asociaciones ecologistas y algunos jóvenes objetores de conciencia que cumplen el servicio social sustitutorio. El centro ofrece visitas guiadas y jornadas de trabajo científico y naturalista a las escuelas de los diversos niveles, de Fano y de la región de las Marcas. Lo frecuentan más de mil estudiantes por año.

18. Una tarde libre para los niños

Como ya se ha dicho varias veces, el objetivo práctico del proyecto «La ciudad de los niños» es que estos puedan salir solos de casa. La propuesta de ir a la escuela solos es un primer paso, el más controlable y más fácil para abrir una grieta en la dura corteza del miedo, de la desconfianza, que producen egoísmo y aislamiento.

Mientras seguimos insistiendo en que se generalice rápidamente la experiencia de ir a la escuela solos, hay que lanzar propuestas para el tiempo libre de los niños, para ampliarlo y hacerlo verdaderamente «libre». Un modo de experimentar en este importante frente puede ser el de ofrecer una tarde por semana a los niños, de modo que puedan utilizarla con total autonomía. Para que esto sea posible debe realizarse una especie de pacto social entre los adultos.

Si la tarde elegida fuese, por ejemplo, el miércoles, para esa ocasión las familias no deberán inscribir a sus hijos en ninguna actividad extraescolar, las escuelas no dar deberes, las parroquias no impartir cursos de catecismo. Naturalmente, también el Laboratorio habrá de abstenerse de cualquier actividad organizada, de animación o de juego, porque de otro modo volveríamos a transformar el tiempo «libre» en tiempo «organizado». Se deberá pedir a la ciudad, en cambio, que esté disponible y sea acogedora con los niños, aceptándolos en sus espacios públicos y echándoles «un vistazo». Por tanto debería contarse con la atención de los ancianos, de los jóvenes, de los policías municipales y de los comerciantes, tal como se señaló para la experiencia «Vamos solos a la escuela».

En esta tarde, al menos con un sentido experimental, se podrían dar billetes gratuitos o con descuento a los niños en los transportes públicos, para favorecer su uso y acceder al conocimiento de las distintas partes de la ciudad.

Será interesante comprobar si en esa tarde los niños le sacan partido a la propuesta abandonando el televisor. Si así fuere, los niños nos confirmarán, ya sin sombra de duda, cuál puede ser el arma eficaz y correcta contra el supremo poder de este electrodoméstico invasor.

19. Un jardín de piedra

También sin verde

Me ha ocurrido a menudo escuchar inquietudes del tipo: «El problema para el niño no es sólo el salir de casa, sino también el de a dónde ir a jugar: el jardín o el prado más próximo está a más de media hora de caminata y no puede ir allí solo». No sé si es consecuencia de las justas batallas ecológicas o de nuevo por el extraño efecto de la tendencia de los adultos a olvidarse pronto de sus experiencias infantiles, que se ha afirmado esta extraña idea de que para jugar hace falta un espacio verde. Pero los niños no son un rebaño de cabras y saben jugar en cualquier ambiente siempre que se les deje un poco de libertad, un poco de tiempo y un poco de espacio. A qué jugar, con qué y cómo, son ellos los que lo saben, no es asunto de los adultos. Se juega bien en la calle, en las plazas, alrededor de los monumentos, así como se juega en los jardines y en los parques. Se juega en cualquier parte, obviamente de distinta manera.

A menudo recuerdo que tuve la suerte de haber sido niño en los primeros años de la posguerra y de haber tenido precisamente, como lugares privilegiados de juego, las casas bombardeadas. Las ruinas señalan lugares abandonados por los mayores y por ello se convierten en lugares mágicos para el juego de los niños. Son lugares que pierden sus características iniciales y pueden llegar a ser, a través de la fantasía infantil, fuertes, bosques, casas... Son lugares abandonados.

Logotipo del Laboratorio «La ciudad de los niños» de Palermo



Palermo es una ciudad que ha «sabido» conservar las ruinas de la guerra hasta hoy en su centro histórico. No ha sido, por cierto, una elección de los adultos a favor de los niños, ni la ciudad pretende mantener esta inquietante herencia. Pero en mi reciente papel de asesor del alcalde de esta fascinante

ciudad, para el proyecto «La ciudad de los niños», propuse ofrecer a los niños del centro una o algunas de estas ruinas, convirtiéndolas en «jardines de piedra» y a la vez en un recuerdo de una tragedia que es importante no olvidar.

Se trata de llevar los muros derribados a una altura compatible con la seguridad, de rehabilitar el espacio para volverlo utilizable, de crear, en definitiva, una especie de laberinto de paredes, puertas, ventanas donde inventar ambientes, escenarios, juegos. Entre las paredes pueden alternarse pavimentos, escalones, zonas con hierba, bancos, plantas.

Un lugar destruido podrá dignificarse y ser devuelto al juego creativo de los niños, al descanso tranquilo de los ancianos, al encuentro de los enamorados.

Éste es hoy el reino indiscutible de los niños de la calle, pero podría ser el terreno de su libertad, además de convertirse en el lugar de encuentro con los otros niños, aquellos que hoy viven reclusos en sus pisos burgueses. Como se decía en la parte segunda, deberemos hacer el intento, antes de empeñarnos en llevar a los niños de la calle a la escuela o a otras instituciones para ellos extrañas y a menudo hostiles, de mejorar su ambiente habitual, favorecer en él el encuentro con los demás niños, para que después, partiendo de una situación de seguridad y de privilegio para los más conflictivos, surjan ganas de ir juntos también a los ambientes organizados y compartir incluso experiencias educativas y escolares.

20. Otras experiencias: la planificación compartida con los niños

Entrevista a Raymond Lorenzo⁶⁹

¿Cómo nace la idea de incluir a los ciudadanos, en especial a los niños, en la elaboración de proyectos para la ciudad?

Antes de iniciar nuestro discurso conviene precisar que conozco sobre todo la situación estadounidense y me referiré sobre todo a ella. En los Estados Unidos las primeras experiencias de planificación compartida se remontan a los años sesenta y las realizaban movimientos de ciudadanos, a quienes coordinaban y sostenían docentes universitarios de las facultades de arquitectura y de urbanismo. En general nacían en los barrios degradados, en respuesta a planes de intervención en la ciudad propuestos por el gobierno central, y no preveían la participación de los niños. En muchos casos, los técnicos y los ciudadanos se organizaron en comités o en cooperativas de autodesarrollo, y gracias a financiaciones del gobierno central surgieron estructuras permanentes, las Community Designer Centers, que aún hoy llevan a cabo estas actividades.

Paralelamente, diversas investigaciones concernientes a la infancia y al

ambiente urbano tenían como objetivo el estudio de las exigencias de los niños en las ciudades y la comunicación de los resultados de estas investigaciones a los urbanistas y a los administradores.

¿Cuándo aparece la idea de la inclusión de los niños en las actividades de planificación urbana?

Hay que esperar a los comienzos de los años setenta, cuando en Inglaterra y en Estados Unidos aparecen los parques Robinson, espacios autoconstruidos, planificados junto con los niños y los jóvenes. Robin Moore⁷⁰ y otras personas intentaban trasladar a estos parques la aventura, la naturaleza y el juego activo que faltan o no podían ya llevarse a cabo en el ambiente urbano.

En el mismo período, junto a Florence Ladd⁷¹ y a Mark Francis,⁷² participé en la apertura de laboratorios, en las zonas más pobres de la ciudad de Boston, donde experimentaban metodologías que permitiesen a los niños estudiar el ambiente urbano y participar en la elaboración de proyectos.

¿Se pueden señalar hechos particularmente significativos que hayan ayudado a afirmar la planificación compartida?

El congreso Children Nature and the Urban Environment, que se remonta a 1975, en el que se reunieron casi todas las personas que desarrollaban actividades de investigación en este campo, representa seguramente un momento muy importante. Roger Hart,⁷³ uno de los organizadores, me pidió que coordinase, junto con Mark Francis y Simon Nicholson,⁷⁴ la participación de los niños en el congreso y ello era un hecho revolucionario. Los niños estudiaron la ciudad y nosotros preparamos un informe sobre su concepción del ambiente urbano para presentarlo en el congreso. Al mismo tiempo abrimos un laboratorio donde trabajaban los niños para garantizar un intercambio entre estos y los investigadores. Del congreso salió un impulso muy fuerte sobre la importancia de incluir a los niños en la redacción de proyectos destinados a transformar la ciudad.

En 1976, durante la primera Conferencia del Hábitat, surgió una tendencia gubernativa que reconocía la importancia de incluir a los ciudadanos en la planificación de la ciudad. El valor del aporte ofrecido por los niños no llegó a consolidarse, pero en los años siguientes se realizó una serie de experiencias que revelaban la necesidad de que los niños participen en la planificación.

¿En qué países se afirmó principalmente la tendencia a la planificación compartida?

Varios países como Inglaterra, Austria y Francia, están empeñados en este tipo de actividades. Manfred Drum, en Munich, ha realizado con la

asociación Urbanes Wohnen el número más elevado de iniciativas nacidas de proyectos de arquitectura y urbanismo compartidos de toda Europa. En Estados Unidos hay laboratorios muy pragmáticos que, en colaboración con la universidad, e incluyendo a veces también a los niños, elaboran propuestas para la transformación de espacios urbanos específicos.

¿Cuánto incide la realización de los proyectos en las actividades que incluyen a los niños?

Indudablemente la realización de las propuestas es un elemento importante, pero creo que para los niños la experiencia de la participación, de todos modos, es válida. La participación contribuye al desarrollo individual de los niños porque les permite sentirse protagonistas, dialogar con los demás ciudadanos, adquirir un conocimiento más duradero de su ciudad; y todo es independiente de la concreción de los proyectos. Con los niños también se habla de la factibilidad de sus propuestas y de este modo se vuelven conscientes de las dificultades de la realización. Los proyectos elaborados, además, siempre se han comunicado a los administradores y a los técnicos de la ciudad para permitirles comprender cuáles son las necesidades de los niños.

¿Tiene la planificación compartida consecuencias positivas también para otros ciudadanos?

Los niños pueden enseñar muchas cosas a los adultos sobre la gestión ambiental, sobre todo desde la óptica del desarrollo sostenible. Sus proyectos proponen medidas que no requieren grandes financiaciones; los elementos naturales tienen una importancia considerable; prevén la recuperación de estructuras ya existentes y, entre los materiales, se inclinan por los naturales. Todos estos elementos, que son los principios básicos de la planificación, están presentes también en los trabajos de los niños, gracias tanto a su visión del ambiente como a nuestra orientación metodológica.

¿Qué elementos representan un obstáculo para las actividades de planificación compartida?

Una de las dificultades es la intervención de los padres. Su temor por la inclusión de los niños en la elaboración de propuestas que después no se realizarán no es del todo infundado. La caída de un equipo municipal de gobierno, por ejemplo, puede poner en peligro la puesta en marcha de un proyecto aprobado. Hoy, sin embargo, la desconfianza de los ciudadanos con respecto a la administración me parece excesiva.

Otro obstáculo es el tiempo requerido para la realización de los proyectos, porque decididamente es demasiado largo. La propuesta aprobada, además, puede modificarse cuando se define el proyecto ejecutivo y, en consecuencia, las

medidas adoptadas pueden reflejar sólo en parte las indicaciones de los niños. Otro punto crítico es el de la profesionalidad. En Italia, a diferencia de los Estados Unidos, donde las Community Designer Centers cumplen también, desde hace casi veinte años, actividades de formación, se encuentran una falta de formación interdisciplinaria en los profesionales necesaria para la elaboración de los proyectos, pero también hay una falta de profesionalidad artesanal, indispensable para su realización.

¿Podemos terminar nuestra entrevista intentando definir qué perspectivas hay para este tipo de experiencias?

Las perspectivas son seguramente positivas. La planificación compartida ya no es el enfoque típico y exclusivo de los expertos en la infancia. Los administradores muestran interés por las propuestas que elaboran los niños; el Instituto Nacional de Urbanismo se está moviendo en la misma dirección. Lentamente se está difundiendo la idea de que para transformar el ambiente urbano son necesarias otras figuras además de los arquitectos y los urbanistas.

21. Otras experiencias: los derechos de los peatones

Entrevista a Dario Manuetti⁷⁵

¿Puede contribuir al proceso de transformación del ambiente urbano una política de gestión de la ciudad que tenga en cuenta los derechos de los peatones?

Hoy puede decirse que la política de la movilidad coincide con la política de la ciudad. Antes, en cambio, las preocupaciones de quien diseñaba la ciudad tomaban en cuenta principalmente las funciones residencial y productiva. La moderación de la circulación ofrece soluciones concretas a los problemas de la movilidad en la época de la motorización de masas. El principio fundamental es el de la «democratización» del espacio público, el de las calles y de las plazas, de la coexistencia pacífica entre automóviles y peatones.

¿Qué tipo de medidas están previstas para moderar la circulación?

La opinión de los expertos en el ámbito europeo, pero también el número elevado de accidentes, indican que el condicionamiento psicológico y la acción educativa en los comportamientos de los automovilistas no son suficientes para garantizar la seguridad y la movilidad de todos los usuarios del espacio público. Hay que crear las condiciones físicas para que los automóviles se desplacen a velocidades compatibles con las características del ambiente urbano.

La actuación más visible para la moderación de la circulación de vehículos es la de eliminar todas las barreras arquitectónicas para los peatones y crearlas, en cambio, para los automóviles. En las calles donde predomina la función habitacional, se sugiere estrechar los carriles para ampliar el espacio de la acera, hacer más complicados los recorridos de los coches, poniendo obstáculos a ambos lados de la calle. Otro elemento importante es «el desenganche vertical»: hacer subir y bajar a los coches en los cruces peatonales, mientras los peatones se mueven siempre al mismo nivel. Esto se obtiene, por ejemplo, mediante la realización de pasos peatonales sobre elevados unos centímetros con respecto al nivel de la calzada.

En las zonas residenciales, donde se aplican todas las normas de la moderación de la circulación, las características del mobiliario urbano y de la pavimentación, el entorno resulta más agradable y entonces se modifica también el comportamiento de los automovilistas. La calzada se convierte en un espacio diverso, donde está prevista no sólo la presencia de los automovilistas, sino también la de los niños, los ancianos, los minusválidos.

¿Cómo nace la idea de moderar la circulación?

La moderación de la circulación tiene un origen histórico reconocido en la ciudad de Delft, en Holanda. En los años setenta un movimiento de ciudadanos, apoyado por una oficina técnica municipal que tenía una real disponibilidad para buscar soluciones innovadoras a los problemas ligados a la movilidad y a la seguridad de los peatones, realizó una experiencia sumamente interesante. En lugar de diseminar por la ciudad semáforos, señales de tráfico y policías municipales, de demandar sanciones más contundentes, se introdujeron cambios hasta entonces impensables en la estructura física de la calle y se estimularon también cambios en la cultura y en las actitudes de los automovilistas. Estos padres, ciudadanos y responsables de las Oficinas técnicas, yendo más allá de las normas del Código en vigor en aquella época en Holanda, tomaron una serie de medidas que hoy represen tan los principios fundamentales de la filosofía de la moderación circulatoria. En 1976 el Código de circulación holandés hizo suyas las reglas fundamentales de la moderación de la circulación.

¿Qué países europeos se han comprometido con este tipo de medidas?

Después de Holanda, el segundo país que ha afrontado el problema de la movilidad y, por tanto, de los derechos de los peatones de modo bastante generalizado y rápido es Alemania. Otros países europeos como Dinamarca, Austria, Francia y Suiza están empeñados en la realización de experiencias muy interesantes.

¿Cómo se sitúa Italia en el panorama europeo?

Italia, con respecto al contexto europeo, tiene un retraso de casi veinticinco años y esto en parte deriva también de una motorización de masas más tardía. En Holanda, Francia, Alemania, se realizó una motorización muy amplia en los años cincuenta; por tanto tuvieron tiempo de asimilar la novedad del automóvil. En estos países se ha desarrollado una política de investigación y, gracias también a financiaciones por cuenta de compañías de seguros, se han realizado estudios muy interesantes sobre la relación entre el niño y el automóvil, sobre los posibles vínculos entre comportamientos agresivos y oportunistas y el uso del automóvil o sobre la relación entre el niño y la calle. En Italia estamos en los comienzos, en la fase de las primeras denuncias sobre una situación intolerable y sólo en los últimos años hemos comenzado a plantearnos el problema de usar el automóvil de una manera «inteligente».

Además de «La ciudad posible», que propone una amplia gama de acciones, ¿qué asociaciones encaran el problema de la movilidad?

Diversas asociaciones ecologistas, más allá de su capacidad de profundización y de la continuidad de sus acciones, están comprometidas en proyectos que conciernen a los temas de la moderación. Se trata de experiencias que tienen cierta difusión. Como ejemplos se pueden recordar el programa «Trabajos en marcha» de la Legambiente y el proyecto «La reconquista de la ciudad» del WWF.

Otras asociaciones, en cambio, trabajan sobre aspectos concretos de la movilidad o de la tutela del peatón, como la Asociación de padres de niños accidentados, Assopedone o Stradaamica, que ya es una federación de cuatro o cinco organizaciones en el ámbito nacional y trabaja principalmente sobre el problema de los accidentes callejeros. Otro aspecto que caracteriza actualmente la tendencia de las asociaciones es la exigencia de unirse en una red común, donde plantear la propia experiencia y tener la posibilidad de confrontarse en el ámbito nacional e internacional. «La ciudad posible» está trabajando precisamente en esta dirección.

¿Qué elementos obstaculizan la difusión de las técnicas de la moderación?

La principal dificultad es la falta de formación. Para cambiar la ciudad no basta con informar y activar la demanda de calidad urbana por parte de los ciudadanos; hay que aumentar también la capacidad de respuesta de los administradores y de los técnicos. En Italia hay un retraso considerable con respecto a los demás países europeos porque las universidades no forman profesionales en las técnicas de la moderación, y los órdenes profesionales, a su vez, no han desarrollado una praxis de actualización rigurosa de los técnicos.

Otro obstáculo deriva del comportamiento de los automovilistas. Hoy los automóviles permiten velocidades cada vez más altas y que pueden alcanzarse

en tiempos breves; también, por consiguiente, en el tejido urbano.

22. Otras experiencias: una democracia incipiente

Entrevista a Carlo Pagliarini⁷⁶

¿Cómo nacen en Italia los Consejos municipales de niños?

Las primeras experiencias se remontan a la posguerra y tenían por objeto permitir la organización democrática de las colonias de vacaciones.

En los años sesenta se instituyeron en muchos Ayuntamientos Consejos de niños, pero por lo general estas iniciativas fracasaron.

La mayor parte de las experiencias del actual período histórico se correlacionan con la iniciativa de la Unicef italiana «El alcalde defensor de los niños»; algunos de los administradores que se mostraron de acuerdo han organizado Consejos municipales de niños. Muchos de estos están totalmente privados de referencias culturales y por tanto reproducen el único modelo que conocen, es decir el del adulto; otros, en cambio, representan experiencias de elevada calidad. En ambos casos, sin embargo, los niños expresan sus potencialidades y sus competencias.

¿Dónde se instituyó el primer Consejo de niños?

En Morrovalle, y sigue actuando todavía. Pero en mi opinión es una iniciativa que se ha realizado sólo a medias. La convicción que he madurado también sobre la base de la experiencia francesa es que el Consejo municipal de los niños debe nacer en la escuela, en relación, además, con los programas didácticos, como elemento de concienciación profunda de un papel de ciudadanía activa; después debe ejercer su actividad en el Ayuntamiento a través de las negociaciones con los adultos. En Morrovalle el Consejo permaneció dentro de la escuela.

¿Cuáles son las experiencias más significativas?

En general la presencia y la eficacia de los Consejos está ligada a la naturaleza de las administraciones. Cuando el gobierno municipal está formado por personas que no vienen directamente del mundo de la política hay una apertura mental extraordinaria hacia estas iniciativas.

En su opinión, ¿ha producido el nuevo papel del alcalde un incremento en la constitución de los Consejos municipales de niños?

Hasta ahora no tenemos registros de este fenómeno porque es demasiado reciente, pero pienso que sí. Algunos alcaldes, por ejemplo, en su programa

electoral han previsto la institución de un Consejo de niños.

¿Cuáles son las experiencias más significativas en el panorama internacional?

Francia es el país europeo en el que más se ha difundido la experiencia de los Consejos municipales de niños. El fenómeno nació y se desarrolló en una fase de administración de izquierda y continuó también cuando la gestión de los Ayuntamientos pasó a coaliciones de derecha. Esto demuestra la validez de la experiencia que está en crecimiento constante: hace un año eran ochocientos, hoy son ochocientos sesenta.

Los Consejos municipales de los niños franceses aparecieron hace unos diez años gracias a la iniciativa de algunos alcaldes. Después de esta primera experiencia espontánea, algunas organizaciones educativas y un grupo de administradores de ciudades grandes y pequeñas constituyeron una asociación, la ANACE (Association National des Conseils d'Enfants et de Jeunes) que hoy apoyan diversos ministerios e instituciones.

Inicialmente se instituyeron sobre todo los Consejos de los niños; desde hace poco se están organizando Consejos de jóvenes en los que participan los adolescentes. Estas experiencias, además, nacen sobre todo en pequeños Ayuntamientos donde los chicos son fácilmente visibles y a su vez pueden individualizar sin dificultades el territorio. Sólo una gran ciudad de Francia tiene un Consejo municipal de niños.

Pensando en las grandes ciudades, ¿qué extensión debería tener el territorio en el que actúa un Consejo de los niños?

La dimensión ideal, creo yo, corresponde al área de uso de un grupo de dos o tres escuelas. Debe ser una zona que los chicos conozcan y en la que puedan intervenir con formas de planificación y reivindicando su papel. Sólo en este caso el Consejo municipal es válido; de otro modo es una forma de participación pasiva, simbólica, pensada para los adultos más que para los niños.

¿Qué peculiaridades tiene vuestra propuesta, la de «Democracia incipiente»? ¿Qué la distingue, por ejemplo, de la francesa?

Ante todo debo recordar la enorme desproporción en el número de los Consejos y en las tradiciones, porque en Francia hay un tejido laico educativo extraordinario que nosotros no tenemos. Italia carece por completo de un apoyo nacional e institucional que caracteriza en cambio a la situación francesa.

Hemos partido a contracorriente y en alguna medida nos hemos visto obligados a realizar una aplicación más imaginativa.

Si debo identificar las diferencias entre los dos modelos, tal vez las principales sean la importancia que nosotros atribuimos al momento lúdico y a la organización de asambleas comunes, donde adultos y niños debaten juntos

sobre un tema específico.

¿Pueden definirse reglas que garanticen la eficacia de un Consejo de niños?

Como la institución de los Consejos es un fenómeno reciente, no se pueden dar indicaciones restrictivas sino precisar algunos aspectos. El nacimiento de estas experiencias debería estar precedido por dos actos formales: la adopción de la Convención de los Derechos del Niño y un decreto del Consejo municipal donde se afirme que los niños son ciudadanos como los demás y que, por tanto, se les otorga poder. Los Consejos de niños deben disponer de un presupuesto para poder ejercer sus funciones con suficientes garantías. Los recursos se utilizarán en parte para el funcionamiento del Consejo: por ejemplo para viajar, conocer otras experiencias o adquirir habilidades; en parte para tomar pequeñas medidas surgidas de los propios niños.

¿Prevé también «Democracia incipiente» la formación de un comité de dirección que, como ocurre en Francia, promueva el nacimiento del Consejo y facilite sus actividades?

Claro. Según «Democracia incipiente», en el comité de dirección debe haber al menos tres figuras: un docente representativo de la escuela o de las escuelas de un determinado territorio, un anciano, que posiblemente tenga una experiencia de gestión municipal y que haga de mediador entre los niños y el Consejo y un animador.

¿Se pueden dar situaciones en las que los Consejos de niños lleguen a actuar en el territorio tomando medidas muy circunscritas, pero que en realidad no tengan la posibilidad de incidir en el proceso de transformación de la ciudad?

Esto ocurre, pero no importa. La experiencia de los Consejos nos sugiere que es necesaria una idea utópica, extraordinaria, pero para realizarla hay que dar pasos muy pequeños, cada uno de los cuales debe ser un éxito. Precisamente se recogen en general las propuestas de los chicos porque son puntuales, precisas, concretas, aplicables. Los pequeños pasos avanzan hacia una meta muy lejana. Los dos planos, la acción localizada y un proyecto muy amplio de referencia, son conciliables e igualmente importantes. La pequeña acción local demuestra a los chicos que se puede cumplir una propuesta, gestionarla con la ayuda pública, con su contribución y la de sus padres. De este modo, los chicos hacen un ejercicio de ciudadanía que les da la posibilidad de pensar que las ideas más grandes se pueden realizar.

En su opinión, ¿cuáles son las consecuencias más significativas de estas experiencias?

Si excluimos a los chicos, una de las consecuencias más importantes

concierno al imaginario de los adultos. Padres, administradores, técnicos, docentes, descubren con gran estupor que los chicos son totalmente diferentes de los estereotipos de la cultura dominante que los considera débiles, incapaces, peligrosos y objetos de un control inevitable. La experiencia de los Consejos pone en cuestión esta cultura.

Creo que otro aspecto particularmente significativo es la esperanza de una relación nueva entre las generaciones, que se reconstruye en términos de futuro, y esto es sobre todo importante porque en una época de gran descenso de la natalidad se ha impuesto la idea de que los adultos son eternos.

23. Otras experiencias: las ciudades educadoras

Entrevista a Fiorenzo Alfieri⁷⁷

¿Cuál es la respuesta italiana al proyecto?

Por lo que respecta a Italia se está intentando precisamente relanzar y dar mayor significado a la adhesión de nuestras ciudades a la AICE (Asociación Internacional de Ciudades Educadoras) que, mientras tanto, se ha constituido en el ámbito internacional y está bajo observación de la ONU y de la Unesco.

En enero de 1996 un numeroso grupo de administradores se reunió en Turín para volver a dialogar sobre el sentido de la «Carta», aumentar el número de las ciudades adherentes y organizar la participación en Chicago. En este momento se está afirmando también, en el seno de la ANCI (Asociación Nacional Italiana de Municipios), la idea de adoptar el concepto de «ciudad educadora» como un punto de referencia para las políticas socioeducativas y culturales de las ciudades con respecto a la infancia, a los jóvenes, a la familia.

En Italia el nivel de sensibilidad y de cultura sobre estos temas está muy diversificado. Es difícil compararlo con el de otros países. La sensación es que en algunas de nuestras ciudades se desarrollan experiencias muy refinadas y avanzadas que pueden servir de parangón con las de otros países europeos. Me parece que incluso puede decirse que estamos atravesando un buen momento en las administraciones locales por lo que se refiere a estos temas. También en el sur han entrado en escena administradores muy motivados y creativos. Son frecuentes los encuentros entre administradores y no debería ser difícil la multiplicación de las experiencias más acertadas y factibles. Sobre todo me parece que se está afirmando la conciencia de que estos temas no tienen sólo un valor específicamente psicopedagógico sino puede extrapolarse a los intereses primarios de la colectividad.

¿Qué perspectivas pueden señalarse para el futuro del proyecto?

Se está advirtiendo una necesidad extraordinaria, tal vez dramática, de educación. Prescindiendo del hecho, por otra parte gravísimo, de que a nuestro país le corresponde el último puesto en Europa en la lista de graduados y de doctorados, no hay aspecto de la vida social del que no se afirme que, además de exigencias de carácter estructural, son prioritarias las medidas de naturaleza educativa. Se hable de defensa del medio ambiente, de tráfico, de consumo de energía, de ocupación, de seguridad, de orden público, de solidaridad, de drogodependencia, de relaciones entre los sexos, de maternidad y de paternidad... la respuesta es siempre la misma: no basta con ofrecer artículos manufacturados y servicios, hay que actuar sobre los modos de pensar. Hay que educar.

Pero, ¿quién tiene esta responsabilidad? ¿Y de qué modo llevarla a la práctica con alguna probabilidad de éxito? Si nos planteamos seriamente estas interrogantes, la afirmación de la prioridad educativa, que ya caracteriza cualquier toma de posición (de los políticos y de los empresarios, de los urbanistas y de los economistas), corre el riesgo de convertirse en una especie de rumor de fondo sin ninguna eficacia. El movimiento «Ciudades Educadoras» debería convertirse en la referencia óptima para responder a estas preguntas tan sencillas y ahora tan comprometedoras.

Entrevista a Pilar Figueras⁷⁸

¿Qué es la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras y cómo se inició?

«Ciudades Educadoras» es un movimiento de ciudades representadas por sus gobiernos locales, que se agrupan con la finalidad de trabajar conjunta y solidariamente en proyectos y actividades que se proponen a todos sus habitantes, desde todos los ámbitos y por parte de diferentes colectivos, con voluntad educadora.

Este proyecto nace como resultado de la reflexión del alcalde de Barcelona, Pascual Maragall, sobre la ciudad, coincidiendo con la preparación de los Juegos Olímpicos. El Ayuntamiento de Barcelona propone un congreso internacional, en el año 1990, en torno al tema «La ciudad educadora, para la infancia y los jóvenes». En este congreso participan 70 ciudades de 21 países que se comprometen a cumplir los principios de la Carta de Ciudades Educadoras. El convencimiento de que la ciudad educadora necesita dialogar con otras ciudades, reflexionar colectivamente, colaborar en proyectos... llevó a las ciudades asistentes al congreso internacional a crear la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras (AICE).

¿Cuáles son los objetivos de esta Asociación?

La Asociación pretende básicamente velar por el cumplimiento de los principios de la Carta de Ciudades Educadoras por parte de las ciudades firmantes: impulsar las colaboraciones y acciones concretas entre las ciudades, profundizar en el discurso de Ciudades Educadoras y dialogar y colaborar con los distintos organismos nacionales e internacionales. Desde 1990 se dispone de un Banco Internacional de Experiencias de Ciudades Educadoras (BICE).

¿Cuáles son las aportaciones actuales de Cataluña a este proyecto?

Los congresos internacionales que se organizan cada dos años sirven, entre otras cosas, para extender el proyecto de «Ciudad Educadora» en torno a la ciudad que organiza el congreso.

Por ejemplo, el congreso organizado en Barcelona sirvió para dar empuje al proyecto y, actualmente, una parte importante de las ciudades que forman el movimiento «Ciudades Educadoras» son españolas. Dado que los estatutos de la AICE contemplan la posibilidad de la existencia de redes territoriales, hace un año se creó la red española⁷⁹ en A Coruña, que ahora está coordinada por la ciudad de Valencia, y es ahí donde se va a celebrar el segundo encuentro, en enero de 1998.

Estamos hablando de redes territoriales que impulsan intercambios sobre realidades próximas entre sí. También se ha previsto la creación de redes temáticas, redes más transversales, donde las ciudades se agrupen para trabajar en acciones comunes. En esto juega un papel fundamental el Banco Internacional de Experiencias de Ciudades Educadoras (BICE) que es un instrumento valioso de consulta e intercambio. Es una base de datos referencial que facilita el conocimiento de la oferta educadora de ciudades de todo el mundo y promueve el intercambio de experiencias y el establecimiento de actuaciones concretas comunes.

Por lo que respecta al área de Barcelona, la Diputación de Barcelona prepara encuentros y seminarios orientados a acciones concretas, pero al mismo tiempo hace una labor muy importante en la preparación de los congresos internacionales.

Además, a finales del año 1994, el alcalde de Barcelona propone la creación de una Comisión interdepartamental dentro del Ayuntamiento, de forma que todas las áreas municipales hiciesen una oferta de signo educativo sobre la ciudadanía. Esta Comisión habría de tener varias funciones.

En primer lugar hacer un cierto «inventario» de las actuaciones de contenido educativo en el ámbito municipal. Se preveía que cuando esta Comisión tuviera un cierto rodaje se crearía otra de ámbito más ciudadano (con otras ciudades se ha empezado directamente por las comisiones de ámbito ciudadano).

En segundo lugar ver de qué manera estas actuaciones son conocidas por toda la ciudadanía, ya que estamos seguros de que determinadas franjas de ciudadanos están permanentemente desinformadas. En tercer lugar analizar el grado de cumplimiento de los principios de la Carta de Ciudades Educadoras por parte de la ciudad de Barcelona. Sería un poco paradójico que el Ayuntamiento de Barcelona, que impulsa todo este movimiento, sugiere y organiza el primer congreso y propone la Carta de Ciudades Educadoras, no velara por analizar qué grado de cumplimiento de los compromisos ha alcanzado su ciudad.

Por último, esta Comisión interdepartamental ha de plantearse cuáles serán las aportaciones del Ayuntamiento de Barcelona a los distintos congresos internacionales. Este es un trabajo lento y largo, ya que las exigencias de la cotidianidad dejan, a veces poco margen para una nueva sistematización de la información.

¿Qué retos de futuro se plantea la AICE?

En principio, trabajar para que el proyecto «Ciudad Educadora» sea una seria realidad, con todo lo que tiene de utopía. Todas las ciudades son educativas, sólo por el hecho de ser ciudades, pero solamente son ciudades educadoras aquellas que manifiestan su voluntad de serlo.

Dicha realidad tiene dos vertientes: la propia de cada ciudad, y la que estimula y facilita el formar parte de una red internacional en el marco de la democracia y la solidaridad.

También se trabaja para la preparación del próximo congreso internacional, que tendrá lugar en Jerusalén en el año 1998, y que se ha organizado alrededor de la propuesta «Conozcamos el pasado para proyectar el futuro»: para poder ver qué era nuestra ciudad, cómo se ha reafirmado nuestra identidad (cultura, urbanismo, servicios, sanidad...) y, a partir de aquí, construir el futuro.

24. Una red nacional que va más allá

El 17 de diciembre de 1994, los alcaldes de veinte ciudades se reunieron en Fano para conocer la experiencia del Laboratorio «La ciudad de los niños» y evaluar la oportunidad de llevar este proyecto a los propios Ayuntamientos e impulsar una red nacional que permitiera coordinar las distintas experiencias en marcha sobre este tema. Al término de la jornada se aprobó el documento siguiente:

La ciudad ha renunciado a su papel histórico de ser lugar de encuentro e intercambio y ha perdido a sus ciudadanos, habiendo elegido, especialmente en las últimas décadas, las estrategias de la separación y de la especialización, motivadas casi de modo exclusivo por intereses económicos. Se ha alejado a los ciudadanos del centro de la ciudad, se han creado compartimentos diversos para

funciones y categorías diversas: para dormir, para divertirse, para comprar, para curarse, para estudiar; para ancianos, para niños, para minusválidos, etcétera.

El perjuicio que se ha provocado así a los ciudadanos se ha compensado mediante servicios: transportes, servicios para la infancia, hipermercados, jardines públicos, etcétera, para soportar una vida cada vez más alienada.

Este acuerdo se ha establecido tácitamente entre los administradores y los electores fuertes: la ciudad se ha proyectado y concebido adoptando como parámetro al ciudadano medio que, en general, tiene las características de adulto, hombre y trabajador. De este modo la ciudad ha abandonado a los ciudadanos no adultos, no hombres y no trabajadores.

Los alcaldes proponen: desplazar la atención del ciudadano medio al niño; bajar la óptica de la Administración a la altura del niño, para no perder a ninguno de los ciudadanos que representa; aprender a escuchar y a comprender a las niñas y a los niños, en su diversidad, para ser capaces de comprender y representar a todos los ciudadanos.

No se trata de defender los derechos de un miembro débil de la sociedad entre otros. No se trata de concretar iniciativas, oportunidades, estructuras nuevas para los niños; no se trata de modificar, actualizar, mejorar los servicios para la infancia (que sigue siendo, no obstante, un compromiso de las administraciones municipales). Se trata en cambio de adoptar una nueva filosofía al evaluar, programar, proyectar y modificar la ciudad. Una filosofía de la cual el alcalde se hace garante y que se convierte en el alma del programa del gobierno municipal.

En particular, se obligan a someter a sus respectivas administraciones la aprobación de un decreto mediante el cual adquieran los compromisos siguientes:

1. Abrir en la propia ciudad un Laboratorio sobre «La ciudad de las niñas y de los niños» que constituya un punto de enlace y de referencia entre las distintas direcciones y con las demás ciudades interesadas.

2. Encontrar las fórmulas adecuadas para incluir directamente a las niñas y a los niños en este proyecto, tanto pidiéndoles que aporten ideas como ofreciéndoles espacios para que expresen a los administradores sus requerimientos y propuestas.

3. Crear una red de conexión y de confrontación entre las ciudades adherentes al proyecto que tenga en el Laboratorio de Fano el punto de referencia organizativa nacional para la difusión de documentos e información y para la organización de encuentros.

4. Invitar a todos los demás alcaldes elegidos a adherirse a este proyecto en defensa no sólo de los niños sino también de todos los ciudadanos y de las mismas ciudades.

Este documento, firmado por los representantes de veinticuatro ciudades y suscrito por las asociaciones nacionales más importantes, puede también ser firmado por los alcaldes que lo compartan y que pretendan realizar sus objetivos, y enviado al Laboratorio de Fano.

Desde 1994 el proyecto se difundió en otros municipios, que se adhirieron o están considerando la posibilidad de llevarlo a la práctica.

El proyecto se presentó también en España y Argentina, donde consiguió despertar un enorme interés entre educadores y autoridades. En Argentina se está estudiando la idea de organizar una coordinadora nacional que vincule a los municipios interesados, a través de Unicef Argentina y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).

Con el fin de dar respuesta al creciente interés demostrado por varias ciudades, en el Instituto de Psicología del CNR de Roma se constituyó en 1996 un grupo de investigación para el desarrollo del proyecto «La ciudad de los

niños», que se ocupará especialmente:

- De profundizar y desarrollar el proyecto a través de la investigación y la comprobación de las experiencias en marcha.
- De difundir el proyecto entre las administraciones municipales.
- De dar a los municipios que lo deseen un apoyo para el inicio y el desarrollo del proyecto, con vistas a la ampliación de las competencias locales.
- De documentar y dar a conocer las experiencias en marcha.

Algunas de estas funciones podrán ser absorbidas por las tareas institucionales propias del Ministerio de Medio Ambiente y el de Trabajo y Asuntos Sociales.

Para ponerse en contacto con el grupo de investigación, dirigirse a:

Proyecto internacional «La ciudad de los niños»

Instituto de Ciencias y Tecnologías de la Cognición del Consejo Nacional de Investigaciones (CNR)

Vía S. Martino della Battaglia, 44, 00185

Tel: +39 06 445 95205-445 952286

E-mail: laboratorio@lacittadeibambini.org

Web: www.lacittadeibambini.org

25. Para comenzar

Se consignan, a continuación, posibles propuestas de trabajo y algunos consejos. Cada ciudad interesada en el proyecto puede pensar en un camino propio e independiente. Se indican aquí algunos pasos que se dieron en la experiencia de Fano y en relación con la red nacional, nacida en diciembre de 1994.

1. Comprobación, por parte del alcalde y del equipo municipal de gobierno de que este proyecto puede y debe convertirse en una nueva filosofía de la política del gobierno de la ciudad, teniendo en cuenta que:

- Actualmente los ciudadanos que también sufren los males de la ciudad no piden, al menos de forma explícita, una reforma radical semejante; por tanto, un proyecto como éste no constituye una obligación para los administradores sino únicamente una opción.
- Es difícil cambiar una ciudad de manera que responda a las necesidades y a las expectativas de los niños porque es necesario pedir a los adultos que renuncien a algunos privilegios que probablemente consideren ya derechos adquiridos.
- Una vez adherido al proyecto no se lo puede traicionar porque es un

compromiso contraído con los niños, y a los niños no se les debe mentir ni engañar.

- Se trata de una opción de futuro muy importante para la ciudad, que responde a una necesidad profunda de la gente, aunque no la exprese, de mantener una esperanza de futuro que hoy las ciudades están perdiendo.

2. Hacer pública la opción en una reunión del pleno municipal, adhiriéndose a la red nacional creada en Roma por el CNR, sensibilizando a las fuerzas activas de la ciudad (asociaciones, escuelas, etcétera) y comunicándola a la población con las iniciativas que se consideren oportunas.

3. Abrir un Laboratorio municipal de «La ciudad de los niños», dotándolo del personal, de los locales y de los medios necesarios de modo que:

- Constituya un estímulo continuo a los gobernantes de la ciudad para una realización cada vez más coherente del proyecto.
- Se convierta en un punto de referencia para niños y adultos de la ciudad sobre la relación ciudad-niños.
- Elabore un programa de las iniciativas que han de tomarse.
- Mantenga contactos con el grupo de trabajo de Roma, proporcionando los materiales que documentan las decisiones y las actividades proyectadas y realizadas.

4. Si el proyecto se aplica en una gran ciudad hay que identificar un barrio o un distrito en el cual se puedan realizar las actividades concretas. Es importante que también las dimensiones de la zona de aplicación del proyecto estén «al alcance del niño». En la zona escogida deberá identificarse una sede que se convierta para los habitantes en un punto de referencia, y un grupo de trabajo local que realice el programa. El Laboratorio municipal deberá hacer posible el trabajo descentralizado y garantizar su documentación de modo que, en cuanto sea posible, pueda aplicarse a zonas más amplias de la ciudad.

5. Estimular iniciativas que tiendan a «dar la palabra a los niños», a permitirles contribuir directamente a la renovación de la ciudad, ya expresando sus propias opiniones, ya desarrollando en los adultos actitudes de atención y de escucha. Algunas posibles actividades:

- El Consejo de los niños: los representantes (niño y niña) de las escuelas primarias de la ciudad o del barrio se reúnen periódicamente en los locales del Laboratorio para discutir con sus integrantes las distintas propuestas de reforma de la ciudad, garantizando el punto de vista de los niños.
- Los niños proyectistas: grupos de niños y de jóvenes que, dentro o fuera de la escuela, trabajan junto a técnicos de la ciudad (arquitectos,

urbanistas, sociólogos, psicólogos, educadores) para el diseño de espacios y servicios urbanos.

6. Convocar al menos una vez al año un pleno municipal abierto a los niños, durante el cual estos pueden ser integrantes del Consejo de los niños (véase el punto 5), tengan voz para expresar propuestas y protestas y los adultos tendrán el deber de escuchar, comprender y dar respuestas. Sería oportuno dedicar cada año un segundo Consejo a la evaluación del proyecto y a sus perspectivas futuras.

7. Las ciudades que se adhieren a la iniciativa pueden participar en los encuentros nacionales e internacionales que se organizan y de los que recibirán la información adecuada. Pueden también adherirse a las campañas nacionales e internacionales, por ejemplo la propuesta «Mi ciudad y yo» que desde hace algunos años promueve la ciudad de Fano.

50. Para contactos o pedidos de material: Laboratorio «La città dei bambini», corso Matteotti, 66, 61032 Fano (Italia), tel. 07 39 721887374, fax 803273. Para la coordinación nacional ver ficha núm. 24: «Una red nacional que va más allá».

51. En los últimos años se está realizando un plan nacional para la educación medioambiental con el concurso del Ministerio de Medio Ambiente y el de Educación, que han firmado un acuerdo de programa. El plan nacional prevé la apertura de Laboratorios Territoriales, por norma fuera de la escuela, abiertos al encuentro, al intercambio y al apoyo de todos aquellos que, desde cualquier sector, se interesen por la educación medio ambiental. Forma parte también de las premisas de este proyecto que la educación medioambiental no se considere sólo o especialmente una preocupación por la naturaleza, sino que se preocupa por una recuperación de las relaciones del ciudadano con su medio ambiente, con miras a un desarrollo sostenible. Por ello el Laboratorio de Fano está considerado con toda justicia de educación medioambiental.

52. ANCI: Associazione Nazionale Comuni Italiani (Asociación Nacional Italiana de Municipios); CGD: Coordinamento Genitori Democratici (Coordinadora de Padres Democráticos); INU: Istituto Nazionale di Urbanistica (Instituto Nacional Italiano Urbanismo); WWF: World Wildlife Fund.

53. Véase la ficha núm. 16: «El Club CDN».

54. Véase la ficha núm. 13: «Una jornada sin coches».

55. Sobre la actividad de Raymond Lorenzo, el arquitecto que ha realizado esta primera experiencia en Fano, véase la ficha n.º 20: «Otras experiencias: la planificación compartida con los niños».

56. Véase la ficha núm. 11: «Mi ciudad y yo».

57. Tampoco es correcto pensar que esta idea de temor, hasta la extrema separación, corresponda al pensamiento infantil. Está en contraste, por ejemplo, con los resultados de las encuestas de la iniciativa «Vamos solos a la escuela», en las cuales los niños se muestran menos temerosos que sus padres frente a los peligros del tráfico. ¡Y en este caso se trata de una experiencia vivida realmente! (véase la ficha núm. 9: «Vamos solos a la escuela»).

* Presentado en 1993, aprobado por el gobierno municipal y financiado en 1995 para su realización. El arquitecto que está actualmente encarando el proyecto definitivo ha retomado los contactos con los muchachos que se habían ocupado del primer proyecto y estos podrán así seguir su realización.

* Si alguien quiere aprovechar este modelo de multa para que lo usen sus hijos o sus alumnos, basta con fotocopiarla, borrar el nombre y la edad, ampliarla y hacer muchas copias. Es aconsejable que los niños colorean las letras grandes.

58. Véase la ficha núm. 10: «Un carné de peatón, de ciclista y de motociclista».
59. Correspondería más o menos al área de influencia de la escuela, y sus límites no superarían los 500-700 metros de radio, que sería la distancia máxima que un alumno recorrería solo desde su centro educativo.
60. La investigación en Roma fue dirigida por la doctora Vittoria Giulia ni, investigadora del Instituto de Psicología del CNR, experta en psicología ambiental.
61. Véase la ficha núm. 8: «La multa de los niños».
62. Véase también la ficha núm. 4: «Los niños proyectistas».
63. Véase la ficha núm. 12: «Mi ciudad y yo»: el cartel.
64. Véase la ficha núm. 13: «Una jornada sin coches».
65. Véase la ficha núm. 11: «Mi ciudad y yo».
66. Las propuestas de los niños merecerían un análisis mucho más profundo, distinguiendo las triviales de algunas muy innovadoras. Aquí nos hemos limitado a ordenarlas para convertirlas en una propuesta creíble y aceptable por los dueños de restaurantes y hoteles.
67. La disponibilidad de un espacio separado no debe entenderse como una obligación o como sugerencia para que no coman juntos adultos y niños, sino sólo como un recurso más. Cuando deseemos estar junto a nuestros hijos y ellos deseen estar con nosotros, haremos bien en reunirnos; cuando queramos hablar con nuestros amigos sin atender a los niños, es mejor que estos estén con los de su misma edad.
68. Véase la ficha núm. 15: «Una playa para los niños».
69. Raymond Lorenzo es planificador urbano, coordinador técnico de la campaña de WWF «Reconquistemos la ciudad», consultor del Istituto degli Innocenti para el proyecto «El niño urbano», miembro asociado del Children's Environment Research Group de Nueva York.
70. Robin Moore es profesor de arquitectura del paisaje y presidente de la IPA (International Player Association)
71. Florence Ladd se ocupa de psicología del medio ambiente.
72. Mark Francis es profesor de arquitectura del paisaje en la Davis University del estado de California.
73. Roger Hart, editor de la revista Childrens' Environment.
74. Simon Nicholson, desaparecido en 1990, era profesor de tecnología en la Open University de Oxford. Sus publicaciones How not to cheat Children: the Theory of Loose Parts y Children as Planners representan aún hoy una importante referencia teórica para las actividades de planificación compartida.
75. Dario Manuetti se dedica desde hace veinte años a los problemas de la organización de la cultura, de la educación permanente, de la formación de los operadores culturales y educativos, en su calidad de militante asociativo, administrador municipal y de entes públicos, consultor en municipios y regiones. Forma parte de la dirección de la Asociación Europea para el Progreso Social y Cultural y es miembro del Consejo regional sobre los problemas de los menores. Desarrolla su actividad profesional en la región del Piemonte, donde se ocupa de orientación e inserción social y profesional.
76. Carlo Pagliarini fundador y ex presidente de Arciragazzi, fundador de la Asociación «Democracia in erba» («Democracia incipiente»), nos dejó en 1997. También a él, que hizo tanto por los niños, le dedico este libro.
77. Fiorenzo Alfieri es concejal de Educación del Ayuntamiento de Turín
78. Pilar Figueras es secretaria general de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras (AICE), con sede en Barcelona.
79. Ciudades españolas adheridas a AICE: Alcobendas, Alcoi, Barcelona, Castellar del Vallès, Cerdanyola del Vallès, Cornellà de Llobregat, A Coruña, Gandía, Gijón, Girona, Granada, Granollers, Hospitalet de Llobregat, Lebrija, Lleida, Lugo, Málaga, Mataró, Palma de Mallorca, Pamplona, Pozuelo de Alarcón, Premià de Mar, Reus, Ripollet, Sabadell, Sant Boi de Llobregat, Sant Feliú de Guixols, Sant Joan Despí, Santa Coloma de Gramenet, Santa Cruz de Tenerife, Santiago de Compostela, Sevilla, Telde, Terrassa, Torrelavega, Valencia, Valladolid, Vigo, Viladecans.

Apéndice



1

Convención sobre los Derechos del Niño*

Artículo 1: Esta Convención se ocupa de los derechos de todos aquellos que aún no han cumplido 18 años.

Artículo 2: Todos los estados deben respetar los derechos del niño sin distinción de raza, color, sexo, lengua, religión, opinión política del niño o de su

familia.

Artículo 3: Los intereses del niño deben considerarse prioritarios a la hora de tomar decisiones que le afecten. El niño tiene derecho a recibir la protección y los cuidados necesarios para su bienestar.

Artículo 5: Los padres, o quien los sustituya, deben hacerse cargo del cuidado del niño.

Artículo 6:

1. El niño tiene derecho a la vida.
2. El niño tiene derecho a desarrollar de modo completo su propia personalidad.

Artículo 9: El niño tiene derecho a mantener contacto con sus padres, aunque estos estén separados o divorciados.

Artículo 10: El niño tiene derecho a reunirse con sus padres o a mantenerse en contacto con ellos si viven en el extranjero.

Artículo 11: El niño no puede ser trasladado fuera de su país de modo ilegal.

Artículo 12: El niño tiene derecho a expresar su opinión y a ser escuchado cada vez que se tome una decisión que le afecte.

Artículo 13: El niño tiene derecho a poder decir lo que piensa, por el medio que prefiera.

Artículo 14:

1. El niño tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión.
2. Los padres tienen el derecho y el deber de guiar a sus hijos y en sentido han de poder ser libres de seguir las ideas en las que creen.

Artículo 15: El niño tiene derecho a reunirse con otros niños.

Artículo 16: El niño tiene derecho a su vida privada.

Artículo 17: Los periódicos, los programas de radio y de televisión son importantes para el niño; por este motivo es importante que sean adecuados a él.

Artículo 18: Si un niño no tiene padres, debe haber alguien que se ocupe de él.

Si los padres de un niño trabajan, alguien debe encargarse de cuidar al niño mientras ellos están en el trabajo.

Artículo 19: Nadie puede descuidar, abandonar, maltratar, explotar a un niño o ejercer violencia sobre él.

Artículo 20: Si un niño no puede permanecer con su familia, debe irse a vivir con alguien que se ocupe de él.

Artículo 21

El niño tiene derecho a ser adoptado si su familia no puede ocuparse de él. No puede hacerse comercio con las adopciones.

Artículo 22:

1. El niño refugiado tiene derecho a ser protegido.
2. El niño refugiado debe recibir ayuda para poder reunirse con su familia.

Artículo 23:

1. El niño que tiene problemas mentales o físicos tiene derecho a vivir como los demás niños y junto a ellos.
2. El niño que tiene problemas mentales o físicos tiene derecho a ser curado.
3. El niño que tiene problemas físicos o mentales tiene derecho a ir a la escuela, a prepararse para el trabajo, a divertirse.

Artículo 24: El niño tiene derecho a alcanzar el máximo nivel de salud física y mental y de recibir atención sanitaria cuando lo necesite.

Artículo 26: El niño tiene derecho a beneficiarse de la seguridad social.

Artículo 27: El niño tiene derecho a crecer bien física y mentalmente, espiritual y socialmente.

Artículo 28: El niño tiene derecho a la educación. La escuela debe ser obligatoria y gratuita para todos.

Artículo 29: El niño tiene derecho a recibir una educación que desarrolle sus capacidades y que lo instruya para la paz, la amistad, la igualdad y el respeto por el medio ambiente.

Artículo 30: El niño que pertenece a una minoría étnica, religiosa o lingüística tiene derecho a usar su propia lengua y a vivir según su cultura y su religión.

Artículo 31: El niño tiene derecho al juego, al descanso, a la diversión y a dedicarse a las actividades que le gusten más.

Artículo 32: Ningún niño debe ser explotado. Ningún niño debe ser obligado a hacer trabajos que puedan ser peligrosos o que le impidan crecer bien o estudiar.

Artículo 33: El niño debe ser protegido contra el uso de las drogas.

Artículo 34: Ningún niño debe sufrir violencia sexual o ser explotado sexualmente.

Artículo 35: Ningún niño debe ser secuestrado, comprado o vendido.

Artículo 37: Ningún niño puede ser torturado o condenado a muerte o a cadena perpetua. Ningún niño puede ser privado de su libertad de modo ilegal o arbitrario.

Artículo 38: Ningún niño que tenga menos de 15 años debe ser reclutado por un ejército ni combatir en ninguna guerra.

Artículo 39: El niño que ha sido descuidado, explotado y maltratado tiene derecho a recibir ayuda para recuperar su salud y su serenidad.

Artículo 40: El niño que es acusado de un delito debe ser considerado inocente mientras no sea reconocido como culpable, después de un proceso justo. De todos modos, aun cuando se lo considere culpable, tiene derecho a recibir un tratamiento adecuado a su edad, que lo ayude a volver a convivir con los demás.

Artículo 41: A estos derechos cualquier Estado puede añadirle otros que mejoren la situación del niño.

Artículo 42: Los Estados se comprometen a dar a conocer ampliamente los principios y disposiciones de la Convención por medios eficaces y apropiados, tanto a los adultos como a los niños.

* Esta Convención sobre los Derechos del Niño fue aprobada por las Naciones Unidas el 20 de noviembre

de 1989 en Nueva York. El Estado español la adoptó el 26 de enero de 1990 y la ratificó el 6 de diciembre del mismo año. En la versión que se publica, el lector apreciará que se han omitido los artículos 4, 7-8, 25 y 36, por ser éstos de difícil comprensión para los niños. En este sentido, ha sido simplificada y reducida, por P. Benevene, F. Ippolito y F. Tonucci para la Fundación Basso (Italia).

2

Llamamiento a colaborar: carta abierta a los ciudadanos faneses

El Ayuntamiento de Fano ha instituido «Fano la ciudad de los niños», un Laboratorio regional para la planificación y la experimentación de propuestas que mejoren la difícil relación que hoy existe entre la ciudad y el niño.

Los niños viven a menudo solos, no pueden encontrarse espontáneamente para jugar, no tienen espacios ni tiempos propios, las calles están ocupadas por los coches, la ciudad es peli grosa.

Trabajar para que la ciudad se vuelva apta para los niños significa trabajar para que la ciudad sea más apta para todos.

Pensamos invitar a Fano a los administradores de otras ciudades para que debatan entre sí y con nosotros sobre estos problemas; pensamos invitar a Fano a los niños de las demás ciudades para ofrecerles nuestra amistad, nuestras ideas. Nos gustaría que Fano se convirtiese en el punto de referencia de este delicado tema.

Pero si la ciudad debe cambiar, el cambio no puede ser confiado ni delegado sólo a la Administración. La delegación generalizada y la actitud asistencial que de ella se deriva han sido probablemente causa de la degradación de nuestras ciudades. Si la ciudad debe cambiar, todos pueden y deben hacer algo.

Esta carta es una invitación personal para que todos los que tienen un papel activo en los diversos sectores productivos, de servicio o culturales de nuestra ciudad, se planteen la pregunta: «¿Qué puedo hacer por los niños de mi ciudad?»; «¿Qué puedo inventar para que el niño pueda beneficiarse de mis conocimientos?»; «¿Qué oportunidades puedo proponer, sugerir?»

Hay lugar para la creatividad. Más aún: estamos convencidos de que sólo inventando cosas nuevas podemos confiar en conseguir algo bueno. Una fábrica, un museo, una oficina, un taller de artesanía, una tienda, un cuartel, una barca...

sin duda ocultan algo: una iniciativa, un itinerario que puede interesar a un niño o puede mejorar su vida de pequeño ciudadano.

Si cada uno hace algo, aunque sólo sea pensando un poco, y aunque no se le ocurra mucho, Fano ya comenzará a cambiar.

Podréis dirigiros a la sede del Laboratorio para proponer, ofrecer, pedir aclaraciones o colaboración.

En nombre de los niños y del grupo de trabajo os agradecemos vuestra atención y esperamos volver a veros en el Laboratorio.

Fano, diciembre de 1991

El director del Laboratorio
Francesco Tonucci

El alcalde de Fano
Francesco Baldarelli

3

Lewis Mumford, «La planificación para las diversas fases de la vida»*

Hace ya casi una generación, en un ejemplar de Survey Graphic (mayo de 1925), el doctor Hart señalaba el hecho de que la planificación urbana estaba concebida en términos de una fase particular de la vida: la de los adultos libres de responsabilidades familiares. Y destacaba el significado del antiguo dicho según el cual la gente de los bulevares no envejece nunca; que el bulevar, a causa de su función y de su conformación, atrae siempre a grupos de la misma edad, que se mueven por los mismos intereses y persiguen los mismos fines.

A pesar de tal advertencia el urbanista no ha llegado todavía a realizar por entero lo esencial de su función, que consiste en proporcionar un ambiente apto para cualquier fase de la vida, de la infancia a la senilidad.

La actividad urbanística hasta ahora se ha concentrado casi exclusivamente en torno a la vida de los adultos y por lo común sólo en torno a ciertos aspectos de la vida de estos, como los negocios, la industria, la administración, el tráfico, los transportes.

Aun ocupándose de los adultos, el urbanismo omite importantes esferas de

actividad. La finalidad de este estudio es explorar brevemente el campo que abriera el doctor Hart. Teniendo presentes las diversas fases de la vida, el urbanismo podrá modificar su actitud tanto con respecto al método como a los fines de la planificación y, en tal caso, sería deseable que eso lo llevase a revisar los proyectos de ciertos conjuntos, como por ejemplo las áreas de juego, donde la comodidad administrativa ha producido la repetición de determinados esquemas cuyo orden externo refleja una esterilidad interior. Si la conciencia del ciclo de la vida humana no sirve para otra cosa, podría al menos ser útil como referencia para el control de las necesidades, para descubrir los puntos débiles en un plano en apariencia admirable.

La primera fase: la infancia

Se trata de ver lo que puede hacer la planificación para el niño desde el nacimiento hasta la edad de ir a la escuela. Ante todo se plantea la cuestión de las viviendas: en efecto, mientras que en todos los países, durante la última generación, ha habido una decidida orientación hacia los nacimientos en los hospitales, ahora se comienza a sospechar que no es ésta la mejor condición para un parto normal ni para los primeros días de vida del recién nacido. Las experiencias de numerosos centros sanitarios parecen indicar las ventajas del alumbramiento en el domicilio, sobre todo desde el punto de vista psicológico. Sin embargo aun allí, donde las condiciones de habitabilidad son las más aptas, el parto acarrea trastornos en el ritmo habitual de la casa y causa un desorden transitorio.

El urbanista debería encontrar una solución intermedia: entre el costoso hospital, pero provisto de la instalación necesaria en casos de emergencia, y la casa que no ofrece el espacio necesario para el nacimiento del niño. La solución podría ser una pequeña casa clínica de barrio, que fuese parte integrante de una unidad de 250-500 familias y tal vez dependiente de una clínica local, de tal modo que se pueda disponer de las posibilidades de ésta. Así la madre podría estar cerca de los otros hijos, recibir fácilmente visitas del marido y ser asistida por sus familiares: esta solución restablecería el elemento humano, que se va perdiendo en los que han sido definidos como «almacenes de enfermedades».

Por lo que respecta a la infancia, la planificación debe poner el mayor cuidado en el hecho de que la madre encuentre sosiego y descanso, libre de la presión cotidiana de los deberes domésticos: la ausencia de tensión es, en efecto, la mejor condición para que las relaciones entre madre y niños sean serenas y afectuosas. Pero, por otra parte, la organización no habrá de confundirse en ningún caso con una unidad cerrada en sí misma; hacen falta los vecinos no sólo en casos de emergencia, sino también en la rutina cotidiana.

Aun en las zonas de vivienda más extensas, donde hay treinta familias por hectárea, aún en éstas suele faltar un lugar de encuentro para las madres con sus pequeños, donde ellas puedan trabajar charlando y sin perder de vista los juegos de sus hijos. Tal vez la mejor parte del plano de Charles Reilly para las ciudades jardín era la que preveía tal actividad, como los proyectistas de Sunnyside, Stein y Wright, diseñaron desde 1924.

En este orden de ideas, la planificación debe encontrar soluciones adecuadas, cálidas y protectoras. Los niños, hasta los diez años aproximadamente, necesitan espacios limitados: escondrijos, muros y setos, grutas y hoyos, pueden satisfacer estas necesidades.

Los pequeños de menos de seis años deben sentir el contacto con su ambiente, deben tener arena, guijarros, piedras y ramas para sus juegos y, para impedirles que se conviertan en pequeños vándalos, el tipo más elemental de campo de juego debería instalarse en una depresión arenosa, muy seca, rodeada de un sendero empedrado, en torno al cual las madres puedan sentarse y vigilar: esta zona debería estar aislada del resto del recinto con un muro y una verja, que los niños no puedan tras pasar, y en el centro debería haber una gran piedra o, mejor aún, grutas y escondrijos.

Quien ama los jardines tiende en general a privar a los niños de la libertad que necesitan para excavar y hacer sus construcciones. En cambio, si se encuentra el medio de hacer que los juegos de los pequeños sean colectivos y las madres se reúnen entre ellas, se daría mayor libertad a los niños y se prepararía a aquéllas para otras formas de cooperación.

Segunda fase: el escolar

El paso de la casa a la escuela es un momento crítico para el niño, y a menudo se subestima frívolamente el choque y el trauma psíquico que supone no sólo del hecho de perder la vigilancia protectora de la madre, sino también de la diversidad de escala y de proporciones que supone pasar sin transición de la vivienda particular a lo que a menudo es para el niño un complejo gigantesco de construcciones, aterrador en su inmensidad impersonal. En algunas ciudades grandes, como San Francisco, la escuela primaria sigue siendo relativamente pequeña; y en las escuelas más recientes, la clase tiene una zona de juego propia que no es absorbida por la estructura del edificio.

Tal vez el modo mejor de efectuar la transición es por medio de una escuela infantil en el propio barrio. Allí para la vigilancia se podría renunciar a personal especializado, en favor de la asistencia que proporcionarían madres preparadas para esta función. Aunque la planificación no puede anticipar nuevas organizaciones sociales, sí es capaz, según la ocasión, de sugerirlas e indicar la

más apropiada. Parece que en Zurich se ha llegado a esta colaboración de las madres en algunos jardines de infancia.

El paseo del niño de su casa a la escuela debe resultar divertido y educativo sin que él lo sepa.

A veces el niño sabe extraer tesoros insospechados de un montón de basura y un charco puede convertirse en un lago; pero donde la división en zonas es demasiado rígida y la zona residencial suburbana está implacablemente ordenada y limpia, ya no hay desahogo para su imaginación.

Para que un niño capte de verdad el sentido del mundo en el que vive sería necesario que el paseo cotidiano lo pusiese en contacto directo con la naturaleza, como en las zonas rurales, o con el trabajo del hombre en las fábricas o en los mercados. Las actividades que sirven a un barrio no deberían segregarse demasiado y el niño podría tener entre sus tareas los pequeños encargos y compras. Esta necesidad se siente menos en Europa que en América, donde los cánones de respetabilidad de las clases medias y el uso del automóvil han creado una separación extrema entre las zonas comerciales y las residenciales.

En nuestro esfuerzo por proveer el espacio necesario para los juegos de los chicos hemos olvidado a menudo, especialmente en las nuevas comunidades, la fascinación que tiene el juego espontáneo en su vida. En los campos asfaltados la fantasía del niño se apaga, mientras que, por ejemplo, en las zonas bombardeadas de Londres surgieron para ellos posibilidades maravillosas. El autor recuerda de su propia juventud los descampados, en la periferia de Nueva York, con superficies rocosas donde se asaban manzanas y patatas. Se podrían usar setos para ocultar a la vista esos lugares que deben mantenerse más bien desordenados, que deben ser el equivalente urbano de aquellos sitios salvajes que tanto les gustan a los chicos. La mejor contribución a estas zonas sería construir las en una hondonada, para crear artificialmente las posibilidades de aventura.

Tercera fase: la adolescencia

Con la adolescencia el barrio ya no es el único centro de actividad del joven. En la escuela secundaria se encuentran chicos de otras localidades, se emprenden juegos organizados, no se mueven ya solos para ir y venir de la ciudad, pero se hacen paseos por los alrededores.

En cierto momento de nuestra civilización, la idea que ha ido madurando en la mente de filósofos y educadores, de Fourier a Goethe y de Schreber a William James, la idea del ejército del trabajo acabará encontrando un sitio en nuestro sistema educativo. No será fácil hacerla aceptar, pero el mejor sistema será la práctica; y así como hay padres que tienen el sentido de la responsabilidad de la

familia sólo confiándoles los hijos, se crearán buenos ciudadanos confiando a los jóvenes algunas funciones en la comunidad. El mejor modo para comenzar la función constructiva del ejército del trabajo será el cuidado y el mantenimiento de los bienes comunes.

Si podemos permitirnos los parques, las zonas arboladas y los jardines, que prevemos en el nuevo tipo de planificación abierta, encontraremos prohibitivo el coste de su mantenimiento, a menos que hagamos de éste un servicio civil: voluntario si es posible, obligatorio si es necesario. El mantenimiento de las zonas abiertas, el cuidado de las plantas y de las flores podrían ser la función de las futuras generaciones de adolescentes: uno de los muchos equivalentes morales de una guerra, que una generación pacifista debe afrontar.

De algún modo sería ésta una función preparatoria, porque los beneficiarios serían los propios jóvenes en la fase siguiente de su vida: la de las primeras relaciones amorosas. El período de la tardía adolescencia, cuando las energías sexuales son imperiosas y los desahogos relativamente pocos, es un momento difícil y peligroso para muchachos y muchachas; es a menudo un momento de trastorno interior, cuyo tumulto debería equilibrarse a través de la contemplación de la belleza circundante. Si prolongar la infancia ha sido el primer signo de la evolución del hombre, prolongar el período sentimental con sus consecuencias visibles en arte, música, literatura y religión representa un estadio aún más avanzado. Esta elaboración de los impulsos eróticos lo intensifica, pero dotando de significado y afectividad a las manifestaciones puramente instintivas. En el campo, las parejas no tienen dificultad en encontrar los lugares solitarios propicios para su estado de ánimo, pero en nuestras ciudades el cortejo se hace demasiado breve o furtivo, oprimido y dificultoso, exasperante.

El Laberinto, tema favorito de los urbanistas barrocos, ser vía sin duda a ese fin y F. Law Olmsted, al proyectar el Central Park de Nueva York, construyó el Ramble (el «paseo»), que, con su topografía irregular es un lugar donde podemos perdernos, con el resultado admirable de que éste es tal vez el único sitio en Nueva York que se presta para el esparcimiento amoroso.

Si los urbanistas tuviesen presentes las diversas fases de la vida no serían tan insensibles a las necesidades de la etapa final de la adolescencia, que quiere lugares de solitaria belleza que acentúen y expandan, incluso templándolos, sus impulsos amorosos y los enriquezcan con imágenes visuales que den alimento a su estado de ánimo feliz.

Cuarta fase: Madurez

La fase del trabajo

Junto con la creciente división de la mano de obra en los tiempos modernos se produce otro proceso: la intensificación y la segregación del trabajo. Tanto el campesino como el artesano, en otros tiempos, trabajaban durante un número de horas bastante mayor que los trabajadores modernos, pero su trabajo transcurría en un ambiente que tenía otros aspectos y costumbres: se desarrollaba en el ámbito familiar y a menudo con la colaboración de todos sus miembros o de parte de ellos. No existían muros, visuales o funcionales, entre el trabajo, el entorno doméstico y la educación. La era de la especialización, concentrándose únicamente en la eficiencia mecánica, ha privado a la vida del trabajo de algunas de sus dimensiones estéticas y humanas. También en este campo, en las ciudades modernas, habrá que intentar volver a juntar estos aspectos diversos de la vida que, separados, crean casi automáticamente divisiones y desarmonías en la personalidad.

Tampoco en este caso, sin embargo, se podrá volver a las formas primitivas, pero habrá que encontrar nuevas formas tan lejos del laboratorio artesano como de las terribles fábricas victorianas.

Los autores de *Communitas* proponen que las viviendas y las fábricas se construyan alrededor de plazas urbanas. Según la descripción que hacen Philip y Percival Goodman, parece que de esta manera se formaría voluntariamente un modelo arcaico de asociación estrecha, mientras de lo que se trata es de encontrar un modelo moderno que se corresponda.

Los autores proponen que se introduzcan en las zonas industriales, tanto en las que se renuevan como en las de nueva creación, las funciones sociales y domésticas propias de los días laborables: por ejemplo, zonas de juego accesibles en las horas de las comidas o en otros intervalos; diferentes comedores, en lugar del comedor común; salas de encuentro y de reunión para comités, a disposición no sólo de una zona sino de la unidad entera, para llevar a cabo las relaciones políticas de los directivos o de los trabajadores; edificios escolares y museos.

En algunos establecimientos industriales estas funciones se han incorporado en la estructura industrial: es necesario ahora organizar barrios industriales enteros sobre la base de los mismos principios, con concepciones funcionales y espaciales incluso más avanzadas.

El mismo principio vale para los barrios de actividad comercial. Mientras que en Norte América el primer signo de «progreso» en una ciudad es derribar los árboles de la calle principal, en París la gran contribución de Hausmann al crear los nuevos bulevares fue hacer posible la actividad de los negocios, del esparcimiento y de las relaciones sociales; tal vez en ningún otro lugar como en el centro de París las distintas actividades del adulto se han mantenido tan

estrechamente agrupadas. La segregación de las funciones, practicada con el único interés de la eficiencia mecánica, no produce una vida social interesante ni una personalidad plenamente desarrollada.

La fase doméstica

Cuando una joven pareja tiene una casa con un jardincito situada entre miles de otras casas similares, la sociedad piensa que ha logrado lo mejor para la vida en familia, y en realidad ya es mucho. Cuando se puede tener una casa semejante sin que absorba demasiado del ingreso anual se da un gran paso hacia la rehabilitación de la vida familiar. En este sentido se podrían hacer consideraciones sobre la vida familiar de las clases medias en el período victoriano, cuando todas las comodidades que se podían tener en la intimidad de la familia hacían que sus miembros no sintiesen ningún deseo de pasar fuera de casa las horas no estrictamente necesarias para el trabajo. Pero tampoco esta intimidad familiar sería suficiente, porque la familia tendería al aislamiento, absorbida en sí misma, hostil al desarrollo posterior de sus miembros. Por ello es necesario algo más para el éxito de la vida familiar: la sociabilidad y los intereses más allá de la casa, primero por parte de los cónyuges y después, dentro de los límites de sus posibilidades, también por parte de los miembros más jóvenes de la familia. En este caso la inventiva del urbanista debe agudizarse para encontrar el modo de alcanzar en la vida social y económica lo que en privado rodeaba la vida familiar burguesa de hace tres generaciones.

El Peckham Health Center tiene en su activo, entre otras cosas, la ventaja de ofrecer a las familias de la propia zona la posibilidad de lugares de encuentro fuera de los confines domésticos, donde grupos de distintas edades, ahora separados por la diversidad e intensidad de los intereses individuales, puedan de nuevo unirse o al menos frecuentar trabajo y diversiones, sin que los pierdan de vista los demás miembros de la familia.

Precisamente el hecho de «no ser perdidos de vista» es uno de los atributos que tienden a unir a las comunidades y que muy a menudo se han descuidado en la planificación moderna. Tal vez la definición más elemental de una comunidad es ésta: un agrupamiento de personas que viven sin perderse de vista. Incluso en una zona solitaria, el hecho de poder ver una luz en la casa del vecino da un sentido de seguridad y de sociabilidad. No es aconsejable en absoluto que los padres sean los compañeros constantes de sus hijos, pero las relaciones resultarán mejores si cada uno tiene una idea de lo que están haciendo los otros, en lugar de tener las respectivas actividades tan alejadas como para vivir en mundos diversos.

Por reacción contra las tremendas condiciones de caos y de desorganización

espacial, los planificadores modernos han llegado a una uniformidad basada en la dispersión, que puede minar el sentido social tanto como lo hace la congestión desmesurada. En este sentido puede decirse que un centro comercial, a semejanza de las plazas del mercado medievales y en contraste con las interminables calles con tiendas diseminadas, concentra y multiplica las ocasiones de encuentros, de intercambios y de saludos, es decir de las mínimas actividades sociales que tienden a renovar las buenas relaciones de vecindad y de amistad.

Mejor arriesgarse a un poco de desorden en una zona restringida que planificar un centro tan espacioso como para que pueda contener cómodamente la máxima carga concebible, con el resultado de hacerlo socialmente gélido en las ocasiones normales y poco práctico por la pérdida de tiempo que comportaría.

El Settlement House, los centros de comunidades y los centros sanitarios son intentos nada desdeñables de crear puntos focales para actividades específicas exteriores al ambiente doméstico.

En Norte América existe ahora la tendencia a situar los lugares de reunión para las actividades extradomésticas en las mismas escuelas de los barrios, porque la mayor parte de estas actividades de los adultos se desarrolla en las horas en las que la escuela está cerrada, y así auditorios, piscinas, laboratorios, etcétera, no se mantienen cerradas y para exclusivo uso escolar, con la condición de dejarlos como estaban para que los estudiantes puedan utilizarlos.

Pero a los adultos le hace falta una forma aún más sencilla de lugar de encuentro: un local capaz de albergar a unas cincuenta personas sentadas, donde puedan tener lugar las discusiones y las eventuales fiestas para las que la casa privada es demasiado pequeña. Una de las ideas más felices en el informe de Patrik Geddes sobre Dunfermline es la de reservar una hermosa casa histórica que se pueda dejar temporalmente en alquiler a aquellas familias que quieran usarla para recepciones y grandes reuniones. En una comunidad de cinco mil personas harían falta por lo menos cinco salas con cocina y servicios.

La fase de las relaciones sociales

Esta fase debería propiamente llamarse cívica, entendiendo con este término la disposición a vivir juntos en una ciudad.

Una ciudad que desarrolla plenamente su función representa la vida del mundo entero y con ello contiene una variedad de productos, personas, organizaciones, asociaciones y creencias que no se encuentran comúnmente en otras comunidades de carácter especializado. Mientras que en el pueblo se acentúan las semejanzas y las afinidades (y lo mismo ocurre en los barrios de la ciudad), la ciudad debe acentuar y reconciliar las variedades, las diferencias y también los antagonismos. Una buena planificación multiplicará las ocasiones

dirigidas a amalgamar y fundir las diversas tendencias.

Hoy en día dos fuerzas frenan la atracción recíproca de los ciudadanos como tales: una está constituida por los medios de transporte veloces, la radio y otras invenciones mecánicas, que tienden a desperdigar a los miembros de la comunidad en zonas cada vez más vastas; la otra es la tendencia a la segregación, que se siente especialmente en las grandes aglomeraciones urbanas y se acentúa a causa de la progresiva división en zonas; función que, al menos en Estados Unidos, a menudo separa a las clases y a los grupos según sus respectivos ingresos y a las diversas razas en barrios claramente identificables, de modo que no haya relaciones entre «estratos superiores» e «inferiores». Así cada grupo, o clase o casta, vive en un mundo que niega en la organización arquitectónica social la cooperación múltiple de todas las comunidades humanas. En Estados Unidos la expansión suburbana tiende hacia una extensión tal de proporciones que, a pesar de la gran presencia de vehículos, la vida en común se ha vuelto cada vez más difícil, con el resultado de un aislamiento social que aumenta en proporción a la zona y a la población.

Planificación para las diversas fases de la vida

Desde el punto de vista de las relaciones entre ciudadanos, la tarea de la planificación ha de ser la de incrementar al máximo los instrumentos de cooperación positiva y negativa. Una buena plaza multiplicará las ocasiones de encuentros accidentales e imprevistos, como se producen en un mercado o en lugares públicos de comer y beber. El almacén de Welwyn City, por ejemplo, está ya en una escala desproporcionada con la comunidad, pero con su gran comedor ofrece un indispensable punto focal para la vida comunitaria. Según estos conceptos el planificador multiplicará los espacios internos de la ciudad, donde el público pueda encontrarse para diversos fines.

Una plaza que no tenga la finalidad de impulsar cada día más la fusión cotidiana de personas, de clases, de actividades, trabaja contra los mejores intereses de la edad madura.

La fase individual

Con este análisis se demuestra la necesidad de desarrollar ciertas actividades públicas que ya han sido realizadas de modo privado por personas cautelosas y propietarias: es decir la intención es distribuir esas actividades en toda la comunidad. Ya Emerson había planteado el problema de la transformación pública de ciertas prerrogativas personales cuando declaraba necesitar libros, pero no querer convertirse en un librero, y que le gustaban los cuadros sin querer convertirse en un conservador de museo. La regla vale tanto para las

funciones que deben socializarse como para las que deben des-socializarse: por ejemplo, la soledad. Uno de los signos de madurez es la necesidad de soledad y la ciudad no debe sólo reunir a los hombres, sino que debe también permitir a cada uno tener al alcance de la mano los lugares necesarios para el aislamiento y la paz. La función del retiro espiritual no es ya la que requería el claustro medieval, sino que debe considerarse una necesidad cotidiana. La fascinación del barrio de Westminster está en su laberinto de callejuelas donde el paseante solitario puede perderse a poca distancia del centro más abigarrado. En las nuevas comunidades, en menor escala y con menor densidad, deberá adquirirse el arte de alcanzar los mismos resultados. En los parques que vinculan los barrios, por ejemplo, se podrán dejar calles más anchas en la parte externa a ellos, mientras que la zona interior estará surcada de senderos, de tal modo que no sea necesario traspasar los límites de la comunidad para encontrar lugares solitarios donde pasar unos minutos

o unas horas. Una parte considerable de nuestras ideas en arquitectura y en urbanismo se ha dirigido hasta ahora a las actividades exteriores, lo que es estupendo para las relaciones sociales y públicas, pero destructivo para los momentos de recogimiento, de intimidad espiritual y de soledad que deben ser secundados por el medio y para los cuales deben preverse espacios y posibilidades en el proyecto de un plano colectivo de ciudad.

Fase final: la senilidad

Tal vez ninguna fase de la vida ha sido tan descuidada en nuestra civilización y también por el urbanismo como la vejez.

En el mundo occidental, durante medio siglo, la familia de tres generaciones se ha reducido a dos. Signo de esta evolución es el aumento del número de grupos familiares separados, aun cuando la proporción de los nacimientos esté decididamente en retroceso. Pero, mientras que aumenta en cada país el número de ancianos gracias a los progresos de la higiene y de la atención médica, no se ve ningún esfuerzo notable por su organización. Las pensiones no son una compensación suficiente para su relegación social cada vez mayor. En los pequeños domicilios la presencia de los ancianos es poco deseada aun en los mejores casos, de tal modo que la prolongación de su existencia se convierte en una amarga ironía, porque progresivamente se encuentra con que es reducida y privada de significado.

En la reconstrucción armónica de la vida familiar, que es uno de los fines de la planificación urbanística, uno de los objetivos principales será el de devolver a los ancianos una posición digna y fructífera.

Si no es posible recuperar a la familia de tres generaciones habrá que buscar

los medios para formar una comunidad de tres generaciones: la mezcla de los grupos de edades diferentes es esencial para una vida equilibrada tanto como la mezcla de las clases sociales y económicas.

Hay muchas funciones sociales importantes que los ancianos pueden realizar mientras no se hayan reducido sus facultades mentales; las mujeres pueden participar en el gobierno de la casa; los mayores, aunque a menudo su estado no les permita ganarse el salario de una jornada completa de trabajo, pueden seguir siendo óptimos jardineros, hacer reparaciones, custodiar y vigilar.

La comunidad no debería considerarse bien planificada si no contribuye a una particular organización de los ancianos, precisamente por la gran utilidad que puede obtenerse de ellos. Una pequeña unidad de viviendas en una sola planta, no segregada del resto de las viviendas y que puede acoger a unas cuantas parejas o varios individuos, será una excelente medida para los ancianos mientras no necesiten de los cuidados y la vigilancia continuos de una residencia.

Esas unidades deberían estar situadas cerca de escuelas, mercados o campos de juego, porque los ancianos necesitan la sensación tranquilizadora de la vida activa para superar su soledad y el creciente sentimiento de alienación y humillación que la edad trae consigo.

Las viviendas de los ancianos deberían estar siempre en la planta baja; no deberían dar a patios internos, sino tener la visión de lo que ocurre en el exterior para dar interés a su vida. Los distintos grupos de ancianos deberían instalarse bastante cerca de sus familias para mantener contactos y poder dar su ayuda en la vigilancia y asistencia, participando, sin tener la sensación de ser una carga inútil, en la vida de sus hijos o de sus vecinos.

El único proyecto admisible en la atención y organización de los ancianos será el que evite su segregación y su institucionalización: también en este caso el principio de tenerlos «al alcance de la mano» y «no perderlos de vista» será el más importante para restablecer las bases de esas pequeñas intimidades, aventuras, estímulos que también los barrios de viviendas más acomodados, si están demasiado segregados o son de proporciones demasiado grandes, no pueden ofrecer.

Una concepción orgánica de planificación urbana, que abarque todas las fases de la vida tanto como las funciones de la comunidad, debe sugerir soluciones hasta ahora ignoradas por un punto de vista más técnico y especializado.

Al recuperar el equilibrio en el seno de la comunidad ciudadana se debe pensar en restablecer el equilibrio en el tiempo por medio de relaciones recíprocas entre las diversas fases de la vida, porque cada escalón de nuestra existencia tiene sus exigencias particulares que pueden satisfacerse sólo cuando las necesidades coordinadas de otros grupos de edad se tomen en consideración.

Lo que acaso es imprescindible al formular una pauta para un proyecto sobre

estas bases es el retorno a la escala humana: a las unidades de dimensión más accesible; a un orden apreciable a simple vista; a una concepción de la comunidad; que no sea un laberinto de grandes organizaciones colectivas, sino una combinación constantemente variable de una multitud de actividades asociativas, variables en intensidad y duración, y en continuo desarrollo a través del ciclo de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte.

* Publicado en la revista Urbanística, núm.1 (1945).

Bibliografía

Una vida mejor en el ambiente urbano

- ASCHER, F. (1991): «The future of the cities», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (4), pp. 323-339.
- BISQUERT, A. (1982): *El niño y la ciudad*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.
- CERVELLATI, P. L. (1991): *La città bella*, Bolonia, Il Mulino.
- GANDINO, B. y MANUETTI, D. (1990): *La città possibile: Manuale per rendere più vivibile e accogliente l'ambiente urbano*, Como, Red Edizioni.
- GEHL, J. (1991): *Vita in città*, Rímìni, Maggioli.
- KROLL, L. (1991): «L'urbanisme fragmenté», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (2), pp. 193-197.
- MEAD, M. (1996): «Neighborhoods and Human Need», *Ekistics*.
- PIRODDI, E. y COLAROSSO, P. (1991): «Le projet urbain: De la fragmentation à la recomposition», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (4), pp. 357-367.
- REBOIS, D. (1991): «Fragmentations et articulations urbaines», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (4), pp. 305-306.
- URBANISMO Y MUJER. NUEVAS VISIONES DEL ESPACIO PÚBLICO Y PRIVADO (Actas del Curso, Málaga, 1993; Toledo, 1994): *Ciudad y mujer*, Madrid, Seminario permanente ciudad y mujer, 1995.
- WEBER, F. y WEBER, J. (1989): «La ville de demain», *Architecture & Comportement*, núm. 5 (1), pp. 68-70.

El niño y el ambiente urbano

- AA.VV. (1992a): *I confini della città*, Florencia, Centro di Documentazione Michelucci, núm. 1.
- (1992b): «Bambini e bambine: Qualità dell'ambiente urbano», *Albero ad elica*, núm. 2, Cosenza.
- (1994): «La condizione dei bambini nella metropoli diffusa», *LiBeR*, núm. 22, Región Toscana, Comune Campo di Bisenzio.
- ALEXANDER, C. y otros (1980): *A pattern language*, Nueva York, Oxford

- University Press, 1977. Edición española: Un lenguaje de palabras, Barcelona, Gustavo Gili.
- ALTMANN, I. y WOHLWILL, J.F. (eds.) (1978): Human Behavior and environment, 3, Children and the environment, Nueva York, Plenum Press.
- AMENDOLA, G. (1995): «Il bambino invisibile e la città immaginaria», Paessagio urbano, núm. 2, pp. 11-16.
- BALDESCHI, P. (1995): «La città dei bambini è la città di tutti», Paessagio urbano, núm. 2, pp. 5-10.
- BASSAND, M. (1995): «L'enfant et la dynamique urbain: approche sociologique», Architecture & Comportement, núm. 11 (1), pp. 43-54.
- CHAWLA, L. (1995): «Revisoning childhood, nature, and city», Architecture & Comportement, núm. 11 (1), pp. 11-18.
- CHOMBART DE LAUWE, M. J. (1980): «L'ambiente urbano fonte di difficoltà per il bambino?», en AA.VV., Il bambino e la città, Milán, Franco Angeli, pp. 113-128.
- COHEN, M. I. (1979): «The urban adolescent's interfaces with his environment: Health and meaningful survival», en MICHELSON, W.; LEVINE, S. V. y MICHELSON, E. (eds.): The child in the city: Today and tomorrow, Toronto, University of Toronto Press, pp. 193-205.
- COULOMB, A. (1995): «L'enfant, la ville, quel quotidien?», Architecture & Comportement, núm. 11 (1), pp. 72-77.
- GERMANOS, D. (1995): «La relation de l'enfant a l'espace urbain: perspectives educatives et culturelles», Architecture & Comportement, núm. 11 (1), pp. 54-63.
- GRUSSU, S. y PAGLIARINI, C. (1987): Ragazzi di città, Teramo, Giunti & Lisciani Editori.
- KRANTZ, B. y RASMUSSEN, B. (1995): «Changing perspectives and approaches: Swedish research on children and the urban environment», Architecture & Comportement, núm. 11 (1), pp. 27-34.
- LORENZO, R. (1993): «A scuola, in strada, in città: il bambino urbano in città», Edilizia scolastica, núm. 2, Florencia. LYNCH, K. (1979): «Growing up in cities», texto de una ponencia en Montreal, Mit Archives, compil. pp. 89-115, b. 1.
- MUMFORD, L. (1945): «La pianificazione per le diverse fasi della vita», Urbanística, núm. 1, pp. 711.
- NORDSTROM, M. (1995): «Childhood Environmental Memories. What are

- they and to what use do we put them?», *Architecture & Comportement*, núm. 11 (1), pp. 19-26.
- NOSCHIS, K. (1992): «L'enfant intérieur et la ville», *Architecture & Comportement*, núm. 8 (1), pp. 49-59.
- 1994 «The urban child», *Architecture & Comportement*, núm. 10 (4), pp. 351-360.
- PASSOV, C. K. (1980): «Aspetti positivi e negativi dell'influenza della città sui bambini», en AA. VV., *Il bambino e la città*, Milán, Franco Angeli, pp. 196-216.
- PARR, A. E. (1967): «The child in the city: Urbanity and urban scene», *Landscape*.
- PENNARTZ, P. J. y ELSINGA, M. J. (1990): «Adults, adolescents, and architects. Differences in perception of the urban environment», *Environment and Behavior*, núm. 22 (5), pp. 675-714.
- SAITA, L., SUFFINI, G. y otros (1993): *Modena: la città delle bambine e dei bambini*, Modena, Comune di Modena.
- SPENCER, C. (1995): «The child's environment: A challenge for psychologist and planner alike», en CANTER D. (ed.): *The child's environment*, Londres, Harcourt Brace & Company Publisher.
- TONUCCI, F. (1994): *La soledad del niño*, Barcelona, Barcanova. WARD, C. (1976): *The child in the city*, Londres, Architecture Press.
- 1980 «I bambini e l'ambiente urbano di città», en AA.VV.: *Il bambino e la città*, Milán, Franco Angeli, pp. 243-251.

Los aspectos perceptivos y cognitivos del ambiente urbano

- AXIA, G. (1986): *La mente ecológica, conoscenza dell'ambiente nel bambino*, Florencia, Giunti Barbera.
- BONNES, M. y RULLO, G. (1995): «Percezioni, immagini, mappe mentali della città nei bambini», *Paesaggio urbano*, núm. 2, pp. 26-29.
- CHAWLA, L. (1992): «Childhood place attachment, human behavior and environment», en ALTMAN, I. y LOW, S. M. (editores): *Human behavior and environment. Advances in theory and research*, Nueva York, Plenum Press, pp. 63-96.
- GASTER, S. (1995): «Rethinking the children's homerange concept», *Architecture & Comportement*, núm. 11 (1), pp. 34-41.

- HART, R (1979): Children's experience of place, Nueva York, Irvington.
- LIBEN, L. S. (1991): «Environmental cognition through direct and representational experiences: A life span perspective», en GARLING, G. y EVANS, G.
- W. (eds.): Environment, cognition, and action: An Integrate approach, Nueva York, Oxford University Press, pp. 245-276.
- LYNCH, K. (1966): L'immagine della città, Venecia, Marsilio Editori, 1960. Edición española: La imagen de la ciudad, Buenos Aires, Ediciones Infinito.
- (1979): «The spatial world of the child», en MICHELSON, W.; LEVINE, S. V. y MICHELSON, E. (eds.): The child in the city: Today and tomorrow, Toronto, University of Toronto Press. Edición española: LYNCH, K.: La buena forma de la ciudad, Barcelona, Gustavo Gili.
- MORALES, M. (1984): El niño y el medio ambiente. Orientaciones y actividades para la primera infancia, Barcelona, OikosTau. MORALES, M.; VENTALLÓ, E. y TONUCCI, F. (1996): Barcelona amb ulls de nen, Barcelona, P. A. U. MUNTAÑOLA, J. (1983): El nen i l'entorn. Orientacions per als infants de 7 a 10 anys, Barcelona, OikosTau.
- (1996): La arquitectura como lugar, Barcelona, Edicions U. P. C.. MUNTAÑOLA, J. y DOMÍNGUEZ, J. (1992): Barcelona avaluada pels seus infants, Barcelona, Ajuntament de Barcelona. PERON, E. M. y FALCHERO, S. (1994): Ambient i conoscenza: aspetti cognitivi della psicologia ambientale, Roma, La Nuova Italia Scientifica.
- PROSHANSKY, H. M. y FABIAN, A. K. (1987): «The development of place identity in the city», en WEINSTEIN, C. S. T. y DAVID, G. (eds.): Space for children: The built environment and child development, Nueva York, Plenum Press, pp. 21-39.
- SKANTZE, A. (1995): «Experiencing and interpreting city architecture», Architecture & Comportement, núm.11 (1), pp. 5-10.
- SPENCER, C. (1991): «Lifespan changes in activities and consequent changes in the cognition and assessment of the environment», en GARLING, T. y EVANS, G.W. (eds.): Environment, cognition and action: An integrate approach, Nueva York, Oxford University Press, pp. 295-309.
- TSOUKALA, K. (1995): «La ville en tant qu'environnement d'expériences pour l'enfant», Architecture & Comportement, núm. 11 (1), pp. 63-68.

El juego en el ambiente urbano

- ADER, J. y JOUVE, H. (1991): «Jeu et contexte urbain», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (2), pp. 115-119.
- BOZZO, L.: «Il gioco e la città», *Paesaggio urbano*, núm. 2, 1995, pp. 3033.
- BROUGÈRE, G. (1991): «Espace de jeu et espace public», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (2), pp. 165-177.
- CARBONARAMOSCATI, V. (1985): «Barriers to play activities in the city environment: A study of children's perception», en GARLING, T. y VALSINER, J. (eds.): *Children within environment: Toward a psychology of accident prevention*, Nueva York, Plenum Press, pp. 119-126.
- DANACHER, A. (1991): «Contraintes de l'espace ludique aménagé», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (2), pp. 153-165.
- GOLTSMAN, S. (1992): *Play for all: Planning, design, and management of outdoor play settings for all children*, Berkeley, MIG Communication.
- GUICHARD, S. y ADER, J. (1991): «La ville à jouer», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (2), pp. 123-137.
- KROLL, L. (1990): «Vers la ruejeu, par une reconquête des espaces publics», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (2), pp. 177-192.
- LADD, F. C. (1977): «City kids in the absence of legitimate adventure», texto de una ponencia en Upper Darby, Pennsylvania.
- LECCESE, M. (1995): «Per una nuova definizione del concetto di gioco», *Paesaggio urbano*, 2, pp. 51-53.
- MARILLAUD, J. (1991): «Jeu et sécurité dans l'espace public», *Architecture & Comportement*, núm. 7 (2), pp. 137-145.

La movilidad del niño en el ambiente urbano

- ANDREWS, H. F. (1973): «Home range and urban knowledge of school age children», *Environment & Behavior*, núm. 5, pp. 73-84.
- BERTOLINI, P. y CARDARELLO, R. (1989): *Da casa a scuola: gli indicatori soggettivi della qualità della vita infantile*, Florencia, La Nuova Italia Scientifica.
- BJORKLID, P. (1985): «Children's outdoor environment from the perspective of environmental and developmental psychology», en GARLING, T. y VALSINER, J. (eds.): *Children within environment: Toward a psychology of accident prevention*, Nueva York, Plenum Press, pp. 91-105.
- BJORKLID, P. (1994): «Children traffic environment», *Architecture & Comportement*, núm. 10 (4), pp. 361-369.
- BONANOMI, L. (1994): «L'enfant et la traversée de la chaussée», *Architecture*

& Comportement, núm. 10 (4), pp. 399-406.

GARLING, T., SVENSSONGARLING, A. y VALSINER, J. (1984): «Parental concern about children's traffic safety in residential neighborhoods», *Journal of Environmental Psychology*, núm. 4, pp. 235-352.

GARLING, T.; SVENSSONGARLING, A.; MAURITZONSANDBERG, E. y BJORNSTING,

U. (1989): «Children safety in the home: mother's perception of dangers to young child», *Architecture & Comportement*, núm. 5 (4), pp. 239-305.

GASTER, S. (1991): «Urban children's access to neighborhood», *Environment & Behavior*, núm. 23 (1), pp. 70-85.

HILLMAN, M. (1993): «Children transport and quality of life», *Policy Studies Institute*, Londres.

HILLMAN, M.; ADAMANS, J. y WHITELEGGI, J. (1990): «One false move: A study of children's independent mobility», *Policy Studies Institute*, Londres.

LEE, T. y ROWE, N. (1994): «Parent's and children's perceived risk of the journey to school», *Architecture & Comportement*, núm. 10 (4), pp. 379-389.

PARR, E. A. (1967): «The child in the city: Urbanity and the urban scene», *Landscape*, primavera.

POAG, C. K.; GOODNIGHT, J. A. y COHEN, R. (1985): «The environment of children, from home to school», en Cohen, R. (ed.): *The development of spatial cognition*, Nueva Jersey, Lawrence Erlbaum, Hillsdale, pp. 71-113.

SANDELS, S. (1975): *Children in traffic*, Londres, Elek Books. TORREL, G. y BIEL, A. (1985): «Parental restriction and children's acquisition of neighborhood knowledge», en GARLING, T. y VALSINER, J. (eds.):

Children within environment: Toward of psychology of accident prevention, Nueva York, Plenum Press, pp. 107-117.

Los niños y la planificación compartida

BISHOP, J. (1995): «Bambini disegnatori e progettisti», *Paesaggio urbano*, núm. 2, pp. 54-59.

DRUM, M. (1994): «Abitare urbano», texto de la ponencia en al Seminario *La città in tasca: Dalla progettazione partecipata alla qualità degli spazi urbani*, Caserta.

- DRUM, M. (1995): «Monaco: l'esperienza di Urbanes Wohnen per la riqualificazione degli spazi urbani», *Paesaggio urbano*, núm. 2, pp. 64-77.
- FRANCIS, M. (1993): «Negotiating between child and adult design values», *Design Studies*, núm. 9 (2), pp. 67-75.
- (1995): «Il luogo per un'infanzia naturalistica», *Paesaggio urbano*, núm. 2, pp. 44-50.
- HART, R. (1987): «Children's participation in planning and design: Theory, research and practice», en WEISTEN C.S. y DAVID T.G. (eds.): *Space for children: The built environment and child development*, Nueva York, Plenum Press.
- (1991): «Developmental perspectives on decision making and action in environments», en GARLING, G. y EVANS, G.W. (eds.): *Environment, cognition, and action: An integrate approach*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 277-294.
- (1992): «Children's participation from tokenism to citizenship», *Innocenti Essay*, núm. 4, Florencia, Unicef.
- HILTUS, S. y HART, R. (1994): «Participatory planning and design of recreational spaces with children», *Architecture & Comportement*, núm. 10 (4), pp. 361-370.
- HORELLI, L. (1994): «Children as urban planner», *Architecture & Comportement*, núm. 10 (4), pp. 371-377.
- LORENZO, R. (1995a): «La città immaginata dai ragazzi», *Paesaggio urbano*, núm. 2, pp. 34-37.
- (1995b): «La città dell'infanzia: parole, programmi, partecipazione, ricerche e speriamo progetti concreti», *Paesaggio urbano*, núm. 2, pp. 16-21.
- MOORE, R. (1978): «Playground at the crossroad?», en ALTMANN, I. y ZUBE, E.H. (eds.): *Human behavior and environment, 10, Public places and space*, Nueva York, Plenum Press, pp. 83-127.
- NAGY, N. y BAIRD, J.C. (1978): «Children as environmental planners», en ALTMANN, I. y WHOLWILL, J.F. (eds.): *Human behavior and environment, 3, Children and environment*, Nueva York, Plenum Press, pp. 259-295.
- NICHOLSON, S. (1973): *Community participation in city decision making*, Nueva York, The Open University Press.
- (1975): *Children as planners*, Londres, BEE.

Publicaciones de las asociaciones italianas

- CONSOLI, V. y TONUCCI, F. (1993): «Ridateci la nostra città», Quaderno di educazione ambientale. núm. 40, Milán, WWF Italia.
- DI GIULIO, A.; QUADRELLI, A. M.; BOSSI, A. y COMANA, F. (1994): «Tutta la mia città», Quaderno di educazione ambientale, núm. 27, Milán, WWF Italia.
- DI GIULIO, A. y QUADRELLI, A. M. M. (1995a): «Circondario», Quaderno di educazione ambientale ragazzi, núm. 30, Milán, WWF Italia.
- (1995b) «Circondario», Quaderno di educazione ambientale insegnanti, núm.31, Milán, WWF Italia.
- FRATODDI, M. y TRABONA, R. (1996): 100 Strade per giocare, Nápoles, Cuen.
- LORENZO, R. (1988): «Scopriamo l'ambiente urbano», Quaderno di educazione ambientale, núm. 1, Milán, WWF Italia.
- (1993): Come riconquistare le nostre città, Milán, WWF Italia.
- PAGLIARINI, C. (1996): Manuale dei consigli comunali dei ragazzi, Roma, Democrazia in Erba.

Otras obras citadas

- CORZO TORAL, J. L. (1983): La escritura colectiva: teoría y práctica de la escuela de Barbiana, Madrid, Anaya.
- ESCUELA DE BARBIANA (1970): Carta a una maestra, Barcelona, Nova Terra.
- LODI, M. (1972): La mongolfiera, Milán, Einaudi.
- OLIVERIO FERRARIS, A. (1995): Tu per un figlio, Bari, Laterza.
- PENNAC, D. (1993): Como una novela, Barcelona, Anagrama.
- RODARI, G. (1979): Parole per giocare, Florencia, Manzuoli.
- (1979): «Un señor de oreja verde», en TONUCCI, F. (1991): Con ojos de niño. Barcelona, Barcanova.

Obras de Francesco Tonucci publicadas en España

- (1975): La escuela como investigación, Barcelona, Avance.
- TONUCCI, F. (Bajo la dirección de); CECCHINI, M (1977): A los tres años se investiga, Barcelona, Avance.

- (1978): Por una escuela alternativa, Barcelona, GUIX.
- (1979): Nueva edición ampliada: Barcelona, Reforma de la Escuela.
- (1981): Viaje alrededor de «El Mundo», Barcelona, Laia. RICCI, G. y TONUCCI, F. (1981): El primer año de nuestro niño, Barcelona, Reforma de la Escuela.
- (1983): Con ojos de niño, Barcelona, Barcanova.
- (1985): Niño se nace, Barcelona, Barcanova.
- (1988): Los materiales, Vic, Eumo. Nueva edición: Hogar del Libro, Barcelona.
- (1989): L'infant i nosaltres, Vic (Osona), Eumo Editorial (sólo en catalán).
- (1989): Cómo ser niño, Barcelona, Barcanova.
- (1990): ¿Enseñar o aprender? La escuela como investigación quince años después, Barcelona, Editorial Graó.
- (1994): La soledad del niño, Barcelona, Barcanova.
- (1995): FRATO: Si no os hacéis como yo, Madrid, PPC.
- (1995): Con ojos de maestro, Buenos Aires, Troquel. TONUCCI, F.; MASERA, G. (2004): Queridos padres... Barcelona. Graó. TONUCCI, F.; NOVO, M. (2006): Bienvenido, Juan. Cartas a un niño que va a nacer, Barcelona. Graó.
- (2007): FRATO, 40 años con ojos de niño. Barcelona. Graó.
- (2009): Con ojos de abuelo. Barcelona. Graó.
- (2012): Peligro, niños. Apuntes de educación 1994-2007. Barcelona. Graó.
- TONUCCI, F., y otros (2012): Pensando en el futuro de la educación. Una nueva escuela para el siglo XXII. Barcelona. Graó.
- (2013): Con ojos de niña. Barcelona. Graó.

Índice

Title	2
Copyright	3
Dedication	4
Índice	5
Prólogo a esta edición, F. Tonucci	8
Prefacio, N. Bobbio	17
Advertencia y agradecimientos	20
Introducción	21
Primera parte. El proyecto	23
1. Análisis de un malestar	24
Antecedente: antes teníamos miedo del bosque	24
La ciudad	24
El equívoco de los servicios	28
Un acuerdo entre adultos	29
2. Entonces, ¿qué hacer?	32
La solución privada de la defensa	32
La solución social de la participación	34
3. ¿Por qué justamente el niño?	37
La infancia en la historia del hombre: la primacía del juego	37
Las ciudades se han olvidado de los niños	39
El niño está solo	40
El niño como menor	42
El niño es más fuerte	44
«Si no os hacéis como niños...»	45
Pero algo está cambiando	45
Segunda parte. Las propuestas	47
4. Un Laboratorio: «La ciudad de los niños»	48
La palabra a los niños	49
El niño en la mente de los adultos	53
5. Que los niños puedan salir solos de casa	55
¿Por qué es tan importante salir de casa?	56

El niño como indicador ambiental	62
Renegociar la relación de poder entre el coche y el ciudadano	62
Ayudar a los adultos a comprender que los niños necesitan salir	65
Encontrar nuevos aliados de los niños	67
6. Una ciudad adecuada a los niños	73
La ciudad bella	73
El Plan General de Urbanismo	76
La calle, un lugar de todos	83
Los niños que esperan	85
Estructuras hoteleras y restaurantes	86
El hospital pediátrico	87
Una escuela adecuada a los niños	89
La comunidad de vecinos: el derecho al juego	93
Derecho de voto para los niños	94
7. Repensar la ciudad	98
Tercera parte. Las experiencias	102
8. Las fichas	103
1. Fano, «La ciudad de los niños»	104
2. El Consejo de los niños	105
3. El Consejo municipal, abierto a los niños	107
4. Los niños proyectistas	110
5. Los pequeños guías	113
6. Las reuniones de la comisión de gobierno municipal	114
7. «El policía municipal, amigo de los niños»	115
8. La multa de los niños	116
9. «Vamos solos a la escuela»	117
10. Un carné de peatón, de ciclista y de motociclista	124
11. «Mi ciudad y yo»	127
12. «Mi ciudad y yo»: el cartel	131
13. Una jornada sin coches	132
14. Un sello de calidad para niños en hoteles y restaurantes	134
15. Una playa para los niños	137
16. El Club CDN	138
17. La Casa Archilei	139
18. Una tarde libre para los niños	140

19. Un jardín de piedra	141
20. Otras experiencias: la planificación compartida con los niños	142
21. Otras experiencias: los derechos de los peatones	145
22. Otras experiencias: una democracia incipiente	148
23. Otras experiencias: las ciudades educadoras	151
24. Una red nacional que va más allá	154
25. Para comenzar	156
Apéndice	161
1. Convención sobre los Derechos del Niño	161
2. Llamamiento a colaborar: carta abierta a los ciudadanos faneses	165
3. Lewis Mumford, «La planificación para las diversas fases de la vida»	166
Bibliografía	178